

Juan Carlos Zapata



El suicidio del poder en Venezuela

Prólogo de
Álvaro Vargas Llosa



Lectulandia

Empleando las técnicas del monólogo en primera persona, la crónica, el testimonio y el ensayo, y usando la literatura de un escritor emblemático del siglo xx latinoamericano (Mario Vargas Llosa) como punto de apoyo para poner a dialogar a la ficción con la historia con mayúsculas, Zapata ejecuta una radiografía política y moral de su país. Nos muestra cómo una clase dirigente que empezó significando la buena cara del continente acabó en lo que está convertida hoy. Y lo hace explorando la psicología de sus viejos líderes, de quienes tuvieron en sus manos la responsabilidad de llevar a Venezuela al primer mundo y optaron por alejarla de él, así como los actuales, los que dieron el puntillazo a lo bueno que había. El lector asistirá así a la narración de los hechos que a lo largo del tiempo llevaron al surgimiento de uno de esos caudillos que parecían confinados a los libros polvorientos de la historia del populismo latinoamericano y han cobrado una actualidad espeluznante. También verá con nueva luz hechos recientes, ocurridos a bajo el populismo autoritario, que son objeto de una incesante propaganda tendiente a nublar la verdad e instalar mentiras en la conciencia de la gente. Pero, atención: no es un libro pesimista. Uno no emerge de sus páginas con desaliento sino con una melancolía no exenta de estímulos para imaginar una Venezuela mejor.

Lectulandia

Juan Carlos Zapata

El suicidio del poder en Venezuela

ePub r1.0

Titivillus 08.10.17

Juan Carlos Zapata, 2012
Prólogo: Álvaro Vargas Llosa

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A mis hermanos.
Por la fortaleza...*

—Ahorita se pone oscuro.
La oscurana tiene maleficio

La Casa Grande
ÁLVARO CEPEDA SAMUDIO

PRÓLOGO

Venezuela, en familia

Por Álvaro Vargas Llosa

Desde que tuve uso de razón, oí hablar de Venezuela en casa (las muchas a las que nuestra errabunda existencia nos llevaba). Los primeros años, el nombre de Venezuela estuvo asociado al Premio Rómulo Gallegos que mi padre había obtenido al año de haber nacido yo, una referencia que para mi familia significaba dos cosas: el impulso definitivo a la carrera internacional de Mario Vargas Llosa y, lo que era igualmente importante, un discurso de aceptación, *La literatura es fuego*, que resumía para siempre su relación visceral con las letras y había sido también su último gran gesto público como hombre de izquierda en vísperas de iniciar el proceso definitivo de desamor con el socialismo.

Un poco después, la asociación de ideas se enriqueció. Al significado que tenía Venezuela en la mesa familiar se añadió el nombre de Rómulo Betancourt. A medida que se iba empequeñeciendo en la conciencia cívica de mi padre el nombre de los líderes de la izquierda latinoamericana y mundial, iba agigantándose el de otro revolucionario, pero de signo contrario, que había iniciado su carrera levantándose contra el poder establecido y había acabado llevando a Venezuela, con interrupciones, hacia la moderación y las instituciones republicanas. No pasó mucho tiempo antes de que la Venezuela que a menudo se sentaba a cenar con nosotros y se enredaba en la conversación de los Vargas Llosa significase para nosotros aquellas cosas que buena parte del resto del continente latinoamericano aspiraba a tener pero estaba lejos de alcanzar: unos consensos amplios a favor de la democracia y el Estado de Derecho, y por tanto una estabilidad y previsibilidad que hacían posible el progreso sin bombas ni gulags.

Los peruanos que habían emigrado allí, algunos conocidos y hasta parientes, habían accedido a un mundo mejor que el que habían dejado atrás; nuestro país, el Perú, parecía a años luz de la patria de Bolívar. Nos llegaban noticias de aquello con frecuencia y los esporádicos viajes de mi padre a Venezuela alimentaban esas referencias. La alternancia pacífica en el poder, la existencia de partidos políticos dignos de ese nombre, la preeminencia de lo civil sobre lo militar y unos niveles de vida que sin ser descollantes salían bien librados de la comparación con países vecinos daban a Venezuela aires de primer mundo o, al menos, una aureola de éxito y superioridad.

El prestigio de Venezuela en la mesa familiar, pues, no había hecho otra cosa que crecer desde mi niñez. Solo significaba cosas buenas; además, su acelerado avance en las preferencias de mi padre parecía simbolizar a la perfección su propia evolución

política, moral y hasta literaria. Porque, si bien *La literatura es fuego* había ido perdiendo potencia ígnea desde el punto de vista político con la evolución ideológica de Mario Vargas Llosa, no la había perdido desde el literario: el antiguo socialista y reciente liberal no había dejado de ser, en el campo literario, un subversivo que se metía sin pausa con los vicios de la sociedad y escarbaba a fondo en sus vergüenzas, un constante reformista que a la hora de contar historias arriesgaba e innovaba como solo lo hacen los disconformes. Tampoco había menguado su sed de justicia. Lo que había cambiado era la ruta a seguir para llegar a ella. Venezuela ayudaba a afirmar sus propias y nuevas convicciones liberales en un continente donde la transición democrática después de una era de cuartelazos y barbudos de la política era precaria todavía.

¿En qué preciso instante empezó a mudar esa idea de Venezuela que era la nuestra en algo distinto? No lo sé exactamente, pero sí sé que en algún momento la conversación con respecto Venezuela empezó a tomar un tono diferente del que había tenido en años anteriores, como cuando uno empieza a bajar el timbre de voz para referirse a una vecina hasta entonces de reputación intachable que ha ido desdibujándose entre rumores maledicentes. Algo en ese sistema aparentemente perfecto de alternancia pacífica, partidos estables, convivencia en la moderación y niveles de vida envidiables desde la perspectiva de ciertos países latinoamericanos se había poblado de problemas. Ya no hablábamos de Venezuela con envidia sino con angustia.

Bajo las apariencias, había realidades que Venezuela compartía con otros países: un sistema económico propenso al mercantilismo, que es la conspiración del Estado y ciertas oligarquías contra la movilidad social y la economía de mercado competitiva, unos partidos políticos marcados todavía por la herencia ideológica de los años sesenta conocida como el «desarrollismo», y unas instituciones que parecían anquilosadas y envejecidas. Todo ello rodeado de una pobreza que parecía haber surgido misteriosamente porque no la habíamos visto antes en su cabal magnitud (o al menos no nos la habían contado). Venezuela seguía siendo un país al que guardábamos gratitud, en el que abundaban las amistades y cuyo pasado admirábamos, pero también un país-problema: otro más en América Latina. Venezuela se había latinoamericanizado.

Muchos allegados y colegas venezolanos, especialmente los agrupados en CEDICE y otras instituciones liberales, así como ciertos medios de prensa, lo veían de la misma forma. Pero la sensación que teníamos era que los lúcidos iban reduciéndose, convirtiéndose en minorías visionarias cuya prédica el resto del país desoía a medida que la confusión contemporánea, de la que Venezuela era un escenario representativo, iba atribuyendo a la democracia y a la economía de mercado males que tenían como verdaderos culpables a la negación de esas instituciones. El país de Betancourt parecía encaminarse hacia aquello de lo que había parecido tan distante: el gradual desprestigio de las libertades políticas y económicas, y la

afloración de los peores instintos tribales en la ciudad.

El resto es historia: Venezuela sucumbió al populismo autoritario y desde entonces mi padre y en general los miembros de la familia Vargas Llosa hemos secundado como mejor hemos podido, desde todas las tribunas posibles, el valeroso esfuerzo de muchos venezolanos que tratan de restaurar en su país una cierta sensatez. Lo hemos hecho junto a ellos también en Caracas, Maracaibo y otros sitios.

Es conmovedor y gratamente sorprendente, a la luz de lo dicho, que alguien haya tenido la idea de dedicar un libro a la relación de mi padre con Venezuela desde aquel primer viaje para recibir honores y dar su último grito a favor de sus viejas ideas hasta la actualidad, en que Venezuela representa lo contrario de todo lo que él defiende. Lo es más todavía que su autor, Juan Carlos Zapata, sea alguien tan bien enterado de la vida y la obra de Mario Vargas Llosa, en particular de los vasos comunicantes que lo atan a Venezuela. Y lo es aun más que se trate de alguien que tiene lucidez sobre lo que condujo gradualmente al desplome de lo mejor que tenía su país y sobre la entronización definitiva de lo peor en este lugar que antes nos servía de referencia y hoy nos duele y entristece. Porque, claro, éste es sobre todo un libro sobre Venezuela. Mario Vargas Llosa y su relación con ella es un hilo conductor que sirve para lo verdaderamente esencial del libro: hacer desfilar ante los ojos del lector la secuencia impresionante y aterradora de la decadencia venezolana de las últimas décadas.

Empleando las técnicas del monólogo en primera persona, la crónica, el testimonio y el ensayo, y usando la literatura de un escritor emblemático del siglo xx latinoamericano como punto de apoyo para poner a dialogar a la ficción con la historia con mayúsculas, Zapata ejecuta una radiografía política y moral de su país. Nos muestra cómo una clase dirigente que empezó significando la buena cara del continente acabó en lo que está convertida hoy. Y lo hace explorando la psicología de sus viejos líderes, de quienes tuvieron en sus manos la responsabilidad de llevar a Venezuela al primer mundo y optaron por alejarla de él, así como de los actuales, los que dieron el puntillazo a lo bueno que había. El lector asistirá así a la narración de los hechos que a lo largo del tiempo llevaron al surgimiento de uno de esos caudillos que parecían confinados a los libros polvorientos de la historia del populismo latinoamericano y han cobrado una actualidad espeluznante. También verá con nueva luz hechos recientes, ocurridos ya bajo el populismo autoritario, que son objeto de una incesante propaganda tendiente a nublar la verdad e instalar mentiras en la conciencia de la gente.

Pero, atención: no es un libro pesimista. Uno no emerge de sus páginas con desaliento sino con una melancolía no exenta de estímulos para imaginar una Venezuela mejor. Una Venezuela que, como lo ha hecho a lo largo de su carrera literaria y de hombre público, Mario Vargas Llosa volverá a visitar más pronto que tarde para celebrar las buenas noticias con las venezolanas y los venezolanos libres.

PRIMERA PARTE

Memorias de la impotencia

I. Los recuerdos del futuro

Gordo, alto, corpulento (gigante), el periodista Jesús Lossada Rondón hace el comentario que a Mario Vargas Llosa ya le resulta familiar. Sin esfuerzo, puede torearlo y, no obstante, le sigue la corriente al reportero del diario *El Nacional* de Caracas.

—Usted tiene entonces un oficio privilegiado, porque el que lo reciba un jefe de Estado...

Es el 4 de enero de 1985. Gobierna Jaime Lusinchi. La cita es en el Palacio de Miraflores a propósito del encargo de *The New York Times* a Vargas Llosa de escribir sobre la situación en Nicaragua y Centroamérica. Viene del Perú, de paso para Managua. Dice que de regreso se detendrá en Bogotá, donde lo espera el presidente Belisario Betancur. Ahora es cuando comienza la gira. El viaje se extenderá por un mes. Y durante esos treinta días hace las veces de periodista, investigador. ¿Acaso es la primera vez? No. La Nicaragua sandinista le interesa al mundo. Y para ofrecer una versión, lo más objetiva posible, el escritor —todo un sabueso— va al terreno. Se entrevistará con dirigentes del gobierno sandinista y la oposición, con el presidente Daniel Ortega, con Violeta Chamorro, con empresarios, con la gente sencilla. La escala en Caracas es obligada, en tanto Venezuela aparece como factor principal en el Grupo Contadora, iniciativa que explora vías de solución al conflicto de violencia y guerra en Centroamérica.

—Eso no se debe a mí, sino a la hospitalidad y generosidad venezolanas.

Le responde a Lossada Rondón, y no tiene que buscar las palabras, pues no es la primera vez que las dice. Además, tampoco está inventando nada. Le gusta Caracas. Le gustó desde que la conoció, en agosto de 1967. En esta fecha, además de recibir la primera edición del Premio Rómulo Gallegos también fue *vedette*, figura de los medios y el público, firmó autógrafos como un loco y conoció a Rómulo Gallegos, aunque, con seguridad, el autor de *Doña Bárbara*, anciano de 83 años, no se percató de quién era el joven ganador del premio instituido en su honor porque a Gallegos le escuchó decir: «¿Por qué no me dan el premio a mí?».

Lusinchi, sonrisa constante (bonachón), le abre las puertas de la casa de gobierno. La entrevista transcurre en el despacho presidencial. Dos vasos de agua miden el tiempo, un arreglo de plantas de hojas medianas como centro de mesa, y muchas sonrisas de parte y parte. Hablan de la posición de los Estados Unidos. Analizan la política de Venezuela respecto a los sandinistas y una infidencia sale a flote. «El presidente Lusinchi de Venezuela —escribirá cuatro meses más tarde— me contó que la Unión Soviética, a la que preguntó si era cierto que pretendía instalar Migs en

Nicaragua, le contestó a través de su embajador: “No somos tan locos”».

Finaliza la reunión y Vargas Llosa declara complacido por la posición del gobierno de Lusinchi. «La más atinada y sensata sobre Centroamericana», apunta. O sea, llega a Palacio como periodista y, al marcharse, declara como analista, tal vez como político. No significa esto que el escritor, el novelista, ha sucumbido. Tampoco aparece el político. Pues aclara que el interés suyo por Nicaragua y Centroamérica es «de trabajo». Por «una propuesta que me hizo un periódico de los Estados Unidos». Es *The New York Times*. La oferta comprende un plazo: un mes en Nicaragua «para que escriba unas crónicas sobre el problema nicaragüense». Responde una docena de preguntas. Una detrás de otra. El grupo de la fuente de Palacio lo exige al máximo. «Se sometió al fogueo de los reporteros», revela la crónica de Lossada Rondón. Él no escurre el bulto.

—Creo que las reformas sociales, las reformas de transformación de estructuras que puede llevar a cabo Nicaragua no son el punto de conflicto irresoluble. Creo que es básicamente la relación de Nicaragua con el Bloque Soviético lo que preocupa fundamentalmente a Estados Unidos.

En la respuesta está el analista. También el político que el escritor lleva adentro y que, consciente, muy a propósito, aún evita, esquiva, guiña y hasta sortea con mediana convicción. Porque en esa etapa, ¿quién no lo conoce? No solo por la novelística sino también por sus análisis, sus artículos. Y en cada obra, en cada escrito, en cada discurso, su posición, ideas, convicciones. No las oculta. Ni antes, desde la trinchera de la izquierda. Ni ahora, desde el campo del liberalismo, ruta que venía forjando en ese tiempo. Ya en *Conversación en la Catedral*, escrita quince años atrás, se asoman las señales de su evolución en el terreno de las ideas. Estas intrigan a Lossada Rondón, veterano, por años, de la fuente del Palacio de Gobierno, y a los demás reporteros. Pero también, a cuenta de qué el privilegio que tienen pocos de poder entrevistarse con jefes de Estado.

—A haber escrito en forma exitosa...

Mario Vargas Llosa, 49 años, traje gris, corbata a tono, pañuelo vinotinto en el bolsillo superior de la chaqueta, canas a juego con el conjunto (elegante, impecable), piensa que amor con amor se paga. De modo que, rápido como la idea, viaja hasta 1967, hasta esa semana de gloria de la primera vez en Caracas cuando recibió el primer premio gordo de su vida. El primer premio en metálico y prestigio, 43 años antes que el Nobel, dotado de los 22 000 dólares con los cuales empezó a establecer el piso firme para escribir con sosiego, concentrado en la obra de ocasión, sumatoria de la obra total. Piensa en el tío Lucho, que en Piura le advirtió —era un adolescente—, muy bien, dedícate a la literatura pero no descartes una profesión como el derecho, para que la segunda sostenga a la primera. Por ello, a la vuelta del viaje de la memoria, Vargas Llosa le responde a Lossada Rondón y a los otros periodistas:

—Bueno, esa es una fama que se debe en gran parte a Venezuela. La inventaron los venezolanos al darme el Premio Rómulo Gallegos.

En la visita a Jaime Lusinchi, sobresalían los roles del periodista, el escritor y el analista político. Pero también afloraba lo que con el paso de los años se hará más notorio aún: la lealtad con Venezuela, la admiración por Venezuela y el sistema político diseñado en buena parte por Rómulo Betancourt, líder democrático de talla continental que Mario Vargas Llosa —cuando ya entre de lleno en la candela de la política, en la defensa de la democracia y en la condena a toda fórmula dictatorial— citará en escritos y discursos. Betancourt pasa a ser referencia obligada. De hecho, en *La fiesta del Chivo* se revela en plan de contrafigura al dictador Trujillo.

Sin embargo, ese enero de 1985, Mario Vargas Llosa está lejos de imaginar que cuando Lusinchi entregue el mando a Carlos Andrés Pérez en 1989, las bases del modelo venezolano lucirán agotadas, los líderes y los partidos desprestigiados entre sí, por los ataques mutuos, implacables, unos con otros, que debilitan los soportes del sistema, y buena parte de lo que él verá, observará y analizará en Nicaragua, se repetirá —como esquema político— en la Venezuela bajo el mando de Chávez. En la Era Chávez.

El dato curioso es que Vargas Llosa vuelve a Caracas en febrero de 1989, invitado por Carlos Andrés Pérez, la Sociedad de las Américas y Cedice, institución esta nacida para defender los valores y las ideas del liberalismo, que arriba a diez años de fundada. Este no es ni será un febrero cualquiera. Era la segunda vez que Pérez alcanzaba la Presidencia de la República. La primera fue en 1974. Y, más atrás, cuando Vargas Llosa lograba en 1967 el Rómulo Gallegos, Pérez se desempeñaba como jefe de la Fracción Parlamentaria de Acción Democrática. Los intelectuales de izquierda lo llamaban el ministro policía. Lo criticaban. Lo atacaban. Y algunos le temían. Luego Pérez encara la primera presidencia con amplitud, conquistando a buena parte de esa fauna que lo esquivaba. Por esa época, en paralelo, Vargas Llosa había ido desligándose de Cuba y de la izquierda. Y cuando atiende esta nueva invitación a Caracas, él y Pérez se ubican, casi-casi, en la misma acera. Vargas Llosa es ya un liberal convencido. Y Pérez llegaba con la aureola del reformador, aplicando un programa de medidas que periodistas, dirigentes izquierdistas y populistas, empresarios rentistas del petróleo y hasta empresarios antirreformas, calificaban de paquete neoliberal. Vargas Llosa, en cambio, señalará, en el artículo «¡Fuera el loco!» de 2001, que «las políticas económicas eran “liberales” de nombre, pero no de contenido», ya que «la corrupción hacía el efecto de un veneno que destruía y envilecía las reformas».

Sucede la coronación de Carlos Andrés Pérez. Que el acto de transmisión de mando es bautizado así (la ironía vaya por delante) por los analistas y adversarios políticos, dada la cantidad de invitados internacionales, acorde con la proyección internacional del mandatario, socialdemócrata confeso. Es el primer presidente que, en democracia, logra la reelección. Para más seña del desafuero, el evento se celebra no en la sede del Congreso sino en el Teatro Teresa Carreño. Al frente se erige la torre del Hotel Caracas Hilton. Y por los salones del Hilton desfilan presidentes,

primeros ministros, jefes de gobierno y dirigentes de América Latina, Estados Unidos, Europa, Asia, África y, entre ellos, Fidel Castro y Daniel Ortega. Los periodistas deliran por el sandinista. Lo llaman a gritos desde los límites que imponen los cordones de seguridad. Todavía conserva Ortega la aureola romántica del guerrillero, pese a que las denuncias de corrupción cogen palco en Managua y en poco tiempo perdería las elecciones, derrotado por Violeta Chamorro, con la ayuda de Carlos Andrés Pérez. Mientras las mujeres más jóvenes intentan acaparar la atención del sandinista, las personas de más edad lo hacen con el cubano. En todo caso, la democracia los recibía a ambos con amplitud. Nada ni nadie los condena. Por el contrario, las televisoras compiten por la primicia de entrevistar a Castro. Corre la tinta para detallar la custodia que lo acompaña, que la delegación cubana ha reservado para sí todo el Hotel Eurobuilding y que hasta el agua que bebe Fidel Castro la ha traído de los manantiales de Santiago de Cuba.

Luego, a los tres días, reaparece Mario Vargas Llosa. Lluve en el aeropuerto internacional Simón Bolívar de Maiquetía. A las 5 de la madrugada del día 15 de febrero aterriza el avión de Viasa, línea bandera de Venezuela. Faltaban doce días para el Caracazo. A esa hora lo esperan los periodistas. Manuel Abrizo escribió la crónica para *El Diario de Caracas*, publicada el 16 de febrero. Manuel Abrizo lo vio poner la «maletica de mano en el suelo» para entrar de lleno en las respuestas. No se va por las ramas. Justifica las reformas económicas que pronto anunciará Carlos Andrés Pérez. «Hay necesidad de los ajustes», señala. «De poner la casa en orden», agrega. «El precio es inevitable». Sin embargo, aboga porque «esos ajustes se realicen con un costo social mínimo».

—Es necesario que estas medidas se tomen no dentro de un plano de confrontación, sino de la comprensión, la colaboración internacional.

Ya debe estar enterado de que en Caracas alternará con David Rockefeller, el banquero Pedro Tinoco, el empresario Eugenio Antonio Mendoza, el magnate Gustavo Cisneros, y el escritor Arturo Uslar Pietri en el foro convocado por la Sociedad de las Américas.

—Hay necesidad de poner la casa en orden para que nuestras economías puedan despegar —señala.

En el acto de la Sociedad de las Américas lo acompañan Rockefeller y George Landau, exembajador de Estados Unidos en Venezuela y presidente de aquella organización asentada en Nueva York, de la que Gustavo Cisneros es miembro activo. Ya se entiende el papel de Rockefeller, amigo de Tinoco y Cisneros: a brindarle respaldo internacional al paquete de medidas. La familia Rockefeller es cliente del Escritorio Tinoco desde la década de los veinte, entonces el padre de Tinoco era ministro de Juan Vicente Gómez. Vargas Llosa lee un discurso de dieciocho páginas.

—En América Latina divisamos negros nubarrones y los rayos y centellas de una tormenta —apunta el 16 de febrero. Faltaban once días para el Caracazo.

El 17 de febrero es viernes. Faltaban diez días para el Caracazo. Entonces Vargas Llosa, que desde 1967 viene visitando y hablando en Caracas de literatura y política, esta vez enfoca en serio el futuro, las reformas políticas y económicas. Ahora habla en el Hotel Hilton, en el evento aniversario de Cedice, el Centro de Divulgación del Conocimiento Económico, instituto autodeclarado en la «búsqueda de una sociedad libre, responsable y humana». Con las palabras de este día, el escritor marca una especie de pauta personal, y de pauta hacia el colectivo venezolano. Ya no será solo el novelista, sino también una voz autorizada para dirigirse al país y a América Latina. En esa fecha, era y no era candidato presidencial. Va en camino de serlo. De hecho, Caracas es una plaza clave en el voto peruano como Madrid lo es ahora para el voto ecuatoriano y boliviano, o Miami, Panamá y Bogotá comienzan a serlo para el voto venezolano. Esa tarde, a las 6 y 30, ha convocado a los peruanos residentes en Venezuela a otro evento, en otro sitio, el auditorio de La Electricidad de Caracas, para hablarles de la propuesta del Movimiento Libertad. No hay duda de que es el máximo líder del Frente Democrático. Se va la mañana siguiente, el 18 de febrero. Los diarios recuerdan que en esta fecha, seis años atrás, Luis Herrera Campins decretó la primera devaluación del bolívar en democracia. Faltan diez días para el Caracazo.

Entre 1987 y 1988 le había dedicado tiempo y angustia a la conformación del Frente. Antes, en 1985, se había insinuado la posibilidad de enfrentar a Alan García, lo que él había descartado de plano. En ese momento de 1989, anda montado en lo más incómodo de la política, lo más amargo: el pacto con los aliados, la definición de abanderados para los comicios municipales de mediados de año, el tira y encoge, la rivalidad interna, los egoísmos, las mezquindades, tanto que en junio renunciará al movimiento para obligarlos a ponerse de acuerdo en la oferta de planchas únicas al electorado. Porque lo suyo no es cuento, ni novela, ni teatro. En verdad, asumía el reto de los cambios y las reformas económicas, aunque es allí donde, paradójicamente, observa los riesgos, pues adelantar reformas estructurales en democracia, admite ante la concurrencia del Hilton, es como caminar en el filo de la navaja. Por los negros nubarrones. La tormenta. Por los prejuicios nacionalistas. Por el desastre que han dejado los partidos y el Estado, «causa primera de nuestras deficiencias». Lamentablemente, Vargas Llosa no se equivoca. Al gobierno de Carlos Andrés Pérez, el Caracazo le estallaba en la cara. Explota Caracas. Llegan los saqueos. El Ejército sale a la calle a poner orden. El ministro de Interiores se desmaya ante las cámaras. Pésimo signo. Peor señal. Queda en el ambiente la impronta de que el orden solo podía ser restablecido por el mando militar. En consecuencia, el marco de la realidad anuncia que la vitrina democrática venezolana se está rompiendo. Ese 17 de febrero, Vargas Llosa anticipa que «las reformas que hay que hacer no van a traer en un primer momento beneficios, van a traer sobre todo sacrificios. En un primer momento hay que pasar por un periodo de grandes sacrificios. Hay que impedir que quienes han depositado la confianza en esas reformas, pierdan la ilusión, pierdan la esperanza ante el costo que esa reforma significa».

Palabras premonitorias. Realismo mágico. El escritor parecía que estaba oliendo la pólvora, oliendo el sudor, sintiendo la sangre y anticipando el desastre, los gritos, los disparos, los vidrios y los espejos al romperse. Allí estaba él hablando de Margaret Thatcher y sus reformas. Lo escuchaban a él y nadie podía imaginarse el cuadro de las próximas horas, los próximos días, y las nefastas consecuencias. Lo había previsto en 1986, en otro evento de Cedice, en el que abordó el tema de la economía informal. Por esa época, segundo año del periodo de Lusinchi, los informales —buhoneros en Venezuela— comenzaban a copar las calles, las aceras, los bulevares. A la par, el petróleo se derrumbaba en el mercado internacional. Ahora, 1989, hablaba de la necesidad de que no solo los políticos sino los técnicos, los profesionales y los ciudadanos, debían incursionar en esa tierra de «sinsabores» llamada política para poder ejecutar los cambios, y «adecentar esa actividad por lo general sucia e indecente que es la política de nuestros países». ¿Y cómo se hace eso? ¿Cómo se limpia? Con «gente limpia y decente». ¿Por qué lo afirmaba? No era teoría. Su reciente experiencia le suministraba los datos más firmes del meollo interno de los partidos. Los vicios. La estructura. Los caciques. «Personas sin aptitud ni solvencia moral» que en algunas regiones se hacían cargos del movimiento que él lideraba en Perú, según abundaría más tarde en el libro de memorias, *El pez en el agua*. El cacique, cuya «energía, habilidades, maquiavelismo e imaginación estaban concentrados en una sola meta: adquirir, retener o recuperar una partícula de poder por los medios lícitos o ilícitos a su alcance. Todos practicaban la filosofía moral que sintetiza este precepto: “vivir fuera del presupuesto es vivir en el error”».

Más de quinientas personas lo escuchaban. Más de quinientas personas metidas en sus palabras. La prensa toda recoge el discurso, solo que los saqueos, la violencia, la emergencia y el desconcierto pareció que enterraron las palabras, las sepultaron en lo más profundo de las fosas comunes en las que, a su vez, enterraban a los muertos, las víctimas del Caracazo. Uno de esos depósitos de cadáveres fue conocido como La Peste.

Vargas Llosa reclamaba que en Perú se cumpliera la Constitución, y que se llevara a cabo «una genuina economía de mercado». La historia le hará esta jugarreta. No será a él a quien corresponda adelantar algunas de las propuestas, pero sí a sus adversarios, los que se mostraban reacios y en contra. No se duda, en 2011, que con las reformas de Fujimori, Toledo y Alan García, el Perú se ha consolidado como una de las economías más prósperas de la región, dejando atrás una época amarga de intervenciones, inflación, estatizaciones y rancio populismo. O como él lo explica en *El pez en el agua*: «El Perú de mi infancia era un país pobre y atrasado; en las últimas décadas, principalmente desde la dictadura de Velasco (Alvarado) y sobre todo con Alan García, se había ido volviendo pobrísimo y, en muchas regiones, miserable. Un país que retrocedía a formas inhumanas de existencia».

El origen del discurso no era la nada. Por un lado, Venezuela se preparaba para los anuncios de las medidas reformistas de Carlos Andrés Pérez. Por el otro, estaba el

antecedente peruano de 1987, el plan del gobierno de Alan García contra la banca, de estatizar la banca. Gobernaban el Apra y García y el discurso gubernamental trocaba lo social en un concepto para el engaño, para la trampa, para confiscar, para atacar la propiedad privada, para quebrar un país, desatar la inflación. De hecho, hacer de los bancos entidades más proclives hacia lo social y hacia el pueblo, era uno de los argumentos de Alan García para decretar la estatización. Pero el pueblo se levantó y evitó la medida. Y esta es lección que el Apra y García no olvidarán cuando en 2005 retornen al poder y apliquen las recetas contrarias: el mercado es lo prioritario.

Vargas Llosa se anticipaba señalando que si a la libertad política, «con la que hoy día están comprometidos los latinoamericanos, no le añadimos y no la enriquecemos con una libertad también en el campo económico, la suerte de la democracia en América Latina puede ser precaria».

—Es fundamental —señalaba ante la concurrencia en el Hilton— que el pueblo latinoamericano, constituido en su inmensa mayoría por gentes pobres, por gentes que tienen tremendas dificultades y cuyos niveles de vida a veces están por debajo de lo mínimamente decente, vea que la democracia no solo significa libertad política, derecho a criticar a los gobiernos, derecho a participar en elecciones libres y a tener organismos representativos, sino que es también un sistema a través del cual un hombre puede prosperar, mejorar su nivel de vida, crearse una situación mejor que aquella que heredó y legar a sus hijos una situación mejor de la que él mismo tuvo.

Antes que distribuir, mejor crear riqueza, afirmaba, y no ha dejado de afirmarlo.

Hay que enfatizar que la decisión de Alan García de estatizar la banca era completamente engañosa. Por ello, Vargas Llosa traducía que lo que se había vendido como una medida a favor del pueblo era rechazada por el pueblo. Los empleados. Los trabajadores. Gente humilde, contaba, salieron a protestar. «No queremos ser nacionalizados», decían los carteles que portaban. «No queremos que nos estaticen», coreaban en consignas. Esa reacción es la que entonces lo llenaba de optimismo para pensar que era posible otro Perú. Que no se repitieran las consecuencias trágicas de lo que en América Latina, en particular Perú, se definía como la década perdida. Gobiernos que gastan y distribuyen antes de crear riqueza. Gobiernos opuestos a la inversión extranjera. Gobiernos que se endeudan sin plan ni medida, comprometiendo e hipotecando el futuro de sus pueblos.

Como la estatización de la banca y la lucha contra ella constituían el foco del discurso, Vargas Llosa introducía este elemento que encontraba eco en los oyentes venezolanos, por el pasado reciente, el presente en desarrollo y el futuro no tan lejano.

—En el mundo, los banqueros tienen fama de representar no solo el poder económico, sino también el egoísmo, la defensa del puro interés.

El presidente Luis Herrera Campins, antecesor de Jaime Lusinchi, fue el autor de una frase de gran pegada durante su mandato: en Venezuela hay bancos quebrados y banqueros ricos. Lusinchi, por su parte, al dejar el cargo, se quejaría de que la banca

extranjera lo había engañado proponiéndole una mentira: «el mejor refinanciamiento del mundo» para la deuda externa. Con las reformas de Pérez, se desatarían las pasiones en la primera guerra financiera y algunos banqueros llegarían a amenazarse de muerte. En buena medida, la guerra financiera conduce a la crisis financiera que estalla en el gobierno de Rafael Caldera, 1994, el último de los presidentes del modelo político. Caldera acusará de mafiosos a los bancos. La crisis allanará el camino para que Hugo Chávez gane las elecciones en 1998. Y, cuando se acostumbre al poder, Chávez, respaldado por el ministro de Finanzas, Jorge Giordani, lo menos que les dirá a los banqueros es que son especuladores, vendepatria, lacayos del imperio, miembros de una mafia internacional de lavado de dinero y elementos de la conspiración internacional contra el país.

El sentido de las palabras de Vargas Llosa sobre los bancos y los banqueros es otro. El del intelectual que aboga por un esquema de libertades que ubique a cada quien en su lugar. En cambio, el sentido del poder —del poder diverso— gira en múltiples sentidos. Los bancos como chivo expiatorio. Los banqueros como excusa. Y la banca que vez tras vez justifica los ataques. Pero en el caso concreto que le brindaba a Vargas Llosa la oportunidad de hablarle a Caracas y Venezuela, el pueblo había optado por una respuesta que todavía hoy no puede ser entendida ni reducida al hecho de la defensa de un banco, los banqueros o el empleo. Vargas Llosa conducía a los oyentes y a sí mismo, incluso, a una interpretación que los llevara a confiar en un escenario en que el cambio era posible en Perú. Cambio para avanzar y progresar, modernizar. Prueba de ello, es que la medida de estatización, aprobada por el Parlamento peruano, seguía allí, dos años después, sin poder aplicarse, gracias a la resistencia civil y ciudadana.

Es un poco lo que ha ocurrido en Venezuela con el Grupo de Empresas Polar: solo la protesta de los trabajadores y el sentimiento del país por un grupo, por una marca, por muchos productos, por la propiedad privada, por la libre empresa, la creación de riqueza, el aporte social, han trastocado la ofensiva del gobierno de Chávez, cual es crear el clima para aplicar la medida de expropiación del conglomerado.

—No está planteada la expropiación de Polar —decía el vicepresidente Elías Jaua en septiembre de 2010. Nadie le creía, por supuesto. La medida estaba planteada. La realidad les impedía aplicarla.

En 2011, María Corina Machado, precandidata que aspiraba a ser la abanderada opositora para enfrentar a Chávez en las elecciones del año siguiente, enarbolaba sin prejuicio alguno la bandera del capitalismo popular, copiando al Vargas Llosa candidato de 1990. Por su parte, Cedice, no ha dejado de defender, sin tapujos, la propiedad privada ante la arremetida del gobierno chavista.

—No queremos pasar a ser funcionarios públicos —recordaba Vargas Llosa que era lo que la gente voceaba en 1987—. A nosotros el gobierno no nos va a contar el cuento de que una empresa estatizada va a beneficiar a los pobres, los humildes.

El relato dejaba atónita a buena parte de la concurrencia. Para mayor sorpresa,

Vargas Llosa añadió: fue «una protesta instantánea y nacional. Una protesta que tuvo el carácter de una bola de nieve que, en pocos días, movilizó a la opinión pública... Es una experiencia verdaderamente estimulante, porque fueron los pobres de un país pobre quienes con su coraje, con su resolución, detuvieron una medida que hubiera podido destruir nuestro sistema democrático, prostituir la democracia peruana y convertirla en una democracia manipulada».

La paradoja es que nadie, tampoco Vargas Llosa, podía calcular que una década más tarde la historia tendría otro comienzo en Caracas con Chávez en el poder. La experiencia peruana del Apra y Alan García más Alberto Fujimori, Vladimiro Montesinos y la comparsa militar, se potencian en un solo modelo: el de Chávez y el chavismo. La Era Chávez. Hay una seguidilla de eventos que se entrecruzan, marcando el derrotero. Lo primero es el Caracazo. Lo segundo son las intentonas golpistas contra el gobierno de Carlos Andrés Pérez de Chávez y sus aliados el 4 de febrero y el 27 de noviembre de 1992. Lo tercero es el fujimorazo en abril de 1992. Lo cuarto es que parte de los golpistas venezolanos buscan refugio en el Perú de Fujimori. Lo quinto es Pérez enfrentado a Fujimori. Lo sexto es Fujimori señalándole al autor de este libro que «yo soy amigo de Chávez, soy amigo de su presidente». Es el año 2000, la fecha de la Cumbre del Milenio de Nueva York. Fujimori no anticipaba que todo se le derrumbaba y que de pronto, y este es el séptimo punto, Montesinos va buscar refugio en el régimen chavista. El octavo punto es Vargas Llosa enfrentado a Chávez pero no como alguien que, así no más, enfrenta un modelo y el peligro que él entraña, sino como la consecuencia y el compromiso con el discurso de 1989 y la lealtad —ahora sí— hacia Venezuela, hacia la Venezuela que lo acogió en 1967, y lo dejó hablar sin censura, pese a que nadie desconocía sus vínculos con el gobierno de Fidel Castro.

II. Jaime Lusinchi en el paraíso de los tontos

La memoria, Blanca, no perdona. La memoria de los que recuerdan y nunca olvidan. En este país que una vez llamamos un paraíso de tontos. A Luis Herrera Campins nunca lo han perdonado a pesar de que ahora parezca un santo ante nosotros. La simpatía de ese gordo no es más impactante que mi sonrisa y a mí también me atacan, me desprecian. Hasta José Ángel Ciliberto, mi ministro de mayor confianza, me ha tirado la burra pa'l monte. No hay que confiar en nadie. Yo confío solamente en ti, Blanca, pese a que quisieron sembrar la cizaña entre nosotros. Dijeron que Blanca Ibáñez se había ido con un diplomático y que yo lloraba como una madre en Miami. No comprendían que esa era una de mis jugadas políticas. Que nadie pudiera extraditarte. Ni siquiera el enano siniestro de Luis Piñerúa, autoerigido inquisidor, emblema de la moral y de las buenas costumbres, en el partido. Mientras conserve alguna cuota de poder será todo tuyo, Blanca, aunque ya no puedas darles órdenes a generales y almirantes. Fíjate, Blanca, Hugo Chávez se rebeló contra Carlos Andrés pero en cambio, ¿cuántas veces tú no le diste una orden de firme? ¿Cuántas a ese comandante flaco como una gárgola que ha puesto al sistema en peligro? Así también los militares que intentaron el golpe del 27 de noviembre. Ja. Qué bueno fue mi gobierno. Pero todo lo malo nos lo echan a nosotros y lo bueno se lo llevan otros. Ahí está Carmelo Lauría queriendo ser candidato presidencial. ¿Acaso no era a él a quien los ministros le rendían cuentas? Menos mal que en las internas del partido, ya lo derrotó Claudio Fermín. Seamos sinceros, Blanca: yo le devolví la confianza al país que se había perdido con el búfalo loco de Leopoldo Díaz Bruzual en el Banco Central, el borracho de Arturo Sosa en el Ministerio de Hacienda, y el flojo de Luis Herrera en la Presidencia. La economía creció, los pobres volvieron a respirar, la alegría regresó al país, firmé el mejor refinanciamiento del mundo, y los inversionistas extranjeros nos dieron la mano otra vez. Por mí fue que Carlos Andrés llegó a Miraflores de nuevo. Esa es mi única y gran culpa. No tenía escapatoria. Si llegaban Rafael Caldera o Eduardo Fernández, entonces hubiésemos sufrido mucho más con tantos casos de corrupción aireados en la prensa. Al fin y al cabo con Carlos Andrés seguimos en el gobierno. ¿Es así? ¡Ay, Blanca!, ¿acaso no era más fácil la vida cuando estuvimos juntos en la fracción parlamentaria? Tú siempre mi secretaria. Ordenaste mi agenda. Le diste sentido a mi vida. Por allí fue cuando mi esposa, Gladys, se hizo vieja y amargada. Gladys no era atenta ni amable. Comenzó a descuidarme y a no querer soportar mis compromisos políticos. Al final ya ni falta me hizo porque llegaron tú y todos tus amigos. La Presidencia fue lo mejor. Cómo nos jalaban bolas. ¿Recuerdas aquel almuerzo de diciembre con los periodistas?

Esos discursos de puras güevonadas. Bueno, es que a Carlos Croes lo respetan sus colegas. Si yo fuera presidente de nuevo, no dudaría en designar a Croes otra vez ministro de Información. La presidencia fue lo mejor, porque nosotros sí ejercimos el poder. Tú le mandaste a dar unos coñazos a Sanín, desafiaste a los de la Casa Militar, y casi le haces dar un infarto a Gladys con tanta seguidera y amenazas de muerte. Rosana Ordóñez salió del canal 2 desde el día en que se atrevió a hablar de la amante del presidente. Con Luis Herrera y después conmigo, los medios arreciaron la campaña contra los partidos, los líderes democráticos, contra la democracia inclusive. Nos divertimos, ¿verdad, Blanca? Tú vestida de militar en la tragedia del estado Aragua, dirigiendo los rescates y los donativos a los damnificados de la tragedia del río Limón. Los comandantes del ejército, la aviación y la guardia, rindiéndote pleitesía y honores. Nos burlamos de España, los reyes, Manuel Fraga y de Felipe González, el amigo de Carlos Andrés. Hasta el Papa te bendijo en la capilla de Miraflores. Tú eras una reina, la presidenta, qué coño de primera dama. Los ministros te rendían cuenta en mi ausencia. De lo único que no opinaste fue de economía y quizá por eso es que dicen que mi gobierno despilfarró hasta la botija que encontramos llena. Blanca, tú asistías a los consejos de ministros y a los gabinetes de economía. Eres testigo de cuando llegaba Hernán Anzola, el presidente del Banco Central (ahora designado ministro de Cordiplan para continuar con el paquete de Pérez), a exponer que las cosas no marchaban bien, y venían Lauría, ministro de la Presidencia, y Héctor Hurtado, ministro de Fomento, y me decían que no le prestara atención a Anzola porque se le había vendido a los comunistas del Banco Central. Ese Lauría sí que es traicionero. Me vendió a Anzola para el BCV y después hizo lo posible por destruirlo. Conspiró con Héctor Hurtado y este le siguió el juego porque también quería ser presidente del BCV. ¿Y Anzola? Siempre bajito, como un santico, pero mentira, lo suyo es él y nada más que él. Tú eres testigo, Blanca, de que Hurtado sacaba unos papelitos del bolsillo izquierdo del paltó y me decía: «Presidente, yo no sé de dónde saca Hernán esas cuentas, porque yo estuve anoche con Eugenio Antonio Mendoza y me dijo que las ventas de sus empresas iban en aumento. De modo que la economía está creciendo». Y del papelito iba recitando números muy positivos. Y Lauría recurría a esos argumentos del técnico: «Presidente, usted sabe que de economía yo no sé nada, pero de bancos sí, pues a los 30 años fui presidente del Banco de Venezuela. Pues sí, presidente, eso que dice Hernán de aumentar las tasas activas y pasivas me parece un error político. En todo caso, vamos a aumentar solamente las pasivas y que los banqueros carguen con el costo». Me decían también que, presidente, las oficinas de los banqueros son despachos realmente sauditas. Entonces que sean ellos los que paguen el costo, presidente. La verdad es que no estábamos por pechar a los bancos sino por tomar una medida de política monetaria necesaria para el país en ese momento en que los precios del petróleo se habían derrumbado hasta menos de 10 dólares por barril y la inflación asomaba la nariz. Yo les creía a Lauría y a Hurtado. Lauría era mi mano

derecha, y Hurtado un hombre de una carrera pública de más de treinta años. ¿Y Anzola no estaba allí puesto por Gonzalo Barrios? Qué iba a hacer, Blanca, tú eres testigo. Y el bobo de Manuel Azpúrua, ministro de Hacienda, ejecutivo del Grupo Mendoza, casi nunca decía nada. No tomaba ninguna posición. No discutía. ¿Por qué estaba ese hombre en el gabinete? ¿Quién lo nombró? Tú lo regañaste una vez, verdad, cuando incumplió una orden mía, cuando me interrumpió en el momento en que yo escribía un discurso. Luis Raúl Matos Azócar le dijo a Lauría que renunciaba al gobierno porque yo prefería a Manuel Azpúrua. Intrigas y más intrigas. Ahora nosotros cargamos con todas las culpas. Somos víctimas de esa memoria. No hay tregua, Blanca, con la memoria. Hasta Manuel Peñalver, mi secretario general del partido, mi aliado en la candidatura, hoy dice que se da cuenta de ciertos errores que se cometieron en política económica. Qué sabe Manuelito de esa vaina si su gran mérito es haber dicho que los venezolanos no somos suizos ni actuamos como suizos.

Fue el divorcio, Blanca. Cuando comencé a ocuparme de ese asunto, carajo, de los abogados y de las demandas y declaraciones de Gladys. ¿Quién tuvo entonces la culpa de todos los éxitos o fracasos, Blanca? Yo en primer lugar por no ponerme al frente del mando. Blanca, yo no sé de economía como tampoco sabe nada Manuelito Peñalver para que ande hablando güevonadas por allí, pero estas cosas me han puesto a pensar. Dice una carta de Anzola que los documentos que él me enviaba a través de Manuel Azpúrua nunca llegaron a mis manos. ¿Tú sabías eso, Blanca? Y el presidente del BCV por respeto al ministro de Hacienda tenía que hacerme proposiciones a través de él. Cuando cayeron los precios del petróleo nadie se dio cuenta de la magnitud del problema. El derrumbe de los mercados internacionales cogió a todo el mundo por sorpresa: desde el jeque Yamani hasta Rockefeller. Pero Blanca, yo estaba seguro de que los precios subirían otra vez. Es que el petróleo es mágico y por eso el precio tenía que subir. El petróleo engañó hasta el mismo Juan Pablo Pérez Alfonzo. Yo estaba seguro de que volveríamos a los precios de 20 y 30 dólares cuando Irán exportara su revolución. El Ayatollah, sin embargo, no me hizo ese favor. Recuerdo mis palabras, Blanca, en una reunión por allá en abril de 1986:

—¡Carajo, cuándo será que ese santón echa una vaina allá en el Medio Oriente! Pero, en cambio, la Guerra del Golfo Pérsico le ha resuelto un año de malas cuentas a Carlos Andrés. El gocho sí que ha tenido suerte en su vida. A veces sufro pesadillas, Blanca, y en ellas los tecnócratas de Carlos Andrés me reclaman que así no se podía gobernar un país, con las esperanzas puestas en una guerra o en un conflicto para que aumentaran los precios del petróleo. Me llaman irresponsable y me dicen que así se acabó la Argentina que, después de haber sido la décima economía del mundo, siempre esperó la llegada de la III Guerra Mundial para vender su carne y trigo al mejor precio. Por Dios, Blanca, no hay comparación. Hernán me dice en su carta que cuando él era presidente del BCV se percató de que la dirigencia política del país no estaba capacitada para actuar en tiempos de crisis. ¿Y él? ¿Él sí? Y los técnicos, tan buenos ellos, me dicen en mis pesadillas que el

balance de mi gobierno es negativo, que le hice daño al país porque, fundamentalmente, yo no tuve la capacidad de entender el problema que enfrentamos y tampoco conté con un equipo ni una dirigencia política que me alertara sobre la crisis. Sin embargo, Blanca, yo hice subir la economía de este país del sótano hasta la planta baja. Así lo dije en esa oportunidad. ¿Qué le dejó Luis Herrera a Venezuela? Corrupción y devaluación. En 1984 ya habíamos iniciado el camino del crecimiento. Tuvimos superávit en todo en 1985 y fue cuando, diseñamos nuestros planes de inversión. Pero se cayó el petróleo, Blanca, después de haber acumulado entre 1984 y 1985 grandes reservas internacionales. El Fondo Monetario nos propuso en 1986 bajar el ritmo del Plan de Inversión. Pero no lo hicimos. ¿Sería este un error? Devaluamos sí, pero seguimos invirtiendo y construyendo obras públicas para que Carlos Andrés ganara las elecciones, Blanca. Pero se drenaron las reservas internacionales. ¿Blanca, dónde estás? ¿En Miami, Costa Rica, Italia o Perú? ¿Dónde dicen ellos que te has metido? ¿Qué nuevo destino te han inventado los injuriosos?

Me lo advirtió Gonzalo Barrios cuando gané las elecciones en 1983: «Jaime, no te lleves a Blanca para Miraflores. Démosle todo. Que se vaya a Nueva York, pero no te la lleves a Miraflores». Cómo iba a ser posible eso. Si yo te adoro. Tu amor me ha sostenido. Un amor que medité en mis paseos matutinos por los jardines de Palacio. En una de esas ocasiones declaré que siempre quise ser jardinero. Sin embargo, nadie captó la flor. Yo he sido jardinero de tu amor. No me toques ese vals porque me matas, Blanca. Quiero regar esa flor, hacerla vivir, cuidar sus rojos pétalos. Quiero tener un hijo contigo, ahora. No hay quien pueda impedirlo. Ni la opinión pública. Recuerdas que hablaron de un supuesto embarazo tuyo. ¿Quién inventó esto, Blanca? ¿Fue acaso Piñerúa? El enano te echó al escarnio público. Te calificó de barragana e impidió que hoy fueras diputada, colega de Henry Ramos Allup, quien tanto te quiere, tanto te defendió y apoyó. Henry te llevó al Parlamento para que te vieran de carne y hueso. Llegaste con ese séquito de mujeres adecas que te vitoreaban. Hasta el mismo Orlando Fernández, socialista y denunciante de oficio, que tanta vaina te echó se cagó al verte. Estuvo mansito y nunca más se metió contigo. Sin tu ayuda tampoco hubiese sido posible disminuir a Jorge Olavarría. Tantas bromas que nos echó. Hasta en una portada de su revista Resumen me sacó como un borracho hipeador y a ti te manipuló en una foto con una leyenda que decía Soy de Jaime. Eres grande, Blanca. Por eso te amo. Por eso me amas. Aunque hemos tenido nuestros pleiticos. Han inventado que uno fue por las tetas de aquella Raiza... ¿Cómo es que se llamaba?, la principal de tus quince secretarias. Qué tetas tenía esa mujer. Fue en España. Raiza nos acompañó y estuviste celosa por muy poca cosa. Me llegó la noticia de que la devolviste a Venezuela antes de que terminara la gira y ya más nunca se supo de ella. En otra ocasión uno de nuestros pleiticos fue por haberle intentado meter mano a aquella periodista de televisión en casa de Carmelo Lauría. Yo estaba borracho, Blanca. Eres como mi madre: protectora y decidida.

Presagio. Presagio. Pájaros de mal agüero. Te veo perseguida. En las calientes lenguas de las chismosas. En los chistes populares. Del pueblo que has ayudado con tanto sacrificio y desapego. Te veo en los sketches humorísticos de Radio Rochela. En los comentarios de Marcel Granier. En el discurso del senador Felipe Montilla en Cámara Plena, que nos desprestigió a ambos con tantos insultos y mentiras. En los discursos de la izquierda «obsoleta y periclitada», como dijo Rómulo Betancourt. Eres la Evita del mar Caribe de Cristóbal Colón. El hospital, la escolita, la placita, la callecita del barrio que llevaban tu nombre. Hasta eso lo borraron de un plumazo. Esos recuerdos son los que más duelen. Los que llegan como torbellinos en las sienes. Presagio. Veo a tu protegido, el fiscal General, Héctor Serpa Arcas, llegando al restaurant Primi con todo un séquito de guardaespaldas y choferes. Lo acompaña su esposa, doña Lola, ataviada con un vestido nuevo que dicen ha comprado con el dinero de las contribuciones sociales. El diputado malalengua Paciano Padrón la observa y la denuncia. Y Douglas Dáger, otro diputado, te ataca directamente a ti. Te atacan por Recadi, el organismo del control de cambio, que no es más que un cuento. Yo adcenté a este país mandando preso al exministro de Luis Herrera, Vinicio Carrera (que después se fue gracias a un habeas corpus otorgado por un juez copeyano y ahora anda suelto por las calles de Caracas), y al exgobernador, Rodolfo José Cárdenas que hoy apoya a Caldera en busca de muchos perdones. Yo enjuicié a tres exministros de la Defensa. Esta es la verdadera memoria, Blanca. No los mamotretos de libros que entregaba cada año al Congreso de la República. Mi conciencia está limpia y nunca faltan los inquisos. Los profetas del desastre que dijeron que todo estuvo mal, y ninguno ha tenido las bolas que tuve yo, de enfrentarme a Colombia (armar el país financiando el gasto con los pagarés militares que ningún banquero, inversionista o acreedor quiere ya), de llevar las fragatas misilísticas hasta el lago de Maracaibo cuando la corbeta Caldas nos iba a atacar. Íbamos a una guerra segura, pero los cachacos se cagaron con mi determinación. Yo sí no tengo sentimientos por Colombia porque nací bien lejos de la frontera. En Clarines, estado Anzoátegui. Al lado del mar de las Antillas. En la escolita le dije a mi maestro que algún día iba a ser presidente de la República. Lo logré. Lo hice. Con esfuerzo, tenacidad y dedicación. Sufrí cárceles, exilio y agravios. No como los dirigentes de ahora que desde que comienzan ya cuentan con padrino y financistas. A mí me derrotó Piñerúa la primera vez. Sin embargo, a él lo derrotó el pueblo. El Poder de Base, que era mi consigna, me dio más tarde la candidatura y la gente creyó en aquello de que Jaime es como tú. Inventaron luego lo del borracho para afectarme en la campaña. Y ni Caldera pudo atajar el triunfo. El pueblo está conmigo. Yo volvería Blanca, y el estúpido que ellos creen, con sonrisita de niño abobado, les daría su buena paliza, Blanca. Lo haría por ti. ¿Entonces, quién me culpa? ¿Acaso Carlos Andrés también no ha dicho que él estuvo solo en la aplicación del paquete de medidas?

Gonzalo Barrios no entendía tampoco el fondo de las medidas del BCV en 1986.

En esa reunión del partido analizamos dos crisis: las medidas que proponía el BCV y el asunto de la corbeta Caldas. Gonzalo, el viejo sabio y zorro, también estuvo perdido. No lo iba a estar yo, entonces. Fíjate: Lauría, Azpúrua y Hurtado me aseguraban que todo marchaba bien, que la banca extranjera estaba con nosotros, y de repente en una reunión del Fondo Monetario y del Banco Mundial en 1987 comenzó a correr el rumor entre los banqueros de que Venezuela llevaba a cabo un programa económico que la conducía hacia la destrucción, hacia la desestabilización. Por supuesto que Azpúrua dijo que todo eso era mentira. Que la banca estaba contenta y que nos prestarían dinero cuando quisiéramos. Blanca, recuerdo que discutimos el caso en mi despacho, y yo interrumpí la reunión, aceptando la versión de Azpúrua.

Yo llegué para el rescate de Venezuela. La gente me vio llorar cuando inscribí mi candidatura ante el Consejo Supremo Electoral en 1983. Suscribí un pacto para la democracia social con todos mis compatriotas. Conmigo gobernaron los mejores. Que lo digan Octavio Lepage, José Manzo González, Leopoldo Sucre Figarella, Simón Alberto Consalvi, José Ignacio Casal, Manuel Peñalver, Armando Durán y Celestino Armas, los hombres fuertes de mi comando de campaña. Piñerúa me acompañó aquel día al acto de inscripción de mi candidatura. Estuvo conmigo a cada momento. Me homenajearon en Houston. Me dieron un honoris causa en la Universidad de Guadalajara. La guerra sucia de Copei no me hizo mella por mi alto perfil de honorabilidad. La gente me vio ganarle el debate a Caldera. Derrumbé ese mito que llaman Rafael Caldera y que ahora desea tomar revancha. Gané porque representaba una nueva coalición social.

Terminé mi gestión con un alto puntaje personal en las encuestas, aunque en cierto modo los sondeos decían que la actividad gubernamental se había debilitado. Era natural, la crisis venezolana era profunda. Luis Herrera llevó el país al foso. Yo logré el milagro agrícola con Felipe Gómez Álvarez como ministro de Agricultura y Cría e inicié las reformas políticas. Carmelo llevó a Mauricio García Araujo al Banco Central y según dicen mis enemigos, su gestión estuvo vendida a las directrices del gobierno central. García Araujo, sin embargo, le rendía cuentas a Lauría. Los dos son culpables. No yo. García Araujo odia ahora a Lauría. Anda por allí Luis Raúl Matos Azócar diciendo que mi gobierno navegó, que no se tomaron en cuenta las directrices estratégicas que él diseñó, sino que por el contrario se recurrieron a medidas de corto plazo. Pero, Blanca, el país se encontraba en la bancarrota y mi responsabilidad era propiciarle un nuevo aliento. ¿Verdad que tuve razón? Por ello fue que terminé el periodo con un gran respaldo popular, mientras que años después la gente de la calle sigue recordando la nefasta administración de Luis Herrera y Copei. Mi pacto social era con los pobres, aunque el sindicalista Juan José Delpino diga lo contrario y se haya distanciado de mí. No todos recorremos juntos todo el camino. Algunos se quedan refunfuñando, maldiciendo, rociando pesticidas en el aire que los rodea. La única senda segura es la tuya y la mía.

Todavía estamos a tiempo de hacerla más larga. En Italia, en España, en Estados Unidos. Donde tú lo desees. Tal vez sea en Caracas donde te aprecian, donde quedan aún muchos amigos comunes. Viva la gente que es solidaria y no olvida. Un hurra por los consecuentes y los agradecidos. De ellos será el reino de Jaime. Uno que consiguió su reino es Jorge Olavarría. Después de tanta vaina que nos echó en esa revista Resumen, logramos domarlo. Lo amansaste, Blanca. Llegó a diputado después de haber sido candidato presidencial de Opina. Le dimos la oportunidad de abandonar la política y el periodismo y convertirse en hacendado. Así son las cosas, Blanca. Tú y tu magia lograron amansar a ese loco de lengua viperina. Una lengua más dura y caliente que la de los que nos destrozaron en nuestra gira por España. Nosotros hospedados en el Ritz, rompiendo el protocolo de ser huéspedes del palacio de El Prado. Claro, yo no iba a cargar con la amargada de Gladys, y la reina tuvo que calarse el hecho de no asistir a los encuentros de los jefes de estado: el Rey y yo. Cómo estimas esa condecoración que te obsequiaron en la Madre Patria. La condecoración Isabel La Católica. Buen trabajo que hicimos. No obstante, las críticas no se hicieron esperar. Te puedo jurar algo: cogimos más prensa y televisión que Carlos Mata y Jeannette Rodríguez. El primer culebrón del trópico del que se habló en España fue del nuestro, no de Cristal. Ja, cuántos habrán llorado con una historia tan bonita. Se oyeron hasta las protestas de Corín Tellado. Buen tema de amor para una escritora como Delia Fiallo.

III. El primer premio gordo

En agosto de 1967 todo está preparado para el gran acontecimiento, sumatoria de la celebración del IV Centenario de la fundación de Caracas.

Coinciden dos eventos en el marco de una misma programación. Más el agregado de un terremoto que derrumba, hunde edificios, provoca muertes y siembra desconcierto en la ciudad. Pero el siniestro no detiene el desarrollo del programa. Por el contrario, obliga a los anfitriones a sacar fuerzas y seguir adelante, ante lo cual los visitantes se maravillan, dejando constancia en los testimonios posteriores. Llama la atención que en la página opuesta que recoge el discurso de Mario Vargas Llosa, el diario *El Nacional* publica un reportaje gráfico que ilustra la magnitud del desastre.

Con todo y eso, en medio de la tragedia, prosiguen la entrega del Rómulo Gallegos y el XIII Congreso de Literatura Iberoamericana. Caracas. El más grande evento de la cultura registrado en la capital hasta el día de hoy. En las revueltas de la historia hay que anotar que otro acontecimiento había acontecido en 1948 a propósito de la toma de posesión de Rómulo Gallegos como presidente de la República, el primero electo por voto universal y secreto. Este evento destacaba por partida doble: porque arriban escritores del exterior, y también porque es la oportunidad para que, por primera vez, se vean las caras artistas, poetas, narradores y gente de la cultura y del folklore, venidos de todos los rincones de país. Dicta la historia que el organizador del evento de 1948 es el mismo creador de premio: el poeta Juan Liscano.

El crítico José Miguel Oviedo —amigo de juventud de Vargas Llosa— reseñó la semana de agosto de 1967 de esta manera, versión reproducida en el extinto diario *La Verdad*, tomada del diario *El Comercio* de Lima: «Del desconcierto y el dolor del reciente terremoto, la ciudad pasó, gracias al Congreso y al premio, a la euforia y al más apasionado interés por los escritores presentes y por sus libros».

Al lado de críticos como Ángel Rama, José Miguel Oviedo y Emir Rodríguez Monegal, comparten mesa y foro Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Juan Carlos Onetti, Miguel Otero Silva, Adriano González León, Fernando Alegría, José María Castellet, Oscar Sambrano Urdaneta, José Ramón Medina, Salvador Garmendia y Arturo Uslar Pietri, entre otros.

Más nunca se ha visto en el país un encuentro similar. Más nunca se ha visto a un Rodríguez Monegal polemizando con un Uslar Pietri porque este señala que la crítica ha muerto; ni un Vargas Llosa y un Gabriel García Márquez haciendo gala de su vocación expositora. Es, por lo demás, la mejor época de Adriano González León, que discurre a cancha llena, polemiza y reclama el espacio para la escritura y el

escritor.

Oviedo reseñó de cómo los medios de comunicación se centraron en Vargas Llosa y García Márquez. «Televisión, radio, cine, prensa, presentaciones personales, infinitas mesas redondas, actos culturales en su honor, etc. Las cintas grabadas con sus declaraciones sumaron centenares de metros; autografiaron todos sus libros disponibles y terminaron firmando cajas de fósforos (...) Jamás tanta publicidad fue concentrada en escritores latinoamericanos y, de los dos, el más sorprendido parecía ser García Márquez, cuyo fulminante ingreso al “boom” tuvo su primera repercusión en Caracas».

Vargas Llosa ya venía como escritor laureado y una semana más tarde abandona la ciudad y Venezuela, ascendido a *vedette* literario. Solo Gabriel García Márquez, con *Cien años de soledad* recién publicada, le compite en atención. No porque la obra se conociera en Caracas, que sí era el caso de Buenos Aires, impulsada aquí por el joven Tomás Eloy Martínez. Los librereros disponían de muy pocos ejemplares — veinte, calculan, algunos—, pero Gabo había residido en Caracas una década atrás, ejerciendo el periodismo y con buenos amigos entre los periodistas y los jóvenes escritores venezolanos, de los cuales, algunos destacarían después.

Aunque Vargas Llosa y García Márquez se conocen en el aterrizaje en el aeropuerto, no dejan de andar juntos, enfrentarse juntos a la prensa, asistir juntos a las fiestas, y viajar juntos en carro y en avión, por los caminos y los aires de Venezuela. Tan distintos y se la viven juntos. En *Historia de un deicidio*, Vargas Llosa amplía los detalles de esta alianza personal y literaria. Son como la suma de los opuestos y eso los hace aún más interesantes. Mientras Vargas Llosa diserta y declara sobre su vocación de escritor y sobre el origen de sus libros, García Márquez improvisa, fuma como un loco, adelantando el meollo de lo que sería uno de sus cuentos más reconocidos, *Presagio*. Vargas Llosa también fuma. Pero con un humo más tranquilo, más formal que, sin embargo, da pie para evocar las madrugadas, las rondas, el frío, la angustia, los sueños, la rudeza de los cadetes en el Leoncio Prado de *La ciudad y los perros*. El de Gabo es un humo trastornado. Las fotos de la época los recogen así, envueltos en nubes de humo.

En torno a Vargas Llosa, al poco tiempo, el periodista Carlos Díaz Sosa recoge en *El Nacional* que «nunca un escritor había alcanzado popularidad comparable a la de un deportista, como el tránsito de este caballero limeño, que entonces se expresaba con nostalgia por la aberrante situación político-social de su país».

Ya él andaba en esto. No había terminado aún *Conversación en la Catedral*, aunque la novela le da vueltas en la cabeza hasta que en 1969 le pone punto final. Después revela que ninguna obra le había exigido tanto trabajo como esta. Y claro: en ella, al cabo de varias versiones y al menos tres años de trabajo, adelanta el todo de lo que es y será: el periodista, el escritor, el político, el pensador. Zavalita es un compendio. Y la suma es la frase, la frase que por lo general se recuerda de la novela: «¿En qué momento se había jodido el Perú?». Pregunta clave, con respuesta incluida

en la obra, ampliada, justificada, en cierta manera, pues para una nueva edición, Vargas Llosa escribe, en junio de 1998, que «ese clima de cinismo, apatía, resignación y podredumbre moral del Perú del ochenio (de Odría), fue la materia prima de esta novela, que recrea, con las libertades que son privilegio de la ficción, la historia política y social de aquellos años sombríos».

Es tal el impacto de lo vivido en Caracas que al arribar a Lima, por contraste, siente el desaire de la prensa que no le perdonaba su apoyo al gobierno de Fidel Castro y a la revolución cubana. Ya lleva casi una década viviendo en París. Trabaja para el servicio en español de la radio y televisión francesa. Y por el hecho de hacer vida en Europa desde finales de los cincuenta, se le considera ajeno a los círculos literarios de Lima y el resto del Perú, donde no volverá a residir sino hasta 1974.

El pinchazo de Lima es más patente en tanto la euforia de Caracas ya había repercutido en el resto de la región, contagiando a Bogotá, por donde el premiado pasa haciéndole compañía a García Márquez. En Lima, también comparten tribuna.

De esos chispeantes días queda el testimonio del periodista Raúl Vargas de *Interpress Service*, quien observa en el escritorio del autor, en Lima, «cientos de páginas de diarios y revistas que lo han perseguido implacablemente» en Caracas y Bogotá, abrumándolo de «elogios, simpatías y adhesiones».

Tal vez Vargas Llosa espera un recibimiento similar en la capital peruana. Al menos un poco de orgullo nacional por el galardón alcanzado. Aunque su obra, *La Casa Verde*, en realidad concursó representando a Venezuela.

Raúl Vargas anota que «al día siguiente de su llegada la prensa peruana, en cambio, lo recibe con diatribas, bajos ataques de chacales, minúsculas y tristes reseñas de su llegada».

No hay luces como en Caracas. Cero focos. Tampoco entrevistas ni periodistas volcados hacia él, tratando de grabar sus palabras. No es el centro de atención, y de serlo, sería para encajar el ataque de los consagrados del Perú, como Luis Alberto Sánchez, alta figura del Apra. Atrás queda la capital de Venezuela, donde, inclusive, firmaba autógrafos hasta en cajas de fósforos, según reseñó José Miguel Oviedo, su amigo, de los pocos que lo acompañarán en otra jornada célebre en 2010: la recepción del Premio Nobel de Literatura en Estocolmo.

Sin duda, en Caracas había sido otra la experiencia. Nacía la *vedette* Vargas Llosa aunque convencido, él, de que al margen de ese vedettismo, (o incluso) de esa «recepción como estrella de cine o futbolista, hay una manifestación absoluta de amor por la literatura», y sentencia (sin equívoco alguno), que «la literatura sí que existe ahora en América».

Esta experiencia lo marcó tanto que al cabo de cinco años, de nuevo en Caracas, en el Coloquio del Libro, organizado por la estatal Monte Ávila Editores, advertía a los que visitaban por primera vez la ciudad, que «pisan el país más loco de la tierra, país donde la literatura y los escritores pasan todavía como cosas muy importantes. Deben esperar una verdadera agresividad hospitalaria que harán de ustedes unos

vanidosos. Serán entrevistados, filmados, televisados, perseguidos por cazadores de autógrafos, deberán asistir a multitud de almuerzos y serán interrogados sobre los más variados temas. Aquí los escritores son queridos, admirados y hasta fichados por la policía, porque incluso, la policía se interesa por los escritores». En la reseña escrita por Miyó Vestriani en *El Nacional* del 27 de julio de 1972, no pasa por alto la otra cara de la moneda:

—De regreso a nuestros países volvemos a la triste realidad y conocemos, entonces, una irreprimible nostalgia por Venezuela.

La cita que sigue a continuación, cabía en aquel remoto momento de 1967. En perspectiva, hoy está fuera de total contexto. Pero se trata de la constancia que Vargas Llosa expresa a Raúl Vargas ante la frialdad con que lo recibía el Perú:

—No sé si ese es el precio de la fama. Neruda me contaba en Londres que siempre debe pasar esto, que él tenía un archivo especial de estas cosas, pero viejo, aquí hay algo raro, ni en Bogotá, ni en Caracas, ni en Uruguay, ni en Argentina, hay formas de tan poco alturas de diálogo, formas tan negras de envidia, de no sé qué.

O lo que es lo mismo. Encaja aquí el proverbio: nadie es profeta en su tierra. Al menos no lo era. Ya lo es. Ya no puede quejarse, pues no solo Lima sino todo Perú lo ama, en tanto patrimonio nacional. Lo adora como prócer de las letras aunque menos en papel de político. Basta mirar el presente. Y qué distinto 1967 a como fue recibida la noticia del Nobel en 2010. Desde el presidente de la República, Alan García, hasta los habituales de la plaza San Martín, celebraban con orgullo. Alan García, en efecto, el mismo a quien combatiera por la estatización de la banca. En Arequipa han anunciado que construirán un monumento. Si falta algo, esto destaca: fujimoristas y apristas, unidos también en un solo sentimiento. Izquierdistas y liberales. El Nobel es peruano.

Esta locura de país, explica, en consecuencia, la huella de Rómulo Gallegos. La compenetración de un autor y una obra con su pueblo. O como dijo Germán Arciniegas: «La novela de Gallegos no es obra de ficción. Es el retrato de su pueblo». Logró la Presidencia de la República. Y alcanzó más: pertenecer al país, no a un partido, tal como lo expresó Miguel Otero Silva en 1947. Gallegos fue global en su tiempo, en virtud del éxito de *Doña Bárbara*. También hizo, en lo que cabía en 1929, literatura comprometida. El dictador Juan Vicente Gómez se rindió ante las páginas de la novela. No la pudo censurar, pese a la recomendación de los adulantes. «Algo tan bueno no puede estar contra mí». El pueblo, entonces, la pudo leer, y de allí surge un nuevo lenguaje, un nuevo código de uso corriente y también de uso para la diatriba y la política, al que aún hoy, más de ochenta años después, apela Hugo Chávez para atacar a los Estados Unidos y a la maldad del imperio. Para Chávez, el Mr. Danger de *Doña Bárbara* ha reencarnado en Mr. Bush. Es el mismo, dice. Es el peligro, repite. Y Chávez (comunicador nato), si echa mano del código de Mr. Danger es porque entiende que el pueblo venezolano hace la conexión automática con el personaje, con *Doña Bárbara* y con el prestigio de Gallegos, que sigue intacto,

intocable, imborrable. Ni el mismo Chávez se ha atrevido a atacarlo, más bien lo reconoce y coloca en el sitio merecido, aunque, sí, se atrevió a algo: a sustituir el busto de Gallegos por el del dictador Cipriano Castro en el patio del Palacio de Miraflores.

Hubo un tiempo, no lejano, cuando era común identificar a los débiles, fracasados, a los humildes funcionarios públicos enyugados por sus jefes, sus caciques y sus caudillos, como los mujiqutas del país, para referirse al Mujiquta de la novela, el secretario obediente que debe arreglar, corregir y hasta cargar con los entuertos de su jefe, el comisario Ño Pernaleta. Un día Mujiquta no hará lo que le ordena el jefe, Ño Pernaleta, el jefe civil corrupto, mandón, aliado del poder de Doña Bárbara.

Ño Pernaleta también formará parte del discurso y del código del ejemplo. El personaje posee características muy actuales en la realidad política venezolana:

«Se parecía a casi todos los de su oficio, como un toro a otro del mismo pelo, pues poseía ni más ni menos de lo que se necesitaba para ser Jefe Civil de pueblos como aquel: una ignorancia absoluta, un temperamento despótico, y un grado adquirido en correrías militares. De Coronel era el que había ganado en las de su juventud; pero aunque sus amigos y servidores tendían a darle a veces el de General, el resto de la población del Distrito prefería llamarlo: Ño Pernaleta».

Sin embargo, la que obtendrá todas las palmas es Doña Bárbara. No ha habido otra como ella. Ni los Buendía. Ni Pantaleón. Gallegos logró que su personaje pasara a ser sinónimo de dominadora, y es común todavía escuchar las expresiones:

—Te pareces a Doña Bárbara.

—Mandas más que Doña Bárbara.

—Pero bueno... ¡Barbarita!

En esto, Vargas Llosa posee su propio equivalente en la frase de Zavalita «en qué momento se jodió el Perú» de *Conversaciones en la Catedral*. La expresión ha sido utilizada a la hora de buscarle explicaciones a la crisis política, a la crisis financiera, a los golpes de Estado, al régimen de Fujimori, a la tragedia colombiana, a la crisis venezolana, a la caída del PRI en México, al drama de Argentina, al derrumbe de una calle, al descuido de una plaza, y a una derrota de la selección peruana de fútbol.

—Cuándo se jodió Colombia...

—Cuándo se jodió Venezuela...

En su época, Gallegos bate el récord. En meses ya es un escritor global. A la vuelta de los meses está radicado en España, y son reeditadas en Barcelona *Reinaldo Solar* y *La Trepadora*. La primera edición en inglés de *Doña Bárbara* ya está lista en 1931. Ahora vive en Nueva York. Ahora vuelve a Caracas. Ahora va a la selva para investigar y escribir *Canaima*. Ahora está en Washington. Y otra vez se radica en España. *Doña Bárbara* está en boca de lectores y críticos, de autores y estadistas. Regresa en 1936. Ha caído la dictadura. Hay vientos de cambio en el país, y Gallegos es recibido con honores, algo que no le ocurrirá a Vargas Llosa, en Perú, hasta la

fecha del Nobel. La Federación de Estudiantes de Venezuela publica un comunicado en el que lo designa «maestro de juventudes», apuntando que «Rómulo Gallegos supo dar alto y efectivo ejemplo de honradez y civismo durante el oprobioso régimen anterior».

Cambiaban los tiempos en Venezuela y era reconocida la «literatura comprometida» de Gallegos, porque si al análisis riguroso se va, hay allí literatura social, literatura que explora el mundo de las desigualdades, las injusticias, la barbarie, la violencia, y como dijo en Caracas Vargas Llosa a propósito del lanzamiento de *Leyenda de Mayta*, solo en «el arte la violencia es bella. Y en Latinoamérica la literatura está impregnada de violencia». Eso es *Doña Bárbara*. Devoradora de hombres, la cacica del llano, caudilla de una nación, realidad de un continente.

En 1941 Gallegos lanzaba su primera candidatura; esta vez simbólica. La fama sostiene y supera cualquier programa de gobierno y cualquier campaña electoral. Rómulo Betancourt (regresaba del exilio) escribió una carta de apoyo a la fórmula de quien fuera su maestro de literatura (Gallegos lo deja encargado de la cátedra en el liceo Andrés Bello de Caracas) en la cual no dejaba resquicios para dudar de por qué y no otro debía ser Gallegos el candidato:

«Todos los venezolanos lo conocen porque han leído *Doña Bárbara*». Era verdad, o al menos, casi todo venezolano que sabía leer recitaba de memoria la frase inicial de la obra: «Un bongo remonta el Arauca».

En esa primera experiencia era imposible el triunfo en una elección de segundo grado, pero el objetivo se apuntalaba: irrumpía la dirigencia emergente con visión de poder. Entonces, Acción Democrática nacería en septiembre de ese año, se abría paso como un partido que pregonaba la lucha contra la pobreza, el analfabetismo, la desigualdad social; a favor de la educación gratuita, de programas de salud pública, el voto directo, secreto y universal, la propiedad petrolera pública y la reforma agraria. Pan, tierra y trabajo es la consigna principal. Y Rómulo Gallegos encarnaba la consigna hecha figura, la consigna de la paz, el maestro, el civismo, el intelectual, el escritor de éxito, el novelista que había captado la identidad nacional, el venezolano más internacional de su tiempo. El primer demócrata en cuerpo y espíritu. Lo dejaba ver en un mitin en Barquisimeto:

—Yo no concibo forma de existencia apetecible sino bajo climas de libertad y dignidad individual, de cabal desarrollo de la personalidad humana en plenitud de sus fueros, solo posible dentro de un régimen democrático. Igualmente odiosas me son las dictaduras personales de los hombres de presa que por largos años ha sobrellevado Venezuela, desnudas de ideologías, puro apetito desenfrenado, como aquellas que hoy quieren implantar y extender por todo el mundo los partidos totalitarios, tanto los que predicán la lucha de clases prometiendo la dictadura del proletariado —que por otra parte no existe entre nosotros como clase económicamente definida ni políticamente organizable— como las que nos

reservarían el nazismo o el fascismo o como en otros países le den por llamarse y que hoy se esfuerzan por adueñarse del mundo.

De no ser otra época, se diría que un tal escritor del *boom*, Vargas Llosa, es quien manifiesta, de manera más cercana, tal cuadro de convicciones. Hoy como ayer, los autoritarismos, los totalitarismos, los fascismos, los nacionalismos, los militarismos, se asoman en el país y en la región. Gallegos va a confirmar su credo democrático en 1948, y en el acto de Barquisimeto había anticipado que «yo estaré siempre al lado de los que luchan por el imperio de una democracia respetuosa de la individualidad y, al mismo tiempo, exigente de la obligación en que todo hombre está de contribuir, con su pensamiento y sus obras, al máximo de sus posibilidades, a que en la colectividad de que forma parte reinen el orden bien extendido y la justicia soberana».

También durante la campaña de 1941, preocupado por la situación económica, echaba las bases de lo que consideraba podía ser la relación Estado-Empresa privada y el aporte de la iniciativa privada en bien del país: «Planificada la acción del Estado, con el propósito de facilitar el contacto entre las zonas productoras y los mercados de consumo y política de producción nacional, mediante un apoyo eficaz a la iniciativa privada, de acuerdo con la acción impulsora del Estado, inspirada en el empeño de echar las bases de una economía nacional saneada y próspera —agrícola, pecuaria e industrial— con providencias de defensa nacionalista de nuestras fuentes de producción y por medio de un sistema impositivo de cuotas más altas, para el Estado y para la nación, en las riquezas trabajadas por capital extranjero, pero sin restricciones imperantes que ahuyenten el necesario aporte de este capital».

De haber habido elecciones universales, directas y secretas, Gallegos se hubiese alzado con el triunfo. Desde que apareció su candidatura en San Fernando de Apure (capital del llano venezolano), las masas la acogieron, aunque en vano, porque era el Congreso y no la gente la que podía votar.

Betancourt escribe entonces que «apenas regresamos a Caracas fue tomada por el grupo directivo del Partido la decisión: “el candidato simbólico” sería Rómulo Gallegos. Multitudes fervorosas ganaron de nuevo la calle y se reunieron para oír a Gallegos, a Andrés Eloy Blanco y a otros oradores en concentraciones realizadas en Caracas, Barquisimeto, San Cristóbal y en el oriente nacional. El pueblo se había reencontrado consigo mismo y de nuevo había tomado conciencia de su fuerza inmensa».

En 1945, los adecos, llamados por los militares derrocan el gobierno de Isaías Medina Angarita y forman gobierno. Pero a Gallegos no le informan que el partido hará fórmula con los militares. Nadie se atreve. Es después que Gonzalo Barrios le ofrece los detalles de la decisión que ha tomado el partido, de entrar en el golpe. Luego, cambia la historia del país. Entre las decisiones de la Asamblea Constituyente convocada en 1946 aparece la elección universal, directa y secreta. Gallegos volvería a ser candidato en 1947. Esta vez sí, el terreno estaba abonado para el triunfo. Y

estará abonado para un nuevo golpe militar (la fama —Vargas Llosa sabe de esto— no es antídoto ante los felones militares) que en noviembre de 1948 lo depone y lo expulsa del país hasta 1958, año del retorno glorioso, aunque un tanto triste por la muerte de su esposa en el exilio.

Le quedará una década más de vida, pero esos años de Caracas será el tiempo de los honores y del retorno al poder de su partido y de sus amigos presidentes, Rómulo Betancourt y Raúl Leoni. Quedará demostrado que en ese periodo no había figura viva de mayor trascendencia que Gallegos. Si la victoria de 1947 había sido contundente, en 1958 sería apoteósico el recibimiento y todavía más abrumador el cortejo fúnebre que llevó sus restos al cementerio. Murió un sábado de gloria, el 5 de abril de 1969, a dos años de la entrega del premio a Mario Vargas Llosa y de la única cita y entrevista que sostuvieran. El lunes 6, medio millón de personas acompañaron el cortejo, que duró seis horas en su recorrido, desde la mañana hasta la tarde. Medio millón en una Caracas que apenas alcanzaba los dos millones de habitantes. Murió con todos los honores.

Vargas Llosa andaba por Puerto Rico y desde allí enviaría sus condolencias (escueto telegrama). Quedaba el testimonio del premio. Y la foto de aquella cita en Caracas. Vargas Llosa de corbata a rayas, él de corbata negra (eterno duelo por la esposa). Todavía Vargas Llosa fumaba. Gallegos había dejado el cigarrillo. Él se le acerca y casi le habla al oído. Gallegos apenas escuchaba y apenas habrá voz para decir aquello de «cuándo me van a entregar el premio a mí». Habían transcurrido cuarenta años del premio en Barcelona, España. Y veinticinco años del estreno de *Doña Bárbara*, encarnada por María Félix, actriz seleccionada por el mismo Gallegos para el papel. La gente se volcó a los pocos cines de Caracas. La gente que acostumbraba y no acostumbraba a ir al cine se confundió en las filas y va a ser una de las primeras ocasiones en que esas masas se mezclen en el propósito único de ver una película, de ver a María Félix y ver a Doña Bárbara en pantalla, en movimiento, en imagen. El suceso de la película era el suceso de la novela como el suceso de su candidatura, como el suceso del retorno al país, como el suceso de su muerte.

Al descender del avión, el periodista Diógenes Santander (diario *Últimas Noticias*) es de los primeros en entrevistarlo. El texto apareció publicado el 3 de agosto de 1967. Bajo el brazo lleva un diario cuyo titular reza: *Guerrilla en Haití. Toque de queda en Puerto Príncipe*. Santander lo describe «más como un actor cinematográfico que como un escritor laureado. Tiene 31 años, es de porte distinguido y viste elegantemente». Lleva un traje claro y la impecable corbata oscura. La chaqueta, el traje, la corbata, la camisa bien planchada, hacen el contraste con las camisas floreadas, tropicales, de Gabo.

Que la elegancia no es un dato menor, dada la estampa común, desaliñada, desarreglada, de escritores, poetas y pintores. En mayo de 1994, la periodista Blanca Elena Pantin hace uso de ese detalle para construir la crónica (*El Diario de Caracas*), de un foro celebrado, junto a Salvador Garmendia y Denzil Romero, en el Ateneo de

Caracas. Estaba retrasado. «Llegó azoradísimo... ¿La razón? Su habitación del Hilton se había inundado». Aquí, luego, viene la nota que destaca: «Nadie, después de semejante percance, podía explicarse la radiante, elegantísima, estampa del escritor a quien nada, por lo menos no un suceso de esa naturaleza, parecía haberle ocurrido». Aún así se presentó «trajeado de azul oscuro, zapatos brillantes, camisa blanca y corbata a juego...». La crónica de Pantin lleva un título de antología: *Conversación con Vargas Llosa después de la inundación*.

No es casual. No está jalado de los pelos. El toque de la distinción —algo de coquetería—, ya aparece en la primera novela, *La ciudad y los perros*. ¿La única huella de la educación militar? «Alberto se arreglaba la corbata. ¿Era él ese rostro pulcramente afeitado, esos cabellos limpios y asentados, esa camisa blanca, esa corbata clara, esa chaqueta gris, ese pañuelo que asomaba por el bolsillo superior, ese ser aséptico y acicalado que aparecía en el espejo del cuarto de baño?». Para completar, esta otra referencia: «Y se vio rico, hermoso, elegante, envidiable: un gran hombre de mundo».

Muchos de los que hoy se sientan al lado de Chávez lo aplaudían en esa primera edición del Premio Rómulo Gallegos. Muchos de los que hoy también confrontan a Chávez comulgaban con las ideas del joven Vargas Llosa. Muchos, como él, se percatan del error y muchos persisten apoyando el sistema, la dictadura cubana, el clientelismo, las estatizaciones, el cerco a las libertades políticas y económicas. Como un lustro atrás se había alzado con el Premio Biblioteca Breve de Seix-Barral con *La ciudad y los perros*, y ahora ganaba el Rómulo Gallegos, no eran pocas las expectativas por lo que fuera a decir en el discurso oficial. Al final se confirmaron: todo un manifiesto. Por la literatura, sí, y también por el socialismo... y Cuba.

Lo que dijo entonces, el núcleo duro del chavismo lo aplaudiría con entusiasmo. Allí, ante el escrutinio de la crema y nata de la literatura iberoamericana, ante la mirada, más ausente que presente, de Rómulo Gallegos, Mario Vargas Llosa lucía erguido, elegante, seguro de sí mismo, estampa de intelectual, figura al estilo Malraux, a lo mejor Sartre. ¿No lo llamaban en la Lima de su juventud el sartrecillo valiente por seguir con devoción a Jean Paul Sartre? Entonces, el poder político de la época escuchaba estas palabras:

—Dentro de diez, veinte o cincuenta años habrá llegado, a todos nuestros países como ahora a Cuba, la hora de la justicia social y América Latina entera se habrá emancipado del imperio que la saquea, de las castas que la explotan, de las fuerzas que hoy la ofenden y reprimen. Yo quiero que esa hora llegue cuanto antes y que América Latina ingrese de una vez por todas en la dignidad y en la vida moderna, que el socialismo nos libere de nuestro anacronismo y nuestro horror.

Camarada Vargas Llosa, diría el quinceañero Hugo Chávez, si acaso en la natal Barinas lo llegaba a alcanzar algún eco, alguna voz, alguna frase suelta. Presente.

Pero estas palabras alzaban vuelo ante el poder político de una Venezuela que, por el contrario, confrontaba al sistema cubano y a Fidel Castro, quien aportaba recursos,

preparaba insurgentes e inclusive envía elementos guerrilleros cubanos a combatir al gobierno de AD y Raúl Leoni, electo democráticamente.

Pese a ello, la contundencia del discurso no origina piquetes del gobierno adeco condenando la presencia del autor; ni un funcionario policial lo retenía en Maiquetía advirtiéndole de las opiniones políticas que podía y no podía expresar; ni aparece un ministro justificando la negativa al trato protocolar, porque en el país se habían acabado esos privilegios. Todo esto ocurrirá, en realidad, más tarde, en 2008, previo al encuentro de intelectuales, otra vez en Caracas, que devendrá en reto y desafío entre dos figuras de talla mundial, entre el escritor Mario Vargas Llosa y Hugo Chávez, ahora presidente, ahora en el poder, nuevo profeta del socialismo, del estatismo, autodeclarado soldado de la revolución venezolana y mundial, aliado de Cuba y de Fidel Castro.

Acción Democrática gobernaba desde 1959. Primero con Rómulo Betancourt y, en esta ocasión, 1967, a Raúl Leoni le restaba poco más de un año de ejercicio. AD era un partido enfrentado al castrismo y la subversión castrista. Y a pesar de que era público quién era y qué ideas políticas encarnaba el joven escritor, el gobierno propone no solo que Vargas Llosa sea el candidato que represente a Venezuela ante el Premio Rómulo Gallegos, sino que además lo gana, se lo entrega y deja que hable y exprese lo que quiera.

Después del discurso no se registraron hechos de violencia. No hubo condena. No se escucharon insultos. A Leoni ni remotamente le pasaría por la cabeza acudir a la televisión para atacarlo.

Sin embargo, como el que calla otorga, no se podía dejar para luego la respuesta, el debate, la discusión, con polémica, eso sí, como procede en un país democrático, gobernado por demócratas.

Carlos Andrés Pérez, que a la vuelta de seis años alcanzaría la presidencia de la República (enemigo de Chávez y amigo de Vargas Llosa desde entonces) resaltó «la bofetada» del autor contra Venezuela al declararse castrista en plena ceremonia de entrega del premio. Pero Pérez no lo calificó de «intelectual analfabeta», como lo hizo Chávez en 1999. Todo lo contrario, Pérez apuntó que «es un novelista que se lo merece», el premio.

—No debemos arrepentirnos nunca de haber escogido con tanta justicia a Mario Vargas Llosa —señaló Pérez—. Se le otorgó el premio por su valor intelectual, a sabiendas de lo que es.

Pese a la polarización abierta y manifiesta entre la intelectualidad, solo se colocaba en tela de juicio la opinión política, nunca la autoridad intelectual del autor ni la calidad literaria de la novela premiada, *La casa verde*. Arturo Uslar Pietri dijo que la novela «es muy buena, tiene méritos suficientes para haber obtenido el premio».

En cuanto al discurso, apuntó: «es de circunstancia, y si Vargas Llosa creyó necesario decir lo que dijo, es un criterio que le pertenece». Tuvo razón el autor de

Las lanzas coloradas: era un discurso de circunstancia. Después, Vargas Llosa cambia de posición al descubrir a fondo los horrores del sistema cubano.

Guillermo Morón tildaba de «inmoral» la defensa castrista. «Se aprovechó de la ocasión», apunta. Fue un «abuso», agregó. Morón no se explicaba cómo *ningún representante del gobierno dijo nada*.

El poeta Juan Liscano observaba natural que Vargas Llosa dijera lo que dijo, pues era sabido que formaba parte del consejo de redacción de la revista *Casa de las Américas*, editada por el gobierno de La Habana.

—De modo que el problema de Vargas Llosa —precisaba Liscano— cuando acepta el Premio Rómulo Gallegos no es precisamente saber lo que van a pensar los venezolanos sino cómo van a tomar la cosa los cubanos... Aunque no milite en ningún partido es un hombre comprometido con el régimen de Fidel Castro.

O sea, Liscano le daba la vuelta a la situación, convirtiendo el discurso del ganador en la paradoja de la crítica. En democracia es posible no solo estar en contra sino, lo mejor, expresarlo abiertamente.

—Me atrevo a asegurar —agregaba Liscano— que Vargas Llosa dio muestra de liberalidad, de amplitud, de cierta independencia de criterio, al viajar a Venezuela, dejarse agasajar por sectores oficiales y hasta reconocer una deuda de gratitud con este país, así como la absoluta libertad que se le concedió. Inclusive, señaló que había aceptado este premio porque no se le había exigido «ni la más leve sombra de compromiso ideológico y estético», lo cual debería avergonzar al tren oficial cultural de Cuba donde solo se actúa de modo comprometedor, polémico y tendencioso.

Un Miguel Otero Silva, más curtido en la arena política y periodística, simpatizante del Partido Comunista, comprendía el exceso de su colega y se lo atribuía a la edad, al «sarampión de la juventud», que las comillas son frase textual de Rómulo Betancourt.

—Tiene perfecto derecho Vargas Llosa a citar la revolución cubana como prototipo de un régimen socialista si así se lo dicta la conciencia. En cuanto a mí, que no tengo treinta años como Vargas Llosa, hubiera meditado mucho en su caso antes de hacerlo.

Y es que Otero Silva agregaba una observación que en tiempos de Chávez quizá le valiera ser insultado y atacado en las televisoras oficiales:

—Se observan síntomas en Cuba que los revolucionarios de todas partes deben comenzar a considerar como alarmantes. En primer término, el afán de sustituir la concepción marxista de gobierno proletario por una deificación política del superhombre nietzscheano, esta vez con barbas.

Se repite la historia en Venezuela. Se confirma la sentencia del autor de *Lope de Aguirre, Príncipe de la Libertad*. Aunque el personaje no lleve barbas.

Al retomar lo que señalaba Liscano, no resta más que destacar que el poeta apunta en la dirección correcta. Es que, para la fecha, la confrontación de Fidel Castro y Rómulo Betancourt alcanzaba el punto más elevado. El premio en cierto modo

ayudaba a contrarrestar la propaganda izquierdista contra el sistema democrático venezolano, empujaba las letras hispanoamericanas y enviaba el mensaje de que en Venezuela se premiaba la calidad y no la ideología. Por ello Liscano hablaba de ese elemento: de lo que van a pensar los cubanos de Vargas Llosa por haber viajado a Caracas y haber aceptado el premio.

El tiempo le otorgará la razón a Liscano. Los problemas los tiene Vargas Llosa en Cuba y en los círculos de la izquierda venezolana que lo critican por haber aceptado el premio de manos de Rómulo Gallegos —expresidente y militante de Acción Democrática— y de Raúl Leoni, presidente en ejercicio, también militante de Acción Democrática. Ya él había censurado a la Unión Soviética por los juicios contra Andrei Siniviaski y Yull Daniel. Él critica más tarde a los soviéticos por la invasión a Checoslovaquia. Y rompe con Fidel Castro por la persecución y condena de escritores en Cuba. El caso Padilla es el punto de inflexión. En cinco viajes a Cuba se va percatando de la mentira, el engaño, la trampa del régimen. El caso Padilla, 1970, rebasa el vaso. Pero la ruptura venía cuajando.

En Cuba, para desprestigiarlo, se afincaron en la especie de que se había comprometido a donar el importe del premio, los 22 000 dólares, pero que luego se los embolsilló, los disfrutó, «los gastó». Los detalles de este episodio se los cuenta Vargas Llosa a Ricardo Setti y vale la pena la cita textual, aunque extensa:

RAS: En esa campaña [*de desprestigio por haber renunciado a su posición en el Comité Editorial de la Casa de las Américas en Cuba*] usted fue acusado de haberse comprometido a donar el dinero recibido del premio literario Rómulo Gallegos, en 1967, al fondo de guerrilla del Che Guevara y que, por el contrario, había comprado una casa. ¿Cómo fue ese episodio?

MVLL: Eso es uno de los episodios que precedió a mi distanciamiento con Cuba. A mí me comunicaron un día en París que yo estaba entre los finalistas del premio Rómulo Gallegos. Mi editor, *Seix Barral*, de Barcelona, había presentado mi novela *La Casa Verde* a este premio sin que yo lo supiera. Yo tenía una relación muy estrecha con la revolución cubana en ese tiempo y cometí el error —aunque al final resultó totalmente positivo haberlo hecho— de decirle a Alejo Carpentier, que era el agregado cultural de Cuba en París, que yo quería conocer la opinión de Cuba sobre este premio, porque había la posibilidad de que me lo otorgasen.

RAS: ¿Y entonces qué pasó?

MVLL: Yo regresé a Londres, donde vivía, y pocos días después recibí una llamada telefónica de Alejo Carpentier, diciéndome: «Tengo que ir a Londres para hablar contigo, porque recibí un mensaje para ti que debo comunicarte personalmente». Agregó: «Voy en la mañana para poder regresar en la tarde». Entonces fue a verme a Londres, con mucho secreto. Era la primera vez que iba a Inglaterra. Lo fui a buscar al aeropuerto, fuimos a almorzar en un restaurante en Hyde Park, y entonces sacó una carta de Haydée Santamaría. Era una carta no para que yo la tuviera, sino para que yo la oyera. Era una carta de Haydée Santamaría a Alejo

Carpentier para que él me la leyera a mí. Para que no quedaran pruebas, que no quedaran huellas del episodio. Y en esa carta, Haydée Santamaría —era una carta que probablemente no había sido escrita por ella, porque Haydée no hubiera podido escribir así; pero sospecho más o menos quién pudo haberla escrito— decía, entre grandes elogios a mi obra, que el premio Rómulo Gallegos me daba la gran oportunidad de hacer un gran gesto a favor de la revolución en América Latina, y que ese gesto debía consistir en lo siguiente: hacer un donativo al Che Guevara, que estaba en ese momento no se sabía dónde. Si yo lo hacía, ello tendría una gran repercusión en América Latina. Hasta allí muy bien; pero entonces venía una parte que a mí me ofendió mucho. La carta continuaba diciendo que «naturalmente nosotros comprendemos que un escritor tiene necesidades», y por consiguiente «esto no significa que usted tenga que perjudicarse por esta acción; la revolución le devolverá a usted el dinero discretamente, sin que esto se sepa». Le dije a Alejo Carpentier: «Alejo, mira, esta es una cosa que es muy ofensiva. ¡Tú imagínate lo que Haydée me propone! Que yo haga la farsa de, primero, recibir el premio. Luego, irme de Caracas a La Habana, donde vamos a montar una farsa extraordinaria donde voy a aparecer como un héroe que dona 25 mil dólares a la revolución. Y luego me vengo a Londres, y la embajada cubana, discretamente, me devuelve mis 25 mil dólares. O sea, yo, un farsante, actuando realmente con una duplicidad extraordinaria». Le digo entonces a Carpentier: «¿Cómo puede Haydée hacerme una propuesta semejante? Es una cosa que a mí me ofende muchísimo. Si a mí me dicen: “Dónenos usted el premio”, yo sabré si lo dono, o no lo dono. Pero que no me digan: “Haga la farsa de donar el premio, porque usted no perderá nada, se va a quedar con la plata”. Eso no es la manera de tratar a un escritor que tiene respeto por su trabajo».

RAS: ¿Y cuál fue la reacción de Alejo Carpentier?

MVLL: Entonces Alejo Carpentier —que era muy cínico, un gran escritor, pero un hombre muy cínico, un funcionario del Gobierno— me dijo [*cambiando la entonación de la voz*]: «Mira, no, eso no se lo voy a decir a Haydée así, porque no conviene que tú te pelees con la revolución... Vamos a decir que tú no puedes hacer eso, que te parece que no, que más bien vas a hacer algún gesto después...»

RAS: ¿Y cómo terminó el episodio?

MVLL: Yo fui a recibir el premio y pronuncié un discurso en el que hablé de Cuba, tomé unas distancias con el gobierno de Venezuela [*que había instituido el premio y, en esa época, estaba enemistado con Cuba*], e hice un elogio a la revolución cubana. Recibí después una carta de Haydée, una carta muy cariñosa, diciendo que me felicitaba por el «grito de Caracas» [*irónico*]. De cualquier manera, ya todo eso creó un distanciamiento, un enfriamiento.

Cochino dinero. Pero no. En perspectiva, es el gesto lo que reclamaba el régimen cubano. Farsa, de ninguna manera gesto, apuntaba Vargas Llosa, para la cual no se presta, no sucumbe. Zavalita no es así. Zavalita es persistente. Terco. Porfiado. Y aunque el trasfondo en este episodio sea político, destaca que el elemento ostensible

es el dinero.

De modo que esta historia va y viene. Y hay otro enero en 1982. Esta vez Vargas Llosa abarrotó los espacios de la librería Lectura, en el Centro Comercial Chacaíto de Caracas. En un gesto inédito, los caraqueños lo esperan, pacientes, en una larga fila para que firme su última obra publicada, *La Guerra del fin del mundo*.

Walter Rodríguez, librero de garra internacional, propietario del establecimiento, dice que todavía nadie ha superado en Venezuela a Vargas Llosa en un acto de firmas. Nadie más autorizado que Walter Rodríguez, quien también organizó firmas con Jorge Luis Borges, Carlos Fuentes, Adriano González León, Miguel Otero Silva, Roberto Bolaño y Arturo Uslar Pietri, entre otros, en el mismo local. Se conservaban fotos en la librería, testimonio de aquellos actos, memorables.

De la convocatoria de esa noche en Lectura, Luis Lozada Soucre (escribió la reseña para *El Diario de Caracas*), deja constancia del revuelo, de los conocidos y desconocidos que abarrotan el lugar, de la mujer que se abre paso a codazos, de la muchacha que le pregunta si era la primera vez que venía a Venezuela, y del hombre que compra dos ejemplares del libro, uno en rústica y otro en edición empastada. Lozada Soucre escucha que algunos bromean desde el fondo:

—¡Ta'barato, dame dos!

Es que así reconocían a los venezolanos en Miami, por la costumbre de encontrar todo barato y pedir dos artículos en una sola voz, pagados con petrodólares. Hay que anotar que esta nueva visita de Vargas Llosa era en 1982 y la devaluación —la primera crisis del bolívar— se produciría un año más tarde, finalizando el gobierno de Luis Herrera Campins. Después, Lusinchi vuelve a devaluar. Y Carlos Andrés Pérez, y Rafael Caldera, y Hugo Chávez hacen lo mismo, optan por la devaluación, una y otra vez. El año del Nobel, el gobierno volvió a devaluar.

La muchacha que preguntaba si era la primera vez en suelo venezolano, seguro que era una niña en 1967 y menos sabía que *La Casa Verde*, su segunda novela, le produjo, de entrada, no solo la consolidación de la fama al obtener el Premio Rómulo Gallegos sino también 22 000 dólares que, para esa fecha, constituían la suma más elevada conferida a un premio literario en lengua castellana.

Antes, en 1962, con *La ciudad y los perros* había obtenido, en España, el Premio Biblioteca Breve de Seix-Barral Editores, y postulado para el Premio Formentor, abriéndole las puertas de Europa. La crítica de la época, destacaba la sacudida que a partir de esta novela manifiesta la narrativa hispanoamericana, con el *boom* latinoamericano.

«La tormenta comenzaría a estallar ahí», escribe José Donoso en *Historia personal del boom*. Se premia una novela peruana en España y se premia a un escritor demasiado joven. Eso «contribuyó a desencadenar el estruendo, el famoso *boom* que se oíría en todas partes», apunta Donoso.

En el haber del *boom*, destacan dos premios Nobel. El de Gabo y el de Vargas Llosa. Ambos vinculados a Caracas. Ambos galardonados con el Rómulo Gallegos.

Por el Nobel, Vargas Llosa recibe 1,7 millones de euros. Más de 2 millones de dólares. Inmensa cantidad para un escritor. Pero en su caso, en esta etapa de la vida, más le importaba el prestigio del premio que el dinero. De hecho, por más de una década estuvo esperando el Nobel. Respecto al dinero, no siempre la holgura fue así.

Cochino dinero, dirán algunos escritores, y cada día son menos quienes lo dicen. En 1967, Vargas Llosa ya destacaba la solvencia del Premio Rómulo Gallegos, y frente a lo que creían otros de que iba a donar los 22 000 dólares a la revolución cubana, se los queda y los disfruta. ¿Y por qué se los queda? Primero, para no prestarse a la farsa. Y segundo, elemental, amigo Watson: cuestión de supervivencia. La clave la explica José Donoso. Es verdad, Vargas Llosa había ganado el Biblioteca Breve en 1962, pero el Premio sería más reconocimiento, más «tralalá», como dice Donoso, pues su «nombre —y de paso el de la editorial Seix-Barral— se hizo popular en todo el mundo de habla castellana: *La ciudad y los perros* hizo hablar a todo el continente».

Esto era una cosa y la otra, la solvencia de poder dedicarse por entero a la literatura, y no seguir en trabajos propios de supervivencia, porque mientras escribe *La ciudad y los perros*, dice Donoso, «trabajaba para la Radio-Televisión Francesa», y «pese al estruendoso éxito de *La ciudad y los perros*, tuvo que continuar trabajando noche a noche en la Radio-Televisión francesa en París. Y más tarde, cuando con su mujer y sus dos hijos pequeños se trasladó a Londres para enseñar en la Universidad en esa capital, vivió en circunstancias tan estrechas, tan míseras, que su casa consistía en dos cuartos amoblados —él se encerraba en uno mientras su mujer trataba de mantener a los niños en relativo silencio para que en el cuarto contiguo Vargas Llosa pudiera concluir *Conversación en la Catedral*».

Después todo cambia. Se acercaba el éxito. Vienen las traducciones. Lo alcanzaba la fama. Llegan las películas. Las obras de teatro. La holgura. Más premios. Y más dinero. Llovió el dinero como llueve en Piura.

Y de verdad, llovió dinero, y aunque son odiosas las comparaciones, en este caso vale la pena seguir la ruta de oro y plata, ya que en 1973 los críticos no pasaban por alto que *Pantaleón y las visitadoras* aguantaba un tiraje de 100 000 ejemplares en su primera edición, o que el Premio Planeta (1993) con *Lituma en los Andes* le abonaba a su cuenta 380 000 dólares, o que el Premio Cervantes (1995) le abultaba los números con otros 120 000 dólares, o que al ganar el Premio Hemingway en 1985, donaba su importe, 50 000 dólares, a la construcción de un orfanato en Ayacucho, Perú. Este último detalle dice mucho del trecho recorrido de 1967 a 1985: dona los 50 000 dólares (más del doble que la suma del Rómulo Gallegos) y todavía no había recibido ni el Planeta ni el Cervantes.

Al obtener el Cervantes, confiesa a Rosa Mora en *El País* de Madrid que no sabía que era tanto dinero el que recibiría. «¿Qué haré?», se pregunta y le pregunta a la periodista. «Pues gastarlo», se responde de lo más natural, como si 120 000 dólares era la suma de un salario mensual. Y lo cierto es que, gastarlo era menos que una

preocupación banal, si se quiere, pues ya en septiembre de 1977, en entrevista con Nabor Zambrano en *El Nacional*, en Caracas, admitía «vivir de los libros», aunque no era él quien llevaba las cuentas ni los detalles. Al menos es lo que le explicó a Rosa Mora: «En mi casa tenemos una división del trabajo, yo escribo y mi mujer se encarga de la administración». Y acto seguido, las palabras son de desconcierto: «La verdad es que no sé aún. Me acabo de enterar, estoy abrumado». Se refería a la plata. ¿Estaba abrumado realmente? Porque antes había recibido los 380 000 del Planeta, el triple del Cervantes.

No obstante, en 1967 era otra la situación. Los 22 000 dólares del Rómulo Gallegos significan mucho más de lo que se puede apreciar a vuelo de pájaro. Significan el empujón definitivo, el punto de apoyo para seguir adelante, casi sin dolores de cabeza. En cierta manera lo va a reconocer en 1994, en otra visita a Caracas, en declaraciones al periodista Hugo Colmenares de *El Nacional*:

—Venezuela es uno de los países latinoamericanos que hacen del hecho cultural artístico una pasión. Aquí fue donde a los escritores del *boom* más apoyo nos dieron. El Estado gastó mucho dinero en los novelistas y nosotros nos sentimos muy agradecidos y por siempre.

«Mucho dinero», y esta era una forma de referirse al Rómulo Gallegos, aunque al hablar del apoyo del Estado, Vargas Llosa aludía de manera indirecta a Monte Ávila Editores, y también a la revista *Imagen*, y también a la *Revista Nacional de Cultura*, y a la Biblioteca Ayacucho, y también a los encuentros universitarios, y pensaba en los premios para García Márquez, Carlos Fuentes... y pensaba en el Museo de Arte Contemporáneo de Caracas, presidido por años por su amiga Sofía Imber, y piensa en el Teatro Teresa Carreño y en el Ateneo de Caracas, donde *La Chunga* o *La señorita de Tacna* fueron montadas a lleno total, y pensaba en el sistema de orquestas juveniles, sostenido por el empeño del maestro José Antonio Abreu y la continuidad de los gobiernos y la empresa privada.

No escapaba nada a Vargas Llosa. Conoce bien el país. Lo siente, lo vive y lo sufre. De ahí, también, que reconozca sostener «una relación muy antigua con Venezuela», tal como se lo expresó a Moraima Guanipa y a Diana Gómez en *El Universal*, en mayo de 1994.

Una relación honesta, sincera, leal de más de medio siglo. Una relación que resulta patente, confirmada, en esta frase dicha en 1967 al ya citado Raúl Vargas en Lima:

—He ganado un premio con solvencia literaria. No he recibido una subvención para mi conciencia.

IV. La verdadera muerte de Carlos Andrés Pérez

No es la primera vez. Tampoco será la última. Uno allí, con ese olor a muerto, casi falso, mentiroso. Observado por muchos, sentido por pocos. Hubiera preferido otra muerte. No es lo mismo estar a que lo crean a uno muerto. Rómulo Betancourt acuñó esta frase para Jóvito Villalba: cadáver político insepulto. Mas yo, pienso en la vida. En las ganas de andar. Brincar. Recorrer. Figurar. No pienso en el suicidio ni en el autosuicidio. Estaba yo allí comiéndome el mousse de parchita cuando llegó la noticia. Presidente, la Corte Suprema de Justicia aprobó el antejuicio. Golpe mortal. Mucho más fuerte que cualquier cañonazo en las madrugadas del 4 de febrero y el 27 de noviembre, cuando los militares se alzaron para tumbarme y matarme. Antes me había tomado un whisky. Disfruté cada trago. El whisky siempre me ha gustado. Al banquero Pedro Tinoco yo lo enseñé a tomar, pues antes se emborrachaba. El whisky hay que llevarlo con cierta calma, pausa. Como la política. Llueve y escampa. Primero había llegado la información de un posible empate entre los magistrados. Nada era seguro, sin embargo. Para decir verdad, para ser honesto, como siempre lo he sido, no creía en mi absolucón. Fue Rommel Fuenmayor, mi edecán, quien me pasó el papelito con el dato. Los ministros guardaron silencio hasta que yo les anuncié el veredicto. Inmediatamente fui al despacho. No esperé el café. ¿Para qué? El hervidero de periodistas vino después y, obligado, sonreí. Era la circunstancia y este hombre. (Fueron solidarios con el presidente todos los periodistas de Palacio). Pero en el fondo lloraba. En privado lloré mucho más que las dos lágrimas que solté en televisión. Alberto Quirós Corradi me vio flotar al retirarme del almuerzo. En realidad, mi alma pesaba mucho. La cabeza me dio vueltas. Y pude captar una sombra atravesarse en mi camino. Una sombra vaporosa que dio media vuelta y se perdió, se alejó. ¿Se había ido mi buena suerte? ¿Me abandonaba mi buen destino? ¿Era mi buena estrella? La gloria no puede esfumarse. «Ninguna acción de mi vida mancillará mi historia». No soy un ladrón. No soy un vulgar ladrón. No era esta la puerta por la que quería ingresar a la historia. No el sello. No mi lápida. Cuando conocí por primera vez el contenido de la ponencia del magistrado presidente de la Corte Suprema de Justicia, Gonzalo Rodríguez Corro, afectado comencé a recoger mis papeles personales. Las cartas de Felipe González, el último recuerdo de Willy Brandt, la esquila deliciosa de Cecilia, un memorando del ministro Pastor Heydra, un informe de Orlando García, una carta de Mitterrand, otra de Fidel Castro, y hasta un mensaje secreto de Fujimori. Me encontraron allí el nuevo procurador de la República, Ricardo Ernst Contreras, Jesús Ramón Carmona, ministro de Relaciones Exteriores, y el canciller Fernando Ochoa Antich. Dispuesto estaba a renunciar esa

misma mañana, completamente abatido. Es que la primera impresión fue de derrota total. No esperábamos eso de Rodríguez Corro. Al menos era lo que nos había hecho entender. Inclusive le expresó a uno de mis colaboradores que allí no había nada, que el presidente no se preocupara. Quien actúa de una forma y sale con otra es porque quiere engañar y si engaña es porque algo más que una decisión jurídica ha tomado en cuenta. Recuerdo que en la reunión del Consejo de Ministros alguien planteó una salida como la del fujimorazo. La negué de plano. Es un acto reñido con mi credo democrático. ¿Acaso yo no combatí y denuncié a Fujimori ante la comunidad internacional? A las primeras de cambio el procurador argumentó que no todo estaba perdido. Señaló que el acto era nulo porque se me había negado el derecho a la defensa. Acto fallido. Hizo el ridículo y fue demolido por mis oponentes. El canciller apoyó la tesis de que había recursos legales.

Ni en Palacio se guardan los secretos. A las 11 de la mañana todo el país sabía de mi situación y de mi supuesta renuncia. Me convencieron mis amigos de al menos convocar a un Consejo de Ministros para informar de mi resolución. Les dije que allí mismo estuve a punto de firmar la renuncia. Los ministros rechazaron la posibilidad. El ministro de la Defensa, Iván Darío Jiménez, señaló que hasta el momento había sido muy débil en este caso. Que debía dar la pelea. Llamé a Armando Durán en España, a Simón Alberto Consalvi a Washington y a Carlos Blanco. Estudiamos la posibilidad de manejar la opinión pública. Los recursos eran escasos. Los medios ya estaban montados en la línea que conduciría al desprestigio del presidente, los partidos y la democracia. Había empresarios que no me perdonaban el paquete de reformas que los obligaba a competir y a dejar atrás el rentismo. ¿Y mi partido? Yo abrí las compuertas para profundizar la democracia con la elección directa de los gobernadores, con lo cual los partidos, entre ellos el mío, debían apurar la renovación para competir con mejores argumentos y mejores líderes. Frente a este cuadro, no obstante debía dar la cara. Quise ganar tiempo emplazando a la Corte a aligerar su decisión. Venezuela debía saber que no le huía al proceso. Les hablé a los gobernadores y negué la posibilidad total de renuncia. Entonces los conspiradores, los enemigos de siempre, quienes no me han perdonado mis triunfos ni mis errores, arreciaron sus ataques: que si chantajeaba y presionaba a la Corte, que se usaban grabaciones secretas para que los magistrados votaran a mi favor, que no respetaría la decisión, que daría un autogolpe, que nombraría un ministro como sustituto para seguir en el poder. Por Dios, nunca antes tantos odios se juntaron contra una sola persona. Yo ingenuamente creí que la lucha sería limpia. Yo jugué limpio. A nadie perseguí. A nadie coarté a decirme en los medios de comunicación lo que le viniera en gana. Ahí confirmé que a la oposición se le pueden perdonar los abusos, pero al gobierno no. He sido un gobernante justo, y por ello estoy aquí. En esta limusina. La limusina presidencial cargada de cajas de papeles, recuerdos y reflexiones. Una limusina que algunos verán pasar como el cortejo fúnebre de un rey. No es un ataúd. No es la muerte. El único tiempo que me tomaré para pensar será el del viaje de

Miraflores a La Casona. De allí en adelante comenzaré a actuar. No habrá tregua. He de recuperar el amor de mi pueblo. Hace un mes que estuve en Margarita, y allí algunas muchachas bonitas se retrataron conmigo; todavía el presidente de Fedecámaras, Freddy Rojas Parra, me prometía seguir colaborando en la transformación del país que inicié en este segundo gobierno. Después Freddy reveló en televisión que yo le había dicho que sí renunciaría. En la mañana del 4 de febrero de 1992, cuando Hugo Chávez intentó el golpe de Estado, el Directorio de Fedecámaras regañó a Freddy Rojas Parra por haber ido tan pronto a Palacio a defender la democracia; sus integrantes argumentaron que él ha debido esperar el desenlace de los acontecimientos, la definición del triunfo a favor de los insurrectos o de la democracia. Dijeron que había sido mucho el riesgo. Que los empresarios pudieron haber sido afectados, que se habrían tomado represalias, si los triunfadores hubiesen sido los golpistas. Todos estos indicios descubren a un tipo de empresario que no juega limpio, sin compromiso con la historia. Hago votos porque vengan tiempos mejores y no se arrepientan de la corta visión política.

El fiscal Ramón Escovar Salom invitó a desayunar a su oficina al ministro Jesús Ramón Carmona, para revelar su disposición de que la lucha sería limpia. Pero ya había dejado de serlo desde el mismo momento en que manipuló a la opinión pública revelando el contenido de la ponencia de Rodríguez Corro. Y cito al periodista Federico Álvarez, conocido más por comunista que por perezcista: «¿Es el presidente el único que manipula este proceso? La realidad proporciona a diario elementos suficientes para pensar que presenciamos una de las tramoyas más complicadas en la vida contemporánea de Venezuela. ¿Qué otra cosa, sino manipulación, fue el envío simultáneo del texto de la ponencia a los 14 magistrados de la Corte y a los medios de comunicación social?». Dijo Federico Álvarez que «la independencia de los magistrados para evaluar la ponencia se redujo a cero, al ser colocados ante la brutal presión de una opinión pública convertida en tribunal por encima de las leyes». Y en ese caldo revuelto, ahí estaba, por otro lado, Luis Herrera señalando que yo quería enredarlo todo con la renuncia y no renuncia y con el manejo de un tal «olvido voluntario». Me ha tachado de inconstante, contradictorio e inconsecuente. Evidentemente el expresidente respira por una vieja herida. Jesús Ramón Carmona, el ministro más allegado a mí, recomendaba que lo ignorara, que no hay que desgastarse en peleas inútiles, que más bien estudiara la composición de la Corte Suprema y medir fuerzas, pero mi experiencia me señalaba que la votación estaba perdida. Solo restaba actuar con sentido democrático. Así lo he hecho siempre. Así recordarán a Carlos Andrés Pérez. Convoqué en varias oportunidades al Estado Mayor de las Fuerzas Armadas solo para advertirle que se apoyaría la decisión de la Corte. Así resultara condenatoria. Los conspiradores han ganado una. No obstante, no me siento derrotado ni vencido. Volveré, le he dicho a mis secretarías, se lo dije a Laura Robles, quien estuvo a punto de organizar la fiesta de despedida en Miraflores si renunciaba. He perdido esta batalla. No la guerra.

Derroté a Hugo Chávez y a su grupo de militares golpistas y derrotaré a quienes quieren sepultarme. Jesús Sanoja Hernández, otro periodista comunista, escribió una página con el siguiente titular: «Perdiste una». Dijo que «por vez primera, ante la opinión pública y a lo largo de 35 años de democracia representativa, Pérez no ha tenido suerte y parece haber perdido la “pepa del zamuro” que lo acompañó en el ministerio betancurista, la jefatura parlamentaria, la candidatura triunfante en 1973, el retorno jubiloso en diciembre de 1988 y, en el intervalo, en abril de 1980, cuando se salvó, gracias a un “empate” inimaginable, de ser condenado administrativamente por el Congreso de la República».

¿Por qué me enjuician? ¿Por la Partida Secreta o por los cambios y las transformaciones políticas y económicas que inicié? ¿Por haber dispuesto de dinero para ayudar a Violeta Chamorro en Nicaragua? O me enjuician ¿por la descentralización? ¿Por la pérdida de privilegios de políticos y sindicalistas? ¿Por no dejarme derrocar por militares? ¿Porque no me perdonan mi segunda presidencia? Lo ha dicho con claridad The Wall Street Journal: los dinosaurios políticos propiciaron mi caída. Caldera, por su lado, ha tomado esa afirmación como un ataque directo de los poderes transnacionales a su candidatura. Yo, por mi parte, no huiré. Daré la pelea. Me seguiré enfrentando a mis adversarios así digan Caldera y Arturo Uslar Pietri que no sea conveniente que yo ande por allí reclamando el apoyo popular. Lo hago porque lo puedo hacer. En cambio ellos no. Ya lo dijo Oswaldo Álvarez Paz: «Nunca hemos conocido a Pérez como un hombre que corre ante el peligro, sino como un fajador». Y cito de nuevo a Federico Álvarez: «CAP no está dispuesto a tirar la toalla todavía. Aspira a demostrar que es un demócrata convencido, que respeta las instituciones y que, si bien cree que es víctima de una confabulación de sus adversarios, está listo para pelear limpio en el terreno que lo han colocado. Después, como él mismo lo dijo, amanecerá y veremos». Hoy como ayer estimo conveniente repetir estas mismas frases de cuando se me acusó en el caso Sierra Nevada: «¿Quién o quiénes me acusan?... El cinismo obscuro y el cinismo inteligente. El arma que ha escogido el cinismo obscuro es el vilipendio. ¿De qué se me acusa? De que el gobierno que yo presidí fue el gobierno más corrupto que ha tenido Venezuela. Primero se me denunció como agente de la CIA, que había recibido dineros de esta organización norteamericana». Mentiras otra vez. Es la misma confabulación de siempre, y los mismos atacantes de siempre.

Hoy es jueves 20 de mayo de 1993, día en que la Corte decidió el antejuicio, y esta noche, me han informado, habrá una gran fiesta en la casa de la magistrada Hildegard Rondón de Sansó. Allí se reunirá parte de la confabulación. La celebración, organizada por esta magistrada, demuestra las posiciones ya tomadas. La historia la colocará en su lugar. Yo quiero presumir de la buena fe de los magistrados de la Corte, y, no obstante, no me faltan razones para pensar en la alianza de los odios y los rencores, en la alianza de la soberbia de Caldera, en la alianza de la venganza de Lusinchi, porque por allí se dice que fue su gente la que

dejó colar la información de los 250 millones de bolívares de la partida secreta. En fin, es la alianza del atraso versus la modernidad. ¿Qué estarán pensando mis amigos líderes nacionales y mundiales? Que han logrado los enemigos de Carlos Andrés colocarlo en el escarnio internacional, y no se han dado cuenta de que con ello le han hecho un gran daño al país, pues soy yo el más grande dirigente de Venezuela. La paradoja es que las canalladas de esos políticos soberbios y envidiosos me han creado una gran coraza y gracias a ello estoy vacunado contra la epidemia de los odios. No caben los odios en mi corazón. Que me perdonen esta jactancia, pero es así. Que me perdonen mis errores, pero que me reconozcan mis éxitos. Que no caigan tantas paladas de palabras en esta tumba que se me ha asignado. De ella saldré y nuevamente triunfaré, y otra vez no me perdonarán lo que no se perdona en Venezuela: el triunfo. Ya estará ¿Caramelito? en La Casona disponiendo la nueva ubicación de mis trajes y mis corbatas. La limusina da un tumbo, y también dirán que el hueco en la calle es culpa mía. Asegurarán que es otro de mis errores. Oigo truenos, relámpagos. Oigo consignas (Chávez para el Palacio de Miraflores y Pérez para la cárcel de los Flores). A lo lejos está la bandera rasgada de Miraflores. No es casualidad. La ida es larga y presurosa. La Casona se hace lejana. Earle Herrera escribe que «Pérez no sale exclusivamente por la ya famosa partida, sino por la acumulación de faltas. Hablando ahora en el argot del fútbol, el Sierra Nevada fue para sacarle tarjeta roja. Lo dejaron continuar en el campo y concluir el partido. Regresó por aclamación y ahí mismo comenzó a cometer “foul”. El 27F provocó un penalty y no se lo cobraron. Los árbitros impusieron el silencio a las gradas. Ante su juego agresivo, se decidió a jugarle con violencia. No se le propino una lesión como para sacarlo del partido el 4F ni el 27N. Por no pasar el balón a sus compañeros, ni escuchar al entrenador, empezaron las deserciones de su mismo equipo. El 20M los jueces le sacaron tarjeta roja. Quedaba fuera, pero no se fue a las duchas». Y no me iré. Ni que Juan Liscano saque a relucir ahora que yo en mi juventud leí solo dos libros: el catecismo y la Historia Patria Obligatoria. Ni porque traiga a cuento el supuesto arrepentimiento de Rómulo Betancourt de haberme llevado al poder y de argumentarle ese arrepentimiento de la siguiente manera: «Juan, es que los hombres nunca somos los mismos. El hombre que llevó a Pérez al poder no es el que soy hoy, ni él era el que yo creía». No abandonaré aunque los evangélicos de ORA digan que un presidente pierde el poder por poseer amante y ser ladrón. De qué van a hablar Caldera y Luis Herrera de corrupción, si hasta el mismo Jaime Lusinchi les dijo una vez que delante de las ladronerías de los copeyanos los adecos somos unos roba gallinas. No abandonaré y no será este el último capítulo de mi historia, trayectoria, liderazgo e imagen nacional e internacional. Veo pasar calles y avenidas y veo también las escenas de mi vida. Una reciente: en noviembre de 1992 cuando se conocen las primeras denuncias sobre los 250 millones de bolívares se me acerca el consultor jurídico de Miraflores, Gustavo Velásquez, y me dice: «Presidente, estamos compilando toda la información

sobre esa denuncia. Hay que prepararse». «No se preocupe. No le dé importancia a eso». Estuve confiado. Todos me criticaron después lo mismo. No nos preparamos para enfrentar el caso porque, entre otras cosas, no hay pruebas que acusen al presidente. El otro error fue no haber sentado a los denunciados y ponerlos de acuerdo para evitar las contradicciones. Superhombre Carlos Andrés. Súper líder Carlos Andrés. ¿Lección aprendida a esta edad? No hay nada que aprender. Aún hace algunas horas era el presidente real de todos los venezolanos. ¿Ahora quién soy? Todavía hace unas horas con la serenidad y la responsabilidad que me caracterizan les dije a mis ministros: Ustedes no renuncian, no dejen el cargo en manos de los directores generales. Tienen ustedes una responsabilidad estatal y no con el presidente. Eso sí, cuiden sus cambures, les dije en broma y ellos rieron de buena gana. Llevo pocas cajas en esta limusina porque la mayor parte se las trajeron hace un par de días. Esta calle sí está fea. El escritorio de mi despacho estaba vacío hoy. No estoy cómodo en este asiento. He convocado a mis amigos para que vengan a La Casona. La luz del reflector que tenía enfrente no me dejaba leer el discurso que dirigí a la nación. Por eso fue que titubeé tanto. ¿Qué estará pensando Fuenmayor ahora? Tan fiel. Tan amigo. Y son tan pocos los amigos. Le digo a Fuenmayor que vendrán más denuncias: que si los 200 viajes de Cecilia y sus escoltas, que si el sobreprecio en la compra del azúcar, que si el tinglado que le he montado a Pastor Heydra para manejar la guerra sucia, que si la agencia de publicidad de Viera, que si el espionaje telefónico, que si Herminio Fuenmayor es el gran espía de Pérez, que si el ejército de 500 policías a mi cargo para realizar todos mis juegos sucios, que si los coches-bomba fueron inventados por mí, que si los mercenarios, que si soy reincidente. Parte de eso lo ha inventado a quien Aníbal Romero llama Sierra Nevada Rangel, José Vicente Rangel, el rey de los fariseos. Dirán, más cosas, Rommel. Dirán.

Este sol inclemente de Guasualito no lo aguantó el candidato de Copei, Lorenzo Fernández. Ahora entiendo por qué no estuvo por estos lados haciendo campaña. El Apure es adeco, completamente adeco y carlosandresista para más señas. Que lo diga José Gregorio Montilla, quien vivió en el anonimato político acusado de corrupción después que fue gobernador en mi primer mandato nacional. Volvió y ganó libremente como también lo hice yo. Ahora está sobrado y se dio el lujo de no reelegirse y más bien de nombrar sucesor. Montillita es amigo mío, pero este sol sí que no lo es. Lorenzo era demasiado gallina para meterse por aquí. Caldera y Gonzalo Barrios recorrieron algo de estos caminos y llanuras, pero hay que reconocer que el primer candidato copeyano en hacer campaña por estas tierras fue Luis Herrera. A Caldera le picaba el sudor. Ninguno de tantos ha dejado huella como la mía. Después de Rómulo, he sido el dirigente político con más arraigo popular. Hay un tiempo mío en la política nacional, como un tiempo de Gómez o uno de Guzmán Blanco. Según José Vicente Rangel —para quien no soy santo de devoción— yo he «estado pesando sobre hombres e instituciones por más tiempo que otros jefes

políticos». Y se refiere nada más y nada menos que a los mismísimos Gómez y Betancourt. Yo encarno la Venezuela posgomecista, petrolera y pospetrolera. Los caminos vibran a mi paso. Soy el alma nacional. Un político profundo y sincero que nunca se contradice. Que no da marcha atrás. Que no duda. Que no teme. Que no se acongoja. Que no traiciona. Que dice lo que siente. Que no irrespeta. Sin embargo, me han llamado caradura. Otros ya quisieran ser como yo. Caldera es demasiado formal. Muy doctor y todo, pero sin querencia en el pueblo. Caldera ha convivido con las dictaduras y su gobierno fue realmente insípido, carente de expresiones y sorpresas. No hay obra que lo recuerde. No hay acto que se memorice. Los copeyanos han vivido de la hazaña de un discurso en inglés en la ONU. De cuando jovencito ya era profesor de derecho laboral en la UCV y de haber escrito un libro sobre Andrés Bello. Ahora Caldera quiere un puesto mayor en la historia demandando la autoría de la nueva Ley del Trabajo y su protagonismo en la frustrada reforma constitucional que cada vez que puede saca como argumento. No hay más nada en cuanto a Caldera y su pelo engominado. Su cara de creyente beatificado. Viejito calculador y bien cuidado. Doctor Caldera: es en la gente en quien reside el sentimiento por sus líderes. Yo convoco ese sentimiento multitudinario que ve batir mis manos como aspas de ventilador de techo y me mira correr y saltar los caminos y los charcos de las dificultades, el atraso y la adversidad. Desde hace casi dos décadas ese sentimiento es mi único monopolio. Es el capital político con el que he enfrentado los sinsabores de la envidia y el rencor. De envidiosos como usted, doctor Caldera. De envidiosos que han buscado la destrucción del hombre de mayor estatura política de por estas tierras. Guasualito hasta hace unos años fue prietista. Aquí el MEP estuvo a punto de acabar con el partido. Pero ofrecimos la oportunidad del retorno y ya ven, Carlos Andrés para todos. Los orejones regresaron a las filas de Acción Democrática, el partido del pueblo. Luis Beltrán Prieto no podía ser presidente de Venezuela porque no poseía una dimensión nacional. No era líder para gobernar un país. Era solo un gran educador, con algunas ideas dizque revolucionarias. Él se dejó engatusar por el indio Paz Galarraga (que ahora también apoya a Caldera) y los divisionistas de AD de 1968. Le pusieron rojas sus orejotas, le pintaron sueños y sentimientos. Lo pusieron en contra de Rómulo cuando él nunca estuvo en contra de Betancourt, jamás lo contradijo, le negó algo, lo increpó. Recuerdo un mitin de 1973. Desde la tarima veo aquella viejecita que llora de emoción. Soy el candidato de la renovación. De la Gran Venezuela. Democracia con Energía. Soy el Hombre que Camina, que va de Frente y da la Cara. Lo dijeron: Carlos Andrés para el 83 y el Gocho para el 88. Eso es puro cariño. Todavía algunos dicen que Carlos Andrés para el 93. Lástima que no se puede. Pero el pueblo así lo demandaría. Estoy seguro que los ciclones pasarán y vendrá la calma. Que llueva que luego escampa. En Bolivia, Colombia y Panamá me han recibido como héroe. He sido un luchador por las causas nobles de los más desposeídos. A Bolivia, la hija del Libertador, la regalé un barco como símbolo de su lucha por lograr una salida al

mar. El recibimiento que se me dio en La Paz y Sucre fue la del mariscal Sucre después de Ayacucho. Banderas venezolanas, flores de los Andes, las manos del pueblo queriéndome tocar, papelillos de carnaval, Venezuela orgullosa porque su presidente es querido más allá de las fronteras, es el recuerdo y el afianzamiento de que somos una tierra de Libertadores. Panamá será dueña de su canal por la emoción y el empeño que le pusimos Torrijos y yo en lograr con Estados Unidos unos tratados que le devolvieron la dignidad a América Latina. Miren a Torrijos con Carter en la Casa Blanca y en Camp David. Observen las firmas. Palpen el orgullo, la sonrisa, la satisfacción del pueblo panameño. Palpen el resentimiento del coloso del Norte contra Torrijos y contra mí. Recorrí las calles de Ciudad de Panamá como si fueran las mías propias. Qué sentimiento, qué amor por el liderazgo que he ejercido en estos pueblos. La nueva Nicaragua ha sido posible por el respaldo que le otorgué a la Revolución Sandinista. Contribuí a esa causa con armas, dinero y discursos sin menoscabar esfuerzos. La dictadura de Somoza era una vergüenza para América Latina. He sido consecuente con el credo democrático. Por ello rechazo la violencia tanto de derecha como de izquierda. Los gorilas no deben regresar a pisar las tierras de Bolívar. ¿Quién puede olvidar mi postura personal y la del gobierno que presidí ante el golpe fascista contra Salvador Allende? Me senté en las ruedas de conversaciones a favor de la paz en El Salvador. Abogué porque se acabara una guerra que desangraba a un pueblo hermano. ¿Qué hizo Luis Herrera? Apoyar al títere de Napoleón Duarte, y mantener una política intervencionista que, por poco, tira por el suelo nuestra tradicional postura de libertad y justicia, la misma que nos enseñaron y legaron nuestros Libertadores. He logrado el más profundo acercamiento con Colombia. Primero en lo político y ahora en lo económico. La unidad de nuestros pueblos es una enseñanza y un empeño de Bolívar. Así actuamos los verdaderos bolivarianos. Que pregunten los venezolanos por Carlos Andrés Pérez en Nicaragua, México, Perú, Bolivia, Cuba, Panamá, Colombia, Ecuador, Chile, Costa Rica, El Salvador, Trinidad y Tobago, Grenada, Jamaica, Guyana, Brasil, Rusia y España. Habrá una respuesta. Un hermoso recuerdo. Se sentirán orgullosos. Me lo dijeron los muchachos que fueron a estudiar al exterior mediante el plan de becas Gran Mariscal de Ayacucho. Un programa criticado porque se iba a botar y a despilfarrar el dinero. Pues ya ven, si no fuera por esos recursos humanos formados en las grandes y mejores universidades del mundo, el ajuste económico no habría contado con técnicos capaces de llevarlo a cabo tanto en el gobierno como en las empresas privadas. La historia tarda para otorgarle la razón a quien la tiene, pero a veces recompensa a corto plazo. Y a mí me la ha otorgado con prontitud. Es una suerte y una satisfacción compartida por todos mis compatriotas. Esta es la Gran Venezuela que modelé. En el futuro se verán las consecuencias del Gran Viraje. Dije en mi discurso del 5 de julio de 1992 que «soy un dirigente popular. Se me conoce porque vivo y vibro con la gente. Es evidente que ha disminuido mi popularidad por la labor que he dirigido y encabezado. No tenía otra opción decente y responsable. Lo

otro habría sido traicionar el futuro de Venezuela. Solo aspiro a que la historia implacable como es, evalúe mi acción. En su rigor confío. Y terminaré mi mandato dejando a Venezuela en el camino hacia su gran destino, sin complacencias con la demagogia y sin renunciar por cobardía a asumir plenamente mi responsabilidad». Pasó lo que pasó y no hubo concentraciones ni manifestaciones en mi contra, las encuestas ya decían que debía permanecer en el poder, que no renunciara, pero la confabulación no quiso entender nada de ello. Y el país quedó sin gobierno y sin presidente. Yo no haré nada, sin embargo, para restarle piso político a quien me suceda. Por el contrario, si lo hace bien, a pesar de que la Corte me absuelva, Carlos Andrés dejará que continúe el mandato. Que culmine. Yo lo apoyaré como presidente constitucional de la República de Venezuela y entonces bajaré tranquilo al sepulcro.

Las bombas. Los disparos. Los aviones. El edecán matando al oficial que había penetrado a Palacio. Yo con una metralleta. En la Casona residencial mi esposa también empuña una metralleta. Los impactos de bala en las paredes, en los espejos. El bombardeo al regimiento de honor. Los soldados ejecutados a sangre fría en uno de los accesos a Palacio. El general Hung, jefe de la Casa Militar, informándome que han derribado un avión sobre Miraflores. El humo. Las metrallas. El poema de Andrés Eloy Blanco, «Pesadilla con tambor». La Rotunda. El exilio. Mi hija enferma. Sudores. Sudores. Los presos del Retén de Catia tratando de escaparse. La masacre. Los muertos en las quebradas. Chávez diciendo «Por ahora no se han logrado los objetivos». La rendición. La huida. La estampida. La selva amazónica. Iquitos, Perú. El 4 de febrero. El 27 de noviembre. El Caracazo. El teléfono. Las llamadas. Qué pasa, Carlos Andrés. Qué está pasando. Huyo por la puerta trasera. Veo la tanqueta que apunta. Me enfrento a un soldado. Le digo que soy su comandante en jefe. De dónde saqué tanto valor. Tormentos. Tormentos. Más llamadas. El desprestigio. Saqueos. Son muchos los muertos civiles. Alejandro Izaguirre se desmaya en televisión. Se va la autoridad. Se me va el poder. Se me esfuma todo. Los F16 combatiendo a los Bronco. Muere un periodista hijo de Manuel Peñalver, secretario general del partido. Hay más muertos en las aceras. El destrozo de la televisora estatal. Los golpistas en la televisión. Lllaman a la rebelión. Los cacerolazos. Los pitos. En el Congreso me acribillan. Lanzan piedras a la caravana presidencial. Busco fuerzas y aliento para decir el discurso. De la crisis se sale con crisis. Más bombas. Más disparos. Están a punto de ganarnos. La radio de los edecanes trae las noticias. Voy al salón Ayacucho del Palacio y siento estremecerlo por un nuevo bombardeo. Es una guerra. No hay cuartel. Vienen los bárbaros. Llegan los bárbaros. Resistimos. Resistimos. Derriban otro Bronco en La Carlota. La Casona está acosada. Mi familia está allí. Los vecinos tirados en el piso. Francotiradores en los edificios del 23 de Enero. Son los carapintadas. El Regimiento de Honor aguanta. La guardia de la Primera Dama aguanta. Se subleva parte de la policía. Allá hay un helicóptero. De qué lado está. Confusión. Confusión. Quiénes son los leales.

Masacre. Masacre. Sangre. Sangre. La batalla de Caracas. Primera guerra. Como el alzamiento del Carupanazo. Como el Porteñazo. Como una película. Es una película. No es la realidad. Es el golpe contra Rómulo Gallegos. Estoy sereno. Paso del salón Ayacucho al salón Pantano de Vargas. Miles de rostros me observan. Los expresidentes. Retratos. Pinturas. No por estáticos y quietos están mudos. Hablan. Carlos Andrés, llegó tu hora, dicen. Llegó tu hora. Voy a la radio. Voy a la TV. Los Bronco siguen en la Base Libertador atacando. Yo no me escondo. No tengo vergüenza para eso. Que vengan. Que aquí hay un presidente. Lo hay. Las bombas otra vez. Una que me aturde. La otra que me abre el corazón. Yo mismo apoyé a Ramón Escovar Salom para fiscal general de la República aunque sabía que era mi enemigo. Te va a traicionar. Una bala en el pecho. Es la muerte. No ha llegado la muerte. Sigue la vida. No ha terminado la vida. Jaime Lusinchi negando que sea confidente del fiscal. Quién me acusa. Quién es el espía. Quién ha robado los papeles. Los papeles del gobierno, del Banco Central. Las cartas en La Casona. En mi escritorio. En mi cama. La muerte de Gonzalo Barrios. La carta de Jimmy Carter. Me dice que soy un «Simón Bolívar demócrata». Que así me recordará la historia. Qué historia. Cuál historia. Quién escribirá mi historia. A dónde va la historia. A dónde van las palabras. La bomba. Cien años de soledad. Gabriel García Márquez me apoya. Alaba mis pelotas. Con las que he enfrentado las confabulaciones. Recuerda mi medio siglo de lucha por la unidad de América Latina. No es realismo fantástico. Es la amistad. Es la lealtad de los pocos. Los sudores. Los amores. Cecilia enjuiciada. Contratada por Carolina Herrera para despistar unos ingresos. Más enemigos al acecho. Los mercenarios salvadoreños. Faltan los sicarios colombianos. Más enemigos. Dinosaurios retrógrados, dijo la prensa de los Estados Unidos. Veo. No veo. Confundo los aires. Más bombas. Silbidos de avión. Rugidos de avión. Los viajes. Los contactos internacionales. Mi coronación en el Teatro Teresa Carreño. The New York Times acusándome en el carnaval de 1977 de ser agente de la CIA. No soy un disfraz. El vallenato que me compuso el barbero de la barbería Lozada de Rubio. Las tragedias. La muerte de Renny Ottolina cuando era candidato presidencial. Mi muerte. Tengo sueño de muertos. Apolillados y morados. Muertos sobre flores, huelen a nubes. Muertos con aire de humo. Muertos que miran lejos y en su mirada están cerca. Muertos de apología bíblica. De encuentros eternos, novelas y cuentos. Muertos quemados. Muertos ahogados. Muertos ensartados por la flecha de un dios muerto. Muertos evadidos de la tierra. Muertos que cantan mi muerte.

Inicié la transformación más importante del país desde el 18 de octubre de 1945. La comencé en el período 1974-1979 y muy pocos se percataron de ello. La mayoría de los críticos lanzó sus dardos hacia mi forma de gobernar. Me tildaron de totalitario, bonapartista, y de asumir el poder de una manera muy personal. Hasta Rómulo Betancourt condenó mi estilo tanto en intervenciones públicas como privadas. Al ganar las elecciones, convocó en su casa un encuentro para dialogar con Caldera dizque para asegurar cierta convivencia y entendimiento. Juan Pablo

Pérez Alfonzo, ese «viejo lechero», como llegaron a bautizarlo, calificó el V Plan de la Nación como un programa de destrucción nacional. Rómulo habló de la Venezuela Saudita y Gonzalo Barrios reveló que estaba en oposición a mi gobierno. Héctor Hurtado, ministro mío de Economía, responsable en la administración Lusinchi, también afirmó que jugábamos al despilfarro de una manera muy peligrosa, y el contralor de entonces, José Muci Abraham, sacó una gran lista de casos de presunta corrupción administrativa. Otro de los líderes históricos de partido, Luis Piñerúa, antes de irse, antes de abandonar el cargo de ministro de Relaciones Interiores en mi primer mandato, habló de que conmigo gobernaban los doce apóstoles, una tribu del poder y del dinero. Así me pagaron. Yo estimulé y apoyé la candidatura de Jaime Lusinchi contra Piñerúa y luego aquel ubicó la de Octavio Lepage contra mí para cerrarme el paso a la reelección. Lo que quiero significar es que trataron de sepultarme sin lograrlo. Fracasaron porque yo he sido un proyecto nacional e internacional. Es el pueblo quien ha estado conmigo. No han desistido en el empeño de arrebatar me su cariño. Yo, en esta como en las anteriores circunstancias, recuperaré su simpatía. Betancourt aseguro que Piñerúa perdió la presidencia por culpa de mi gobierno derrochador, corrompido, saudita e indigestado de petrodólares. No obstante, AD perdió en aquella ocasión porque el candidato no era bueno. Si mi gestión hubiese sido la culpable de la derrota yo no habría regresado con éxito en 1988. Rómulo puso al partido en contra mía. Era la ortodoxia contra la renovación. De algún modo la victoria de Piñerúa significaba aguantar las presiones y venganzas del caudillo. De todas maneras, ganó Luis Herrera y este armó todo el escándalo del Sierra Nevada. Eso está demostrado. Rómulo dejó pasar mi candidatura en 1973 porque era inevitable. Ya yo era un líder nacional. Controlaba el aparato y la simpatía de las bases. Por ello he sido partidario de que a los candidatos los elijan las bases. Gonzalo Barrios retiró su candidatura para darle paso a la mía en una reunión organizada por la familia Di Mase en su yate en altamar. Y aquí estoy, vivo y coleando. Con la plena convicción de que el pueblo de Venezuela me cargue en hombros cuando regrese y deje a Miraflores el día en que termine mi mandato. Porque yo regresaré. No hay pruebas que me condenen. Yo a lo que aspiro es a ser querido por mi pueblo. Será así de nuevo. Y hay razones para ello. He declarado que no he contado con recursos para aplicar medidas de corto plazo que amortigüen el drama social de los venezolanos. Nadie puede ignorar que mi mayor preocupación han sido los pobres. ¿Qué herencia me dejaron los gobiernos de Luis Herrera y Jaime Lusinchi? Diez años de crisis económica. Una década de deterioro de las condiciones de vida del venezolano. El programa económico que comencé a aplicar en 1989 persigue precisamente el restablecimiento sostenido del crecimiento económico para crear riqueza en el país. Reestructuramos la deuda externa. Regresó la inversión extranjera y la empresa privada ha respondido a ciertos cambios. He abierto la economía y la he liberado de los vicios del Estado protector. En el futuro ya no habrá más una economía artificial y subsidiada. De eso

pueden tener plena seguridad mis compatriotas. En la actualidad en Venezuela hay más democracia económica y política. Las oportunidades están abiertas para todos. He querido dejarle al país el testimonio de una gestión democrática, atenta a las críticas. En la ejecución de la política económica todo es más difícil porque cuando se cambian los esquemas se atenta contra los privilegios: privilegios de políticos, empresarios y gobernantes. Ha disminuido la discreción del Estado para que desaparezca paulatinamente la corrupción administrativa. En mi primera administración intenté diversificar las estructuras del poder económico como forma de acabar con los monopolios tradicionales: el Grupo Mendoza me combatió y esa fue una de las razones del distanciamiento de Rómulo Betancourt. El caudillo representaba los intereses de la oligarquía y la burguesía tradicional. Yo estimulé el ascenso de nuevos grupos al poder. Llamaron a esta nueva clase de empresarios, el Grupo Occidente y los Doce Apóstoles. No he podido acostumbrarme a la traición de algunos dirigentes. A los ataques virulentos de sectores que solo ven el corto plazo. Aquí incluyo también a los empresarios. Recuerdo a los Carlos Vogeler Rincones, presidente de Fedecámaras, echando pestes de mi gobierno. A los Mendoza oponiéndose a la apertura del negocio cementero a otros grupos, y el odio posterior de don Eugenio Mendoza. El poder es así. Cuando lo posees totalmente, ellos están allí. Aguardándote a cada momento. Cuando se te resbala el poder, se alejan, te olvidan, denigran de ti. Tal vez la desgracia del poder consiste en que uno siempre toma la última decisión y por tanto corre con las consecuencias. Carmelo Lauría y Héctor Hurtado fueron ministros conmigo y regresaron, como si nada, con Lusinchi. A uno de los míos que no han podido perdonar es a Diego Arria. Y no porque no era adeco, sino porque también le ha gustado el poder. Cuando la gente es como yo: decidida, inconforme, con espíritu de trascender, con el ego encendido para todo, está obligada a controlar las riendas de la carreta. De lo contrario aprovechan, los enemigos declarados y agazapados, cualquier descuido o mínimo error, para vengarse con la mayor fuerza del mundo. Menos mal que con el transcurrir del tiempo he logrado alguna gente incondicional, y no porque al estar a mi lado ganan, porque más bien les cobran sus atenciones y colaboraciones para conmigo; sino que creen en mis planteamientos, comparten y se contagian del ímpetu que ofrezco. A algunos de mis viejos enemigos de la izquierda insurrecta les parezco hasta simpático. Y entre otras cosas porque casi nunca oculto lo que siento y pienso. Cuando en las convenciones de AD discutíamos el caso de los dirigentes que después fundaron el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, intervine con el corazón en la mano y en algunas ocasiones desobedecí hasta los dictados de Rómulo. Mi elocuencia puede convencer como ser malinterpretada. Otras veces no la entienden: ni lo uno ni lo otro sino todo lo contrario. Pero digo que convenzo mucho más. Por esa razón mucha gente desea trabajar conmigo. Me reconocen un tacto especial para estar con dirigentes de poca o gran trayectoria. No me amilano ante ningún estadista del mundo. Los trato de tú a tú. Fidel Castro es Fidel. Y Carter es Carter, como

Felipe González es Felipe o Willy Brandt era Willy. Por Fidel he mantenido una relación, en los últimos años, de amor y odio con los Estados Unidos. A pesar de la crisis económica, la deuda externa y el proteccionismo, no he cedido en mi posición de que Cuba vuelva al concierto de los estados americanos. Resistí las presiones de Bush aunque todo hubiera sido distinto si Carter estuviera en el poder, como cuando la Revolución Sandinista. Se lo dije a Fidel una vez: si Carter gana de nuevo eso favorecerá a Cuba porque ya verás lo que vamos a hacer Carter y yo. Fidel es mi amigo y en el fondo cada latinoamericano mantiene un aprecio por ese loquito — como siempre lo he llamado—, su revolución y Cuba. Soy el venezolano que más trabaja. Pronuncio la frase y hay quienes no me otorgan ni siquiera la duda. Quieren la prueba de mi renuncia. Les pregunto: ¿quién hubiese controlado al país el 27 y el 28 de febrero de 1989? Solo la fuerza y el temple de un dirigente como yo pudo contrarrestar esa hora de desastre, esa hora de saqueos y violencia. Qué partido si todos están desprestigiados. Han agotado sus mensajes, están estancados intelectualmente y no se abren a las nuevas corrientes de la política, la tecnología, la cultura y el pensamiento universal. Muy pocos líderes merecen el respeto de la gente y por ello será difícil que los venezolanos acudan a votar como lo hacían antes, en masa. ¿Quién habría contado con el valor de enfrentar el necesario programa de ajuste económico? Y digo necesario porque no había otra opción. Por ahí dicen que he debido romper lazos con mi partido y la dirigencia atrasada del país para acelerar los cambios. Tal vez ese es uno de mis pecados mayores y ahora esté pagando las consecuencias y aparezca como el único culpable de la crisis, el chivo expiatorio. ¿No dijo el secretario general del partido, Humberto Celli, que la culpa de la crisis la tiene lo que ellos han llamado el paquete económico? ¿Y no pidió Celli mi renuncia también? Yo de lo único que soy culpable es de la transformación que está viviendo Venezuela y es por lo único que se me podrá castigar. Soy el comandante en jefe de la Fuerzas Armadas y así lo han entendido los militares. Me desobedeció un sector cuando intentó tumbarme, me desobedeció el ministro al no acatar mi orden de «échenles plomo» a los traidores, pero eso ya ha pasado. Puedo jurar que no habrá más golpes en Venezuela, y siempre se respetará la institucionalidad. El pueblo me eligió para salvarlo de la ruina. No he hecho otra cosa que seguir ese dictado. El éxito de Felipe González en España y el fracaso de mi compadre Alan García en Perú me demostraron que el camino a seguir es el de la economía de mercado, el desmontaje del poder desmesurado del Estado. Abrí las compuertas a los cambios y al relevo generacional con la incorporación de ministros mucho más jóvenes que yo. He combatido la corrupción al acabar con el control de cambios, los bonos de exportación y al comenzar el plan de privatización de las empresas públicas. Este ha sido un plan para acabar con privilegios de burócratas, sindicalistas, políticos clientelares y empresarios que viven a la sombra del Estado. Poseo plena conciencia de lo que hago, llegué de nuevo a Miraflores consciente de la responsabilidad que me tocaría jugar y de los odios que desencadenaría. Me

recordaron el Sierra Nevada, afirmando que allí estuvieron metidas las manos de Cecilia Matos, invocaron el asesinato del penalista Ramón Carmona Vásquez ocurrido a finales de mi primer gobierno y presuntamente ideado por el director de la PTJ de entonces; y el caso de la compra con presunto sobreprecio del avión presidencial. Volvieron por sus fueros mis enemigos cuando se planteó la repotenciación de las fragatas misilísticas. Inventaron ahora lo de la partida secreta. Y en este caso sí que me confié. Nadie ha podido comprobar que he robado un bolívar. Inventaron, al salir de mi primera presidencia, que era uno de los hombres más ricos del mundo. Dispersaron esa mentira por toda Venezuela y los mismos que la inventaron tuvieron que argumentar, cínicamente a mi regreso, que no habría peligro en un nuevo gobierno mío porque ya yo había robado. Al no poderme comprobar nada, recurrieron a la figura de los testaferros. Así aparecieron, para consumo popular, mis relaciones con Gustavo Cisneros, Siro Febres Cordero, Pedro Tinoco, Diego Arria, Gumersindo Rodríguez, Enrique Delfino, Edgar Asís Espejo, Armando Tamayo, Carmelo Lauría, Arturo Pérez Briceño y Luis Jugo Amador. La verdad es que les incomodaban mis relaciones con los grupos emergentes De allí las desavenencias con los grupos Mendoza y Vollmer. Pero lo dije en mi primer gobierno: había que emprender la modernización del Estado y la economía venezolana. En aquel tiempo de una forma y ahora de otra. Diego Arria y Gustavo Cisneros han sido los más atacados y golpeados por nuestros enemigos comunes. Diego hasta tuvo que irse un tiempo del país. Volvió y hoy es nuestro embajador en la ONU. Gustavo se ha visto obligado a mantener un perfil bastante bajo para que no vinculen sus negocios, la expansión del Grupo Cisneros, con mi segundo gobierno. Pero Gustavo, por poseer presencia internacional tan importante como la mía, cada uno en su campo, claro, no ha podido evitar los chismes internacionales de ciertas relaciones con Felipe González y yo, en supuestos negocios conjuntos. Gustavo conoció a Felipe a través de mí y desde entonces son amigos. Yo defendí la democracia el 4 de febrero de 1992 desde Venevisión, la televisora de Gustavo, porque era lo más cercano y mejor ubicado para ese propósito. No hubo allí otra razón. No es cierto lo que se ha querido especular, que he tenido que devolverle el favor a Gustavo. Por Dios, dijeron que Gustavo recuperó el aliento y el poder que había perdido últimamente porque regresé a su planta de televisión. Es que no contaba con otra opción. Siempre habrá y no se podrán evitar, especulaciones en torno a mi amistad con Gustavo: que si lo ayudé en la operación de compra de Galerías Preciados en España; que si lo favorecí con el programa de conversión de deuda en inversión para evitar la quiebra de los automercados Cada; que si la venta de medicinas en supermercados favorece a los Cada; que si poseemos inversiones conjuntas en Puerto Plata; que si me presta su casa de Los Roques y su yate con solarium y observatorio para entrevistarme con mis amigos; que si lo invito a mis viajes internacionales es con la intención de abrirle las puertas a sus negocios que son mis negocios. Dirán que coloqué a Pedro Tinoco en la presidencia del Banco

Central para que se llenara a manos llenas. No dirán que el país requería de sus servicios con urgencia para el proceso de refinanciamiento de la deuda externa. Tinoco es nuestro gran banquero, con credibilidad nacional e internacional, y el proceso de ajuste debía contar, entre sus ejecutores, con una imagen de ese calibre. Y no podrán decir nada más porque nunca ha habido ministros y altos funcionarios públicos tan honestos como los míos de esta segunda presidencia. Los acusarán de tecnócratas mas no de corruptos. ¿Qué período democrático presentará un expediente tan limpio como el mío en asuntos administrativos? Este mío y tal vez algunos de los que vengan en el futuro si es que logramos sacar adelante toda la reforma pública. Caldera no terminó su mandato con limpieza inmaculada. Hubo escándalos, entonces. Y Luis Herrera, a ese sí que se le fue la mano con sus ministros, de los cuales algunos todavía son prófugos de la justicia. ¿Y Lusinchi? Este no cuenta, porque de ese período no quedan más que ganas de llorar. No renunciaré al poder que el pueblo soberanamente me otorgó. ¿Qué habría pasado si después del atentado en Los Próceres Rómulo hubiese renunciado? El salto al vacío. Eso es lo que desean quienes me solicitan mi renuncia. Voy a repetir esas palabras para que resuenen, para que las devuelva el eco, para que las lleve el viento de Los Andes, para que truenen en Centroamérica y en el Medio Oriente: No renuncio ni me renuncian. Me han sacado de la silla de Miraflores con una jugada jurídica que es más política. La he respetado pero seguiré trotando y nadando por las mañanas por los patios de La Casona. Iré a recibir el sol a La Orchila para mantener mi bronceado tropical. Mi despedida será grandiosa como mi toma de posesión a la que vinieron líderes de todo el Globo, de los cinco continentes. Mi despedida será constitucional y democrática. Cederé la banda tricolor a quien se la gane y no a quienes la quisieron arrebatarse. El cambio aún parece lejos. Las presiones para que no acaben los privilegios aumentan día a día. Con seguridad al finalizar mi mandato me atacarán con inquina, enojo, odio. Me enjuiciarán por los contratos de armas. Por la influencia de Cecilia en el poder. Por haberla enviado a Nueva York con custodias y protección. Me enjuiciarán porque sería el culpable de los muertos del 27 de febrero. Por haber iniciado el ajuste económico. Me enjuiciarán otra vez por el Sierra Nevada. Por haber amarrado los hilos del poder después del 4 de febrero y el 27 de noviembre. Por haber denunciado el militarismo populista. Por no haberme dado por vencido. Por ser un triunfador. Me enjuiciarán por la privatización, acusándome de vendepatria. Por haber abierto de nuevo la industria petrolera a las transnacionales. Por iniciar las grandes transformaciones. Por oponerme a la reforma constitucional, porque ese no es el problema del país. Me enjuiciarán por no haberme rendido. Por no haberme ido. La historia me absolverá, como dijo Fidel. Me dijeron loco hace más de diez años y hoy se repite la historia. Dicen que padezco de esquizofrenia y paranoia y en consecuencia esas dos dolencias llevan a que niegue la realidad, a que siempre tenga la razón, y a que exista la posibilidad de que me suicide. La realidad es que yo provoqué la tormenta que está viviendo Venezuela y

no estoy arrepentido. Los gobernantes del futuro contarán con el camino despejado. Cargaré con la responsabilidad por puro compromiso histórico. La historia es la que absuelve o condena. Le pertenezco a la historia. No a las encuestas. No a los políticos insensatos. No a los aventureros. No a los sin compromiso. No a los patiquines. Por ello repito: manos a la obra.

V. El intelectual analfabeta

Después ocurre lo imposible. Lo impensable. Lo habían llamado comunista. Procastrista. Converso. Apóstol del neoliberalismo. Traidor de la izquierda. Agente de la derecha. Oportunista. Candidato de los ricos. Ateo. Diablero. Racista. Perverso. Incestuoso. Pornógrafo. Durante la campaña electoral revisaron sus cuentas de pago de impuestos. Las novelas *La ciudad y los perros* y *Pantaleón y las visitadoras* pasaron a ser manifiesto de su presunto odio a la Fuerza Armada y antipatriotismo. En verdad, habituales las invectivas de un lado y de otro. Desde la izquierda y la derecha. Todo eso y mucho más. Pero nunca analfabeta. Nunca «intelectual analfabeta». Lo hizo Hugo Chávez en noviembre de 1999. Quien a los pocos días de sentarse en la silla de poder, inauguró el estilo de los insultos. Estos van y vienen. De día y de noche. Por radio y televisión. Insultos que crisan. ¿Además, cuándo se había visto a un presidente decir groserías? Chávez lo hace, y, por contagio, después de Chávez, dirigentes del chavismo y del antichavismo, a los que se suman periodistas y columnistas. Chávez llegó al colmo de advertirle a su mujer en un acto de masas transmitido por los medios que esa noche le daría lo suyo. La voz trueno. Amenaza. Condena. Chávez ganó la carrera presidencial haciendo uso de la imagen del puño que golpea y golpea la palma de la otra mano, como la tanqueta que el 4-F golpeaba la verja del Palacio de Miraflores. A Vargas Llosa le ha correspondido su cuota de insultos.

Había regresado a Caracas. Otra visita. La última del siglo xx. Y no retornará sino hasta al año ocho del siglo xxi a la presentación de *Al pie del Támesis*. En esta fecha de 1999 es con motivo de otro evento de Cedice. Y el escritor que ya había pasado por la candidatura, había sido derrotado y combato a Fujimori desde la trinchera de los artículos, los libros, las palabras, los foros, es una figura más curtida a quien en Venezuela se sigue, y se le presta atención de lo que dice y escribe. Recién ha terminado de escribir *La fiesta del Chivo*. Ha pasado por República Dominicana. Ha recopilado información y escuchado testimonios sobre la personalidad del dictador Rafael Leónidas Trujillo para escribir la obra. «¿Una novela más sobre dictadores?», se pregunta Enrique Krauze en *Redentores*. ¿Acaso el Gómez de García Márquez en el *Otoño del patriarca* y de Uslar Pietri en *Oficio de difuntos*? De ninguna manera. *La fiesta del Chivo* es un tratado de política y poder. Es más, apunta Krauze, «en la persona de Trujillo, Vargas Llosa diseña, con ojo clínico, no solo la psicología sino la anatomía del poder». En *Conversación en la Catedral* se encuentran los rasgos del poder, desde la periferia. En *La fiesta del Chivo*, se adentra al centro, al núcleo mismo, como si escrutara el mal. La obra sobre Odría la rehízo «varias veces»; la de

Trujillo la llevaba pensando desde 1975. De modo que al llegar a Caracas es más que un entendido en caudillos y dictadores. Ha descubierto en Trujillo, «el dictador emblemático... que gozó de un aura popular», escribe en el artículo de agosto de 1999, cuyo título inspira el de este libro, *El suicidio de una nación*. Tan popular Trujillo que, señala Vargas Llosa, «es probable que el pueblo dominicano hubiera despedazado a sus ajusticiadores si les echaba mano encima la noche del 30 de mayo de 1961». Por tanto, el apoyo de «un número tan elevado de venezolanos» a Chávez y «los delirios populistas y autocráticos» de este, no les resultaban extraños. Porque él, que no había dejado de ocuparse de los sucesos venezolanos, ya había tenido noticia de los síntomas del autoritarismo. Observaba los síntomas del militarismo, lo cual, en su caso, eran más que un alerta, por su conocida repulsión hacia las dictaduras, sin hacer distinciones de si son de izquierda o derecha. En boca de Zavalita está el antecedente del odio a Odría porque ha alcanzado el poder por la fuerza. En Caracas mira los síntomas de la violencia, y a él le basta recordar para atar cabos: la terrible experiencia en el Colegio Leoncio Prado de Lima, la violencia de los militares, el Apra, Sendero Luminoso, el MRTA, Fujimori, Vladimiro Montesinos, la campaña presidencial de 1990, en cuyo curso sufrió varios atentados. Violencia, autoritarismo, Cuba, revolución. En Caracas se bate un coctel sumamente peligroso. Lo ha vivido. Lo ha sufrido y, como apunta Krauze, «en su fuero interno, la lucha concreta contra la dictadura pesó más que el apego abstracto hacia la revolución». ¿Es esta la ciudad que conoce, que conocía, que abrigaba la disidencia, la crítica? Ve también los síntomas del anticapitalismo, los síntomas del populismo, los síntomas del estatismo, elementos del discurso chavista. Suenan las alarmas. La verdad es que vive en alerta desde que rompe con Cuba y aún más desde que en 1980 realizara estudios para conocer en profundidad la economía de mercado.

Luego se produce lo que molestó al presidente. Las declaraciones aparecieron en *El Nacional*, el 21 de noviembre de 1999. Firman los periodistas Enriqueta Lemoine y Andrés Rojas Jiménez. Y lo menos que señala Vargas Llosa es que a las «Fuerzas Armadas hay que preservarlas de los vaivenes, de la agitación y de las divisiones», que entonces era lo que ya se sentía en el ambiente venezolano. «Obligar constitucionalmente a las Fuerzas Armadas a politizarse es una temeridad, una insensatez», apunta, porque ya se asoma la norma para que los militares puedan votar, norma que agitó las aguas, dentro y fuera de los cuarteles. Con seguridad, a Chávez los cubanos lo habían puesto en cuenta. Recuérdese que ya había publicado el artículo *El suicidio de una nación*. Ojo con Vargas Llosa. Que es un renegado. De hecho, el presidente había pasado por La Habana, donde se entrevistó con Fidel Castro. Ya comenzaba a hablar de revolución a sabiendas de que a Luis Miquilena, presidente de la Asamblea Nacional Constituyente, le disgustaba el término. Este es un gobierno para adelantar reformas, para hacer cambios, le apuntaba Miquilena. Revolución es una palabra muy grande, atajaba. Pero a Chávez le encanta. La usa. La envuelve. La empaqueta. Abusa de ella. A Vargas Llosa no lo sorprende. En

Conversación en la Catedral está el adelanto. Los militares de Odría hablan de revolución; y también los que quieren tumbar a Odría. Para el Apra la revolución es lo primero. En todo caso, Vargas Llosa es testigo, en 1999, de que el chavismo es un huracán que quiere arrasarlo todo, lo cual es causa para convertir el poder en algo más que sensible, susceptible, nervioso, paranoico. De modo que Chávez no pasa sus opiniones en torno al voto y al papel de los militares, y tampoco esta premonición: el advenimiento de un régimen autoritario y la desaparición de la democracia. Para respuesta, la ofensa como una chispa. El ataque es su elemento. Lo que Vargas Llosa agrega en foro público fue esto: si pudiera, yo votaría en contra del proyecto de Constitución propuesto por la Asamblea Constituyente y por el propio Chávez.

Hay que ubicarse en noviembre de 1999. El país vivía la fiebre roja del chavismo. Chávez arrasaba en las encuestas. Subía la tensión en las calles. Grupos de gente se volcaban a invadir tierras. Se apuraba el cierre del viejo Parlamento. Los diputados eran vejados, atacados, escupidos, no solo en la vía pública, sino también en el hemiciclo. Algunos tenían que saltar la verja de hierro para entrar. Otros, solo custodiados por efectivos de la Guardia Nacional, podían entrar o salir del recinto. Como los niveles de popularidad de Chávez eran altos, en consecuencia el presidente se abrogaba ciertos lujos (ciertas licencias) como viajar a Estados Unidos y en reunión informal con Bill Clinton hablar de apertura de las inversiones y mercado. Clinton lo escuchaba mientras apuraba una *Coke* de lata roja. Chávez hablaba y Clinton no decía esta boca es mía. Apuró el último trago y luego se despidió. De regreso a Caracas, Chávez pasó por La Habana y ya era otro, distinto, al que horas antes hablaba con Clinton. Cambiaba de tono, optando por la comparación del proceso venezolano con la revolución cubana. En esa fecha, Chávez aportaba una frase para la historia: Cuba es el «mar de la felicidad».

La expresión le resultaba familiar. Otro más que se dejaba encantar por Fidel Castro, como Carlos Andrés Pérez y hasta Rafael Caldera que en los años ochenta llegó a decir que el régimen no era ni el paraíso de unos ni el infierno de otros. De los líderes de Venezuela que siempre estuvo alerta ante el personaje, destaca Rómulo Betancourt, el expresidente admirado y seguido por Vargas Llosa, protagonista colateral en *La fiesta del Chivo*, en vista de que es el atentado contra él, organizado por Trujillo, el que desencadena las medidas que lo aíslan en la región, las sanciones de Estados Unidos y su asesinato posterior.

La frase de Chávez impactó en la opinión pública. ¿Intelectual analfabeta? ¿Quién? Pensar que Vargas Llosa cuando lo alude lo hace sin miramientos pero con distancia. Por ejemplo, todavía dos años después del incidente, el escritor escribe que es «un grave error» llamar a Chávez, «un loco». En esos términos, él no juega. De modo que ante el insulto, las reacciones no se hicieron esperar. No cabían dudas para los analistas. El gobierno se inspiraba en el modelo cubano, y el líder cada vez más copiaba el estilo de Fidel Castro. El seminario internacional sobre Corrupción y Estado de Derecho (organizado por Cedice), le brindaba la oportunidad a Vargas

Llosa para escuchar más, escuchar a empresarios, políticos e intelectuales locales, y debatir con ellos. Creía haberlo visto todo en la década de los sesenta en Cuba; en los setenta en la Unión Soviética, Europa del Este y Allende y Chile; en la Nicaragua sandinista de los años ochenta, y el Perú de Alan García de 1986 a 1990. Creía haberlo entendido todo con Fujimori. Pero no. La historia no acaba. Es mentira. No hay tal fin de la historia.

—Me pone los pelos de punta la comparación de Cuba y Venezuela —decía en el evento—. No entiendo eso de que la revolución de Venezuela irá por el mismo camino de la revolución cubana. La revolución cubana no tiene un objetivo compatible con la libertad, ha acabado con la propiedad privada, con la libertad de mercado, con la apertura de las fronteras. Lo que (Chávez) declaró en Washington se contradice con lo que dijo en Cuba.

La respuesta llegaría enseguida. El presidente se valió de su programa radial para contraatacar. No hay que olvidarlo. Chávez es mediático, entiende el papel y el poder de los medios. El ataque vendría por debajo, y a los costados. Calificó a Vargas Llosa de experuano porque era conocido que el escritor, luego del triunfo de Fujimori, había optado por la nacionalidad española. No le causó extrañeza el ataque. Los militares operan así. Es que en el fondo del insulto subyace el prejuicio del nacionalismo militarista.

El ataque no se quedó allí. Chávez habla fuerte. Llevaba un año habituado al tono del insulto, del guapetón de barrio, del militar tropero. Antes, en la campaña electoral, amenazaba que, de ganar, freiría en aceite la cabeza de los adecos. De pronto, soltó la frase. «Intelectual analfabeta».

¿Experuano? Nada de eso. En 1975, otros lo atacaban a él, a Julio Cortázar, en el mismo plano y con la misma vehemencia, ante lo cual respondía que «el escritor solo puede ser juzgado por su obra no por su domicilio». Mostró el pasaporte. Sigue siendo peruano. Aquí está. «He enriquecido la nacionalidad peruana añadiéndole la española». ¿Y por qué lo hizo? Pues porque el gobierno de Fujimori, con el respaldo de «militares felones», lo amenazó con privarlo de la nacionalidad. A su excontendor, sí. A quien el Fujimori candidato llamaba, doctor, con una voz que apenas podía escuchársele. Ahora, quién iba a imaginar que a los pocos meses comenzaría el éxodo de venezolanos hacia Bogotá, Lima, Panamá, Madrid, Miami, Buenos Aires, Santo Domingo, tras fuentes de empleo, mejores condiciones de vida, seguridad y garantías democráticas, garantías a la propiedad privada, a los derechos políticos e inclusive a la vida.

En los registros, Vargas Llosa posee este récord: se convierte en el primer personaje de talla internacional objeto de los insultos de Chávez. Después le toca a Condolezza Rice (también le dice analfabeta); a George W. Bush (alcohólico, pendejo); a Álvaro Uribe (traidor, su presidencia avergüenza a Colombia); a Vicente Fox (cachorro del imperio), a José Miguel Insulza (señor insulto); a Alan García (corrupto, caimán del mismo charco de Carlos Andrés Pérez); y a José María Aznar

(golpista, fascista), entre muchos otros, hasta que el Rey de España, en Chile, le dice: ¡Por qué no te callas!

—Al presidente Chávez no le gustan las críticas —siguió respondiendo Vargas Llosa—. Él no hubiese reaccionado de esa manera tan airada y tan iracunda si realmente tuviera una actitud tolerante respecto a la crítica. Me imagino que la carrera militar no es lo mejor para fomentar la tolerancia, el diálogo, la coexistencia. Ese temperamento intolerante lo lleva a que me llame «intelectual analfabeta». La dictadura peruana es también totalmente intolerante a la crítica. Eso no me importa. Sé que ignoro muchísimas cosas, que mi conocimiento es limitado. Yo estoy acostumbrado a la crítica, ella no es mala, impide que uno se vuelva vanidoso.

Perú, claro. Fujimori. Se le recordó la candidatura presidencial, exactamente una década atrás. Ni Fujimori, su adversario, lo había llamado analfabeta. Ni el expresidente Alan García, con quien aún no había hecho las paces. Perú tan cerca y tan lejos. Pero no por eso dejó pasar la oportunidad y compara, le preocupa que Venezuela avance por el camino de Perú. La democracia en Perú desapareció, dice, de la mano de un Presidente electo en las urnas. «Los canales de televisión son resonancia de lo que siga el gobierno». Y los periódicos, «los que no han sido sobornados han sido intimidados», declaraba en rueda de prensa, recogida por Jesús Matheus Linares en el diario *2001*. Fujimori se quiere eternizar en el poder. ¿Es eso lo que quieren los venezolanos para el futuro?, advirtió. «¿Es ese el modelo de dictaduras para el siglo XXI?».

—Mi impresión es que el régimen se orienta a una dirección claramente autoritaria —profetizaba luego en entrevista en *El Nacional* con los periodistas Enriqueta Lemoine y Andrés Rojas Jiménez—. ...Hacia un gobierno centralizado —agregaba—. Hacia la figura caudillista. En que le da a las Fuerzas Armadas una intervención en la vida política... En la eternización del poder ejecutivo.

A Fujimori le restaba poco tiempo, aunque esto nadie lo podía anticipar. Los Vladivideos eran un secreto bien guardado... todavía. Por lo que Vargas Llosa sí podía apostar es por la naturaleza del régimen. Había estudiado a Perón. A Castro. A Odría. A Velasco Alvarado. Al Apra. A Trujillo, a Marcos Pérez Jiménez, a Juan Vicente Gómez, al PRI y la dictadura perfecta. A los sandinistas. En *La ciudad y los perros* había logrado definir al militar latinoamericano. Las últimas páginas de *Conversación en la Catedral*, donde se desencadena la caída de Cayo Bermúdez, el ministro de Seguridad de la dictadura de Odría, son un compendio de la intriga, de la deslealtad, de la supervivencia en el poder. Y en *La fiesta del Chivo* hace el retrato más acabado, sin alegorías ni artilugios de la palabra, del dictador. En *El pez en el agua*, las memorias, el acopio de la complejidad de la política y el poder. Por ello, ante el Chávez de 1999 no dudaba y opinaba. En enero de este año, Gabriel García Márquez había entrevistado a Chávez y al finalizar el encuentro, el Nobel colombiano se preguntaba si el destino del líder sería el de un demócrata o el de un autócrata. Vargas Llosa lo resolvía de esta manera en la conferencia:

—Eso es lo que podría ocurrir en Venezuela si los venezolanos no se mantienen movilizados en defensa de ese bien precioso, el más valioso con el que puede contar un país, que es la democracia. Una democracia que aquí ha sido imperfecta, quién lo niega. Los liberales venezolanos lo saben mejor que nadie.

Juan Carlos Onetti, Rómulo Gallegos y Jorge Luis Borges —solo para mencionar a unos pocos— fueron víctimas de dictaduras y déspotas. El insulto de Chávez a Vargas Llosa solo es comparable al de la dictadura argentina (1946) contra Borges que lo destituyó de su cargo de bibliotecario por firmar un manifiesto en contra, enviándolo además a cuidar gallinas y pollos. Ni siquiera Juan Vicente Gómez llegó a tanto. Se cuenta que a raíz de la publicación de *Doña Bárbara* sus adulantes le alertan sobre la naturaleza antigomecista de la novela, pero el dictador, que le ha pedido a uno de sus colaboradores que le lea la obra, comenta: «Algo tan bueno no puede estar contra mí», y enseguida ordena que enciendan los focos del auto presidencial para que el lector, ante la inminencia de la noche, no cese en su tarea. Después envía por Rómulo Gallegos a quien le ofreció el cargo de ministro de educación, ante lo cual el escritor —consciente del juicio de la historia— prefirió abandonar el país.

—Cuando un «intelectual analfabeta» —apuntaba Vargas Llosa antes de irse de Caracas— dice ciertas cosas, estas pueden gustarles a unos y a otros no, pero cuando el presidente de una República de la importancia que tiene Venezuela en el contexto latinoamericano dice algo, eso que dice tiene un efecto muy concreto en los hechos de la historia y de la sociedad.

Dicho y hecho. El discurso de Chávez se ha hecho sentir. Su injerencia en los asuntos internos de Bolivia, Ecuador, Colombia, Argentina, Nicaragua, Cuba, Honduras, México, Uruguay, Paraguay, El Salvador y Perú ha sido recurrente, sin mayores consecuencias.

A Vargas Llosa se le respondió con saña, apelando a un argumento que procede contra el mismo Chávez. Que el escritor declara, toma partido e interviene en los asuntos internos de Venezuela. En labios de Chávez, tal afirmación no tenía medida. Por ello, Vargas Llosa la respondía:

—Yo sí opino sobre los asuntos de Venezuela como Bolívar opinó sobre los asuntos peruanos y latinoamericanos.

Aquí queda claro que cuando Vargas Llosa critica al régimen de Chávez no lo hace porque es Chávez sino por la lucha de fondo, la lucha de dos contrarios, dictadura y democracia, estatismo y mercado, libertad de expresión y represión, debate o pensamiento único. Y Vargas Llosa, frente a lo que han dejado de decir y escribir otros escritores se ha convertido en una especie de faro de alerta, como lo es Carlos Fuentes, como lo era Tomás Eloy Martínez y como lo es Sergio Ramírez, frente a los peligros antidemocráticos que han proliferado en la región.

—Siempre está pendiente de nosotros. Le preocupa lo que ocurre en el país — dice Rocío Guijarro, directora de Cedice, anfitriona del autor en cada ocasión que viene a Caracas.

—Yo le tengo muchísimo cariño a Venezuela —confesaba Vargas Llosa a Lemoine y Rojas Jiménez—. Por razones obvias: el primer gran espaldarazo literario, que fue el Premio Rómulo Gallegos, me lo dio este país. De manera que cuando hablo de Venezuela con preocupación y temor, lo hago desde el cariño y la solidaridad que me unen a este país.

Llama por teléfono. Él escribe. Vive las noticias. Los conflictos registrados en Caracas. Aparece en programas de televisión en Madrid, y alerta. Viaja a Bogotá, y alerta. Pasa unos días en Lima, y alerta. Visita Ciudad de México, y alerta. Si viene a Caracas comparte con políticos, empresarios, intelectuales. Va a una arepera. Desayuna arepas con queso. Oye la clientela. Escucha al país. Por tanto, nunca ha dejado de «entrometerse», como bien lo ha dicho él mismo.

«La indignación de los pueblos contra los políticos corruptos puede acabar con la democracia», tituló *El Nacional* con sus palabras en noviembre de 1999. Y así como se opuso a la estatización de la prensa en Perú por la dictadura de Velasco Alvarado (militar admirado por Chávez), también levantó la voz cuando el gobierno chavista puso punto final a la concesión del canal Radio Caracas Televisión que reconvirtió en el canal estatal Tves, para fines y propósitos del gobierno.

Esa posición crítica (bien desde la izquierda o bien después desde la trinchera liberal) tiene razón de ser en la naturaleza de algunos escritores llamados para el compromiso. No es casual que aparezca en el cuadro de los «redentores» latinoamericanos de Enrique Krauze. Es que la literatura comprometida es una constante en el Vargas Llosa de los años sesenta. Sartre, Malraux, son sus ídolos de juventud.

A Tomás Eloy Martínez y a Arcadio Díaz Quiñones les declaró, a propósito de la aparición de *El pez en el agua* (la entrevista fue publicada en exclusiva por el diario *Economía Hoy*, en Caracas):

—Me formé en una época de América Latina en la que ser escritor era inseparable de una cierta forma de compromiso político. Para un peruano de mi generación, era imposible vivir de espaldas a los enormes problemas sociales y políticos. En el mundo universitario, por otra parte, la influencia del existencialismo era decisiva. Me educé en un clima marcado por las ideas de Sartre, Camus, Merleau-Ponty y, para los críticos, Gabriel Marcel. La preocupación ética no se dissociaba entonces de la vocación artística. Y creíamos además, que la literatura era un instrumento de acción para cambiar la realidad. «Las palabras son actos», enseñaba Sartre. Asumí esos postulados con gran convicción, como se refleja en mis primeros libros. La manera como se debía obedecer al mandato de compromiso varió en muchos escritores; también en mi caso. He cambiado mi manera de pensar en política, pero no he cambiado de principios. No he podido nunca separar al escritor de su preocupación social.

Es verdad, en 1967 explicaba a *Últimas Noticias* que la «literatura comprometida es aquella que trata y discute los problemas sociales y morales y plantea las grandes

necesidades de la sociedad».

Ese, por cierto, fue el mensaje central del primer discurso en Caracas. El del Premio Rómulo Gallegos. La literatura y el compromiso. En las páginas que conforman la épica de Zavalita se plantea más tarde la disyuntiva literatura o revolución y en *El pez en el agua* lo explica de manera precisa: la militancia partidista no es compatible con el escritor. Pero este es un aspecto. El otro es el compromiso. Este es ineludible. Lo es en él. Al punto de que en 1990 hace una pausa, mejor dicho, toma el riesgo de ser candidato, pese al alerta de Patricia, su esposa, y a sabiendas de que el personaje Zavalita, dos décadas antes, expresa que le aburre la política.

En 1971, en la visita con motivo de un ciclo de foros en Maracaibo señalaba que la «literatura tiene inevitablemente una participación en el desenvolvimiento de una sociedad». Sin embargo, ya asomaba el giro: «Pero tampoco hay que llegar al otro extremo de confundir totalmente la literatura con la sociología, con el periodismo, con la política». Mejor dicho, la literatura debe ser comprometida, no militante.

Cuando dijo lo anterior, aún faltaba un año para que Gabo se acreditara el Rómulo Gallegos con Vargas Llosa en el jurado. Faltaba poco para la publicación de *Gabriel García Márquez, historia de un deicidio*, todo un acontecimiento editorial, esfuerzo conjunto de Monte Ávila y Seix-Barral. Y faltaban muchos años para decidirse en firme, por la política real, la terrible actividad política.

—Escribía sobre política, participaba en actividades políticas; pero era un complemento a mi trabajo de escritor. Cuando ya me decidí a intervenir de veras en política fue cuando estaba en Perú en 1987 —según le dijo a Juan Cruz en abril de 2006.

La verdad es que en Zavalita aparece el Vargas Llosa de las contradicciones. Y el que busca y encuentra. Allí, en la novela de su desvelo, queda patente la crítica al poder, al militar, a la dictadura, a los medios, al caletre marxista, a los Montesinos y a todos los siniestros jefes policiales cualquiera sea la dictadura, como fue el caso de Pedro Estrada, el tenebroso jefe de la Seguridad Nacional, la policía política de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, lo más parecido al Cayo Bermúdez de *Conversación en la Catedral*, o el primer retrato del Johnny Abbes de *La fiesta del Chivo*. De modo que siempre ha opinado. Con mayor o menor frecuencia. La carta a Velasco Alvarado. La carta a Haydée Santamaría y Fidel Castro, son ejemplos de esos inicios.

¿Qué ha ganado desde el día en que Zavalita reflexiona sobre lo jodido que está el Perú? El don de acertar, anticipar, autocriticarse, reconocer los equívocos y estar consciente de la repercusión de lo que expresa.

Tal ventaja, visible, notoria en la madurez, solo es posible al sacarle el cuerpo a la militancia del grupo, del partido, que decide e impone la línea a seguir. Con tal independencia podrá, inclusive, reconocer soluciones equivocadas en las que creyera, siguió y consideró necesarias. Por ejemplo, en 1977 le dijo a los periodistas Carlos

Rangel y a Sofía Imber, conductores del programa *Buenos Días* en Venevisión, que antes, mientras estuvo cerca de la revolución cubana, «me parecía que una de las maneras inevitables para corregir esas injusticias materiales era cortando o suprimiendo transitoriamente ciertas libertades que me parecían formales e incluso un obstáculo al desarrollo de la justicia social. Hoy día no lo creo. He cambiado de opinión al respecto y estoy convencido de que la desaparición, incluso parcial y transitoria, de las libertades, del derecho a la crítica, de la discrepancia, enajena y amenaza todo proceso de reformas sociales y llega hasta anularlo y, a veces, sustituir las injusticias corregidas por injusticias nuevas».

En 1989 había desarrollado más la idea anterior. Ya había recorrido parte del trecho de la convicción liberal. Con Carlos Rangel y la esposa de este, Sofía Imber, sus anfitriones mediáticos, habituales en Caracas, discutía y hasta pugnaba. Sofía recordaba en entrevista con el historiador Pedro Benítez, los tiempos en que Vargas Llosa y ellos se encontraban en trincheras opuestas. Rangel escribió dos libros premonitorios, *Del buen salvaje al buen revolucionario* y *El tercermundismo*. Admiró a Rangel hasta su muerte. A su memoria dedicó un artículo en 1988. Y anteriormente, en 1983, se paseó por el segundo libro de Rangel, del cual resaltaba lo «refrescante e insólito» y el detalle de «ir contra la corriente, este enfrentarse de manera tan radical a tantos intelectuales latinoamericanos». En síntesis, la tesis de Rangel, según Vargas Llosa, es que «lo que el capitalismo no tocó sigue siendo oscurantismo y barbarie; allí donde el capitalismo fue extirpado, brotaron de nuevo el salvajismo político y la ineficiencia económica». O sea, valga esta paradoja: no hay nada más salvaje que acabar con el capitalismo salvaje. Junto al elogio, la discrepancia, pues Vargas Llosa observó falta de matices en Rangel como «su visión esquemática según la cual sociedad democrática y capitalismo liberal ortodoxo son un todo indivisible» y que socialismo democrático y comunismo marxista son lo mismo. Criticaba que «Rangel no admite que ha sido gracias a la influencia de las ideas socialistas que la sociedad capitalista se ha humanizado considerablemente» y que «la incompatibilidad entre ambos sistemas acaso no sea tan absoluta como asegura Rangel» y de allí las experiencias nórdicas, en Alemania Federal, en Inglaterra, donde el socialismo democrático ha pasado la prueba de la intervención del Estado «en la vida económica de manera provechosa y sin sacrificar» la libertad. Era en ese tiempo en que llegaba a plantear que «toda noción de libertad resulta dudosa en sociedades con las desigualdades que tienen los países del tercer mundo». El desequilibrio convierte la libertad «en una abstracción» y para alcanzar «un progreso social que se apoye en la libertad y la refuerce es indispensable, en países como los latinoamericanos, una intervención prudente y sagaz, que, sin desalentar la iniciativa privada, asegure que el progreso económico signifique también progresión de la justicia». Pedro Benítez, destaca, por su parte, el tono de Carlos Rangel, «premeditadamente polémico y provocador. Su intención consiste en rebatir la concepción según la cual, el atraso de Latinoamérica se debe al imperialismo

occidental, particularmente al de los Estados Unidos, y que él califica, como vemos, de mito. Para una persona (como Rangel) comprometida con el pensamiento liberal, de lo que se trata es de defender el libre comercio y la libre difusión de las ideas». Vargas Llosa, Sofía y Carlos se hicieron grandes amigos, y el suicidio de este lo impactó de tal manera que el periodista Leopoldo Castillo, enviado al Perú por Venevisión a entrevistarlo en 1988, recuerda que en la noche, en el hotel, a Vargas Llosa nada le interesaba más que los detalles de la muerte, acaecida por esos días. Se tomaron una botella de *whisky*, y entre trago y trago, el escritor se fue paseando por el suicidio en la literatura, el poder. *Madame Bovary* es una de las obras que más lo ha marcado, ¿y cuál es el final de la protagonista? El suicidio. También Onetti es uno de sus autores preferidos. ¿Y qué abunda en la obra del uruguayo? Personajes de la derrota, descolocados, deshechos, atrapados, erosionados, que se suicidan o piensan en el suicidio. La síntesis de Vargas Llosa es el suicidio como respuesta moral y fórmula de libertad. De hecho, en 1999 retomaba el tema en el artículo *Una dulce muerte*, en el que afirma que «decidir si uno quiere o no vivir (...) es algo absolutamente personal, una elección donde la libertad del individuo debería poder ejercitarse sin coerciones y ser rigurosamente respetada, un acto, por lo demás, cuyas consecuencias solo atañen a quien lo ejecuta». Y añade: «La decisión de poner fin a la vida es la más grave y tremenda que puede tomar un ser humano». Carlos Rangel era un hombre culto, brillante, formado en Caracas, Francia y Estados Unidos, pero depresivo. Había antecedentes suicidas en su familia. El día en que se quitó a vida, Sofía lo había notado en una de sus crisis recurrentes. Le había escondido el arma. Habían llamado al banquero Pedro Tinoco y a su esposa, Carmen Montilla, para salir y airear juntos la depresión. Mientras aguardaban la visita, se habían servido un vaso de *whisky*. De pronto, Carlos se levantó, se dirigió al baño, y lo que a continuación escuchó Sofía fue el disparo.

Así que en consonancia con Carlos Rangel, en 1989, Vargas Llosa, en el aludido evento de Caracas, expresaba:

—La libertad es una herramienta del desarrollo, los países que se han desarrollado más, los que han conseguido las formas más elevadas de justicia social, no son aquellos que han suprimido la libertad sino aquellos que han hecho de la libertad su manera de organizar la sociedad, su manera de vivir, países que han instalado la cultura de la libertad. Esos son los países que han llegado más lejos en el desarrollo, en la ciencia, en la tecnología y también en la justicia social. Pues yo creo que en América Latina nosotros debemos aprovechar esa lección y hacer de la libertad, es decir, de la democracia, que es el sistema de la libertad, nuestra manera de progresar y desarrollarnos.

Parecía leer el guión de una profecía. A la vuelta estaba Fuimori. Y el golpe de Hugo Chávez contra Carlos Andrés Pérez. ¿Y en qué se ha montado el gobierno de Chávez? En relanzar las confiscaciones de tierras, las estatizaciones de empresas (teléfonos, electricidad, petróleo, siderúrgica, bancos, cemento, lácteos), y aumentar

el control sobre los medios de comunicación (más televisoras estatales, más radios estatales, más emisoras de radio y televisión dependientes del gobierno bajo la cortina de la propiedad comunitaria). No satisfecho con ello, el régimen sostiene la tesis de la propiedad cogestionaria de empresas (papel, textil, tubos) que ha resultado en rotundo fracaso, y con la excusa de la seguridad alimentaria, maneja la importación y la distribución de alimentos. Ha revivido las Empresas de Propiedad Social, vigentes cuando Velasco Alvarado gobernaba Perú. Y como Alan García, Chávez ha dicho que los bancos deben servir más al pueblo y cada vez amenaza con estatizar todo el sistema financiero. También Petróleos de Venezuela ha pasado a ser el centro de una consigna falsaria: ahora PDVSA es de todos. Con el avance del Estado, se reducen los espacios para la iniciativa privada. Se destruye lo privado, y lo estatal se estanca. Lo que estaba estatizado se deteriora aún más. Y lo que se estatiza comienza a hacer aguas. La administración Chávez ha estatizado, confiscado, expropiado, pero no ha levantado ninguna factoría de envergadura, ninguna industria, ninguna empresa por voluntad propia. Emprendió iniciativas con la ayuda de Cuba (más un negocio para los cubanos) como la construcción de centrales azucareros, convertidos en centros de costos y corrupción. Porque de esto último sí hay mucho en la administración chavista. Y es que favorecidos por los precios del petróleo (récord de más de 100 dólares) y la discrecionalidad en la administración de los recursos (es lo opuesto a libertad y transparencia), el gobierno maneja un presupuesto paralelo de miles de millones de dólares que ha enriquecido a la casta dizque revolucionaria, a sus socios, a sus familiares, propiciando la aparición de un nuevo rico: el boliburgués. Es decir, el burgués bolivariano. Y ha enriquecido a los operadores del dinero, a los traficantes de dinero. Solo 20 operadores que se fueron del país, acusan fortunas de 200 millones de dólares, en promedio.

—Las expropiaciones y confiscaciones de tierras —escribía Vargas Llosa en diciembre de 2001— en nombre de la justicia social, reservar al estado 51 por ciento de las sociedades mixtas, imponer un riguroso centralismo y una planificación burocrática en el sistema de creación de riqueza del país, y satanizar a la empresa privada y al mercado como responsables de todos los males que aquejan a la sociedad no tiene nada de novedoso. Es un antiquísimo recurso de los gobiernos que solo se preocupan por el corto plazo y están dispuestos a arruinar el futuro con tal de salvar el instante presente.

VI. La guerra santa de Rafael Caldera

Mis rezos comenzaron en 1936. Era la Venezuela juvenil y tumultuosa bajo la batuta de izquierdistas y comunistas como Rómulo Betancourt, Gustavo Machado y Jóvito Villalba, entre otros. Yo en solitario fundé junto a mis hermanos cristianos revolucionarios pero no violentos, la Unión Nacional Estudiantil, el primer antecedente de Copei, mi partido. Aunque me hayan sacado de las listas, Copei es mío. Paciencia. Paciencia. Eso me enseñaron los jesuitas, y lo digo por sinceridad. No se moleste usted si hablo de los jesuitas. Sé que el Santo Padre prefiere hoy al Opus Dei. Pero todos somos hermanos. Eso me lo ha enseñado la vida. Santo Padre, aprendí la paciencia y la perseverancia para triunfar. ¿Cuántas veces no fui candidato hasta que logré la presidencia? Desde que entregué el poder en 1974 esta será la tercera vez que opte de nuevo y ahora, lo juro, es la vencida. A Luis Herrera le endosé un cheque cuando fue proclamado candidato en 1978: «Conozco a Luis Herrera y yo respondo por él». ¿Qué hizo luego el desagradecido cuando fue presidente? Intentó robarme el partido. Quiso vengarse de cuando yo evité que fuera candidato en 1973 y le impuse la figura de Lorenzo Fernández, mi gran amigo muerto. Gran favor el que le hice a Luis Herrera porque Lorenzo se sacrificó para que más tarde surgiera él con su sombrero pelo'e guama, sus camisas guayaberas y sus refranes de populacho, arrebatándole el poder a los adecos, derrotando a Luis Piñerúa Ordaz, el candidato, a Rómulo Betancourt, el caudillo y fundador, y a Carlos Andrés Pérez, entonces presidente. Pero más bien que no. De allí en adelante se alzó. Argumentó haber popularizado a Copei y que ello le daba base para optar al control del partido. Se alzó con ese traidor de Pedro Pablo Aguilar y después con Pepi Montes de Oca queriéndose, el primero, consolidar en la secretaría general y el segundo, sacarme del juego candidatural en 1983. Pero los aplasté primero con Eduardo Fernández, mi delfín —otro traidor— y después yo mismo. Esa tendencia que han llamado el herreropablismo quedó sin nada en Copei. Y eso mismo ocurrirá con el Eduardismo. Copei volverá a ser de Caldera, porque ya lo dijo hace años Oswaldo Álvarez Paz: lo que es bueno para Caldera lo es para Copei. Tampoco se ha cumplido la sentencia de otro de los traidores, Miguel Bello, que entre argucias le dio a entender a la gente que, ellos —Luis Herrera, Pepi, Pedro Pablo y sus respectivos combos—, acabarían con el mito de Caldera. Lo afirmé entonces y lo ratifico ahora: «Cuando me atacan yo respondo y creo que eso es humano». Oswaldo lo vaticinó: Si el gobierno de Luis Herrera es un fracaso se perderán las elecciones de 1983 hasta con Caldera de candidato. El babiaca de Jaime Lusinchi no podía derrotarme. En realidad los causantes fueron Luis Herrera, Leopoldo Díaz

Bruzual, Arturo Sosa y Luis Ugueto. Todo ese equipo económico enfrentado desorientado, que devaluó, aumentó la deuda externa y alimentó la fuga de capitales. Yo he sido el único presidente de Venezuela en revaluar la moneda. Luis Herrera la devaluó después de decir que los gobiernos copeyanos no eran devaluacionistas. Lo hicieron a propósito. Enfriaron la economía, la echaron al garete, dejaron que se fugaran los capitales, solamente para impedir mi regreso. Se repite la historia: soy la solución para el país. Soy Caldera y Venezuela conoce y necesita a Caldera. Recuerdo mi último mitin en la avenida Bolívar en 1983. Una multitud multicolor: verde, amarilla, naranja, blanca, azul. Una multitud que me aclamó con delirio cuando alcé vuelo junto a Alicia en aquella gigantesca grúa. Más gigante yo. Un titán. Un estratega que ha demostrado contar con las herramientas de la experiencia. Aboné el terreno: me aparté del partido, condené la victoria de Carlos Andrés Pérez y la derrota de Eduardo, me dediqué a la reforma a la Ley del Trabajo y luego a la reforma de la Constitución. Muy por encima de las banalidades partidistas reconquisté el corazón de Venezuela. Hoy regreso —lo juro y sean Dios y usted mis únicos testigos—, sin revanchas, ni odios ni venganzas. Ya dirán que traté de acabar con Carlos Andrés por pura venganza; o que intenté cerrarle el paso a Luis Herrera por revancha; o que opuse mi precandidatura a la de Eduardo en 1988 como respuesta a su desagrado. Ya dirán muchas cosas más. Que envié a José Curiel a comprar los votos de la gente de Arístides Beaujon para evitar que Luis Herrera fuera candidato en 1973. Que quiero vengarme de la ofensa que me hizo Luis Herrera al ponerme a competir por la candidatura de 1983 con un segundón como Pepi Montes de Oca. Nunca antes había sido precandidato, cosa a la que también Eduardo me obligó en 1988. Nunca antes nadie retó mi autoridad divina en Copei. Siempre fui el candidato cuando quise y siempre por unanimidad. Dirán que no apoyé luego el gobierno de Luis Herrera y muy a propósito para acabar de una buena vez con su tendencia divisionista. Sí, lo dije en aquella oportunidad: no soy el candidato del gobierno. ¿Cómo podría serlo si desde el gobierno se orquestó todo un movimiento para liquidarme dentro de Copei? Lo mismo ha hecho Eduardo con eso de la alianza generacional. Oposición para lograr mi destrucción a pesar de que Leonardo Ferrer, expresó hace unos diez años, que Copei es Caldera y Caldera es Copei. Hipócritas. Todos han sido falsos. Luis Herrera queriéndose parecer a los adecos, y Eduardo aliado hasta con el mismísimo diablo —olvidando el cristianismo— con tal de llegar a ser presidente. Qué obsesión la de ese muchacho. ¿De quién la aprendería? Pero ya está derrotado. Es muy distinto mi caso. Un destino manifiesto me indicaba que yo debía gobernar para hacer el bien. La Divina Providencia me ha colocado en el camino de nuevo, usted lo sabe. No se trata de ser terco o soberbio, ni las dos cosas a la vez. Es en verdad un reclamo del país. Nunca he sido sectario y menos lo sería hoy. Venezuela llama por una solución nacional, de consenso, unánime, de aclamación, y no veo que otro hombre pueda encarnar mejor —sin equívocos— esas condiciones. Me han dicho viejo y somos los de mi edad quienes

podemos rescatar el país de la destrucción y el desastre. En una ocasión lo afirmé y hoy como ayer es actual esta frase: «Estoy convencido de que el país está reclamando una gran autoridad moral, una gran autoridad política». Y esta otra: «El país está reclamando que el candidato a quien conceda su confianza para gobernar los próximos cinco años represente una corriente nacional». Bueno, que los hipócritas al menos reconozcan que en 1983 me compararon con Charles De Gaulle. Luis Herrera dijo cuando era candidato que yo era el máximo líder de Copei, y al finalizar su mandato le declaró al periodista Alfredo Peña que yo era el líder, nadie más. No me perdona Luis Herrera que yo haya afirmado que su gobierno bastante daño le hizo al país. ¿No trató después Eduardo de diferenciarse, de apartarse de Luis Herrera, para no afectar su candidatura presidencial? Hasta Oswaldo Álvarez Paz se alzó contra el Directorio Nacional por culpa de los casos de corrupción administrativa habidos entre 1979 y 1984. Luis Herrera en respuesta lo llamó mariscal de las derrotas. Santo Padre, son los diablillos. Los demonios. El estómago se me hace trizas y alborota mi mal aliento. Una periodista —no puedo decir si es bella o no para que no me malinterpreten— me dice que el país me necesita. Yo lo creo así, señor.

Santo Padre, llegué del cielo una noche del 24 de enero de 1916. Día de Nuestra Señora de la Paz y mi vida ha sido una constante guerra. Guerra contra los bárbaros, caudillos, protestantes, dictadores, antifranquistas, privilegiados y subversivos de todo tipo. Guerra contra quienes han querido arrebatarme lo que me pertenece: la justa dimensión de lo que soy. El estadista. El hombre más completo de este país. En este siglo, ¿quién ha elevado la política venezolana hasta la cúspide de los principios, la ética, la moral y la valoración intelectual? Quién sino yo. A usted, Pastor de la Iglesia, le consta eso por las tantas noticias que le han llegado. Además, lo comprobó en su visita a Venezuela, cuando gobernaba el adúltero de Jaime Lusinchi: Jesús, María y José. De todas maneras que lo respondan aquellos que me han visto actuar como líder y maestro. Lo dije en 1983 cuando lancé al ruedo mi candidatura presidencial: «Yo quiero a los jóvenes, porque comprendo a los jóvenes. Yo quiero a los jóvenes... porque en mi vida intensa, muchachos, no he puesto a un lado mi vocación de maestro. En mi primer gobierno hubo varios que con ánimo de criticar dijeron que yo pretendía seguir siendo un profesor o un maestro desde la silla de Miraflores. Pues sí, señor. Creo que el pueblo reclama un maestro, y especialmente los jóvenes que quieren autenticidad, que quieren sinceridad». Y aquí lo que sigue faltando es eso, Santo Padre, sinceridad. El país me vio casi llorar, casi a punto de darme un infarto, la mañana del 4 de febrero de 1992, la mañana del golpe liderado por Hugo Chávez, ahora preso, cuando desde el Parlamento hablé como un verdadero iluminado de la política. Algunos han dicho que esos gestos han sido ensayados. Que no soy sincero. Heredero de Pedro, aquella mañana estaba inspirado. Dije que un pueblo con hambre no puede defender la democracia y ello fue tomado como una justificación del golpe militar. Nada más falso, Santo Padre.

Esa mañana se oyeron cánticos y salvas. Señor, si la dirigencia conservara algo de moral, no habría pataleo alguno en que yo fuera el conductor de Venezuela hacia el siglo XXI. Pero los intereses mezquinos siempre están de por medio. Yo formé a esa generación de jóvenes que me arrebató Copei. Eduardo (recuerdo que te visitó en el Vaticano para ganar algunos voticos de las beatas que me admiran y son consecuentes conmigo), fue mi secretario, mi delfín, tal como lo llamaron los cronistas, y ha sido quien más daño me ha causado. A Luis Herrera lo llevé a Miraflores y desde allí se ensañó contra mí, retó mi autoridad en Copei. Oswaldo Álvarez Paz, mi otro delfín, me ha llamado traidor. Me acusó de estarle socavando el piso político a su candidatura, que en realidad es la mía. Por décadas fui el candidato de Copei hasta que en 1969 me ceñí la banda tricolor. En 1983 y 1988 intenté ser el candidato de la unidad nacional. Luis Herrera hizo un mal gobierno a pesar de que iba todos los domingos a misa. Pero rezaba sin fe y se pasó los cinco años oyendo crecer la hierba y afirmando que estaba tranquilo y sin nervios. Santo Padre, en la segunda oportunidad, Eduardo Fernández, mi hijo político, me arrebató el derecho que me correspondía a representar nuevamente como candidato a Copei y a un sector más amplio de la población, frente a Carlos Andrés Pérez que se reelegía. De no haberse precipitado Eduardo, yo habría ganado las elecciones y no estuviésemos ahora en esto de golpes de Estado y de pecho, renuncias presidenciales, referendo y lamentaciones por la crisis. Cuando pasé a la reserva en 1988, Eduardo, Luis Herrera y sus respectivas camarillas creyeron que ya me había transformado en un fantasma político. Padre de la Cristiandad, Jóvito Villalba, el verdadero cadáver político, nos dejó a su hijo Miguel Rodríguez para que nos metiera en esto de la economía de mercado, el capitalismo salvaje y el neoliberalismo. Ahora este muchachito vino con una medicina que parece más bien el trago amargo de la venganza, de la revancha. Una receta impuesta por el FMI. Un organismo que usted mismo ha denunciado. Coincidimos usted, Santo Padre, y yo en mis críticas y en sus encíclicas en condenar el capitalismo salvaje. En salvar a los pobres, a los desposeídos y los parias de la humanidad. ¿De ellos no será el reino de los Cielos? Santo Padre, el nefasto de Carlos Andrés Pérez es el anticristo de Venezuela. Se lo dije a Rómulo en 1979: hay que destruirlo porque de lo contrario él nos destruirá a nosotros. Cuando se desempeñaba como presidente, Luis Herrera entendió parcialmente el mensaje, puesto que prefirió enfilar baterías contra Acción Democrática. No captó el gordo que AD era la estabilidad democrática y se enfrascó en esa política de ataque directo, virulento. Hasta llegó a decir una vez que él había demostrado que sin AD también se podía gobernar el país. Por Dios, Luis Herrera, el enemigo era Carlos Andrés Pérez y tú no hiciste más que lograr que los adecos reaccionaran y lo apoyaran en el momento en que casi nadie lo quería. Eduardo después con su impaciencia impidió que yo fuera el candidato frente a Pérez. Contra mí no habría habido argumentos. Venezuela recuerda mi gobierno de bondad, dulzura, pacificación, tranquilidad, el Poliedro y las 100 000 casitas por año. El

pueblo recuerda los planes vacacionales de Alicia, la primera dama, y el ejemplo moral de una pareja presidencial que no ha cometido adulterios, que no ha llevado a sus amantes a Miraflores y que no se ha ensuciado las manos con los reales del erario público. Me tiembla la voz cuando pienso que el Cambio Soy Yo. El Cambio fue en 1968 y volverá a ser ahora mismo. El país espera un gobierno de salvación nacional, un líder con experiencia y consenso, con credibilidad y autoridad moral que actúe a favor del rescate. Ese soy yo. Así lo han comprendido las clases desde siempre. Santo Padre, cruzado de la verdad, peregrino del bien y la bondad, quiero quitarme de encima eso de que en 1968 llegué a Miraflores con la exigua ventaja de 30 000 votos y solo porque AD se había dividido. Quiero demostrar que el Segundo Padre de la democracia —porque el primero es Rómulo aunque los adecos me prohíban pronunciar su nombre—, puede devolverle el aliento y la esperanza al pueblo venezolano. No soy un advenedizo. Por el contrario, dicen, y entre ellos me informan que así usted también lo cree, que soy un iluminado. Todas las noches rezo y ruego a Dios por el pueblo. Que no vengan los cogollos a querer cerrarme el paso de nuevo. Los cogollos, las camarillas de los partidos constituyen hoy la antihistoria. Ríos de gente me acompañan y me aclaman. Oswaldo Álvarez Paz es el candidato de los ricos. Santo Padre, grupos de señoras se han organizado para rezar por mi candidatura. Esto lo leí en el diario Economía HOY de los Di Mase, los banqueros amigos de Carlos Andrés Pérez. Conjuro las potencias celestiales para combatir la corrupción que llegó con Carlos Andrés Pérez. Carlos Andrés inició el desmadre. Se perdió en la locura. ¿Dónde quedó aquello de administrar la riqueza con criterio de escasez? En administrar la riqueza con escasez de criterio. En las manos de Carlos Andrés se ha perdido la República. Mi deber es recuperarla. Que no venga Carmelo Lauría a decir que él podía detenerme, si no pudo siquiera con Claudio Fermín dentro de AD. Que no diga que se cree infalible. De dónde sacó eso de que conoce mejor que yo la Venezuela moderna. De dónde sacó que su mejor capital político frente a mí es su capacidad de trabajo. De dónde sacó que representa la opción de las nuevas generaciones. No lo fue en el primer gobierno de Pérez de donde fue expulsado por haber, desde el Ministerio de Fomento, fijado los precios de los productos de consumo masivo sobre la base de la lista de los Cada, los automercados de Gustavo Cisneros. No lo fue tampoco en el gobierno de Lusinchi. Ni en el segundo de Pérez cuando fue llamado al Ministerio de Relaciones Interiores. Lo rechazó el pueblo en paro, de forma unánime. Qué me puede enseñar Lauría de trabajo: llevo yo más de medio siglo de actividad política en Venezuela. ¿Quién conoce a Lauría? ¿Quién sabe más de la Venezuela moderna? Recuérdense que conmigo comenzó la última modernización del país. ¿En quién creerán las nuevas generaciones? Solamente en mí. El maestro. Quien se una a mi santa cruzada libraré una de las más bellas batallas de su vida: la del rescate de los nobles principios.

Dios Todopoderoso. Se insultaron. Riñeron. Le ofrecieron un pobre espectáculo al país. Por eso están derrotados. No hay liderazgo que se me asemeje. Oswaldo

derrotó a Eduardo, y para hacerlo tuvo que decir que era un Caldera modernizado. Yo no quise participar en ese sainete de elección interna, aunque haya resultado más o menos bien. Aunque Eduardo haya tenido la valentía de reconocer el triunfo de Oswaldo. Eso es cosa de ellos. Caldera está por encima de esa diatriba. Fueron ellos mis delfines. El uno ha derrotado al otro, ha cobrado venganza por mí. Yo sigo mi camino y el camino soy yo. Dios Todopoderoso. Sí que riñeron y pelearon en ese CEN de Acción Democrática. Sin embargo, rodó la cabeza de Carlos Andrés Pérez. No lo pudieron salvar. El pueblo lo derrotó. El pueblo lo enjuicia y él insiste en continuar. Hasta cuándo habrá Pérez hasta en la sopa. Me cansa verlo. Me obstina sentirlo ahora como mártir. Humberto Celli pidió su renuncia, y eso le costó la presidencia de AD. Así manejan los cogollos las cosas. No pertenezco a ninguno y por eso tengo autoridad moral para decirlo, afirmarlo y gritarlo. Octavio Lepage le gritó corrupto en la cara a Pérez. Y el propio Lepage fue quien le reclamó a Luis Alfaro Uceró el manejo personal del partido. Ya ven, Lepage llegó a presidente. Transitorio. Quien menos se lo esperaba, quien fue el objetivo de Pérez en la lucha interna de AD. Ese, además, fue el regreso del lusinchismo al poder. Señor, así son las cosas de la política. Mírame a mí respaldado por el Movimiento Al Socialismo. Pero miren también a Humberto Celli decirle a Alfaro Uceró prácticamente ladrón pues no ha entendido por qué «cañería» se fueron 145 millones de bolívares de las arcas del partido, hasta el punto que el mismo Celli tuvo que prestarle a la organización veinte millones. Miren a Celli decirle a Piñerúa que fue él quien recogió las firmas en su intento de condenar a Pérez por el caso del Sierra Nevada, que fue él quien luego trató de destruir a Lusinchi con lo de la barragana, que fue él quien engañó a Rómulo Betancourt convenciéndole de que Pérez era un ladrón, y que es él quien ha pretendido destruir a AD. Esos son los adecos. Esas cosas se dijeron unos a otros en el CDN de mayo de 1993. Que quede para la historia. Que no se olvide que Henry Ramos decía de Lepage que no es fuerte de carácter y por eso no era el más indicado para suceder a Pérez. ¿Y Héctor Alonso López no declaró después que Celli se había cuadrado con los enemigos de CAP? ¿Y no se recordó allí la pelea de Paulina Gamus con Henry Ramos y Lalo Troconis? Se insultaron a gritos, se dijeron drogómanos, prostitutas y traficantes de armas. Se comportaron como vulgares delincuentes. Dios Todopoderoso, oye mis plegarias. ¿Y en mi partido?, ¿no llamaron los eduardistas a Ramón José Medina pandillero de barrio? Y a Enrique Mendoza le dicen el histérico y a Aldo Cermeño el cabezón. Y Octavio Lepage siendo ya presidente encargado descalificó al presidente del Consejo Supremo Electoral, Carlos Delgado Chapellín, diciéndole borracho y mano suelta. Dios Todopoderoso. Destruye a quienes me quieren destruir. Amansa a mis enemigos y guardaré tus estatutos. Luis Herrera le ha comentado a sus allegados que yo estoy en mi momento como cuando alrededor de una muchacha bonita giran unos cuantos pretendientes pero ella prefiere a uno solo. Venezuela es la muchacha bonita y me prefiere a mí. Le gusta lo que le digo, lo que hago, lo que pienso. Luis Ugueto, exministro de Hacienda

de Luis Herrera, me ha analizado así: «Creador de Copei, forjador del Pacto de Punto Fijo, piedra angular del período democrático. Presidente de la República durante un período administrativamente muy satisfactorio; políticamente clave, por la labor de reincorporación de los cuadros guerrilleros a la política; y muy importante, el período en el cual se aprovechó la coyuntura petrolera para lograr la transferencia más masiva de recursos económicos de la historia, del mundo de los consumidores del producto, a sus productores. Un baluarte moral en una sociedad que mucho necesita de esos valores, sale de una reserva autoimpuesta, a pesar de sus años, para dirigir una campaña agresiva, destinada a detener el viraje que él percibe que está tomando el país acompañado esta vez no de su partido, con el cual está ahora en violento conflicto, sino por una amorfa coalición de grupos políticos, principalmente representantes de la izquierda tradicional venezolana. Pero su mensaje, aunque no está todavía claramente dibujado, se percibe como un intento de vuelta atrás: su rechazo violento a las reformas del presidente enjuiciado; su prejuicio contra las economías de mercado y las soluciones liberales a la distribución de los recursos, apuntan a una vuelta a la gestión masivamente tutelada, a una dirección centralizada de las actividades. Sus detractores siempre lo acusaron de sentirse por encima de la norma económica, como cuando revaluó la moneda, acentuando la tendencia a la sobrevaluación protectora de los consumidores. Su Ley del Trabajo le ha enajenado al mundo empresarial y le ha causado serios problemas de pago al Estado».

Ahora me llaman el excluido. El expulsado. El excopeyano. El tachado de las listas de Copei. Pero ganaré porque soy la convergencia. La silla me aguarda en poco tiempo. Están cuadradas las posiciones. Al momento de ceñirme la banda tricolor recordaré muchas cosas. Por ejemplo, el frío saludo de Oswaldo Álvarez Paz el día en que el Parlamento eligió presidente al historiador Ramón J. Velásquez, sustituto del despuesto Carlos Andrés Pérez. Recordaré las ausencias de Lusinchi en todos los debates de la transición presidencial, quien anduvo más ocupado defendiéndose de los ataques de Pablo Medina, quien le reclamaba que su única lealtad era con la bebida y con el ron Gran Reserva. Ya esto se lo había dicho Felipe Montilla en un intenso debate en el Senado. (Son estilos). Recordaré a Gustavo Tarre llamándome cogollérico, que yo fui el único cogollo mientras milité en Copei. (Recordaré que esto mismo lo dijo Paulina Gamus). Recordaré el afiche en que salí agarradito de la mano con Luis Herrera Campins en 1978. Recordaré algunas frases. Por ejemplo la que le dije a Marcel Granier en el programa de televisión, Primer Plano, en noviembre de 1983: «Perdóname la inmodestia, pero yo llego a tener la pretensión de que tengo un compromiso con la historia». O lo que dije en 1984: «Mi candidatura responde a un imperativo histórico». Si no están de acuerdo con la vigencia de estas expresiones pues entonces repetiré lo que también expresé en 1988: «Ni siquiera Cristo se aseguró la unanimidad». Y la realidad indica una sola verdad, la que Luis Herrera le dice a sus pupilos en privado: Caldera es el único que

en la actualidad representa la expresión más elevada de la democracia cristiana. Esa es la pura verdad. Soy el único copeyano. Pasé a la reserva en un tiempo y lo he dicho sin reservas, pero hoy como ayer «mi liderazgo es exigente», el de Eduardo Fernández en cambio era «complaciente», por ello está derrotado. Y eso a pesar de que invirtió millones y millones en su campaña. Hay que insistir en su derrota para que no aparezca de nuevo como si nada hubiera ocurrido. Igual digo de Pérez. Si he insistido en su renuncia, en su aplastamiento como político, no es porque me gusta la zozobra, como dice el eduardista, que una vez fue calderista, de Aníbal Romero, sino porque a Pérez por fin hay que darle cristiana sepultura. Es que Pérez es el padre del paquete y de muchas cosas más. Lo dije en 1987: «El padre de la deuda fue Carlos Andrés Pérez y el padrastro Luis Herrera Campins, que fue quien crio lo que dejó su predecesor».

En tal sentido, en tal constancia y consecuencia, no daré cuartel en la lucha, ya que yo mismo he definido que a la política hay que verla con la «fría mentalidad de un samurai». Que se atengan mis adversarios a la perseverancia. A mis condiciones que ahora son mejores que nunca. Que se atengan quienes dicen que tampoco cuento con el apoyo del capital (ahí está el banquero e industrial Julio Sosa Rodríguez para desmentir esa afirmación), y de ser así, de todas maneras he dicho que «los empresarios de Fedecámaras no son precisamente hermanitos de la caridad». Venezuela conoce y, él no lo niega, que el único candidato del capital y el paquete es Oswaldo Álvarez Paz. Eso sí, no caeré en la guerra sucia aunque me ataquen, pero si me atacan ya verán. Yo no tuve la culpa si en la campaña pasada a Eduardo Fernández los adecos lo vincularon con el narcolavado, cuando publicaron una foto de él con Genaro Scaletta. Ni tuve la culpa de cuando también hablaron de las supuestas relaciones de Pérez con el narcotraficante colombiano Fabio Ochoa. Ni tengo la culpa de que Lusinchi haya dicho al final de su mandato que la banca internacional lo había engañado y ni tengo la culpa de la respuesta de Luis Herrera: qué tarde piaste, pajarito. Yo no tengo la culpa de nada. Soy inmaculado. Estoy libre de pecados. No soy culpable de las descalificaciones mutuas. No soy culpable de lo que Gladys Castillo, exesposa de Lusinchi, le declaró a la periodista Carmen Teresa Valdez: «Él no cree sino en lo que ella (Blanca Ibáñez) le dice. Pienso que debe ser por la diferencia de edad que hay entre ellos. Pero ella hace una cosa por detrás y otra por delante. Cuando la acusan va entonces a llorarle a él. Él hacía todo lo que ella quería. Todo lo que se ha dicho de los dos en el poder puede que sea verdad pero estoy segura de que Jaime no ha robado jamás». No he inventado yo esto. No inventé yo la expresión del exministro de Relaciones Interiores, Alejandro Izaguirre, en el sentido de que fue el presidente Pérez quien le dio la orden de desviar los 250 millones al Ministerio de la Secretaría de la Presidencia, causa y razón del juicio que lo sacó del gobierno. No inventé yo la expresión de Lusinchi de que él es el responsable de todo lo que se le endilga a Blanca Ibáñez. No inventé yo el dato que sacó a la luz pública el periodista César Messori del préstamo que le hizo Lusinchi

en cierta ocasión presuntamente con recursos de la partida secreta y de los personajes que aparecían en una lista y que recibían dinero de la partida secreta. Conmigo no habrá escándalos de esa estirpe. No me presto para esos juegos. Vivo en el camino correcto. Santificado. De cierto os digo que no tengo rabo de paja ni basura en la pepa del ojo, así me señale Aníbal Romero de haber sido el abogado de los golpistas. Así diga Armando Gabaldón Domínguez que yo desvarío con eso de mi candidatura nacional. Que Santa Teresita, quien según Pablo Medina es la santa de Lusinchi, me ayude también con su perdón. A lo mejor, quizás, pueda perdonar a quienes me han atacado.

VII. Zavalita sigue jodido

¿No era una olla de grillos este país, niño, no era un rompecabezas macanudo el Perú? ¿El Perú? Qué dice Ambrosio a Zavalita. Es la Argentina. Colombia. Ecuador. Venezuela. Toda América Latina. Haití. El retorno de Duvalier. El nuevo Alan García en el segundo mandato. Fujimori preso. Y Vargas Llosa, ¿qué más da?, respalda al exmilitar, nacionalista y golpista Ollanta Humala, antes que la hija de Fujimori llegue a la presidencia y entonces sí que sí, el pasado fujimorista sea reivindicado y justificado ante la historia. ¿No era increíble que los odriístas y los apristas que tanto se odiaban ahora fueran uña y carne, niño? Como adecos y copeyanos, antes atacándose, antes desprestigiándose mutuamente, hoy unidos para sacar a Chávez del poder. Haberlo adivinado. Haberlo anticipado. Y haber evitado tantos malos sueños. Con AD se vive mejor, recuerda el jingle de una campaña electoral. ¿Qué diría su papá de esto, niño? La culpa. Los errores. Los odios. Cuando les llegó la hora de la verdad no supieron qué hacer. No entiendo la inhibición de la dirigencia partidista, apuntaba Luis Herrera Campins. AD es un cascarón vacío, repetía Carlos Andrés Pérez en Nueva York, en Miami, donde murió. ¿Y Caldera? A mí que no me echen la culpa por sacar de la cárcel a Chávez. Son los partidos los que se destruyeron entre sí, a sus líderes, y al sistema. En mis manos no se perdió la República, solía decir Caldera, frase copiada, repetida, por Ramón J. Velásquez, el historiador que terminó el mandato de Carlos Andrés, cuando transmitió el testigo a Caldera, que entraba a gobernar por segunda vez. El más inhibido de todos ha sido Lusinchi. Se quedó sin esposa. Sin memoria. Sin amante. Sin partido. Sin historia. Vive escondido en su casa como alguien que sufre de una enfermedad altamente contagiosa. —Bueno, por eso hemos hecho la revolución —dice el teniente, de buen humor—. Ahora con el Ejército arriba, todo el mundo en vereda. A quién le mienten. Más corrupción. Más delincuencia. Más violencia. Más muertos en las calles. Esto parece zona de guerra. En la extensa frontera con Colombia, el Ejército, la Guardia Nacional, la Armada, la milicia, las FARC, la FBL, el ELN, el PSUV o partido de gobierno, el gobernador, el alcalde, o sea, cada factor, cada elemento con cuota de poder, maneja su propia agenda. Es el caos. —¿De veras? —bostezó Bermúdez—. Aquí cambian las personas, teniente. Nunca las cosas. Cambiaron sí. De civiles a militares. Es un gobierno militar. Solo que electo. Con los mecanismos de la democracia. Militares con más vicios que virtudes. Al fin y al cabo, los militares han constituido históricamente el primer partido político de estas democracias. Siempre arriba. En las sombras. O a la luz del día. Pero nunca abajo. —¿Cuál va a ser la situación de los detenidos? —murmuró Landa—. No los militares, que, por lo visto, arreglaron bien sus cosas. Los

otros. Cuando se les va la mano negocian el perdón. Para eso son las armas. Para administrar el perdón. Cuando yerran, los civiles castigan a los civiles. ¿Y los uniformados? El botín. La tierra. El ganado. Las propiedades. —¿No lee los periódicos, no oye la radio? —insistió el teniente, risueño—. Ya comenzó la limpieza. Apristas, pillos, comunistas, todos en chirona. Todos al paredón. Oligarcas. Vendepatria. La oposición es agente del imperio. El guion de los partidos de la oposición ha sido escrito por Bush, por Obama, por Condoleeza Rice, por el embajador de turno. Lacayos del imperio. Se retratan con Bush. Reciben plata de la CIA. No volverán. Quieren volver para quitarle PDVSA al pueblo. Para expulsar a los médicos cubanos. Para privatizar. Para entregarle el país al FMI. Pero el pueblo no se dejará engañar. Los vamos a pulverizar. Los vamos a volver polvo cósmico. El pueblo ya despertó, gracias a la revolución. Aquí no vuelve el capitalismo. El capitalismo es inhumano. El capitalismo está acabando con el planeta. A lo mejor el capitalismo fue el que acabó con la vida en el planeta Marte. —*El Comercio llama a Odría el salvador de la Patria solo por odio al Apra —dijo el coronel Espina—*. Es historia conocida. Repetida. Televisoras, diarios, grupos de medios que sí, cómo no, claro que sí creyeron que con el comandante vendría el orden, se acabaría la corrupción, se estabilizaría el país. Ya estaba bueno de bipartidismo. Había que apostarle a otra fórmula. Otro esquema. Otro proyecto. De paso, una vez en el poder, volvemos por la puerta grande. Lo manejamos. Lo controlamos. A *El Nacional* ya le dieron dos ministerios. El Grupo Cisneros quiere uno. Mezerhane también está enchufado. Y el diario *Panorama* de Maracaibo. Y los Capriles de Caracas. Siempre se puede. Siempre se llega. En cierta ocasión que el viejo Miguel Ángel Capriles Ayala atacaba al gobierno, el presidente Lusinchi se dirigió, fresco el titular de la tarde, a la casa del editor a reconocer que sí, cómo no, Capriles, aquí vengo yo: dicen que los presidentes tenemos poder y, en realidad, son los editores los que lo poseen y más. Sin embargo, el comandante les resultó respondón. Se equivocaron. Se suicidaron. —*El presidente conoce la mentalidad de estos hijos de puta —dijo el coronel Espina—*. Hoy te apoyan, mañana te clavan un puñal en la espalda. —*Como se lo clavaron ustedes a Bustamante —sonrió Bermúdez, pero el coronel no se rio—*. Bueno, mientras los tengan contentos, apoyarán al régimen. Después se conseguirán otro general y los sacarán a ustedes. ¿Siempre no ha sido así en el Perú? Pues sí, se molestaron. Se voltearon. Se cambiaron. Fuera Chávez. El gobierno se parte. Los militares se dividen. La Iglesia entra en juego. Los empresarios se montan en la operación. Y cae. Cae pero vuelve porque la toma del poder es cosa seria. Hasta en eso habían perdido pericia. Olla de grillos. Saco de grillos. Que desanda la espada de Bolívar por América Latina. Fidel Castro el mentor. Regresa Daniel Ortega, Vargas Llosa. En Perú gana Ollanta Humala. En Bolivia, Evo Morales. En Ecuador, Rafael Correa. En Argentina el peronismo impone su ley. *Déjà vu*. En Brasil el sindicalista Lula hace un gobierno moderno, de mercado y social, y al mismo tiempo defiende el régimen de Castro y respalda al régimen de Chávez que se tambalea. —*Hacer*

política no es perder tiempo —dijo Santiago—. ¿O solo los militares tienen derecho a hacer política aquí? Desde los golpes contra Carlos Andrés Pérez lo que ha se impuesto es la agenda militar. Rumores tras rumores. Viene el golpe. Que se cae el Gobierno. Que si Caldera realmente no ganó. Que le quitaron las elecciones al sindicalista Andrés Velázquez. Que no van a dejar que gane Hugo Chávez. Que Henrique Salas Römer no quiere reconocer la derrota. Que cuándo carajo van a intervenir los militares. Que se alzaron. Disparen a matar. Humo. Pólvora. Puente Llaguno. El 11 de abril. El río humano más grande de la historia marchando sin miedo hacia el Palacio de Miraflores. Que no estamos desfilando, sino protestando, corean las personas. Que eso es lo que esperan los militares. Y nada. Nada. Operación Rescate en La Orchila. Chávez no renuncia. Que sí renuncia. Que el Alto Mando se ha instalado en la plaza Altamira. Es la agenda militar. ¿Dónde están los partidos? ¿Dónde quedaron los políticos? ¿Cuándo aparecerá el líder? No hay. No quedan. Sí hay. No volverán. Pero no hay que confiarse. —*Ustedes los militares siguen pensando en el Apra de hace veinte años —dijo Bermúdez—. Los líderes están viejos y corrompidos, ya no quieren hacerse matar. No habrá explosión, no habrá revolución.* Caldera era un anciano al ganar la Presidencia por segunda oportunidad. Ahí estaba la señal. Encarnaba lo más viejo del antiguo régimen. El presidente anciano respaldado, sostenido, por el caudillo adeco Luis Alfaro Uceró: otro anciano. Otro anciano lanzado a candidato presidencial dispuesto a suceder al anciano presidente. Al sistema se le habían cortado las alas. Se había quedado sin sangre. A las reformas se les había metido freno. El partido militar al acecho. —*Por eso hay que trabajar a largo plazo —dijo Bermúdez—. Ahora el elemento más peligroso es el civil, mañana será el militar.* Así pensaban. Y taponaron la oportunidad de la generación civil de relevo. ¿Para qué la reelección presidencial? ¿Por qué el mesianismo? Desconfiaban del elemento civil olvidando la advertencia de Rómulo Betancourt: A los militares les atrae el juego político. Están formados para el poder. La guerra es una excusa. Tienen un doble juego con la democracia. Mantienen una conspiración subterránea no necesariamente para producir un golpe de Estado pero sí para minar el sistema. En el gobierno de Lusinchi una noche cualquiera salieron inexplicablemente los tanques a la calle. Así se debilitan las bases de la democracia. Betancourt se sentía orgulloso de haber venezolanizado a la Fuerza Armada. Hoy está cubanizada. —*Este país empezó mal y acabará mal. Como nosotros, Zavalita.* Para llegar al gobierno cabalgaron sobre el discurso de la corrupción y después eran ellos los de las chequeras más abultadas y los gastos más desconcertantes. Obligados a hacer negocios con los que saben hacer negocios en el país, tarde o temprano quedarían al descubierto. Los mismos encargados de ayudarlos a montar una operación, esconder el dinero, hacer una transferencia, servirles de testaferros, eran los primeros en hablar. Los números se pierden de vista. Comenta un banquero. Son los números de un ministro, de un gobernador, de un alto funcionario. Los banqueros admiten haber vivido su propia bonanza en el tiempo de Chávez: tiempo de altos

precios del petróleo, tiempo de hágase la fiesta con los bonos de la deuda pública, tiempo de elevado tráfico con los dineros públicos. Admiten también que las cifras embolsilladas por los jerarcas del gobierno y sus operadores, «son otra cosa». La mayoría del gobierno, suerte de tropa que estudia a Napoleón Bonaparte en las escuelas militares, hace suya la frase de este al ejército de Italia: ¡Soldados, carecéis de todo. El enemigo lo tiene! Y como la partida a una maratón, casi todos se lanzan al asalto, al ataque, al saqueo. No se olvide que, según Chávez, la primera chispa de la revolución bolivariana se encendió en los saqueos de Caracas en 1989. Para Axel Capriles, autor de *El complejo del dinero*, los actores saquean y se esconden, saquean, y no dan la cara. Se ocultan en los testaferros. Se ocultan en los discursos anticorrupción. Se ocultan ocultando las pruebas. Se ocultan hablando de la vieja corrupción, no de la nueva, la propia, la que los señala y los compromete. Según Capriles, lo que resulta de tal conducta es «la culpa respecto al dinero». Considerar que «el dinero está asociado a vicios y maldad. Pero te fascina». —*El pobre no tenía ideas políticas —dice Santiago—. Solo intereses políticos, Ambrosio*. La ilusión acaba. La realidad es la ambición. El poder y luego sostenerse en el poder. Para ello, cuánto importa el dinero. Pasa en la realidad. Pasa en TNT. Pasa en Venezuela. Se ha consolidado la nueva «casta» del poder chavista, la nomenclatura, como en los tiempos de los soviéticos, la burocracia del capital, la burocracia de los petrodólares. Vivir bien. Disfrutar de las mieles que destila el poder. Mayores ventajas para los militares, mayores ventajas para la militancia del PSUV, mayores beneficios para los amigos, la familia, de los gobernantes. Limitar a alcaldes y gobernadores de oposición, electos por voluntad popular, los recursos y las garantías institucionales. «Hay corrupción bajo los tiranos ilustres, pero la peste moral es más horrible aún bajo los tiranos infames», escribe Víctor Hugo en *Los miserables*, autor de cabecera de Vargas Llosa. —*Lo que cuestan las directivas sindicales adictas, las redes de información en centros de trabajo, universidades y en la administración —recitó él, mientras sacaba un expediente de su maletín y lo ponía sobre el escritorio—. Lo que cuestan las manifestaciones, lo que cuesta conocer las actividades de los enemigos del régimen aquí y en el extranjero... La tranquilidad no es solo cuestión de palo, doctor, también de soles. De bolívares. Dólares. Euros. Petrodólares. Que camina la chequera de Chávez por América Latina. Plata en Honduras. Plata en El Salvador. Plata en Guatemala. Plata en Bolivia En Uruguay. El maletín con dólares en el aeropuerto de Buenos Aires. Plata para las FARC. Para Ollanta Humala. —No —dijo Paredes—. El presidente se ha ganado al pueblo. Les ha construido hospitales, colegios, dio la ley del seguro obrero. Si reforma la Constitución y quiere hacerse reelegir ganará las elecciones limpiamente. Basta ver las manifestaciones cada vez que sale de gira*. En 2002 la revolución bolivariana se despoja de los aliados democráticos, se entrega en brazos de los factores militares y militantes de la vieja izquierda, del fascismo militar, de castristas y procastristas, dejando atrás el pluralismo, decantándose como un proyecto que luego, en 2004, aparece ya

perfectamente delineado: es un proceso autoritario que copia elementos del modelo cubano, que se inspira en el fascismo, que se adereza con evocaciones del socialismo clásico y de la *doctrina* bolivariana, y que sucumbe ante el estalinismo y el nazismo, rozando el militarismo tradicional, expresado en las loas de Chávez al último dictador venezolano del siglo xx, Marcos Pérez Jiménez, contemporáneo de la dictadura de Odría. Y como también admira a Putin —mi hermano Putin— actúa como Putin. Valga la cita del libro *La Rusia de Putin*, escrita por la periodista —asesinada después— Anna Politkovskaya: «Aquellos a quienes Putin considera inferiores a sí mismo no deben replicarle y, cuando lo hacen, se convierten en sus enemigos». No es parecido con la realidad: es la realidad. Es la coincidencia pura y simple. Putin, hombre de la KGB, hombre de y para la guerra. Chávez, de formación militar, comunista apasionado, hijo putativo de Fidel Castro, nostálgico del Che Guevara y Mao, y Hitler, y Mussolini, y Perón, y Marulanda. «Esa es también la razón de que rechace participar en debates electorales. Los debates no son su elemento». Es Anna hablando de Putin, aunque por el parecido puede ser Chávez. ¿Cómo debatir la corrupción en Barinas? ¿Cómo debatir el desguase de PDVSA? ¿Cómo debatir los contratos a dedo? ¿Cómo debatir los grandes negocios con bonos de la deuda pública? Chávez no está dispuesto a esto. Chávez prefiere las cadenas de radio y televisión con un solo expositor: él. Prefiere, sin interrupciones, su programa Aló Presidente, donde acusa a quien quiere, y donde salva a quien desee. «Su género es el monólogo de corte militar, que presupone que los subordinados mantengan la boca cerrada. El jefe se limita a los monólogos y entre los deberes de los mandos inferiores está el de dar su aprobación a lo que escuchan». Es otra vez Chávez como Putin, y Putin como Chávez. ¿Quién es primero? Y la periodista se pregunta: «¿Por qué le tengo esa aversión a Putin?». Ella misma responde sin tapujos: «Pues precisamente por lo que he explicado. Me producen aversión su vulgaridad, que es peor que cualquier crimen, su cinismo, su racismo, sus mentiras». Chávez es vulgar, grosero y patán. Chávez es racista, antisemita, es mentiroso y es cínico. Cínico ante la corrupción porque corrupción y cinismo son los ingredientes de su pócima del poder. —*La Coalición no tiene nada que ver con los apristas —se rio Santiago—. Son cuatro millonarios que eran amigos de Odría y ahora se han peleado con él... Pero no se preocupe, no van a volver y Odría tiene todavía para rato.*

VIII. *La decadencia del partido de Rómulo Betancourt*

No me lo contaron. Yo estuve ahí. Fui testigo de la última batalla librada por el entonces llamado partido del pueblo, partido de las mayorías. Mi primera impresión era que Acción Democrática, el partido forjador del sistema, estaba desubicado el 6 de diciembre de 1998, el día de la confrontación final entre lo que representaba y las nuevas fuerzas que insurgían. Aquella mañana, los primeros dirigentes en llegar a la sede del Comité Ejecutivo Nacional son Lewis Pérez, secretario general, y David Morales Bello, representante ante el Consejo Supremo Electoral. Morales Bello había regresado a las primeras páginas de los periódicos por ser quien llevó adelante la defensa jurídica de la organización para defenestrar a Luis Alfaro Uceró de la candidatura presidencial y para que luego el Consejo Supremo Electoral permitiera al partido conservar en los comicios su tradicional tarjeta blanca. Lewis Pérez llegó trajeado de oscuro. Contrastaba la cobarta clara y de lunares. Ya hacía un par de años que sus asesores le habían recomendado abandonar los trajes claros, en particular los beige. Desde que se desempeñaba como secretario general, se había tomado el consejo al pie de la letra. Por su parte, Morales Bello, a la moda, usaba paltó oscuro a tres botones. No se puede negar, siempre resaltaría entre los mejor vestidos en la dirigencia blanca. En ocasiones, hasta los zapatos con plataforma, para aumentar su tamaño, son del mismo color del traje. Lewis Pérez venía de acertar en algunos resultados de las elecciones regionales del 8 de noviembre anterior. Se equivocó, como todo el mundo, en el número de gobernaciones a ganar. Predijo entre 12 y 14, y AD solo obtuvo 8, y a duras penas. Pero, un par de días antes de los comicios de noviembre, le informó a su comando más cercano: «Del millón seiscientos mil militantes de este partido, ya hemos contactado un millón trescientos mil. Por ahí va a estar nuestra votación». Los resultados finales coinciden con la cifra adelantada por el secretario general y AD siguió siendo la primera fuerza política del país, seguida del nuevo partido que llevaba a Hugo Chávez como candidato en diciembre, el MVR. El hecho de que Lewis Pérez acertara a medias, aumentó su credibilidad en el seno de la alta dirigencia. Las encuestas eran claras, y él había aprendido a leerlas, a descifrarlas. De hecho, la decisión de desplazar la candidatura de Alfaro Uceró se basó en lo que indicaban los sondeos y por ello mismo se aceleró. La rebelión de los gobernadores estaba en marcha desde hacía varias semanas atrás. Desde antes de las elecciones regionales. Los mandatarios estatales que iban por la reelección y los candidatos que buscaban la victoria por primera vez, sabían que el anciano, abanderado presidencial, era un peso muerto que no sumaba y más bien restaba. Generalmente, en cada región el candidato a

gobernador aporta una cuota electoral, el partido otra y el candidato nacional quizá la decisiva. Alfaro Ucero no aportaba la suya, restaba. Lo contrario ocurría con los candidatos regionales del Polo Patriótico, la alianza chavista, salvo las excepciones de un Didalco Bolívar en Aragua, de un Orlando Fernández en Lara o de un Francisco Arias Cárdenas en el Zulia. Pero casi todos ellos, de hombres desconocidos, pasaron a ser líderes de masas, ya que el candidato presidencial, Chávez, les endosaba popularidad. Así que la rebelión en AD contra Alfaro Ucero no fue más que la respuesta a una realidad. El empresariado tradicionalmente adeco, también buscó refugios. Unos al lado de Henrique Salas Römer. Y en su gran mayoría, al lado de Chávez. En todo caso, casi todos habían cuadrado sus cuentas para financiar las candidaturas con chance. Si algunos conservaron alguna lealtad hacia AD, lo hicieron solo por su relación con Alfaro Ucero. Al no ser este ya el abanderado, pues el éxodo tomó la ruta más segura: Chávez. Después, y ya presidente, él mismo se encargaría de alejarlos. O mejor dicho, nunca dejó que se le acercaran lo suficiente. El 6 de diciembre Lewis Pérez no era optimista, mientras que la mayoría de sus colegas miembros del CEN conservaba alguna esperanza de que Henrique Salas Römer al final pudiera dar la estocada definitiva y ganarle a Chávez. Las encuestas de Lewis ordenadas a Félix Seijas, confirmaban que Chávez ganaría por amplio margen. La información no era pública para no terminar de desmoralizar a los adecos. La tesis de Alfaro Ucero de morir con las botas puestas, de que después de las elecciones Proyecto Venezuela, el partido de Salas Römer, se iba a desinflar y que no existiría entonces un factor que le hiciera oposición a Chávez, comenzaba a ser comprendida por algunos. La historia le daría la razón a Alfaro Ucero: si AD hubiese insistido en la opción propia, habría perfilado el tamaño de su fuerza para el juego de la oposición. Pero, apoyando a Salas Römer, AD se diluía junto a Copei, y con ello la referencia para el futuro. Los acontecimientos posteriores confirmarían la hipótesis del otrora caudillo blanco: al comenzar el año 2000, AD era un boceto, una caricatura de partido. Atrás quedaba el pasado glorioso. ¿Dónde habían quedado los votos de noviembre?

El 6 de diciembre coincidí con Lewis y Morales Bello a la entrada de una solitaria casa nacional. Apenas la televisión mexicana había instalado allí sus aparatos. En cambio, el 8 de noviembre todos los canales nacionales y muchos de los internacionales tuvieron como objetivo noticioso la sede de AD. El escenario había cambiado. Morales Bello dio unas declaraciones rápidas, como para salir del paso. Los dos hombres subieron a la oficina de la Secretaría General. Lo primero que hizo Lewis Pérez fue preguntarse por qué el edificio no estaba custodiado. Le habían prometido que la Guardia Nacional estaría allí desde primeras horas de la mañana, y ni un efectivo —ya eran las 9— había aparecido por los alrededores. Esta preocupación por la seguridad del edificio indicaba que Lewis Pérez creía en la victoria de Chávez y temía además la posibilidad de que el proceso terminara en violencia, con saqueos incluidos. Esos temores reinaban en los últimos días de la

campana y el líder de AD temía también lo peor. Apenas entró al recinto, hizo una llamada, emplazó al general que le respondió y ordenó que la Guardia Nacional se presentara en el acto en la sede del partido. Media hora después, cuando ya gran parte de la dirigencia de AD había tomado la oficina del secretario general como lugar de encuentro, se presentó un coronel y, disculpándose, dijo ser el responsable de seguridad, expresó que todo estaba en orden y que él garantizaba la tranquilidad de todos. Estrechó manos a unos líderes indiferentes que ni siquiera se movieron de su asiento, y se marchó. Por lo visto, todavía la palabra de Lewis era ley.

Ese día no hubo alfombras rojas ni arreglos florales —obsequio de un empresario— como el 8 de noviembre. Recuerdo que al conocerse los adversos resultados de las elecciones regionales, el secretario de la juventud, Jorge Millán, expresó: «Las alfombras rojas son pavosas. ¿Por qué tanta vaina, tantas flores, tanta alfombra roja?». Todavía el 8 de noviembre la casa de AD era un hervidero de gente, de música, comida, flores y mujeres bien vestidas. Aunque hoy nos parezca increíble, los adecos se preparaban para celebrar el triunfo en al menos 12 gobernaciones y así enterrar definitivamente las aspiraciones de Chávez. Si los resultados regionales eran más que buenos, AD retomaba la confianza en sí mismo. Sin embargo, a las 2 de la tarde y como presagio final, los músicos contratados para amenizar la jornada, entonaron Yesterday de Los Beatles. Lo escuché clarito y hasta le hice la observación al joven periodista Carlos José Sánchez. Los violines entonaban la nostalgia. El 8 de noviembre, Lewis Pérez creía en sus números. Y creía además que AD podía triunfar en un máximo de 14 y en un mínimo de 12 gobernaciones. Refugiado en la sede de la urbanización El Paraíso, a Rafael Marín, el secretario general en Caracas, tampoco le parecía ahora tan aplastante la vaticinada derrota en la capital, después de la alianza, para los cuerpos deliberantes, sellada con Copei, el otrora adversario, y el Movimiento Irene, partido fundado por la Irene Sáez, la Miss Universo que aspiraría a ser presidenta. Marín conservaba serias esperanzas en la recuperación, por efecto de esa Triple Alianza. Madrugador, Lewis Pérez comenzó a contactar gobernadores y secretarios regionales para pulsar la situación. En la mañana, todos brindaban informes positivos. Hasta las 11, todavía el secretario general creía en sus cálculos. Pero de pronto comenzaron a llegar otros reportes. Paulina Gamus se asustó porque existía la posibilidad de que perdiera la diputación por Cojedes. El presidente del partido, Carlos Canache Mata, quien se lanzó como senador por Anzoátegui, estado donde la situación estuvo comprometida desde un principio, ya estaba resignado a perder la curul. Hubo quienes le preguntaron por qué no había repetido como diputado y de esa manera haberse garantizado un puesto salidor en las planchas, a lo que él respondió: «Eso hubiese sido cobardía. Además, yo sé desde hace mucho que eran remotas mis posibilidades. Pero estaba obligado a dar la pelea. En caso contrario, mi ejemplo habría sido muy perjudicial». Lewis seguía llamando y marcaba en una hojita los contactos ya hechos. Colocaba una V en el lugar donde las cosas iban bien y una R donde la situación se mostraba adversa. En Caracas,

Marín comprendía que los operativos estaban fallando y que la Triple Alianza no arrojaba los resultados que calculó al principio. Ese 8 de noviembre, hacia el mediodía, Lewis Pérez cambió de oficina. Como los reportes eran catastróficos y se ganaban apenas seis gobernaciones, quería manejar la situación sin testigos. Llamó al todavía jefe del partido, Alfaro Uceró, a Guillermo Call, a Carmelo Lauría y a Antonio Ledezma. El proceso iba mal. Luis Piñerúa Ordaz y Carlos Canache Mata comenzaron a pensar en la carta que abriría el comienzo del fin de la candidatura de Luis Alfaro Uceró. Piñerúa fue al baño y como el bajante no le funcionó, dijo en tono gruñón: ¿Cómo podemos aspirar a arreglar un país si no podemos siquiera arreglar un baño? En la secretaría juvenil todo estaba muy claro: además de las alfombras pavorosas, Alfaro Uceró era otro pavoso y había que salir de él. Timoteo Zambrano perdió las esperanzas de ser electo senador por Caracas, aunque luego salió por cociente en las planchas del irenismo y por eso desde entonces se le conoció como el senador irenista de los adecos. En Copei la situación era peor. Los votos en las regiones se habían esfumado. En Caracas no existían los verdes. El MVR y Proyecto Venezuela arrasaban en el Distrito Federal. Era el momento en que en la casa nacional de AD, los músicos interpretaban Yesterday. En AD comenzaron los diagnósticos. La Operación Galope no se hizo porque el MVR de Chávez en Caracas contrató antes que todo el mundo el transporte de las barriadas. La dirigencia adeca fijó como hora de arranque del trabajo las seis de la mañana sin calcular que la del MVR se le adelantaba con un operativo pautado a las tres de la madrugada. En algunos lugares AD intentó neutralizar el transporte para que los chavistas no movilizaran votantes de los barrios, universo electoral que apoyó mayoritariamente a Chávez, y cuando los encargados hablaron con los choferes la respuesta de estos fue: «Ya los chavistas nos pagaron hace tres semanas». El 8 de noviembre, contratar cada autobús costó al MVR un promedio de 50 000 bolívares y en cambio el 6 de diciembre, cuando ya el triunfo de Chávez era inminente, la tarifa bajó a 10 000, según confesión del gobernador de Vargas, Alfredo Laya. Al conocerse los resultados de Caracas a media tarde, Rafael Marín soltó un grito de rabia y dolor, y varias lágrimas mojaron su gordo rostro. Los resultados mostraron cierta mejoría en la medida en que llegaban las actas de las zonas más alejadas del país. De seis gobernaciones se pasó a la posibilidad de siete y con la esperanza de otras dos. Sin embargo, se perdían Barinas y Guárico, dos regiones emblemáticas. AD estaba obligado a ganar con alguna contundencia, por un factor adicional en contra: no había ánimos ni nadie que defendiera los resultados. Algo parecido pasó cuando Aristóbulo Istúriz ganó la Alcaldía de Caracas a Claudio Fermín. Los adecos creían que era Claudio el ganador, pero la opinión pública y la calle más combatiente estaban a favor de Aristóbulo. Así, el presunto triunfo de candidato blanco se transformó en derrota. Los adecos seguían sacando cuentas. Se esfumaba toda posibilidad en el Zulia, y eso ya decretaba el triunfo de Chávez un mes después. Lo peor era que Monagas, la tierra de Alfaro Uceró, estaba a punto de perderse, aun

cuando AD recuperaba Sucre. Por Monagas, Alfaro Uceró se las jugó todas. Era su tierra y su proyecto político. En la tarde, Luis Eduardo Martínez —delfín del Caudillo— estaba derrotado en su aspiración a gobernador. Alfaro logró —poder de por medio, pues todavía mandaba— que el Consejo Supremo Electoral retrasara los primeros boletines y que quedaran abiertos algunos centros de votación. Así los adecos tuvieron tiempo de movilizar cientos de votantes y hasta hacer algunos cambios en los escrutinios manuales de las zonas más rurales. Cuando Alfaro Uceró palpó que los números cuadraban y se ganaba, entonces aconsejó que era el momento de hacer los anuncios públicos. En verdad, Monagas se perdió y los alfaristas le echaron la culpa a Martínez. El discurso de Chávez anticorrupción prendió en la región que era la más golpeada por la depresión petrolera de 1998, y Martínez hacía poco por guardar las apariencias en cuanto al uso del dinero. En la recta final de la contienda regional, Guillermo Call, secretario de organización de AD y exgobernador de Monagas, reprendió públicamente a Martínez y con esas declaraciones el elector tuvo la convicción de que el candidato realmente era un corrupto. Todavía Call cree que Martínez es un corrupto. Y de hecho, a principios de febrero del 2000, el gobernador Martínez renunció al cargo desde Miami, argumentando razones de salud, y la verdad es que no podía justificar la compra de una casa en aquella ciudad. Algunos dirigentes adecos explicaron que a Martínez lo perdió su mujer, igual que a Jaime Lusínchi, su amante, Blanca Ibáñez. Lo cierto es que bajo el escenario electoral de Monagas, Alfaro Uceró casi vio perder su obra de muchos años.

La estrategia de la espera funcionó. AD aumentó su caudal de votos y otra vez aparecía como el primer partido y la primera fuerza parlamentaria. Por ahí enfocó su discurso de la medianoche el candidato de AD. «Seguimos siendo la primera fuerza política del país», dijo. Y las barras adecas aplaudieron. Sin embargo, los resultados confirmaban la ruralización de AD y su transformación en la primera minoría parlamentaria, hechos que ya eran evidentes desde los comicios de 1993 y 1994, cuando el adversario Rafael Caldera volvía al poder con segundo mandato. Luego, Carmelo Lauría contaba el número de gobernaciones obtenidas y decía: Muy mal, muy mal. Y al terminar Alfaro Uceró su alocución de la medianoche, Lewis Pérez preguntó a uno de sus asesores:

—¿Cómo te parece la cuestión?

El otro respondió:

—Hay que salir de ese viejo.

Realmente la suerte de Alfaro Uceró ya estaba echada. No sería el candidato de AD. Del día de la defenestración de la candidatura y el poder de Acción Democrática, queda como recuerdo la enigmática sonrisa que mantuvo mientras oía los debates. La diputada Ixora Rojas se acercaba a Leopoldo Martínez —coordinador de independientes con Alfaro— y le pedía que lo convenciera de su renuncia. La joven parlamentaria Liliana Hernández, arrodillada, le rogaba al

anciano que una vez había sido su protector que renunciara. El viejo dirigente la observó y hasta una carcajada se atrevió a soltar. Nadie se explicaba aquel silencio. Nadie descifraba el perfil de aquella esfinge que oía y callaba. ¿Qué pensaría Alfaro Uceró en el aciago momento? ¿Son estos quienes quieren salvar al partido? ¿Con toda esta gente jodimos a Carlos Andrés Pérez, Jaime Lusinchi y Claudio Fermín? Desde una hendidura abierta en una de las ventanas de los pisos superiores, yo lo veía sentado en primera fila sin decir nada, sin mover una ceja, sin cambiar de posición. Apenas cruzaba los brazos. Apenas movía la pierna izquierda, de vez en cuando. Apenas cambiaba de nalga para soportar el peso del cuerpo sentado y evitar el calambre del tiempo. Eso era lo que molestaba a Paulina Gamus: ahí está el viejo ese sin decir nada. Me lo dijo en el ascensor, cuando hizo un alto para descansar de la larga jornada de aquel Comité Directivo Nacional extraordinario. Todos hubiesen preferido que Alfaro Uceró les hubiese sacado los trapitos sucios, los favores, los negocios, los amores y los odios. De esa manera no les quedaría el remordimiento del fratricidio. Y pensar que horas antes, en la mañana de ese mismo día, Alfaro había dejado abierta la posibilidad de la renuncia. Y Paulina se lució preparándole un «discurso de altura». Un testigo de excepción que lo visitó en la tarde en su casa, momentos antes de iniciarse la histórica reunión del CDN, recuerda haber visto sobre la mesa el sobre enviado por Paulina. El sobre todavía sin abrir. Con la misma cinta pegante sin rasgar. Intacto, sin las huellas digitales del Caudillo, porque este apenas le echó una ojeada desde lejos cuando el mensajero lo dejó sobre la mesa. El testigo regresó y le dijo a Carmelo Lauría:

—El viejo no va a renunciar.

—Claro que sí, ya está todo arreglado.

—No va a renunciar porque es muy extraño que a estas horas no haya ni siquiera visto el sobre que le envió Paulina.

—Ay, carajo, esto se va a poner bueno. Nos vamos a divertir.

Y se puso bueno. Desde el búnker de Chávez, el empresario, su amigo de infancia, paisano de Barinas y su financista, Tobías Carrero, llamaba a sus contactos adecos y preguntaba: ¿Cómo va eso? ¿Ya renunció? No, se niega a renunciar, le respondían. Y en la oficina de Carrero de Los Ruices, se alzaba la algarabía porque la actitud de Alfaro fortalecía la posición de Chávez en el terreno político y electoral. Mientras más se complicaba el cuadro adeco, mejor parado aparecía Hugo Chávez.

Me extraña que aquellos hombres que compartieron años con el llamado Caudillo, no entendieran el enigma de la sonrisa. Alfaro Uceró siempre fue así, paciente, calculador, a la espera de su oportunidad. Acostumbrado a tragar amargo por la fama de inculto, atrasado, de hombre de aparato y de poco arraigo y poca imagen que pesaba sobre sí, ¿qué otra arma le quedaba sino aquella sonrisa? Sentado en primera fila, andaba en otro mundo, como espectador de una película. Su propia película. Es la misma sonrisa de apenas cuatro días antes cuando en medio de la desesperación por los resultados regionales, él llamó a la calma y desde Caracas

dirigió, con serenidad pasmosa, el operativo para arrebatarse Monagas al enemigo. Costara lo que costara. Traidores. No saben lo que los aguarda, pensaría Alfaro. Salas Römer es peor que Chávez. ¿Qué representa Salas Römer? A la oligarquía reaccionaria de este país. Quizá era mejor acercarse a Chávez, y de hecho la mayoría de los empresarios cercanos a AD buscaron esa ruta de escape: Omar Camero, Gustavo Cisneros, Víctor Gill Ramírez, Concepción Quijada, Ignacio Salvatierra, José María Nogueroles, Nelson Mezerahne, Umberto Petricca, Filippo Sindoni y, por supuesto, el mismo Tobías Carrero Nácar, eternamente ligado a los Lauría, a Rafael Rosales Peña en Barinas, y a Claudio Fermín. Pero hay que hacer justicia a quien lo merece. Al día siguiente de la defenestración de Alfaro, tres empresarios todavía acompañaban al Caudillo y le brindaban consejos sobre qué hacer y qué posición abordar. Si seguir, si pelear por la tarjeta blanca —luego la perdió— o si abandonar la competencia. Esos empresarios que llegaron hasta el final son: Víctor Gill Ramírez, Omar Camero y Franco D'Agostino. Debo decir también que Gustavo Cisneros, pese a que ya había manifestado su acercamiento a Chávez, tampoco abandonó al viejo líder. Hubo un quinto que mantuvo también una solidaridad a distancia aunque efectiva: Jonathan Coles, el jefe del Grupo Mavesa. El proyecto por una Monagas desarrollada e industrial, los había unido y hasta el final de estos días seguían unidos. Pero Coles se lo advirtió desde el principio: Caudillo, no se lance. Luego: Caudillo, va mal en las encuestas. Más tarde: Caudillo, no insista. Por último: Se lo dije, Caudillo, lo jodieron. En cambio al empresario Beto Finol, el más fervoroso partidario de la aclamación y el consenso en 1997, no se le vio por allí ni en pintura.

Aquí hay que hacer un paréntesis largo para precisar la evolución de los acercamientos empresariales a Chávez. Porque al principio el contacto es pecado, como el pecado de la carne, ya bien por el temor al exgolpista, bien por considerarlo un dinosaurio de la economía con el que no había nada que buscar ni esperar, bien por militarista, bien porque no creían en su nueva expresión democrática, bien por mestizo provinciano. O todo junto. Sin embargo, con el tiempo los encuentros pasaron de clandestinos a públicos, incluso a la fotografía necesaria. Había que resignarse o al menos seguir los consejos de Juan Luis Londoño, director de la revista Dinero de Colombia, invitado a dar una conferencia a los empresarios venezolanos. Dijo Londoño que aquéllos debían estar conscientes de estar presenciando «un remezón político». Por ello aconsejó prudencia. «Si se oponen los aplanan. Hay que abrir todas las posibilidades. La única actitud sensata es abrir todas las posibilidades». Los empresarios abrieron esas posibilidades, hasta aguantar chaparrones de insultos del presidente, al señalarlos de usufructuarios del viejo poder. Y si bien era verdad en la mayoría de los casos, ¿qué buscaba Chávez con decirlo? ¿Por qué recordarlo siempre? ¿Por qué sacarlo en cara en cada discurso y a cada momento? De tanto hacerlo, es lo que explica cómo fue perdiendo apoyos empresariales, cómo se fueron alejando aquellos mismos que un día se

taparon la nariz para abrazar su causa, para defender sus intereses. Caldera también en una ocasión acusó al sistema financiero de ser una guarida de ladrones, en los primeros días de su administración, cuando todavía conservaba altos niveles de popularidad. Hasta Carlos Andrés Pérez después de la intentona golpista del 4-F, y en el momento más bajo de popularidad, habló de la corrupción empresarial. De tal manera que para uno u otro objetivo, siempre el discurso se acomoda, aunque el blanco sea el mismo. En la primera reunión privada con un grupo de industriales en su despacho del Palacio de Miraflores, Chávez comenzó su intervención con este tono: «Ustedes no me deben nada, y yo tampoco les debo a ustedes». El mensaje estaba claro. Señores, vamos a entendernos de cero. Vamos a conocernos. Empecemos. Los primeros que se atrevieron son aquellos de los estados Zulia y Lara, de la mano de Hiram Gaviria y Alejandro Riera, justamente dos de los que habían hecho más negocios en los últimos gobiernos: el de Ramón J. Velásquez y el de Rafael Caldera. Ya Luis Vallenilla y Reinaldo Cervini venían trajinando el camino, contactados por Manuel Quijada. Con ellos aparecieron también los productores de Portuguesa, atraídos por Manuel y Concho Quijada y Cruz Hernández Quijada. Productores que se alejaron a la primeras de cambio al notar que el discurso presidencial estimulaba las invasiones a fincas, a tierras. Después se acercaron unos banqueros enlazados por el barinés Tobías Carrero. Otros convocados por el operador, millonario, Parsifal De Sola. No es hasta febrero de 1998 que Alejandro Riera organiza en Caracas las primeras reuniones importantes con el candidato. Para que lo conocieran. De pronto apareció el expresidente de Fedecámaras, Carlos Sequera Yépez. De pronto el otrora magnate Henry Lord Boulton. De pronto Francisco Natera le abriría las puertas de Fedecámaras y de pronto el industrial Emilio Conde Jahn también ofreció su respaldo. Cuando miembros del extinto Grupo Roraima, el grupo de pensamiento liberal, cercó a Salas Römer, Gustavo Cisneros no tuvo más razones para pensarlo y decidió acercarse a Chávez. El de Cisneros fue un respaldo decisivo para que también hicieran lo propio los banqueros Víctor Gill Ramírez y Arístides Maza Tirado; el constructor Salomón Cohen y sus hijos; el empresario de televisión Omar Camero y sus hijos, y seguidamente, Beto Finol con Luis Macarén, y los también banqueros Ignacio Salvatierra y Juan Carlos Escotet; y además, el rey del asfalto, el magnate Umberto Petricca, quien ya venía de ser un factor importante de respaldo a Francisco Arias Cárdenas en el Zulia, uno de los golpistas, junto a Chávez, el 4 de febrero de 1992. Por su parte, el banquero Gustavo Vollmer logró un encuentro en una oficina del Centro Altamira. El promotor inmobiliario Luis Emilio Velutini no se inmutó y lo apoyó con todos los hierros, después en Nueva York le presentaría a Chávez presidente, a George Soros, y después traería algunos banqueros internacionales a Caracas. Lo mismo hizo Oswaldo Cisneros, cuya asistente, Nidia Villarreal, nunca dejó sola a Marisabel de Chávez durante la campaña electoral. Después de las reuniones secretas, vino el tiempo del perdón y el esfuerzo de retratarse en grupo con el presidente. Gill Ramírez buscó la

suya con la habilidad de siempre. Nelson Mezerhane muy a su pesar le echó el abrazo encima, con la misma efusión con que había abrazado la causa de Irene Sáez y Alfaro Ucero en el pasado. Freddy Cohen y Martín Camero, vástagos de Salomón Cohen y Omar Camero, se desvivían por esa foto. Uno que de repente comenzó a aparecer, mejor dicho, a resucitar, fue Eugenio Antonio Mendoza. Pero él disponía de otras razones: execrado del mundo de los negocios porque inmerecidamente le achacaron todas las culpas de la caída del Grupo de Empresas Mendoza, buscaba su reivindicación y, por qué no, darle una bofetada a todos aquellos que veían en su cara la imagen de la estupidez. Pero, nada de eso, aquí voy yo, parecía decir Mendoza, quien a la larga resulta de utilidad al presidente, porque usted puede perder sus empresas, pero no los contactos ni el roce internacional, y ante tantos novatos que acompañaban a Chávez en las giras internacionales, Mendoza parecía un tiburón de las altas finanzas. Por último, lo del asegurador y banquero Orlando Castro es otra historia. Perseguido por Caldera, ve la oportunidad del regreso al lado de Chávez. Por ello cuando vuelve, no deja de regar alabanzas al presidente electo. ¿De qué garantías disponía Castro para hacerse oír? De un lado, de su amigo personal, Alfredo Peña, y de otro, del universo de militares que después de las intentonas golpistas quedan desempleados y marginados en las Fuerzas Armadas, son contratados por el banquero para montar el aparato de seguridad y recuperación de carros robados para Seguros Progreso. El contacto nunca se perdió y cuando Castro regresó de purgar cárcel en Estados Unidos, los nexos se reactivaron. Toda esta referencia no es para cuestionar a nadie. Por el contrario, han seguido los consejos de Londoño, a pesar de que la torpeza económica del Gobierno de alguna manera aniquilará a muchos. En todo caso no hacían falta las recomendaciones del editor colombiano. Aquí, en Venezuela, hay suficiente experiencia en ubicarse a tiempo al lado del poder para evitar la aplanadora. Ocurrió hace poco, hace apenas 40 años, al ser derrocada la última dictadura en 1958. Hay pruebas escritas de ello. Por ejemplo, el viejo Miguel Ángel Capriles Ayala conservó enmarcada, durante muchos años en su oficina del PH de la Torre de La Prensa, la convocatoria a la última Cena de la Fraternidad para el dictador Marcos Pérez Jiménez. Capriles Ayala mantuvo el cartel para bromear con sus amigos y enemigos. Cuando lo entrevisté en 1990, me lo dijo: solo una curiosidad. Y es que en letras azules allí estaban los Blohm, Boulton, Benacerraff, Arismendi (Juan Bautista), Cervini (Ángel), Tamayo, Colimodio, De la Rosa, Domínguez, Franceschi, Bell, Acedo Mendoza, Palenzona, Travieso, Tinoco, Vollmer, Zuloaga, Roche, Rojas (Rodolfo), Mendoza Fleury, Mendoza (Eugenio y Eduardo), Belloso, Machado Zuloaga, Granier y Chumaceiro, entre otros. Esos mismos apellidos aparecerían más tarde acompañando al poder naciente. ¿Se repite la historia 40 años después?

En esa reunión de adecos, Alfaro Ucero vio allí su propia tumba. El final de su carrera política cuyo origen se remontaba a Teresén, estado Monagas, en 1941, cuando a los 19 años, por los lados de Caripe, en los tiempos en que era un vendedor

ambulante, un comerciante que recorría pueblos en bongos y canoas y entre atardeceres, clandestinamente colocaba alguna que otra hoja, uno que otro periódico, donde estaba impreso el mensaje de aquella nueva organización política que fue AD. Y pensaba que hasta hace unos días concentraba todo el poder en sus manos. Le oía decir a Ixora Rojas, después de una gira al Zulia: «Alfaro, dejaste excitadas a las mujeres en Maracaibo». Yo hablé con Alfaro Ucero solo una vez. En un almuerzo. Me senté a su lado. Hombre de pocas palabras, establecía de inmediato una conexión casi paternal (mágica, declaró en cierta ocasión una de sus víctimas, el perezista y fermincista Héctor Alonso López) con su interlocutor. Le pregunté sobre el expresidente Jaime Lusinchi y me dijo: «Es un pusilánime, se dejó manejar por Blanca Ibáñez». Le pregunté por el excandidato Claudio Fermín: «Es un cobarde, indeciso, en la campaña del 93 frente a Caldera, nosotros hicimos el trabajo, y él manipuló la situación, haciéndose la víctima. Nunca llegará a ninguna parte». Palabra de Santo. Alfaro Ucero se convirtió en uno de los factores fundamentales para derrocar a Pérez en 1993. Y fue Alfaro el arma decisiva para garantizar el regreso de Caldera a Miraflores. Estaba en todo. Pero se equivocó. O lo hicieron equivocar aquellos que desde 1996 se anticiparon a hablarle de la candidatura, de su aclamación. Eran los Beto Finol, los Víctor Gill, los Gustavo Cisneros, los Franco D'Agostino, los Arístides Maza Tirado, los José Ignacio Casal, los Omar Camero, los Francisco Natera, los Concepción Quijada, los Esteban Zarikian y los Vicente Brito, entre otros. Y qué ironía del destino. A principios de 1998, el Caudillo Alfaro Ucero y Lewis Pérez contratan al eterno asesor de AD, Joe Napolitan, un estudio sobre las posibilidades presidenciales de las opciones blancas. La conclusión de Napolitan es tajante: Antonio Ledezma tiene el mayor chance. Alfaro Ucero y Lewis, todavía aliados y amigos, engavetaron el informe. ¿Por qué siendo tan pragmático Alfaro Ucero ignoró el estudio? Lo ignora pero no lo subestima porque conociendo la fuerza del carisma de Ledezma, lo designa jefe de su comando de campaña y lo convierte en protagonista de sus giras, despertando celos en el círculo de Lewis. ¿Y por qué Alfaro Ucero no siguió los consejos de Napolitan sabiendo que él no tendría posibilidades ante un Chávez o un Salas Römer? No cabe otra explicación sino la de que los empresarios que deseaban la aclamación de Alfaro Ucero no confiaban en otra figura de AD. No confiarían el poder a otro dirigente de AD. No confiaban en Lewis, ni en Claudio, ni en Ledezma. Tal vez en Lauría, aunque este garantizaba muy poco electoralmente. Los empresarios temían que con Lewis, Ledezma y Claudio se repitiera la historia de CAP de llegar a Miraflores y gobernar con otros. En la actualidad, sin partido y sin fuerza de calle, los empresarios confían menos en Lewis, Claudio y Ledezma, y eso explica el respaldo a Francisco Arias Cárdenas que es el nuevo contrincante de Chávez, año 2000, para evitar la reelección. Así, aquellos y otros empresarios encontraron garantías en Alfaro Ucero durante los cinco años del gobierno de Caldera y, por tanto, sentían el compromiso. ¿Acaso no es Alfaro Ucero quien hizo más por arreglar la situación de Ricardo Cisneros luego del derrumbe del

Banco Latino? ¿Acaso no es Alfaro Uceró el protector de Finol y Camero una vez terminado el gobierno de Lusínchi y comenzaron ellos a vivir el vía crucis de la persecución y el desprestigio en el gobierno de Carlos Andrés Pérez II? ¿Acaso no era Alfaro Uceró el protector de Víctor Gill Ramírez y Maza Tirado en el gobierno de Caldera? ¿Acaso no compraron estos dos banqueros el Banco Monagas como un favor a Alfaro Uceró? ¿Acaso no le debe Francisco Natera la presidencia de Fedecámaras a un acuerdo entre Caldera y Alfaro Uceró? ¿Acaso Esteban Zarikian no es uno de los industriales más beneficiados durante el gobierno de Caldera por sus relaciones con el exministro de Hacienda, Luis Raúl Matos Azócar, hijo político de Alfaro Uceró, y Luis Eduardo Brizuela, expresidente del Banco Industrial de Venezuela?

Quiero hacerme la idea de que toda esta película con efectos especiales se proyectaba ante los ojos del viejo líder. Los pensamientos volaban de Teresén a Caracas. A los tiempos del Inciso Alfaro en 1947, un instrumento extrajudicial que le permitía al presidente encarcelar a cualquier ciudadano opositor. A los tiempos al lado de Armando Sánchez Bueno y Domingo Urbina. La cárcel. El exilio. Tanto tiempo, Alfaro. Tanta historia, Caudillo. Y Monagas. Un sueño. Un proyecto de región. Ahí nace la leyenda de la eficiencia, el orden y la disciplina. Ya estamos a finales de los 60 y Rómulo Betancourt le asigna tareas organizativas. Alfaro, «venite» a Caracas. Alfaro, organízame el país. Alfaro, necesito alguien como tú en cada seccional. Alfaro, ayúdame a ordenar esta vaina. ¿Te acuerdas?, se preguntará a sí mismo. Sí me acuerdo. ¿De la clandestinidad? Ah, esos tiempos. Alfaro mensajero. El mejor. Alfaro ponte el disfraz, el que sea. Y Alfaro cumplía con su misión. Tanto se camufló que siguió disfrazado y así confundió a todo el mundo. Carlos Andrés Pérez dijo una vez que Alfaro llegó al poder por el descuido de todos. Pero qué va. Esa sonrisa que hoy nadie entiende es un arma estratégica. Cuando asoma a la cara, alguna trama está en desarrollo. Confundió a todos, a Luis Beltrán Prieto Figueroa, a Jaime Lusínchi, a Carlos Andrés Pérez, a Luis Piñerúa, a Rafael Caldera. A todos. A la juventud la descolocó. Bien por el trabajo meticuloso. Bien por el terror, como dirían otros. Una de las leyes del poder es justamente esa: disimular, confundir. Una ley seguida al pie de la letra por el dictador Juan Vicente Gómez. Una ley aplicada por Rafael Caldera. ¿Acaso por necesidad no surgieron los calderólogos que interpretaban cualquier movimiento, clave o seña del expresidente? Solo hay que recordar a todos aquellos que se peleaban por ocupar el primer lugar entre los calderólogos. De Alfaro también se llegó a decir que había que interpretarlo. ¿No disimula hoy muy bien Francisco Arias Cárdenas sus verdaderas intenciones? Aquí estoy. En el banquillo de los acusados. Se acordarán de mí. Me recordarán. La sonrisa. La sonrisa porque entre otras razones los recursos de la Operación Galope para el 6 de diciembre estaban en manos del Caudillo. Los recursos para el resto de la campaña. Por aquello mismo de que los empresarios no confiaban en otro sino en Alfaro, este era el dueño del pote real o virtual. Y tal vez

esa era una de las razones de la enigmática sonrisa. La plata la tenía Alfaro Ucero. El pote lo manejaba él. La chequera estaba en su escritorio, en una sola llamada a cualquiera de sus amigos.

Ahí está el Caudillo. La mirada perdida. Habla Ledezma. Habla Henry Ramos. Ledezma quiere seguir hasta al final. Al menos ha sido consecuente. El gran afiche «Alfaro es quien puede», domina la sala. Traje azul, letras blancas, fondo indefinido. El viejito con las manos enlazadas, a la altura de la cabeza, como todo un campeón. El bigotito brillando en la impresión. ¿Podía Alfaro? Él llegó a convencerse de que sí podía. Por eso también jugó a ganar tiempo. Primero apostando la carta de Luis Raúl Matos Azócar. Luego lanzando al ruedo a Lewis Pérez, a Claudio Fermín y a Antonio Ledezma. Divide y reinarás. Luego, barajando la idea del outsider cuya figura más acabada sería el entonces presidente de Petróleos de Venezuela, Luis Giusti. ¿Manejo calculado para llegar al final? Tal vez sí. Tal vez no. Yo sacaba cuentas. Lo tenía todo. Mis gobernadores. Mis alcaldes. Mi maquinaria. Pero no había maquinaria, Caudillo. El millón de militantes a esas alturas de la historia era un cuento chino. Un mito. Además, Caudillo, usted impuso esa tesis del consenso que ningún gobernador compartía, ya que mientras el país se descentralizaba y surgían liderazgos regionales, usted centralizaba la toma de decisiones en AD. Las bases y los líderes regionales y locales no consideraban propia su candidatura. Usted era como un miembro ajeno al resto del cuerpo. Y por el otro lado, la paradoja de que, sí Caudillo, le sobraban a usted todos los recursos del mundo. El dinero, los medios. El respaldo del gobierno de Caldera. El de sus empresarios. ¿Pero y qué? ¿Dónde estaba la gente? Usted confiaba en la táctica de estimular el miedo a Chávez, y explotando también su imagen de viejo honesto, con la desventaja de que en ese momento, nadie creía que sobre el territorio venezolano existiera todavía un adeco honesto. Algo no cuadró. Algo no entendieron. Se asustaron, Alfaro. Los resultados del 8 de noviembre no han sido los mejores. Tú no sumabas, Alfaro. Más bien restabas. Entonces vino el sálvese quien pueda.

Si el Huracán Chávez es un peligro, el ciclón Salas Römer, en su opinión, todavía era más peligroso. No sabemos si alguna vez Alfaro Ucero le dio la línea a los empresarios amigos de brindarle apoyo financiero a Chávez. ¿Pura coincidencia? Desde el momento en que el Caudillo comenzó a atacar a Salas Römer y a la oligarquía reaccionaria, el éxodo tomó cuerpo. Aquí es donde la hipótesis de Roger Santodomingo (La Conspiración del 98, un pacto secreto para llevar a Hugo Chávez al poder) toma sentido. No llego a plantear ni a compartir la idea de que todo partió de un plan deliberado, tal como lo asoma Santodomingo. Pero muchas pistas quedaron en el camino y por allí es posible atar cabos. Carlos Blanco, prologuista del libro de Santodomingo, expresa: «Roger Santodomingo, usando la pituitaria periodística, llega a la conclusión de que el triunfo de Chávez no es producto solo (ni fundamentalmente) del deseo espontáneo de las masas que buscaban salvación, sino de una operación política y financiera extremadamente calculada, en la cual nada

parece haberse dejado a la espontaneidad y que configuraría una operación de alta cirugía, así como de alta inteligencia y suprema habilidad [...] Tal vez, lo primero, sea discutir si estamos en presencia de una conspiración [...]» Cierta o no, llama la atención que año y medio después, Luis Alfaro Ucero y sus aliados, vivan tranquilamente cobijados o buscando la protección del nuevo poder. Como también llama la atención de que Irene Sáez, quien abandonó la gobernación de Nueva Esparta luego de una pésima gestión, goce de plena impunidad en la Quinta República. ¿Es una deuda de gratitud del nuevo régimen hacia esas dos excandidaturas presidenciales? Porque no hay que olvidar tampoco que la Sáez en aquella comentada reunión en la que Chávez la recibió en el Hotel Caracas Hilton con una rosa roja, le brindó también legitimidad al líder del Polo Patriótico. ¿Por qué no renunciaron Alfaro y Sáez al mismo tiempo que lo hizo Claudio Fermín una vez realizado el proceso del 8 de noviembre? ¿Por qué permanecieron hasta el final? ¿No ayudó esa conducta a montar el show que terminó por desmoralizar a los votantes duros de AD y Copei? ¿Reciben ahora su premio? Solo hipótesis.

Ahora sí estamos en el 6 de diciembre de 1998. AD iba por primera vez a unas elecciones con candidato ajeno. Copei también. Los ejes del bipartidismo habían sacrificado las candidaturas de Alfaro Ucero e Irene Sáez como último recurso de supervivencia y de evitar la victoria de Chávez. Ambas organizaciones quedaron atrapadas entre una candidatura antisistema —la de Chávez— y otra anti AD y Copei —la de Salas Römer. Quedaba así sellada la suerte de los dos grandes partidos de los últimos cincuenta años en el país. Quedaba allanado el camino para el cambio del poder en Venezuela. Después de reclamar a la Guardia Nacional seguridad para la casa nacional, comenzó el paciente trabajo de Lewis Pérez de contactar, tal como lo hizo el 8 de noviembre, a gobernadores y secretarios generales en cada una de las regiones. Al rato llegaron Paulina Gamus y Carlos Canache Mata. Todos comentaron lo rápido que era votar con las máquinas de la empresa española Indra. David Morales Bello comentó que lo habían cacheado antes de ejercer el voto. Se lo hicieron a él, un dirigente histórico de AD. Dijo que nada hizo para no alborotar ánimos. En verdad poco podía hacer. Los ánimos en las colas de votantes estaban contra AD y Copei. De Morales Bello se apostaba por esos días que sería el primero en abandonar el país de ganar Chávez, por aquello de su grito en el Parlamento el 4-F: Muerte a los golpistas. Pero no se fue. Incluso llegó a ser presidente de AD en medio de la desbandada y la desubicación de los partidos en 1999. Con Morales Bello hablé después de las elecciones presidenciales y le pregunté su opinión del apoyo de Cisneros y Boulton a Chávez, dos de los grupos mimados del poder adeco. Esta es su respuesta: «Ni protegidos ni mimados, sino en un trato amistoso que tampoco fue de la exclusividad de AD, porque para citar una sola circunstancia, en las fechas aniversarias de Copei y AD, la Organización Cisneros acostumbra a reunirnos a unos y a otros con la finalidad de compartir. Y eso lo hacía en forma idéntica. Y no creo que tuviera preferencias por AD. Esta vez

las preferencias se vieron muy marcadas en otro sentido, y eso es lo que hace sentir como si hubiesen escapado de un lugar en donde antes estuvieron. Yo no creo que estuvieran antes en un lugar predeterminado como esta vez sí lo asumieron a plena conciencia. Cada cual, como dijo Salomón, es arquitecto de su propio destino». En el aniversario de 1999, la Organización Cisneros ofreció su tradicional brindis a AD, y en el del 2000, otra vez lo repetiría. Paulina relató que, insólito, hizo su cola como cualquier mortal. Canache Mata dijo lo mismo. Observé a Paulina, elegante, bonita, con una tristeza risueña, cierta resignación, y evoqué el artículo aquel que le dedicó Cabrujas en una de sus crónicas semanales El país según Cabrujas: «Retrato de Paulina sentada en una silla». Era la Paulina que echó al pajón a Lalo Troconis, exdiputado de AD. Era la Paulina mandada a callar por la dirección de su partido porque se le había ido el yo-yo del verbo. Era la Paulina sola, «mirada de anhelo», decía Cabrujas, «sola como ánima en pena, rodeada de sillas vacías y aguardando un escarnio. Se le acusa de baldonar la reputación del compañero Troconis». La veo y creo que no está sola. Todos están solos.

Yo estoy sentado en el extremo de la mesa central. Intento estar de incógnito para que a nadie se le ocurra sacarme de la oficina de Lewis Pérez. Al fin y al cabo soy periodista, y deslenguado, para más señas. Este me conoce y me ha dejado entrar. No sé si con la intención de que sea un testigo de excepción y hoy, dos años después, escriba todo esto. De hecho, nunca me dijo que no podía escribirlo. Todos me saludan pero nadie me conoce. Apenas Carmelo Lauría, quien llega y al verme se pone incómodo, desconfiado. Jorge Millán sonrío, sabe que soy periodista, pero qué más da. Es joven, pertenece a otra generación y no es culpable de nada, digo yo. Sigo pensando en Paulina y recuerdo la ocasión en que el dirigente de Copei, Oscar Yanes, le pidió, en plena Cámara de Diputados, que mostrara la cédula para confirmar su edad. Paulina la de verbo alegre e hiriente, ahora como si nada. Hace tan solo unos días la encontré en el ascensor de la sede nueva de la casa nacional de AD. Ah, bueno, el mismo día en que se decidió la suerte de Alfaro Ucero. Le pregunté lo que pasaba, mientras la multitud la abucheaba, llamándola traidora: «Ahí está ese viejo terco». Pero ¿cómo?, si hasta hace poco Paulina era alfarista. La veo y miro también a Henry Ramos Allup, y me ubico quince años antes en la Fracción Parlamentaria de AD en Pajaritos. Pleno gobierno de Luis Herrera, Ramos Allup héroe parlamentario, enemigo circunstancial de Paulina, también, revelando secretos pasionales de ella. Así eran las cosas. Y yo no podía evitar los recuerdos. Deliberadamente, para las presidenciales AD no preparó su famosa Operación Galope. Si lo hacía, corría el riesgo de que la gente «galopada» votara por Chávez. Nadie madrugó para movilizar a nadie. La maquinaria tuvo la orden única de chequear en los centros de votación a la militancia dura, sin ningún operativo especial. Tampoco se ordenaron exit-polls porque eso era tarea del comando del candidato, y el abanderado era ajeno. AD, el gran partido de las mayorías, se resignaba al azar, a la buena voluntad de los militantes y a los sondeos tradicionales

de empresas como Coca-Cola, Pepsi-Cola, Venevisión, Unión Radio y la misma Disip.

Llegó Henry Ramos Allup con el libro de Alain Touraine, *¿Qué es la democracia?* bajo el brazo, editado por el Fondo de Cultura Económica. *¿No era demasiado tarde, Henry, pensé, para estudiar a Touraine y la democracia?* La mesa de reuniones de la Secretaría General se fue llenando. Uno a uno se incorporaron: Rafael Rodríguez Orijuela, Carmelo Lauría, Rafael Narváez, Jorge Millán, César Gil, Luis Piñerúa Ordaz. Todos comentaban las incidencias del proceso. La segura derrota de la abstención. La tranquilidad de las calles. Canache Mata iba de su oficina a la de Lewis. Este seguía llamando y atendiendo llamadas. *¿Qué se sabe?*, preguntaba Piñerúa. Todavía nada, respondía cualquiera. A las 11 de la mañana se comienzan a tener los primeros exit-polls, agregaba un tercero. Paulina hablaba de que se había tomado un valium para estar tranquila. No hay que negarlo, conservaba gracia, sonrisa. Comentaban las últimas encuestas y el supuesto repunte de última hora de Salas Römer. Alguien sacó a relucir los datos de un sondeo y que ordenado por la embajada de los Estados Unidos que daba ganador a Salas Römer. Un sondeo que resultó después falso, parte de la campaña por contrarrestar el seguro triunfo de Chávez. Muchos todavía confiaban en ganar. Ramos Allup leía. Lewis Pérez seguía pegado al teléfono, haciendo anotaciones. Lauría explicaba que no es posible ganar porque las elecciones habían sido polarizadas entre ricos y pobres y estos últimos son mayoría. De pronto entra la pesada humanidad de Rafael Marín y a viva voz da la noticia.

—Señores, Caracas es otra cosa. El repunte que vamos a tener en comparación con el 8 de noviembre es importante. Vamos a duplicar la votación.

El comentario levantó los ánimos. Menos los de Piñerúa, quien lanzó su verbo ácido.

—Yo espero hasta el último voto —dijo con esa voz y con esa cara, con la misma que habló de los 12 Apóstoles, con la misma que llevó a Carlos Andrés Pérez a la comisión de ética del partido en 1980, con la misma que castigó a Blanca Ibáñez llamándola barragana y barragana se quedó, con la misma que acusó de sediciosos a los golpistas del 4-F y el 27-N, con la misma que amenazó con publicar una famosa lista de corruptos que se quedó en veremos, con la misma que volvió al Gobierno en 1992 para defender la democracia. Ahí estaba Piñerúa. Una verdadera piñita. Los resultados una vez más le son adversos a Marín en Caracas. Sus cálculos estaban errados. Meses después estaría, junto a Antonio Ledezma, a la cabeza de los disturbios que impidieron la disolución del Congreso de la República por parte del Asamblea Nacional Constituyente. La batalla duró toda una mañana y la tensión política de esos días ameritó la mediación de la Iglesia. Al final, se logró la convivencia entre el viejo Congreso y la ANC, hasta que el nacimiento de la llamada Quinta República y la Constitución Bolivariana dio paso a nuevas instituciones. Me acerqué a Ramos Allup. Y en voz baja comentó que ahí estaba el partido sin brújula,

perdido, sin orientación, creyendo todavía en mitos. En verdad, yo no podía creerlo. ¿Esos eran los estrategas de AD? ¿Esos eran los hombres del poder político en Venezuela? ¿Y de ser así, cómo es que se comportaban como unos novatos del juego electoral? El otrora estratega parlamentario leía, observaba y comentaba. Ramos Allup nunca me advirtió que no escribiera esto. Por eso lo escribo.

—Y pensar que Alfaro Ucero se lo creyó todo.

—¿Pero tú crees que realmente creía que iba a ganar?

—Claro, él estaba convencido de eso.

—No pudo haber sido tan torpe. Entonces cuál era la fama de Alfaro de gran estratega, de Caudillo, de político de mil batallas.

—Mira vale, el poder de Alfaro era endosado. No le pertenecía. Él se beneficiaba de la división de la dirigencia joven, de las rencillas entre Claudio, Lewis, Ledezma y yo. Nos usó a todos. Sabía maniobrar. Si necesitaba algo de la fracción parlamentaria, pues yo se lo daba a él y no a otro. De ese modo era Alfaro quien aparecía como el que lo arreglaba todo. Pero el poder entre los parlamentarios adecos me pertenecía a mí y no a él. Si necesitaba algo de la organización interna, pues acudía a Lewis, y Lewis le daba lo que pedía, y Alfaro volvía a aparecer como el componedor. Si el Gobierno pedía algo, pues Alfaro negociaba con cada uno de nosotros y entonces se manifestaba el gran poder de Alfaro. Claro, como nosotros estábamos divididos, nos negábamos las cosas a nosotros mismos, pero nunca se las negábamos a Alfaro. Por eso su poder, y por eso cuando se le quitó no perdió nada. La verdad es que no lo poseía. No era suyo. Ya ves, a Alfaro lo botamos y aquí seguimos.

La conversación de Ramos Allup era interrumpida, a veces, por la entrada de alguien que traía alguna información. Entró Canache Mata: «Allá abajo está Carlos Raúl Hernández y dice que según las primeras proyecciones Salas Römer va adelante». Este era el presidente del partido, y prestaba oídos a rumores infundados. Así sería la desesperación. Otra vez los ánimos se levantaban, pero Piñerúa arrugaba la cara. Enseguida, César Gil ofrecía sus datos:

—Levanten los ánimos que vamos ganando. Según las proyecciones del Buró Sindical, nuestra gente está votando masivamente. Llevamos cinco puntos adelante.

Vestido de blanco completamente, Gil mostraba un papelito donde había anotado unos números. Se paseaba sonriente, como dueño del lugar, sin preocupación alguna. Por cierto, ¿qué es de la vida de César Gil? En medio de la polémica para descabezar a la dirección de Confederación de Trabajadores de Venezuela, no asomó la nariz. Manuel Cova y Carlos Navarro dieron la cara a tiempo y, por supuesto, el acorralado Federico Ramírez León. Y ¿César Gil? La última vez que lo vi fue en Canaima, compartiendo una partida de dominó con unos amigos. Lewis no paraba de llamar. Y comentaba bajito a Rodríguez Orijuela que «estamos mal en Carabobo porque los Celli han mandado a votar por Chávez». Se recordará que el llamado clan adeco de los Celli había sido barrido por Salas Römer en Carabobo desde su

primer período como gobernador y allí comenzó una guerra histórica que parece no terminar nunca. Por esos enfrentamientos, los Celli se opusieron al apoyo adeco a Salas Römer y el CEN ordenó la intervención de esa región. Terminando Lewis de hablar de los Celli y entrando Humberto Celli al recinto. Su actitud era de victoria. Le convenía la derrota de Salas Römer y así lo hizo saber. Caminó hasta donde estaba su paisano carabobeño Ramos Allup y acto seguido lo encaró, desafiante, frente a frente, casi me habló a mí a los ojos:

—Ya está todo listo, Henry. Esto se jodió. En Carabobo los adecos no votan por Salas. Ordena otra intervención.

Dio media vuelta y antes de abandonar la oficina volvió a gritar: «Esto se jodió». Ramos Allup ignoró el desplante de Celli, pero César Gil comentó:

—Ese es chavista. Hace una semana se estaba almorzando un sancocho con Luis Miquilena. Cree que no lo sabemos. Lo tengo precisado.

Lewis Pérez y Carmelo Lauría se hacían señas para reunirse en una oficina que, ubicada detrás de la del secretario general, y conectada a esta por una pequeña puerta, parece más bien un reservado. Se notaba que Lewis ya manejaba las primeras proyecciones. El insulto de Celli alborotó la lengua de Ramos Allup, quien entonces me dijo:

—Todos estos carajos tuvieron un gran poder. Míralos. Ya no son lo que eran. Porque hay que estar claro, se cometieron muchos errores y no los corrigieron porque gobernaron con una gran impunidad.

En ese momento apareció Reinaldo Leandro Mora. Fresco, recién bañado. Parecía un fantasma. Viejo pero tranquilo. En las elecciones de 1988 reveló públicamente una verdad que era un secreto a voces: todos los financistas le brindan recursos a todos los candidatos. Y en esta campaña quedaba también demostrado: los mismos que dieron dinero a Alfaro Ucero, le dieron a Salas Römer, a Chávez y a Irene. Al ver a ese fantasma le pregunté a Ramos Allup:

—¿Y ese por qué no quiso ser candidato nunca?

—Por flojo y por cómodo. No le gustaba embraguetarse.

—Pero aquí hubo muchos cómodos. Hay muchos cómodos.

—Sí, muchos de los que iban a pedir la bendición de Gonzalo Barrios todos los domingos en su casa. Y muchos de ellos le pagaron mal. ¿Tú sabes cuánto tiempo estuvo rondando la factura del funeral de Gonzalo por Caracas? Más de un año. Ni la familia quería pagarla, y eso que la familia de Gonzalo sí se benefició del poder. Porque Gonzalo tenía poder pero nunca se enriqueció. ¿Cómo murió? Pobre. Había que ver la habitación donde pasó sus últimos días. Pero te digo, muchos de estos carajos se beneficiaron de él y su poder.

Gonzalo, confirmé después, arregló antes las cosas para algunos de sus allegados, porque sabía que llegada la muerte, llegarían también las rebatiñas. Lo recuerdo en la casa de la locutora Ana Martínez comiéndose un mondongo, pese a la edad que tenía. Lo acompañaba el ex secretario general, Manuel Peñalver. Debo

anotar también que Peñalver sufrió en 1998 un accidente que le ocasionó una fractura de cráneo y a pesar de su gravedad, quienes aumentaron su fortuna a la sombra de su poder, cuando en los tiempos de Lusinchi era el todopoderoso secretario general de AD, no lo visitaron. Entre ellos José Ignacio Casal y Beto Finol. Ingratos. Entró Arístides Hospedales y afirmó que AD está haciendo el trabajo pero Copei no. Alguien informó que en el Zulia han salido a votar los adecos aunque a los copeyanos no se les ve. Alguien emplazó a Lewis para que llame al secretario general de Copei, Donald Ramírez, y le pregunte. Lewis llamó y habló con Donald, pero se guarda la información.

—Venevisión ya está dando ganador a Chávez —gritó alguien—. No es posible. Es muy temprano. Apenas son las 11 y 30.

—Sí, pero ya han dado las primeras proyecciones.

—Ésa es una trampa de Cisneros que está con Chávez.

Yo seguía mi conversación con Henry Ramos Allup:

—¿Por qué fuiste tan duro con Alfaro el día que lo destituyeron?

—¿Que por qué? Yo tenía que cobrarme todo el apoyo que le dio Alfaro al ministro de Hacienda de Caldera, Luis Raúl Matos Azócar. Me dejó guindando en el Congreso cuando ya tenía listo el voto de censura por la operación de los bonos Brady. ¿A quién protegía Alfaro? A sus amigos empresarios. Protegía a Beto Finol y a todos los que hacían negocios con él. Yo tenía que cobrarle eso a Alfaro. Y le pasé factura. No lo niego.

La conversación se interrumpió otra vez porque alguien informó que Asdrúbal Aguiar, a la sazón ministro de Relaciones Interiores, le ha llamado la atención a Gustavo Cisneros por la publicación prematura de sus proyecciones que, según Aguiar, no son reales. Cisneros dos meses después negaría que Aguiar le haya llamado la atención y amenazado con suspender a Venevisión. «Más bien aquí le dijimos muy temprano que Chávez era ya el presidente electo, y así lo comprendió». Sin embargo, las pistas proporcionadas por los adecos indicaban que del mismo Aguiar había salido la versión de su regaño a Gustavo Cisneros. Para el empresario, no era la primera vez que Aguiar inventaba un mal rumor contra Cisneros. Según sus investigaciones, fue también Aguiar quien, al calor de la campaña electoral, dejó filtrar la especie de que la primera entrevista entre Gustavo y Chávez había terminado mal, con presiones por parte de Cisneros y amenazas por parte de Chávez. No obstante, algunos de los testigos del encuentro, asistieron treinta personas, coincidieron en afirmar que la reunión se desarrolló de lo más cordial y que en ella el magnate estrechó sus lazos con el futuro presidente de Venezuela. Es mediodía. Llegó José Rafael Revenga con números que más tarde serían infalibles. Lewis, Lauría y Ramos Allup se movieron a la oficina del fondo donde conversaron con Revenga. Al terminar, este se incorporó al grupo más grueso, pero no informó nada especial. Era evidente. No quería crear zozobra. Sus proyecciones son las mismas de Venevisión: Chávez ha ganado con amplia ventaja. El secretario general, de una

frialidad absoluta, no dio muestras de estar enterado. Seguía sonriente, hablando por teléfono y dictando algunas instrucciones. Paulina pasaba meneando la colita, refunfuñando: «Por ahí andan esos números de que Chávez ha ganado con el 65% de los votos. No me lo creo. Ni cuando Jaime. Eso sí fue un arrase». La observación de la diputada pasó como un silbido por la sala. Cada quien llamaba, buscando consuelo. Entraron Luis Carlos Serra Carmona y su madre, Isabel Carmona, mujer que luchó contra la dictadura de Pérez Jiménez. Lewis se preocupó cuando aparecieron sus amigos, banqueros, Israel Pinchevsky y Juan Felipe Lara, quienes en privado le informaron que Irene quiere salir a reconocer el triunfo de Chávez. Es la una de la tarde. No es conveniente porque todavía hay mucha gente votando. Lewis hizo otras llamadas, giró instrucciones y logró paralizar las intenciones de Irene. Una hora después apareció un nuevo problema. Y este sí que era de envergadura: Salas Römer no solo no estaba dispuesto a reconocer el triunfo de Chávez, sino que además pedirá que los escrutinios se extiendan hasta el otro día. Lewis cambió de cara. Volvió a dialogar en privado con Lauría y Ramos Allup. «Si Salas Römer hace eso, el país se nos va de las manos», señaló Lewis. Decidieron entonces conversar con Salas Römer. Mientras abandonaban la sede de AD, Jorge Sucre, pieza clave del comando de Salas Römer, se dirigió a Venevisión y encaró a Gustavo Cisneros. Los testigos no oyeron la conversación, solo vieron los gestos agresivos de Sucre. Pero también era obvio: estaba buscando aliados para la extensión del plazo de los escrutinios. Por supuesto, Cisneros no aceptó. Cuando Sucre abandonó Venevisión, Lewis y Lauría habían terminado de hablar con Salas Römer. El siguiente argumento, expresado por el secretario general de AD, lo ayudará a desistir de su propósito.

—Mire, Henrique, nosotros en su momento vamos a reconocer el triunfo de Chávez y hasta ese momento nos sentiremos ligados a usted. De ahí en adelante ya no estaremos juntos. Lo que luego usted haga será su responsabilidad. Pero AD no quiere hacerse responsable de las consecuencias de una decisión como la que está proponiendo. No queremos que el país caiga en la violencia. No corramos ese riesgo. A todos nos interesa la paz.

Los empresarios ya habían enviado el mensaje a los adecos. Nada de bochinchas. Los mensajes llegaron a través de Lauría, Revenga, Pinchevsky y Lara. El mismo Ignacio Salvatierra, quizá a nombre de la Asociación Bancaria, se comunicó directamente con Lewis Pérez. En esos momentos, la paz del país era lo más importante. La tranquilidad era la más importante victoria. La democracia tenía que salir fortalecida. Al finalizar la tarde, AD reconoció el triunfo de Chávez y con ello una nueva etapa histórica para el país. El gran partido blanco era un recuerdo. Los hechos posteriores lo confirmarían. En las elecciones de mayo de este año 2000, no habrá candidato adeco a las presidenciales.

IX. Nicaragua *déjà vu*

Sobre la intensidad con que se vive la revolución sandinista en Caracas se pueden escribir varios libros. Los venezolanos que viajan al frente de guerra. Las jornadas de acopio de recursos en las universidades. Foros, seminarios, ríos de tinta, montañas de papel, películas, propaganda. Una canción para Nicaragua. Un afiche para Sandino. Un mitin contra Somoza. No hay otro evento en el mundo que atraiga con mayor devoción al mundo estudiantil que la lucha para derrocar a Somoza. En Caracas aún vive, octogenario, Gustavo Machado, fundador del Partido Comunista de Venezuela, cuyo récord de combatiente, registra haber formado parte de las tropas de Sandino y quien se presenta en cuanto acto se organiza por los días cruciales de 1979. El curso del conflicto es seguido por la radio, noche tras noche, madrugada tras madrugada, como si el frente de batalla estuviera ahí, en el campus de la Universidad Central de Venezuela. Managua. Estelí. La frontera con Costa Rica. Los niños guerrilleros. La figura de Carlos Fonseca Amador. Los hermanos Borges. El asesinato de Pedro Joaquín Chamorro. El asalto a la embajada de Estados Unidos. El Comandante Cero descubriéndose el rostro en la escalerilla del avión. Nicaragua, medida de fuerza entre Cuba, la Unión Soviética y Estados Unidos, este, sostén de la dinastía Somoza por más de cuarenta años. En Caracas se organizan memorables jornadas antiimperialistas en las que miles de personas corean el *Yanki go home*. Nicaragua libre sin Somoza. Los afiches del Tío Sam y la garra del águila calva rapiñando en el mapa de Nicaragua, estrujado, arrugado. En julio de 1979, Mario Vargas Llosa escribe desde Madrid: «Lo que pudo hacerse con la ayuda de Estados Unidos lo ha hecho el pueblo nicaragüense solo (y, claro está, con la ayuda de otros países) y no es extraño que muchos de los combatientes que derrotaron a la tiranía piensen que han derrotado también a quien le amparaba y a quien ella servía». Entre esos otros países que más ayudan aparece Venezuela. Carlos Andrés Pérez ha entregado el mando a Luis Herrera Campins en febrero de aquel año. Pero el expresidente sigue activo, pese a que en lo interno, los adversarios lo quieren tras las rejas, señalado de hechos de corrupción. Sobre lo que se vivió en las calles y en los foros de Caracas varios libros; y sobre lo que se vivió tras bastidores del poder, otros más. No faltan pequeñas historias. Como esta:

Antes del cambio de poder en el Palacio de Miraflores, en julio de 1978, se concreta la reunión secreta de Anastasio Somoza, Omar Torrijos y Carlos Andrés Pérez en la isla de La Orchila, mar Caribe de Venezuela para convencer al dictador de que renuncie, se marche al exilio, evitándole, así, peores males el país. El comandante Manuel Andara Clavier es el piloto del ministro de la Defensa, Fernando

Paredes Bello. A él y a su instructor de vuelo, coronel Abelardo Galeano Vera, les encargan la misión de llevar a La Orchila un personaje que está de incógnito en Caracas. La salida es del aeropuerto La Carlota, ubicado en el corazón de la capital. Ya han dejado en La Orchila al presidente Carlos Andrés Pérez; al canciller Simón Alberto Consalvi, al editor Miguel Ángel Capriles Ayala y al jefe de la Casa Militar, general Ramón Mendoza Ibarra. Capriles forma parte de la comitiva porque conoce Nicaragua, posee amigos en Managua, dado que una hija suya está casada con un diplomático nicaragüense. Entre las instrucciones recibidas, Andara y Galeano no deben revelar el destino. «Vamos hacia el sur», le apuntan a la torre de control. Hay mal tiempo. Control no autoriza el despegue pero hay que llegar a La Orchila. En la islita, 86 millas de distancia, hay un puesto militar y una casa de descanso para los presidentes. El dictador Marcos Pérez Jiménez perseguía en una moto Vespa mujeres de ocasión que corrían por las playas blancas. Los pilotos de caza venezolanos son famosos por su audacia. En las *Red Flag*, operaciones conjuntas con la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, son quienes marcan la pauta. Andara Clavier es uno de ellos. Y ese cielo de Caracas y el mar Caribe los conoce como la palma de la mano. Frente al Ávila, la montaña que separa a Caracas del Caribe, se forma un hueco y por él enfilan. Por precaución, el tanque del Citation 2 está lleno. En Venezuela se vende la gasolina más barata del mundo. La regalan. Dejan al grupo en La Orchila y es entonces cuando se les da la nueva orden. Tienen que regresar, esta vez al aeropuerto internacional Simón Bolívar de Maiquetía a recoger al personaje secreto. Luego lo saben. Es Omar Torrijos. La operación de despegue esta vez se produce con mejor tiempo. Aterrizan en La Orchila y a los pocos minutos llega otro avión, un West Wind. Baja el personal y, en efecto, es Somoza. Aquí pasa algo, piensa Andara. Puertas adentro, el piloto no sabe lo que ocurre. El canciller Consalvi recoge los detalles. Está habituado al poder. Ha aprendido a analizar a los hombres del poder. Ha estado cerca de Rómulo Betancourt, Rómulo Gallegos, de Raúl Leoni y ahora de Carlos Andrés Pérez. Recién ha estado a cargo de la misión para encauzar las relaciones entre La Habana y Caracas y las de Pérez con Fidel Castro. Consalvi descubre en Somoza a un cínico, simpático como todos los cínicos. La entrevista se encamina por la necesaria apertura en Nicaragua. Somoza señala que todo está encaminado. Él sabe, claro, que reapertura significa el abandono del poder. Pérez insiste. Abra la democracia. Pase a la historia. Torrijos habla de Carter. Somoza se le adelanta, afirma: Ya me entendí con Carter. Y se extiende en una larga explicación para hacerles entender lo adelantado que está el asunto, de común acuerdo con la Casa Blanca. A Consalvi le queda claro que hay un plazo. Que Carter ha fijado un plazo. Somoza promete que cumplirá lo acordado. Más tarde es cuando se conoce que su plan consiste en ganar tiempo, que cese la presión de Carter, y al bajar la presión, se siente atornillado. Ahí es cuando la guerra se desborda. El encuentro en La Orchila finaliza con el abrazo de rigor. Abrazo para Pérez. Abrazo para Torrijos. Somoza es un artista del disimulo. El poder le es consustancial. No en balde durante cuatro

décadas el abuelo, el padre y él han controlado Nicaragua como se administra una hacienda personal. Se habla de una fortuna acumulada de quinientos millones de dólares. Consalvi escucha cuando Somoza le dice a Pérez.

—No te preocupes tanto. Yo me voy a entender con Carter.

Andara está afuera. El sol pica en La Orchila. Comparte con los pilotos nicaragüenses. Y él lo que ve es a un Somoza disgustado que discute con uno de los miembros, tal vez el canciller, de su comitiva cuando aborda el avión, sin dar tiempo, incluso, a que los pilotos coman. Que el almuerzo queda servido en unos platos adornados con el escudo de Venezuela. Que Andara se ha encariñado con los colegas porque en el aterrizaje al West Wind se le ha ido un caucho y, mientras los mandatarios y sus comitivas se reunían, han tenido que volar a Caracas a buscar el repuesto. No transcurre mucho tiempo y luego despegan Pérez, Torrijos y el grupo que acompaña al mandatario venezolano. Ya en La Carlota, Andara recibe una nueva orden del ministro Fernando Paredes Bello: quédese a la orden del presidente Torrijos, quien pasará dos días de incógnito en Caracas. En la fecha fijada despegan. Y apenas alzan vuelo, Torrijos se toma un par de whiskis. El presidente cambia el itinerario. Solicita que no aterricen en Ciudad de Panamá sino en Río Hato, la hacienda, ubicada en la Costa Atlántica, en el mismo lugar donde Vargas Llosa dos años más tarde, la mañana del 25 de julio de 1981, le va a hacer la última entrevista, seis días antes del accidente aéreo en el que Torrijos pierde la vida.

Se oculta el sol cuando tocan tierra. En la pista aguardan muchos hombres. Hombres mal vestidos. En muletas, unos. Con zapatos sin trenzas, otros. Andara calcula al menos cien hombres. El que parece más allegado le pregunta:

—¿Cómo te fue viejo?

—¿Te trataron bien?

A Andara le sorprende el trato íntimo, familiar, y más le sorprende que Torrijos se vaya quitando la ropa al tiempo que camina. Frente a la casa, ya no le quedan más prendas que los calzoncillos blancos y los zapatos, lo cual coincide con la observación de Vargas Llosa de «la alergia visceral de Torrijos por los ritos ceremoniales, por el boato verbal con que suele adornarse el poder». Y que «tumbado en la hamaca se rascaba la barriga con la mayor naturalidad». En la puerta lo espera una mujer. La misma que lo acompañará en el accidente. Ella tiene preparados el pantalón y la guayabera. Les ofrecen también a Andara y a Galeano guayaberas para que se pongan cómodos una vez se bañen. Porque hay que cenar. Los espera, hacia las ocho de la noche, una mesa china giratoria servida de sobrebarriga, crema de apio, arroz y plátano asado. El general puntualiza los buenos amigos que son Carlos Andrés Pérez y Fernando Paredes Bello. Hablan de la lealtad de aquellos hombres que habitan la casa, dispuestos a dar la vida por él. Y revela que si el Congreso de los Estados Unidos no aprueba el tratado sobre el Canal de Panamá, están dispuestos, sus hombres, a volar puntos clave del Canal. Levantada la mesa, en el balcón, hablan de Simón Bolívar y de Dios. Torrijos toma vino.

—El hombre es más grande cuando está de rodillas, pero solo ante Dios —apunta Torrijos.

Los despide temprano. Es hora de descansar. La mujer aguarda.

«¿Qué ocurrirá en Nicaragua con la caída del dictador? —pregunta Vargas Llosa en julio de 1979—. El Frente Sandinista de Liberación Nacional es una alianza disímil, de tendencias que van desde liberales y socialistas democráticos hasta distintas variantes del marxismo, y es obvio que, una vez vencida la dictadura, objetivo que hizo posible la unión, entren en pugna y tal vez en conflicto abierto las distintas opciones. Al final, estas, una vez más, quedarán reducidas a la inevitable alternativa de todo pueblo que se libra de sus gorilas: socialismo autoritario o democracia representativa». Párrafo premonitorio. Los sandinistas traicionan la revolución original y se lanzan en manos de Fidel Castro y el régimen soviético. El movimiento se divide. A la contra, financiada y apoyada por la administración de Ronald Reagan, se suma, entre otros, el Comandante Cero. Cuando se entrevistaste con Torrijos, Vargas Llosa aborda el asunto Nicaragua. «Él había ayudado a los sandinistas en su lucha contra Somoza con armas y pertrechos, era amigo de los dirigentes de la revolución», escribe, dos meses después del siniestro. Por tanto, vale la pena indagar la opinión de Torrijos. «¿Qué pensaba del rumbo que tomaban las cosas en Managua?». Pregunta Vargas Llosa y a renglón seguido agrega: Torrijos «habló de ellos como un padre gruñón y enfadado por las travesuras e inexperiencias de esos muchachos. Dijo que estaban todavía en la etapa del “verbalismo”, de la inflamación retórica, en la que uno se deja llevar por las palabras y no escucha consejos, pero que debían darse cuenta de que una cosa era la guerrilla y, otra muy distinta, gobernar». En efecto, reconoce a Vargas Llosa que también el primer año de revolución les había prestado ayuda, que se vio obligado a retirar los asesores para evitar peleas y, «sorprendentemente, dijo que los sandinistas para evitar una catástrofe debían seguir los consejos de moderación que les daba Fidel Castro».

A la vuelta de cuatro años, en la oportunidad del encuentro con el presidente Jaime Lusinchi en el Palacio de Miraflores, la incógnita socialismo autoritario o democracia representativa, es, para Vargas Llosa, de naturaleza diferente. Ha visto Nicaragua a fondo, en ese mes «intenso, apasionante, esquizofrénico». La tierra de Rubén Darío lo merece. Darío, el primer poeta que Vargas Llosa estudia en profundidad. *El Universal*, en Caracas, publica los reportajes, tres entregas, abril de 1985. En *Contra Viento y Marea* la versión se ofrece completa y otra más compacta en el libro *Sables y utopías*, la cual comienza con estas interrogantes: «¿Es Nicaragua un Estado marxista-leninista? ¿Está en vías de ser una segunda Cuba?». Son las mismas preguntas que quince, veinte, veinticinco años más tarde, se hacen los venezolanos. De aquella época en Nicaragua, enumera Vargas Llosa elementos de corte similar. Los asesores cubanos, la influencia cubana, la ayuda militar cubana, el crecimiento del Estado, el riesgo de la empresa privada, los límites a la libertad de expresión, el control de las instituciones, incluyendo la Asamblea Nacional y el Poder

Electoral. La censura a los medios no escapa a la atención del periodista. Censura, argumenta la dirigencia sandinista, para evitar que los medios desestabilicen el régimen, tal como había ocurrido con Allende en Chile. Censura, tal como lo había visto el propio Vargas Llosa en el Perú de Velasco Alvarado. En Venezuela, Chávez llamaría a los medios más importantes, los cuatro jinetes del apocalipsis. Inclusive hay un elemento que llama poderosamente la atención por el juego circular de la historia: que los sandinistas, escribe Vargas Llosa, «están dispuestos a hacer muchas concesiones. Menos una: entregar el poder». Es lo que dice Chávez. La oposición no volverá a gobernar jamás en Venezuela. Y es lo que dice el generalato encabezado por Henry Rangel Silva: no reconocemos a otro líder que no sea Hugo Chávez. Apunta Vargas Llosa en el texto *Nicaragua en la encrucijada* que «aferrarse al poder en nombre de generosos ideales o por simple apetito —y hay ambas cosas en el sandinismo— no es exclusivo de regímenes totalitarios; lo es, también, de las dictaduras militares o, por ejemplo, de la dictadura benigna que ofrece el PRI en México». Cuando Sergio Ramírez rompa con el sandinismo y escriba el libro *Adiós muchachos*, aportará un documento confirmatorio de los apetitos. Durante ese mes en Nicaragua, Vargas Llosa celebra reuniones con figuras de la oposición que le pintan la Nicaragua totalitaria devenida de «abusos contra los derechos humanos, escarnios jurídicos cometidos por los Tribunales Populares antisomocistas, el hostigamiento a los sindicatos libres, la prohibición del derecho de huelga, el cierre de veinticuatro radioperiódicos, la incertidumbre de los empresarios ante las confiscaciones, y la proliferación de decretos contradictorios, y el adoctrinamiento de la juventud en la escuela y en el ejército». También está la contra, y los sabotajes de los grupos de la contrarrevolución, y «los Comités de Defensa Sandinista, calcados de los CDR cubanos», tal vez lo que el chavismo intenta con los consejos comunales y antes con los Círculos Bolivarianos. «Los “ojos y oídos” del régimen, es decir un todopoderoso sistema de espionaje y manipulación» se lee en el subtítulo, *Popularidad del Régimen*. En el aparte, *Empresarios y sandinistas*, aparece un «optimista Samuel Amador» que, «en cambio, asegura que la Revolución quiere hacer de Nicaragua “un país de empresarios”. “Este es el capitalista que mostramos a los extranjeros para que no nos crean comunistas”», señala Sergio Ramírez, vicepresidente, expresión que Vargas Llosa toma, aún, como broma. Palabras más, palabras menos, mucho de esto se repite en el caso de Chávez y el chavismo. Chávez ha hablado de los empresarios amigos que apoyan su gobierno y en el período 2003-2009 aparece y cae la boliburguesía, aparece Ricardo Fernández Barrueco, magnate de la industria; y aparece el primer magnate petrolero, Wilmer Ruperti, y Chávez, incluso antes (2001), se había dado el lujo de presentar candidato propio, Alberto Cudemus, a la presidencia del gremio patronal Fedecámaras. En Nicaragua, observa una sociedad movilizada contra las confiscaciones, escucha el papel y fracaso de los cubanos para producir arroz. En los reportajes de Vargas Llosa, hay tanto parecido prospectivo, o retroactivo con la Era Chávez, que inclusive, el error de la «oposición cívica» de

Nicaragua de abstenerse en las primeras elecciones se parece al error de no participar en las elecciones parlamentarias de 2005 o el desacierto de apoyar al comandante golpista Francisco Arias Cárdenas en los comicios de 2000 y al de los partidos, como Acción Democrática, de abstenerse de lanzar candidato propio. Apunta Vargas Llosa que los factores de oposición «se niegan a ver que los cambios experimentados por la sociedad nicaragüense en los últimos cinco años y el tipo de régimen que combaten exigen de ellos grandes dosis de invención, renovación y de audacia si quieren salvar lo que aún queda de libertad sin sacrificar las reformas y el progreso social válidos». Esa oposición pregona un discurso al margen de la realidad. «Predican una legalidad y una democracia liberal ortodoxa que Nicaragua nunca tuvo». Y de allí el autoengaño de combatir un estado totalitario inexistente. ¡Qué curiosa es la historia! A su paso por Caracas, no hay duda de que Varga Llosa analiza estos y otros temas — el Grupo Contadora— con el presidente Jaime Lusinchi. A ambos no puede parecerles distante la experiencia nicaragüense. Perú avanza por esa ruta. O viene de regreso a esa ruta. Ha pasado con Velasco Alvarado, cuyas reformas sociales Vargas Llosa ha defendido, hasta que aparece la censura contra los medios. Ese 1985 es el año en que Alan García se retrata en cuerpo y alma. Y el año en que el modelo venezolano de control de cambios, de empresas básicas estatales como los teléfonos, la electricidad, el acero, el aluminio, de control de precios, de control de tasas de interés, ya está haciendo aguas. Algo peor: Lusinchi entregará en 1989 a Carlos Andrés Pérez un país sin reservas internacionales y con una deuda externa montada en más de veinte mil millones de dólares. En *El pez en el agua*, Vargas Llosa anota que «al terminar el período de Alan García las reservas peruanas eran negativas y abrumaba al país una deuda externa de veinte mil millones de dólares». Carlos Andrés Pérez ejecuta a continuación el programa de reformas. No termina el período. Lo enjuician. Lo meten preso. Viene Caldera a gobernar por segunda vez. Llega como el salvador de la patria. Pero entrega el poder en el contexto de un modelo moribundo. Ahí aparece Chávez. Habla de Asamblea Constituyente. Habla de cambio profundo. Habla de revolución. Y se vende como el militar dispuesto a poner orden. Al paso de los meses, quedan a la vista las verdaderas intenciones. Y otra vez. Otra vez. A volver sobre los temas. En Madrid, en 2001, en un foro, Vargas Llosa señala, rotundo, que «no hay dictadura original». Y apunta, según recoge el periodista y escritor Doménico Chiappe en el diario *Tal Cual*: «No se trata de un nuevo estilo de dictadura. No, porque ese ha sido el estilo tradicional de las dictaduras en Latinoamérica. Toda dictadura hace elecciones y plebiscitos. Lo sorprendente es que ganan limpiamente. Chávez ha ganado limpiamente los plebiscitos que ha convocado. Lo terrible es que nuestros dictadores han sido populares, inmensamente populares: Fidel Castro, Trujillo, Perón... Es una vergüenza. La historia no ha sido buena consejera. La dictadura es una hechura nuestra: América Latina no tiene tradición democrática. Nuestras democracias han sido imperfectas. Muchas veces eso lleva a las sociedades angustiadas a buscar un dictador, a creer que la fuerza puede ser

eficaz. Venezuela es un caso interesante. Chávez es una persona muy popular». Y actúa en consonancia a esa popularidad. Borrando del mapa los partidos tradicionales, cambiando la Constitución, cambiando el modelo político, erigiéndose en jefe máximo y en conductor vitalicio, restableciendo el personalismo, el caudillismo militar y el culto a la personalidad. En consecuencia, cuando sus ambiciones quedan al descubierto, gran parte de la sociedad democrática que había cedido, que se había confundido, toma aliento, recobra la razón y se opone a los designios dictatoriales de Chávez, que sí los tiene. O lo que es lo mismo, según destaca Vargas Llosa en *El pez en el agua*: «Esa confusa mezcla de socialismo, nacionalismo y populismo que arruinó a América Latina».

X. Carlos Andrés Pérez en Nueva York

Carlos Andrés Pérez está sentado en una poltrona de época en la pequeña sala del estrecho apartamento propiedad de su esposa, Cecilia Matos, en Nueva York. ¿Es un rey sin trono? Vestido de traje y corbata, parece un personaje listo para otra jornada electoral, para reiniciar el combate político. Quien lo ve, adivina: incansable. No abandona ni claudica. Vive en Nueva York porque el gobierno de Chávez ha presionado al de Hipólito Mejía para que lo eche de República Dominicana. De esto hace ya algún tiempo. Ahora es 2003. El país ha pasado por la gran revuelta civil de Caracas del 11 de abril de 2002 que ha sacado a Chávez del poder. Ha pasado por la autojuramentación del expresidente de Fedecámaras, Pedro Carmona Estanga, como presidente de facto, allanando el camino para el retorno de Chávez. Y ha pasado por el paro petrolero, bancario y empresarial que durante diciembre de 2002 y enero de 2003 ha intentado, sin éxito, acabar de raíz con Chávez y su gobierno. Este ha vencido otra vez. Y es la ocasión precisa para que el expresidente pase revista a la situación venezolana. Pérez desnuda la dirigencia del país, y también él queda al desnudo en Nueva York.

Mantenerse activo en la política, aunque sea a distancia, le impone un tren diario de ejercicios. Quién quita. Ningún político se retira. Lo retiran, sí, el tiempo, la muerte, el adversario. Él ha ganado elecciones caminando. En la Gran Manzana, no deja de caminar. No deja de entrenar para estar en forma. En condiciones. Lo primero que hace al levantarse es encender la trotadora, ubicada en la segunda planta del apartamento dúplex. Tres horas sobre la máquina. Tres horas sudando la gota gorda. Tres horas trota que trota, camina que camina, y, mientras, no para de hablar con Cecilia, quien le lee un artículo. Cecilia era su amante y secretaria privada en el poder. Hoy no tiene a otra. Es esposa y asistente a la vez. Cecilia le recuerda algo. Ella le dice que vea la televisión, le habla de la hija recién casada, o del sobrino nieto, o del padre Bastidas, un cura nacido en los Andes venezolanos, amigo de todos los paisanos que habitan la Gran Manzana. Pérez allí, en la trotadora, a millón. Otras veces camina en Central Park. Lo separan solo tres cuadras. Cuando hace buen tiempo no hace más que bajar y sin guardaespaldas, sin seguridad alguna, avanza por la calle 67 hasta dar con el lado este del gran parque. Por estar bien entrenado fue que en la boda de su hija en Santo Domingo pudo bailar casi toda la noche, descender hasta ras del suelo, casi en cuclillas, en un «meneao» de caderas para asombro de viejos y jóvenes. Es que Pérez está así. Casi igual a como se le vio aquella vez en que Hugo Chávez le dio la mano en la toma de posesión en 1999. No come grasas. No come carnes rojas. Desayuna al mediodía

para obligarse a dos comidas. No toma café. Mejor té y manzanilla. Al sentarse a la mesa, un platillo hondo aguarda con nueve pastillas. Es la ración de vitaminas de todos los días, incluyendo la vitamina C y el Q-10, un complejo, a decir de Cecilia, casi milagroso, y que Pérez toma desde hace diez años. Come frente a un gran espejo, pero dice que nunca se ve en él. El ritual es riguroso, dice Isabel, la señora de origen filipino que los acompaña desde hace catorce años. Aunque vive en una buena zona de Manhattan, entre las avenidas Park y Madison, el apartamento está quizá en el edificio más modesto de la zona. No hay un gran lobby. No hay espejos ni amplios pasillos. Un pequeño edificio como esos viejos inmuebles que existen en Chacao o Los Palos Grandes en Caracas. Ahí vive el que una vez fue catalogado como uno de los hombres más ricos del mundo. Este es el apartamento de un político en retiro, que admite que su tiempo ya pasó y asegura que aparecerá una nueva generación de líderes. En su casa no hay nada que asome riquezas. Tal vez el único lujo sean dos cuadros de Armando Reverón y uno de Manuel Cabré, o la gordita de Botero como centro de mesa. Regalos. Regalos. Nada comprado. El drama, según Pérez, «es que nadie cree que un político es honrado. Se dice, por definición, que debido a la corrupción todo político es rico. Eso no es así. Hay políticos corruptos, sin embargo esa no es la regla». Ahora mismo se afirma que él construye un súper edificio en República Dominicana, y en ese país lo que posee es un apartamento que compró a crédito. El inmueble de Nueva York tiene historia: el origen es otro apartamento que le regaló el empresario Reinaldo Cervini a Cecilia, que luego fue vendido para adquirir el actual, un poco más grande que el primero. Él afirma que el gobierno de Caldera revisó al Banco Latino por todos lados para encontrar la pista de los presuntos negocios con Pedro Tinoco. ¿Y qué encontraron? Nada.

Al terminar los ejercicios, Pérez baja al primer piso vestido como si va a salir: paltó y corbata. En realidad, cumple con el rigor del desayuno y se sienta, se sienta en su poltrona de la sala, de espaldas a la ventana y de frente a la puerta, al lado del teléfono, su único instrumento, su única arma de guerra. «Mi actividad es más telefónica», admite. Allí, sentado, responde las llamadas de Unión Radio, Radio Caracas Radio, Globovisión, Televen, de Panorama, de El Siglo, de El Nacional, de El Universal, de cualquier periódico o radio de Caracas o del interior del país. Es incansable. Pérez no para de llamar dictadura al gobierno de Chávez y a este no duda en tildarlo de tirano y dictador. Sorprende que no ha terminado de declarar a un medio en Caracas, cuando suena el teléfono: es un amigo empresario, es un político, es un viejo militante adeco del remoto pueblo de Upata, es alguien del remoto Punto Fijo, es una mujer de Caracas, es otro periodista. Todos le comentan lo que ha dicho. Todos le brindan el feed back de lo que ha dicho y le piden que regrese. Hay alguno que llama para que lo ayude en una gestión. Y Pérez responde: ¿Y cómo? Empaquetado en el traje, en ocasiones alterna las llamadas telefónicas con la conversación que sostiene con el interlocutor de turno en el apartamento. Otras veces, Cecilia, desde lo alto grita para que vea algo urgente en la televisión.

Entonces él, veloz, sube las escaleras. Muy empinadas para un hombre que ha cumplido 80 años. Ocho décadas que todavía no se reflejan en el rostro.

¿Qué si lee? Pérez lee lo que puede en Nueva York. Lamenta no haber aprendido el inglés. «Ahí está el verdadero subdesarrollo, en no dominar otra lengua». De modo que está obligado a leer la «malaprensa» hispana de la Gran Manzana y a depender de otros en sus viajes. Siempre tiene que cargar con un traductor. Cecilia lo ayuda, ella sí sabe inglés. Pero qué complicación para un hombre que tuvo y tiene aún que codearse con los líderes más importantes del planeta. A veces no le queda otra opción que moverse hasta un restaurant francés ubicado muy cerca de su casa. El local lo ha hecho suyo. Los empleados y los dueños lo conocen y lo reciben con saludos en francés. Lo llaman «le président». Pérez no se amilana. Ordena en español y los del restaurant se han encontrado en la obligación de entenderlo a él. Alguna palabra en español machucan ahora, gracias a la tenacidad de «le président». Ahora Pérez está leyendo el libro sobre Augusto Mijares, escrito por Simón Alberto Consalvi. Acaba de terminar El vuelo de la reina de Tomás Eloy Martínez, aunque observa que la gran novela del escritor argentino sigue siendo Santa Evita. «Está a la altura de Cien años de soledad», se atreve a sentenciar. En la mesa de noche lo espera La silla del águila, la última obra de Carlos Fuentes. Cualquiera que llegue a ese edificio puede darse perfectamente cuenta de quién entra y sale. No hay movimientos conspirativos. No hay guardias en la planta baja. No hay grupos de apoyo ni de adulantes como era el caso de Perón exiliado en España. Si a la dirigente chavista radical Lina Ron se le ocurriera ir a protestar al apartamento de Pérez en Nueva York, seguro que no encuentra resistencia alguna. Ese hombre está allí, solo, conectado a la realidad del país por el cable negro de un teléfono negro que él mismo responde. Mientras tanto, en Caracas, el Gobierno y Hugo Chávez lo acusan de ser el jefe de la conspiración, de ser el cerebro de un supuesto y planificado magnicidio, y por esa razón, Chávez presiona a República Dominicana y le corta el suministro petrolero. Ante las acusaciones, Pérez no tiene más nada que decir sino disfrutar el momento. Lo expresa con esta frase: Es que Chávez no me deja morir. ¿Y cómo? El chavismo lo quiere vivo, todavía. El chavismo lo quiere como chivo expiatorio. El chavismo lo quiere como símbolo de un pasado. De un pasado que ni los adecos han querido recordar en el último aniversario. Pese a todo, Pérez no se amilana y más bien ratifica que él no ha preparado ningún magnicidio, pero que si le toca lo hace, porque, al fin y al cabo, se trata de cometer un tiranicidio. Y eso tiene perdón de Dios. A él, por lo visto, las bases adecas ya lo han perdonado. Pese al silencio de la dirigencia en la cena celebrada en el Hotel Caracas Hilton, las bases lo aplaudieron a rabiar cuando el animador mencionó su nombre.

Respecto a Hugo Chávez, apunta que nunca ha sido sincero. No tiene ideología. Es y será siempre un anarquista y como bien se sabe, el anarquista termina siendo un terrorista. Se pregunta: ¿Que Chávez me superó en popularidad? No. Él es un vulgar

demagogo. ¿Qué ha hecho por los pobres? ¿Qué ha hecho por los niños? En cambio mi esposa, se refiere a la primera esposa, a Blanquita, creó los hogares de cuidado diario y de ahí surgieron los multihogares y la red de hospitales. En mis primeros cinco años diseñé el Plan de Becas Gran Mariscal de Ayacucho. Nacionalicé el hierro y el petróleo. Desarrollé la pequeña y mediana industria. Apoyé la prensa de provincia. Apoyé a los empresarios regionales. Realmente estábamos transformando Venezuela. El país estaba en la cúspide de la proyección internacional. Cuando Chávez inició el gobierno mantenía un discurso internacional que se parecía al mío. Pero, mentira, es un loco. En cambio mi política exterior era compartida por toda América Latina. Chávez al final se ha quedado solo. En Venezuela lo que hay es una dictadura. ¿Quién pone en duda eso? No hay estado de derecho. No hay separación de poderes. No se puede comparar la situación con 1993 cuando fui enjuiciado. Muy lejos estuve de maniobrar para evitar el juicio. Yo respetaba los poderes. También desayuné con el Alto Mando Militar y les dije a los generales que confiaban en que no intervinieran en este caso. Los exhorté a confiar en la Corte Suprema. El ministro de la Defensa, Radamés Muñoz León, más bien dijo que ese era un error, porque lo que estaba en juego era la democracia. ¿En qué se parece esa conducta a la de ahora? En nada. Hoy Chávez es el único poder. No respeta nada. Él se ha descascarado como dictador, y lamentablemente la vía para sacarlo del poder va a ser sangrienta. Lo de República Dominicana es una infamia. Lo que pasa es que Chávez sabe de mi vigor por la lucha por la democracia. Yo no conspiro, pero si se llegara al tiranicidio, no me arrepentiría de eso. El régimen ya una vez implosionó, tal como lo predije. El 11 de abril Chávez fue derrotado y cayó como una plasta. Desgraciadamente los errores lo trajeron de vuelta. La multiplicidad de posiciones y la falta de partidos hicieron posible su retorno. Cuando Pérez Jiménez, todos sabíamos que Rómulo era el líder de AD, Caldera el de Copei, y Jóvito el de URD. En cambio, ahora en Venezuela lo que hay son agendas personales. Y no hay duda de que Chávez posee una astucia natural y la usa en medio de esta especie de dispersión opositora. Sin embargo, con seguridad otra vez el régimen va a implosionar. Muy pronto. Quiero repetir lo que dijo Carlos Fuentes de Chávez: su cabeza es un basurero.

Pérez es un torrente de palabras. Habla casi sin pausa. Respecto a la Fuerza Armada apunta que en los cuarenta años de democracia los militares alcanzaron una formación que los acercó a su verdadera misión de garantes de las instituciones y la soberanía. Por eso creo que allí hay reservas morales para devolverle la democracia a Venezuela. Por supuesto que Chávez ha corrompido a un sector, pero hay otro muy amplio que no avala esa conducta. Hay militares que ya se percataron de que están destruyendo la institución. Para recomenzar la etapa del rescate de Venezuela vamos a necesitar la participación de la Fuerza Armada. Claro, siempre surge el temor de que los militares se queden en el poder. No hay tal peligro. El entorno internacional ha cambiado. Las dictaduras en América Latina fueron consecuencia de un estado de

opinión de nuestros pueblos que hoy no existe. La salida de los últimos dictadores no se debió a movimientos armados sino a la voluntad de los pueblos que se independizaron de ese sentimiento. La caída de Fujimori en otro tiempo hubiese sido producto de un movimiento militar. Yo hice el alerta a tiempo de Fujimori. Dije que estaba naciendo un nuevo tipo de autoritarismo que se disfrazaba de democracia. Entonces, creo que no hay peligro de que los militares se queden en el poder en Venezuela. Ni los Estados Unidos ni Europa van avalar tal situación. A la Fuerza Armada se le conquista llamándola a que respete la Constitución. Por lo anterior se llega a la conclusión de que como Chávez no admite ni admitirá diálogo ni salida pacífica, queda la opción del recurso de la fuerza y es por ello que se requiere la participación militar. De lo contrario, no alcanzo a ver la posibilidad de que se obtenga un gobierno constitucional normal para emprender todas las tareas de reconstrucción del país.

Respecto a los empresarios, debo decir, sin temor a equivocarme, que no existe una clase empresarial que se defina como tal porque tenga un concepto de Estado. Esa clase siempre dependió de los altibajos del gobierno y esa es la diferencia entre Colombia y Venezuela. En Colombia hay una clase empresarial que defiende el Estado. Durante mi segundo gobierno se decía que la clase empresarial apoyaba mi política de cambio. Eso era de la boca para afuera. Lo peor es que después apoyaron a Chávez. Ahora se lavan las manos cínicamente. Y apoyaron a Chávez porque la política mía de la transparencia no les convenía porque ellos querían seguir viviendo de las exoneraciones y de las ayudas. Los empresarios coadyuvaron a mi salida del gobierno. No recibieron bien la apertura porque los obligaba a trabajar y no a vivir de las dádivas del gobierno. Querían seguir en el pasado. No tuvieron fe en las reformas. Yo lo notaba. Cada quien defendía su pequeño interés. Ahora se han metido y que a operadores políticos. Operador político es una palabra demasiado grande para los empresarios. Son más bien aprovechadores políticos: por ejemplo, el paro fue un error de todos. Era un paro insurreccional y no se manejó como tal. Por un lado se lanzaban mensajes contradictorios a la Fuerza Armada y por el otro abrían unos negocios y otros no. El pueblo dio una gran demostración en el paro, pero los aprovechadores políticos no sirvieron.

La novela que Pérez también recuerda es La fiesta del Chivo. Por la personalidad de Trujillo. Por Betancourt. Era jefe del partido en su natal estado Táchira cuando ocurre el atentado. Luego le contaron que Betancourt nunca se amilanó, que lo vieron salir del auto, entre el humo, la candela, ante los ojos de la consternación. Está vivo, está vivo. Quemadas las manos, quemada la cara, aturdido, que así le habló al país. Que hubo que desvendarle la diestra para que firmara los papeles de Estado. Trujillo, autor intelectual del frustrado magnicidio, quedaba en evidencia. Con anterioridad se sospechaba de su implicación en asonadas militares. Después de la bomba se aceleró el fin de la Era Trujillo. En La fiesta del Chivo se lee: «Estados Unidos se hallaba inquieto con los excesos de Trujillo, desde el

atentado contra el presidente venezolano Rómulo Betancourt, y quería sacárselo de encima; y al mismo tiempo, asegurarse de que no lo reemplazara un segundo Fidel Castro». El dictador dominicano retó a Betancourt y lo encontró. En la obra de Vargas Llosa están los rasgos del poder. La intriga de los que quieren estar cerca del jefe y cómo este los enfrenta, los divide, los mantiene ocupados, presa de los celos, compitiendo por la posición de favorito. En la novela —realidad, política, ficción, poder— la crudeza de la tortura, los desaparecidos, el miedo, el pavor, el exilio, la complicidad, los chivatos, los sapos, los espías, la traición de los hermanos, del padre al hijo y del hijo al padre, el esbirro, los métodos, las formas de matar. ¿Es la Cuba de Castro? ¿Es la Argentina de los militares? ¿El Chile de Pinochet? ¿La Venezuela de Marcos Pérez Jiménez? ¿El Perú de Fujimori? Es la naturaleza de todo régimen perpetuado en el poder, 10, 20, 30 años... Vargas Llosa vio a Pérez en los días previos al Caracazo y lo vio dos meses más tarde, abril de 1989, cuando aún la ciudad recogía los vidrios rotos. Pérez lo recibió en el Palacio de Miraflores, donde hablaron sobre las reformas políticas y económicas, y le manifestó su versión: el Caracazo no fue consecuencia de las medidas sino de un problema policial que no se atendió a tiempo, y como no había policía en Caracas, los disturbios cogieron pista y candela, ante lo cual hubo que sacar el ejército. Tres años después, en los días siguientes al golpe de Chávez, escribe un artículo, Ruido de sables, en el que no se muerde la lengua ni deja a Pérez ileso de críticas. Hecho el análisis, puntualiza que «la primera conclusión es que la picardía criolla de los políticos profesionales no sirve para hacer una reforma liberal en democracia». Las reformas implican sacrificios, y nada de sorpresas en la toma de decisiones, porque la «nocturnidad y alevosía» origina «explosiones de descontento y frustración». Antes que «picardía y tretas», el escritor pide «docencia y transparencia para con los electores desde la campaña electoral», tal como él había actuado en 1990, aunque ello le valiera la derrota. En abril de 1989, Vargas Llosa había regresado ya en plan de la candidatura presidencial. Entonces recibe el apoyo del Grupo Cisneros, montado en la estrategia de expansión internacional, hacia el Caribe, hacia la Comunidad Andina. Gustavo Cisneros, por su parte, deja de ser amigo de Pérez. Se distancian en 1993. Se rompe la amistad que nació y prosperó en más de dos décadas. Primero con el padre, don Diego Cisneros; y casi en paralelo con Pedro Tinoco, el banquero, abogado del Grupo, y también de los Rockefeller, asesor de Gustavo, amigo de Pérez mismo, tanto que en 1989 lo designa presidente de Banco Central y Tinoco pasa a ser pieza clave en los nexos del gobierno con los empresarios, los banqueros, la banca internacional, el FMI, el Banco Mundial. Después del golpe del 4-F, Tinoco es la pieza que sacrifican para que los talibanes de izquierda y derecha se calmen. A la muerte de Tinoco en 1993, parece evidente el distanciamiento entre Gustavo con Pérez, distancia que se hace más profunda por el respaldo que el primero le brindó a Rafael Caldera para alcanzar la segunda presidencia. Porque ambos líderes no se tragan. De Caldera, Pérez dice: «es el gran responsable de la tragedia de nuestro

país. Propició la caída del Banco Latino para ver si encontraban allí mis cuentas y mis negocios». Es que todo se mezcla. El Banco Latino es el banco de Pedro Tinoco, en el que paradójicamente, Cisneros era accionista. Caldera no le perdonaba al banquero la amistad que sostenía con Carlos Andrés Pérez. La rabia de Caldera se comprueba en esta declaración para mi libro *Dr. Tinoco, vida y muerte del poder en Venezuela*: «Un hombre muy inteligente que podría haber completado una labor. Yo lo llevé al Ministerio de Hacienda en mi primera presidencia, y se entendió con Carlos Andrés Pérez. Yo cometí el error inevitable de decirle a Pedro Tinoco, que era mi ministro de Hacienda y que odiaba a Acción Democrática porque había metido, en 1945, a su padre en la lista de funcionarios incurso en peculado: tienes que entenderte con Carlos Andrés Pérez, porque, si no, no nos aprueba nada en el Congreso. Entonces se entendió de tal manera que se hizo curruña». En su estancia en Nueva York, a Pérez lo anterior le produce risa. Una sonora carcajada. Y replica: «Nada de curruña. Éramos amigos». Tan amigos que Pérez reconoce que fue él quien enseñó al banquero a beber whisky, que antes solo bebía champaña y vinos y de paso se emborrachaba. Si Caldera le guardaba rencor a Tinoco, este también le pagaba con la misma moneda, pues faltando poco para su muerte, esto es lo que escribe sobre el expresidente, en documento exclusivo para el ya referido Dr. Tinoco: «El Caldera que gobernó en el primer gobierno fue un hombre equilibrado y sensato. Su presidencia fue positiva para el país. Dejó equilibrado el presupuesto, baja la inflación y una economía en crecimiento. Lo logró sometiendo su natural soberbia y pequeñez. Para poder gobernar con una franca minoría en el Congreso tuvo que contar con el apoyo continuo de Acción Democrática, aportado por su secretario general, Carlos Andrés Pérez. Los distintos acuerdos de orden presupuestarios y de crédito público, indispensables para el funcionamiento del gobierno, fueron negociados con Pérez y AD por su ministro de Hacienda, el Dr. Pedro Tinoco». O sea, él mismo. Según Tinoco, «ya en Caldera se venían perfilando tres características negativas. La soberbia —su sentido de superioridad—. Como lo dijo una vez un importante padre jesuita: “Fue el estudiante medalla de honor-primero del curso en toda su etapa estudiantil y siguió creyendo tener un derecho a ser reconocido como tal, todo el resto de su vida”. Esto le dificulta sus relaciones humanas. No acepta amigos sino subalternos. El carácter vengativo. Cobra cualquier ofensa real o figurada. Un ejercicio farisaico de la virtud. Falta de bondad y de calidez en sus relaciones humanas». Sus fracasos posteriores como la pérdida de las elecciones, 1973, por su candidato Lorenzo Fernández frente a Carlos Andrés Pérez; el triunfo, 1978, en las próximas elecciones de Luis Herrera Campins —su principal opositor en el partido; el fracaso en su intento, junto con Betancourt, de liquidar a Carlos Andrés Pérez; la pérdida, 1983, en las siguientes elecciones con su propia candidatura frente a Jaime Lusinchi y la pérdida de la jefatura de Copei frente a Eduardo Fernández, producen en Caldera una auténtica involución hacia el populismo y se refirma los grandes rencores que centra en Carlos Andrés Pérez, en

Eduardo Fernández y en quienes lo apoyan, y en la burguesía nacional por su declinante apoyo a sus deseos de seguir teniendo vigencia política y conquistar el poder. Tinoco calificaba de «rabiosa» la soberbia de Caldera y de «irracional» su visión económica. La verdad es que al final, todos se comportaron de manera irracional.

XI. La hora del desafío

La noche del 8 de agosto de 2008, Vargas Llosa asiste al estreno de *Al pie del Táchemes* en el teatro Trasncho de Caracas. Entra al set de prensa. Hay expectativas por lo que puede decir. La prensa nacional, regional e internacional, lo aguarda. Los periodistas han hecho fila para el registro. Nadie se quiere quedar afuera, sino preguntar, al menos ser testigo de excepción. Antes de hablar parece un hombre aburrido. Cansado. Frente a él se ha apostado una batería de cámaras y micrófonos. El canal Globovisión transmite en directo. Esta es una televisora amenazada desde los inicios del régimen de Chávez. Existe el antecedente del cierre, un par de años antes, de RCTV, canal 2. Ya uno de los accionistas de Globovisión, Nelson Mezerhane, ha conocido la cárcel acusado, sin pruebas, de la autoría intelectual del atentado que cegó la vida del fiscal Danilo Anderson. Falta poco para que el gobierno se quede con las empresas de su Grupo Financiero y él se refugie en Miami en calidad de perseguido político. Otro accionista del canal es Guillermo Zuloaga. En 2010 va ir también al exilio. Es de los mismos Zuloaga que han forjado empresas y nombre en el país, primo de Ricardo Zuloaga, quizá el amigo más entrañable de Vargas Llosa en Caracas, liberal como él, promotor de Cedice. Ricardo fallece en 2011. Globovisión dispara la señal, el país se conecta con el canal y, de pronto, en el hombre aburrido ocurre la transformación, como si él mismo estuviera encarnando un personaje de teatro. Vienen las palabras. La explicación de por qué aquella historia, cuál el origen, cómo la escribió, qué tiempo le dedicó. En *El pez en el agua* hay una pista en ese sentido. Dentro del «plan quinquenal» preparado a los 51 años, antes de meterse en la «candela» de la candidatura presidencial, el punto cuatro prevé acometer «una comedia sobre un empresario que, en una *suite* del Savoy de Londres, encuentra a su mejor amigo del colegio, a quien creía muerto, convertido en una señora». Allí está la prueba escrita del antecedente. En esta oportunidad, Vargas Llosa lo pasa por alto. No viene al caso, la verdad. Los detalles, esta vez, son más amplios. Porque el escritor, el hablador de esta noche, ya es otro. Se le abren los ojos. (No los abre él). Le brillan los ojos. Mueve las manos. La alianza de oro suelta un destello. Ya no habla, en realidad: dispara frases. Juega con el lápiz. A su lado Carlota Sosa, Raquel sobre las tablas, no cabe en su emoción. Héctor Manrique, el director, e Iván Tamayo —Chispas, en la obra—, no dejan de sonreír. Vargas Llosa elabora círculos con los dedos. Entrelaza las manos. Recurre al humor. Dicen que es preferible montar obras de autores muertos, señala.

Y quien estaba muerta era Carlota Sosa. Primera actriz de telenovelas, había jurado no hacer más teatro por una seguidilla de fracasos. Había perdido la confianza.

La consumía el miedo escénico. «Era como si se me hubiera olvidado actuar», recordará tres años después. Además se le había muerto una hermana. Todo jugaba en contra. Menos un aspecto, crucial: Vargas Llosa era el autor preferido de su padre. Carlitos Sosa Rodríguez fue diplomático de carrera, miembro de una de las familias más adineradas de Caracas, hermano de Julio Sosa Rodríguez, industrial, banquero, exministro de Hacienda en los dos gobiernos de Rafael Caldera. Ambos hermanos están muertos. Y cuando Carlota todavía era una chica rebelde, inscrita en el Movimiento al Socialismo, que abrazaba la causa del socialismo, que seguía al líder guerrillero Teodoro Petkoff, el padre le habló de Vargas Llosa no sin advertirle: no te leas *La Casa Verde* aún. Carlota está casada con Rafael Romero, actor más joven que ella, y vaya cosa del destino que al conocerse de lo primero que hablan es de la admiración de Carlota por Vargas Llosa y la de él por María Kodama, a quien el azar quiso que encontrara en una calle de París. La miró, la siguió sin abordarla, sin hablarle y Rafael, que andaba en los veinte años, elevó a la viuda de Borges al altar de su fantasía sexual. No hay referencia de algún otro joven en el mundo que se haya masturbado o tenido sueños húmedos con María Kodama. Para fortuna de Carlota Sosa, tal fijación ya había acabado cuando se enamora de Rafael Romero. Pero Carlota no es Carlota para el novio ni el esposo, porque desde entonces la llama la Tía Julia, por aquello de la diferencia de edad y por la atracción literaria de la actriz con Vargas Llosa. De modo que también todos estos elementos salen a flote a la hora de romper la maldición. El director Héctor Manrique había recibido la obra de manos del periodista y dramaturgo, Edgar Moreno Uribe, quien tuvo el privilegio de ver la versión de *Al pie del Támesis* en Lima. Entonces Héctor la convenció. Le dijo que Vargas Llosa estaría para la fecha de estreno. También Iván la ayudó. «Es un actor en el que confío». Así Carlota venció las dudas. Trabajando otra vez sobre las tablas. Y trabajando con Tamara Adrián, la abogada que antes fue hombre, como el poeta Esdras Parra, el personaje que origina la historia. Adrián le habló de los pormenores de la operación, del cambio de sexo, del impacto físico y psicológico. La obra resultó todo un éxito de taquilla: tres meses a sala llena y cinco meses en total de presentaciones.

La versión de Héctor Manrique le gustó a Vargas Llosa quien al terminar la función, reconoce el énfasis en el humor y la dosis pasional. «Lo que usted hizo es mejor de lo que yo escribí», le dice a Héctor. Rafael Romero no asiste la noche del estreno. Pero en Bogotá, medio año más tarde, al cabo de un ensayo, pudo saludar y presentarse con Vargas Llosa.

—Su mujer es muy buena en escena —le dice, extendiéndole la mano.

—No sólo en escena —responde Rafael Romero.

Y ambos sueltan la carcajada.

Al pie del Támesis tiene un origen muy particular. Vargas Llosa cuenta que por boca de Guillermo Cabrera Infante se enteró en Londres del cambio de sexo del poeta venezolano Esdras Parra. ¿Te acuerdas de Esdras Parra?, y que le preguntó Cabrera

Infante. Era el director de la revista *Imagen*, con la cual el escritor cubano solía colaborar. La anécdota se extiende porque es en Londres donde Esdras Parras se hace el cambio de sexo y es Londres donde Cabrera Infante lo invita a casa y, le cuenta a Vargas Llosa que mientras espera a un hombre, es mayor su sorpresa cuando ahí, en la puerta, se aparece una señora. De esa época, queda el testimonio de la entrevista que le hace Esdras Parra a Cabrera Infante, la cual fue publicada en *El Nacional* —23 de agosto de 1970— con el título *El iluminismo como método narrativo*. Vargas Llosa reconstruye el diálogo. Y cómo no. Y claro que se acordaba de Esdras Parra. Cómo no recordar Caracas. Y la gente de Venezuela. Y Vargas Llosa vuelve a recordar durante años el encuentro con Cabrera Infante, y lo incómodo que este se sintió al no saber de qué manera tratar al joven poeta, si de hombre o mujer. Se cambió el sexo por amor. Es una conmovedora historia de amor. ¿Un hombre? No, una mujer. Se hizo mujer. Se convirtió en lesbiana. El amante lesbiano. Curioso el giro. Y curioso que por años la anécdota de Cabrera Infante permanezca allí, intacta, «como el eslabón perdido» que le fue dando forma a la obra. La verdad es que *Al pie del Támesis* es y no es la historia de Esdras, aunque este (a) y su operación la inspiran. Hay quienes piensan que es la historia, en síntesis, y por otra vía, del golpe más comentado de la literatura universal. El puñetazo que Vargas Llosa, por celos, le propina en Ciudad de México a Gabriel García Márquez, el 12 de febrero de 1976. Y ahora sí que se puede hablar del puño de los premios Nobel de la Literatura. La obra gira en torno a un golpe, el misterio de una desaparición, y la búsqueda de una explicación, ¿disculpas? Es lo mismo. Un puño. La muerte de la amistad. Y la búsqueda del perdón que 44 años más tarde no había llegado. Carlota Sosa revela que el mismo Vargas Llosa le desmintió que, de ningún modo, la obra tiene que ver con el puñetazo. Puro cuento.

Entonces los reporteros se cansan también del cuento, de la literatura y el cambio de sexo. Cambian de tema como pasar de tercera a segunda en un auto que sube una cuesta y preguntan de política. En ese instante Vargas Llosa se afinsa en la silla. Luce más erguido. Toma el lápiz. Lo deja. Sonríe. Y dice: ahora sí entramos en la candela. ¿Candela? Todo lector de *El pez en el agua* se percata de que es un símil recurrente en referencia a la política. Parece un niño con juguete nuevo. Han pasado treinta y dos años desde aquella primera vez en Caracas, y una simple rueda de prensa, como al político un mitin, una asamblea, una cámara de televisión, le ha devuelto los años. Llegó viejo y cansado. Ahora vuelve a ser joven, despierto. Y esta actitud y este fuego, este palpitar es lo que espera Venezuela. Un país hambriento de un discurso que con autoridad lo desvíe del monólogo chavista. Este julio de 2008 anda en los 72 años cumplidos y, desde 1989, desde aquel encuentro en el Hotel Caracas Hilton (ahora Hotel Alba Caracas) previo al Caracazo, se ha hecho costumbre esperar lo que Vargas Llosa diga de libertad, democracia y dictadura. Se ha hecho inclusive necesario leerlo y escucharlo rechazando al régimen de Cuba, y colocarse enfrente de toda dictadura.

Por el impacto de lo que dice y anticipa es que vuelve en mayo de 2009, en el marco del foro sobre democracia y libertad organizado por Cedice, en su 25 aniversario. Es la oportunidad en la que Chávez lanza el reto a debatir, y Vargas Llosa, gustoso, lo acepta. Lo aceptan todos los intelectuales que lo acompañan en el evento. Cuando Chávez truena, desafiante, Vargas Llosa, Jorge Castañeda, Plinio Apuleyo Mendoza, Álvaro Vargas Llosa, Enrique Krauze y Rafael Alfonzo Hernández, este, presidente de Cedice, se constituyen en especie de comité de crisis. La prensa espera la respuesta. Los cientos de asistentes a las conferencias. Y toda Venezuela. El país, en realidad, está en vilo, a la espera de la respuesta. Los medios internacionales rebotan la información por todo el mundo. Aumenta la atención y a las 24 horas en el lugar no hay espacio para acoger tantos equipos de prensa. Castañeda es el más decidido. Hay que tomarle la palabra a Chávez. Castañeda recuerda que una vez asistió al programa Aló Presidente por invitación del mismo Chávez. A Castañeda lo secunda Vargas Llosa que tampoco ha dudado de la conveniencia de ir a debate. ¿Quién dijo miedo? En *La ciudad y los perros*, hay una remota referencia: el poeta sabe batirse, y «cuando se bate, es una fiera». Si de algo se sintió orgulloso de la campaña de 1990 fue del debate con Fujimori, explica en *El pez en el agua*: «Mostrar al pueblo peruano, en aquellas dos horas y medias, la seriedad de nuestro programa de reformas y el rol preponderante que en él tenía la lucha contra la pobreza, el esfuerzo que habíamos hecho para remover los privilegios que el Perú había visto irse acumulando para que solo prosperara una cúpula y para que la mayoría se hundiera cada día más en el atraso». De esto se trata, también, de concretarse el debate con Chávez. Que para ello se reúnen en Caracas, para abordar el desafío de «libertad, democracia, propiedad y combate a la pobreza». Lo que el comité discute es la forma, el esquema. No hay tiempo para preparativos ni sesiones de entrenamiento. Que eso ya lo aprendió de candidato presidencial. Pero no sobra afinar algunos detalles: que el lugar no sea el Palacio de Miraflores. Que se escoja un moderador que dé garantías a ambas partes. Deciden proponer al argentino Gerardo Bogiovanni, presidente de la Fundación Libertad de Argentina, uno de los conferencistas. Luego, en rueda de prensa, el comité acepta y anuncia un número de teléfono que sirva de enlace. Pero después, el presidente se pone a un lado. Busca la excusa y la encuentra, o se la aconsejan. No, no es conmigo que Vargas Llosa va a debatir, sino con los intelectuales que defienden el proceso chavista. «Si fuera por grado político, este ciudadano tendría que ir a Perú y recuperar su nacionalidad y lanzarse y ser presidente (...) Este quiere “ranquearse”... él será intelectual pero yo soy presidente». Otra vez lo de peruano, la descalificación. Con esa finta, el presidente se salta el desafío. Toda una ironía. Porque tampoco hay en el chavismo intelectuales de la talla de Vargas Llosa, Krauze, Castañeda y Mendoza, entre otros. Los intelectuales más destacados del país se han quedado del lado de la oposición. La revolución de Chávez es una paradoja. No convoca a los jóvenes, pues los chavistas pierden todas las elecciones universitarias en las que participan. Y tampoco agrupa a

los intelectuales. En los medios oficiales, lo que predomina es el insulto y la invectiva, como en el *Foro Público*, la columna que se usaba en el régimen de Trujillo para dar de baja a una figura que ha perdido la estima del dictador, según se lee en *La fiesta del Chivo*. Que de esto conoce bastante Vargas Llosa, «de la devaluación del discurso, el triunfo del estereotipo y de la vacua retórica, de la palabra muerta del eslogan y el lugar común sobre las ideas y la creatividad», señala en *El pez en el agua*. En más de una década, qué ha producido el proceso chavista en cuanto a nivel intelectual. Valen estas palabras de Vargas Llosa en referencia al Perú de Odría, Velasco Alvarado, el Apra y Fujimori: «un gigantesco basural de palabrería populista, socialista y marxista sin contacto con la realidad». De modo que los intelectuales chavistas son tan responsables del deterioro como los militares en la cúpula del poder. Dice Vargas Llosa en *El pez en el agua*: «Aplaudieron la destrucción por la fuerza del sistema democrático que, por defectuoso e ineficiente que fuera, permitía el pluralismo político, la crítica, la vida sindical y el ejercicio de la libertad... Se dedicaron a machacar aquella consignas contra los valores democráticos y la democracia liberal, y a defender en nombre del socialismo y la revolución los abusos e iniquidades de la dictadura. Y, por supuesto, a abrumar de insultos a quienes no compartíamos su entusiasmo por lo que los sicofantes de Velasco (de Chávez) llamaban “la revolución socialista, participacionista y libertaria” y carecíamos de tribuna para responderles». Claro que el paréntesis es nuestro, y cabe por la cercanía de la cita con la revolución chavista. Aquella, la referencia, queda completa con los ejemplos que enumera Vargas Llosa sobre los periodistas que en los medios oficiales peruanos practicaron «el periodismo de estercolero» la «cloaca hecha prensa», los «ataques más abyectos», que de esto en los medios oficialistas del chavismo, hay de sobra. Él apunta que «después de haber visto esa suerte de abdicación moral generacional de los intelectuales peruanos, en lo años de la dictadura velasquista, descubrí lo que aún hoy creo: que aquellas convicciones (la defensa de una idea) no son para la gran mayoría sino una estrategia que les permite sobrevivir, hacer carrera, progresar». Y agrega esta crudeza: que así entendió «una de las expresiones más dramáticas del subdesarrollo. Prácticamente no había manera de que un intelectual de un país como el Perú pudiera trabajar, ganarse la vida, publicar, en cierta forma *vivir* como intelectual, sin adoptar los gestos revolucionarios, rendir pleitesía a la ideología socialista y demostrar, en sus acciones públicas —sus escritos y su actuación cívica— que formaba parte de la izquierda». Esta es la misma salsa del chavismo para los intelectuales que corean comandante-presidente. Por ello, el debate, de darse, tenía que ser cara a cara, entre Chávez y Vargas Llosa.

En ese mayo del frustrado debate, antes de arribar a Caracas, la expectativa alcanzaba cuotas de tensión. Se temía porque el Gobierno le impidiera el ingreso al país. Y de hecho, es retenido en el aeropuerto por hora y media, su pasaporte revisado, tras la pista de algún antecedente, alguna deuda con la justicia, algún rastreo de Interpol, tal vez del FBI; o del G-2 cubano. Y, como es usual en los casos de

intimidación, tampoco están de más algunas preguntas por parte de los funcionarios de inmigración.

—No quedó prenda ni libro que revisar —señala Vargas Llosa al salir del área de chequeo.

Pero ya no está solo. Una multitud lo espera. Una multitud de seguidores que lo vitorea. Y una multitud de chavistas que le grita insultos. Al mismo tiempo, los medios gubernamentales han dispuesto de equipos de pseudo reporteros para provocarlo con preguntas de rigor. Esto ya es costumbre en el periodismo oficial. Reporteros prestados para la propaganda y la provocación.

—Esto se llama intimidación. Esto es inaceptable en la tierra de Bolívar.

Un tal reportero lo sigue. Lo acosa. Le pregunta. Él va. Lo esquivo. Lo evita. No cae en provocaciones. Los grupos gritan. Son voces divididas. Polarizadas. Chavistas y antichavistas. Mejor: varguistas y antivarguistas.

—Me pidieron muy amablemente que no hiciera declaraciones políticas. De lo contrario podía ser expulsado del país —señala en la rueda de prensa ofrecida más tarde en el *lobby* del hotel, el Marriot. Ya no es el Caracas Hilton. Este ha pasado a control del Gobierno. Se llama Alba Caracas y en él se hospedan comitivas oficiales de los gobiernos de Cuba, Bolivia, Ecuador.

La amenaza de expulsión no es solo un asunto de policías. Es que dirigentes del partido de Gobierno, el PSUV, una semana antes han hecho la misma advertencia si el propósito de Vargas Llosa es criticar al gobierno de Chávez. «Mario Vargas Llosa viene a provocar», se le escucha decir a algunos de sus dirigentes.

—No traje explosivos. Eso les dije —apunta por su parte Vargas Llosa—. Queda claro que los gobiernos antidemocráticos proceden de esta manera. Les temen a las ideas. Lo cual no cabe en este país que tiene un pasado comprometido con las libertades, y con ella la libertad de expresión y pensamiento.

Desde el Gobierno, el ministro de Cultura, Héctor Soto, observa la situación con otro cristal:

—Es un deslenguado —señala—, un irrespetuoso. Ha dicho que Venezuela invierte mucho dinero sobornando gobiernos democráticos. Vargas Llosa perdió su inteligencia al decir esto.

Es el miércoles 28 de mayo de 2009. Horas antes, su hijo Álvaro, invitado de rigor para el evento también ha sido objeto de medida similar de retención. De los otros invitados, Jorge Castañeda, Enrique Krauze, Jorge Quiroga y Plinio Apuleyo Mendoza, reconocidos intelectuales liberales, Fidel Castro, desde Cuba, los condimenta de esta forma: «Flor y nata del pensamiento oligárquico».

Con las medidas policiales fuera de todo contexto, y con el recibimiento brindado por los partidarios del Gobierno, se le da al foro una importancia más allá de la búsqueda. Castañeda, excanciller de México, tampoco escapa a la revisión a fondo, y de él parte la idea, ese mismo día, de por qué Chávez no los invitaba a hablar en Aló Presidente, el programa de radio y televisión que arriba a diez años, cuya celebración

es adelantada y extendida por horas y durante los días que dure el evento organizado por Cedice, estrategia evidente para restarle importancia a los discursos de Vargas Llosa y compañía.

—Es un buen momento para que el presidente nos invite al maratón del programa. Así podrá rellenar algunos huecos —propone Castañeda, recordando que siete años antes había participado en calidad de invitado.

Pero no. Al Gobierno, a Chávez, y a los intelectuales amigos, afectos a la línea chavista, invitados a propósito a participar en otro encuentro paralelo, prochavista, procubano, anticapitalista y antimercado, los mueve otro propósito. Opacar el evento de Cedice, aunque en verdad logran el efecto contrario con la protesta de militantes vestidos de rojo, en las puertas del hotel donde se hospedan Vargas Llosa, Castañeda, Mendoza, Quiroga, Krauze. El gobierno anticipa que la batería liberal es de altura y, por tanto, convoca a Caracas, para reforzar la línea anti-Vargas Llosa, a los mexicanos Héctor Díaz, Fernando Buen Abad y al colombiano William Ospina, quien, curioso, resulta ser el siguiente ganador del Premio Rómulo Gallegos de novela. Para Vargas Llosa también surge un refuerzo inesperado. Desde Lima, su nuevo amigo, el presidente Alan García, no duda en salirle al paso a tanto atropello. Declara el mandatario y no solo critica los hechos del aeropuerto sino que apunta más allá:

—No creo que nadie se atreva a amordazar a un hombre con tanto prestigio que defiende esencialmente la libertad y la democracia.

Imposible censurarlo. Vargas Llosa tampoco se autocensura. Desde Lima, antes de partir a Caracas, había advertido: Mis ideas las expongo a donde vaya. Con decoro. Son mis ideas. «Y desde luego que lo voy a hacer en Venezuela también». Las palabras las publica el diario *La República*. Dicho y hecho. Habla. Advierte: «Si no se interrumpe el camino, Venezuela será la segunda Cuba». «Va a venir la reconstrucción democrática». Las frases no caen en terreno estéril. Son los días en que Chávez se empeña en el cierre de Globovisión. Ya ha logrado cerrar RCTV y quiere repetir la historia. Apura al ministro Diosdado Cabello para que ejecute la medida. Apura al Tribunal Supremo de Justicia y a la Asamblea Nacional, al Ministerio Público, para que no lo dejen solo en el empeño. «Me importa un comino lo que diga el mundo», manifiesta Chávez. Ya habla como dictador. La fiscal, Luisa Ortega Díaz apoya el reclamo presidencial a las instituciones. Vargas Llosa escucha. No lo puede creer. ¿O sí? Vargas Llosa habla. Comenta lo que oye. No imaginaba tan crudo el tono presidencial.

—Hay una radicalización del régimen —apunta.

—El país va hacia un apagón de la libertad —afirma.

—En el canal del Estado se deshumaniza al adversario. Al opositor. Allí no hay discrepancia. Lo que se expresa es odio.

En vista de que la propuesta liberal y las críticas contra la administración Chávez arrojan la opinión pública, Chávez lanza el desafío, de lo cual, luego, parece

arrepentirse. Recoge velas, sí, para desencanto de buena parte del país que se hace ilusiones con un debate de esa envergadura. La noticia le da la vuelta al mundo. Pero qué decepción. Chávez apela a un argumento que en realidad es treta: para que Vargas Llosa debata conmigo primero tiene que ser presidente.

—Nunca fue seria esa propuesta —le responde Vargas Llosa—. Si el presidente Chávez solo puede debatir con presidentes, ¡qué bravata la de invitarnos a discutir!

—Lo que allí se quería era un monólogo autista —agrega.

—Lo mejor hubiera sido una conversación entre ambos —señala Alan García en Lima.

En el discurso de clausura del evento, Vargas Llosa apunta:

—Es absolutamente imposible entablar algún tipo de diálogo con quien, frente a uno, comienza por descalificarlo de esa manera radical. Una descalificación que va más allá de lo político, que va casi a la entraña misma del ser que uno representa.

Lo tiene claro. Es el estilo de los gobiernos con democracias o dictaduras corrompidas o en vía de corromperse. «La manera como opta el régimen de enfrentar a sus críticos y a sus opositores no es rebatiéndolos, es deshumanizándolos, volviéndolos personajes despreciables... gente de mala entraña, vendidos a intereses oscuros y egoístas, como gente que ha traicionado a su país, que ha traicionado los ideales de su juventud, que son el mascarón de proa del egoísmo, de la explotación, de la mentira, agentes de instituciones despreciables desde el punto de vista político y moral».

La reculada de Chávez le da también la vuelta al mundo. Las redes sociales, los foros por internet se llenaron de mensajes, ante lo evidente.

Un despacho de la agencia *Efe* señala que la actitud «burlona» e «insultante» asumida por Chávez al rechazar un debate con él, le recordó a Vargas Llosa «a los caudillos latinoamericanos». Apunta el despacho que Vargas Llosa, el excanciller mexicano Jorge Castañeda y el escritor Enrique Krauze, también mexicano, aceptaron asistir al programa «Aló Presidente» pero propusieron que el debate fuera entre el autor peruano y Chávez «para mayor eficacia y claridad del mismo».

—Se rajó, él nunca quiso el diálogo con nosotros, algo que propuso él mismo. Lo interesante era hablar con Chávez. Él no quería el diálogo con nosotros, sino que hablásemos con sus intelectuales, gente muy respetable pero con la que hablamos todos los días —declara Jorge Castañeda.

Desde su tribuna presidencial, Chávez afirma: «Es lamentable. No quieren discutir, lo que quieren es un *show*».

Sin embargo, lo evidente es lo otro. El presidente corta camino. Niega el debate. Para el cual nunca ha estado ganado, debido a que su gusto es por el monólogo y los largos discursos sin interrupciones. Para ello cuenta con la exclusividad del poder sobre los medios en Venezuela. Cuando ya es evidente que el debate no va, el caricaturista Pedro León Zapata, desde su tribuna en *El Nacional*, resume el desenlace con una ilustración que refiere a un solitario boxeador que espera en

cuadrilátero mientras dos personas comentan: Vargas Llosa ganó por *forfeit*.

—Quiso hacer una gracia y le salió una morisqueta —señala, aparte, Teodoro Petkoff en su editorial del diario *Tal Cual*—. Quiso mostrarse democrático, tolerante, capaz de discutir con adversarios, pero con el carrerón que pegó terminó reforzando la percepción de que sus más recientes desplantes dictatorialistas no son cuento de camino... El autócrata no discute...

En el siguiente artículo que publica en *El País* de Madrid, Vargas Llosa aborda el tema de esta manera:

«Un Encuentro sobre Libertad y Democracia, celebrado en Caracas el 28 y 29 de mayo, que hubiera pasado inadvertido del gran público y confinado en un reducido ámbito intelectual, se convirtió gracias al Gobierno del presidente Hugo Chávez en un acontecimiento internacional. En buena hora, pues de este modo un amplio sector pudo enterarse de los atropellos que se cometen a diario en la tierra de Bolívar contra las libertades civiles y del coraje con que tantos venezolanos se han movilizado contra el proyecto estatista y totalitario que pretende convertir a este país en una segunda Cuba... En los cinco días que acabo de pasar en Venezuela me he sentido animado como en los mejores días de mi adolescencia. Siempre estuve agradecido a ese bello país, que, al concederme el Premio Rómulo Gallegos en 1967, dio un gran impulso a mi trabajo de escritor. Ahora lo estoy más, por la extraordinaria lección de hidalguía que hemos recibido los participantes al Encuentro de tantas venezolanas y venezolanos indomables en la defensa de su libertad».

Atropellos. Proyecto estatista. Proyecto totalitario. Segunda Cuba. ¿A qué suena? Confirmación de lo que era riesgo, o sospechas e incluso temores en 1999. Pues previo a la primera polémica, la del agravio «analfabeta», Vargas Llosa publica ese artículo, ya antológico, *El suicidio de una nación*. Este texto, al decir del novelista venezolano Eduardo Liendo, «es el diagnóstico sobre lo que nos ha ocurrido en los últimos años». Tan premonitorio el contenido que adelanta Vargas Llosa, que no sólo es «triste» lo que ocurre en Venezuela sino que «al paso que van algunos países, volverá a ocurrir»: la decepción de los pueblos por la democracia que no mejora sino que a veces empeora la situación. Entonces, se lanzan, «vuelven los ojos hacia un demagógico “hombre fuerte”, que aprovecha esta popularidad para hacerse con todo el poder e instalar un régimen autoritario». Con el vaticinio, van las causas. Los gobiernos que despilfarraron el recurso petrolero, en particular, el de Carlos Andrés Pérez. La corrupción. Los subsidios. Los controles. Y al acabarse «ese sueño de opio», el Caracazo, el golpe de Hugo Chávez, la cárcel de este, la libertad concedida por Rafael Caldera, una «acción» «irresponsable y suicida», «desleal» «con los electores... y con los oficiales y soldados de las Fuerzas Armadas». De ese modo, señala, «el paracaidista salió del calabozo a acabar por la vía pacífica y electoral la tarea de demolición del Estado de Derecho, de la sociedad civil y la libertad». El desafío al debate que no se da, confirma, una década después, el fondo que Vargas Llosa prevé en el texto en cuestión: «El comandante Chávez, como muchos

personajes de la especie que representa —el caudillo militar—, tiene la peregrina idea de que la sociedad venezolana anda mal porque no funciona como un cuartel». Que esto ya sucedió en Perú con Velasco Alvarado —uno de los modelos reconocidos por Chávez—; régimen al que Vargas Llosa le endilga lo que en 2012 se le atribuye a Chávez como copia al carbón: «Dejó un país en la ruina, sin instituciones, empobrecido hasta la médula, y con un ejército que, en vez de haber regenerado a la sociedad civil, se había corrompido visceralmente a su paso por el poder». Esto es lo que Eduardo Liendo aprecia como visionario. Que lo hecho por Velasco Alvarado en el Perú es más o menos «lo que él se propone hacer en Venezuela». El texto cierra con un aspecto todavía más providencial, para amargura de Liendo: «Pero que haya o no democracia en Venezuela le importa una higa a la comunidad internacional...». Así es. Así ha sido. Con Chávez, han prevalecido los negocios de los gobiernos, los líderes y los empresarios de Brasil, Rusia, China, Portugal, Argentina, Cuba, la Colombia de Juan Manuel Santos y la España de José Luis Rodríguez Zapatero, entre otros. Primero los intereses. Luego la democracia.

XII. *El dinero en campaña*

Aquel tiempo de 1998. Días de nervios crispados. Ya buena parte del capital anda comiéndose las uñas. Pero otra no. Otra monta la apuesta. Una mañana, la Asociación de Corredores invita al candidato Chávez a que explique en la sede de la Bolsa de Caracas su programa de gobierno. Los corredores terminan aplaudiéndolo de pie. Chávez les dice lo que desean escuchar. Una década después, esto: no hay mercado de capitales. Casas de Bolsa intervenidas. Directivos presos. Corredores en el exilio. ¿Los nervios? Peores. ¿Cómo palpitaba el dinero en 1998? Entre confundido y necesitado de refugio. La seriedad y jefatura de Luis Alfaro Uceró concita que ante una Irene Sáez que se desinfla y un Chávez que sube, los empresarios y banqueros observan inicialmente con prioridad al abanderado de AD. Alfaro es el que puede, reza el eslogan adeco. El Grupo Cisneros, el Grupo Polar, banqueros como Ignacio Salvatierra (Banco Unión), Arístides Maza Tirado (Banco Caroní), Víctor Gill Ramírez (Interbank), José María Nogueroles (Banco Caracas) y empresarios como Franco D'Agostino, Umberto Petricca, Beto Finol, son, en principio, los contribuyentes. Sin embargo, la realidad electoral los obliga acercarse también a la candidatura de Hugo Chávez. Todo banquero es gobernador, repite Nogueroles. Y Petricca, contratista, constructor de carreteras y autopistas en gobiernos adecos y copeyanos se acerca al comando de Hugo Chávez haciendo uso de dos canales: el gobernador del Zulia, comandante Francisco Arias Cárdenas, y el operador financiero de este, Danilo Díaz Granados. Petricca ha establecido relaciones inmejorables con Arias Cárdenas, alzándose con los contratos de pavimentación de las vías del Zulia. El llamado Rey del Asfalto se enorgullecía de su línea muy personal:

—Chávez no va a gobernar con chinos.

Eso dicen también aquellos que marcan tarjeta. Marcar tarjeta es un decir. La verdad es que llevan el cheque. Entregan la contribución. Luego se encuentran con otros en un bar... ¿cuál era el bar de moda? No La Catedral, ni por asomo. Es el Mostaza, propiedad de un joven operador, Carlos Kaufman, más tarde gran operador en el gobierno de Chávez. En ese bar comparten. Se confiesan: Ya fui. ¿Tú fuiste? La expresión tiene sentido. En su fuero interno cada quien cree estar comprando un seguro de vida.

Tobías Carrero, desde su posición de paisano de Barinas, amigo de Chávez y presidente y dueño de Multinacional de Seguros, los termina de acercar a todos. «Todos dieron dinero», se conocerá después, retirada la marea. Hay hasta quienes lo invitan a su casa. Y qué simpático es el candidato Chávez. Se hace acompañar, por

cierto, de un muy joven Alejandro Andrade que se medio baja los pantalones para mostrar la marca, la herida de bala, en una de las piernas. Huella imborrable de su hazaña de golpista. Después completaría su épica en la Tesorería Nacional. Como tesorero nacional. Haciendo fiesta con los dineros públicos. Contribuyendo al caos, al despilfarro impuesto por Chávez en la administración central. Con Andrade hay banqueros que se vuelven más ricos. Hay seudobanqueros que se enriquecen. Y hay operadores, que levantan fortunas de la nada. Gustavo Cisneros le abre a Chavez las puertas de Venevisión, el canal que levanta y consolida don Diego Cisneros con el respaldo de Rómulo Betancourt y Carlos Andrés Pérez. Omar Camero le pone a la orden el Canal 10, la televisora que ayudan a conseguir Cisneros y Pedro Tinoco. El Nacional se convierte en el único de los grandes rotativos en estar a la disposición de la campaña del comandante. Grandes titulares. Henry Lord Boulton, rostro de la rancia burguesía, agrega el azul claro, casi patricio, al multicolor chavismo del Polo Patriótico, el movimiento abanderado por Chávez. No se queda atrás el banquero emergente, Juan Carlos Escotet, quien recibirá el triunfo en la oficina que servía a Chávez en Multinacional de Seguros. Escotet justifica su cercanía señalando que si el «derechista» Henrique Salas Römer gana, el Grupo Roraima, muy cercano a este, no lo dejará con vida. La verdad es que después, el poder chavista lo ha perdonado tres veces. Bajo el régimen de Chávez, Escotet pasa a comandar el primer banco de Venezuela.

Alfaro no ha dejado de repetir que la decisión de su partido de descabezarlo y sacarlo de la contienda electoral, no solo respondía a una maniobra política de las tendencias internas sino a una operación de «la oligarquía reaccionaria» que terminó apostando por Salas Römer, un hombre de derecha, para darle el puntillazo final a Acción Democrática, organización de raíces populares, expresión de la socialdemocracia en el país. Lo que denuncia Alfaro es que el Grupo 1BC-RCTV, el Grupo Polar, Gustavo Roosen desde la presidencia de Cantv, el Grupo Mercantil, La Electricidad de Caracas, Oscar García Mendoza y el Banco Venezolano de Crédito, el Grupo Orinoco, el diario El Universal, el Grupo De Armas, y el Grupo Mezerhane, se volcaron a favor de Salas Römer, en conspiración contra AD y Copei, y con su apuesta ayudaron a entregarle a Chávez el triunfo en bandeja de plata. Luego en el comando de Henrique Salas Römer dirán lo mismo al revés. Los banqueros y empresarios que apostaron por Chávez en realidad estaban montándose en una jugada para impedirle el triunfo. Esa es una verdad a medias, ya que el dinero en la campaña termina repartiéndose proporcionalmente. Es decir, los amos del dinero aportan de acuerdo a las posibilidades de triunfo. Claro, se da el caso de figuras empresariales cuyas posiciones ya están predeterminadas a favor del discurso más cercano a la idea del libre mercado, y a quienes tampoco se les había escapado el tufillo izquierdoso y autoritario de Chávez, a saber: Marcel Granier, Gustavo Roosen, Oscar García Mendoza, Lorenzo Mendoza, Andrés Mata, Nelson Mezerhane. Estos no pasan la página, huelen el peligro que el militar golpista

representa para la empresa privada y la democracia. El tiempo les da la razón. No es gratuito que al Grupo 1BC le cerraron RCTV. Que Roosen ya no está en la Cantv, y que es investigado. Que el Grupo Polar y Lorenzo Mendoza son objetivos del gobierno. Que Mezerhane haya ido preso acusado de un asesinato y que haya perdido el Banco Federal y todas sus empresas, hasta el yate, la casa, el perro, y todavía Globovisión está en la mira. Que Mata sea objeto de burlas y presiones presidenciales. Y que García Mendoza sea el banquero proscrito de los ministros de Finanzas. En todo caso, también algunos de ellos también habían participado en la operación antipartido, contra AD y Copei. De modo que no haber respaldado a Chávez en 1998, tampoco los excluye de la responsabilidad del fin del sistema, del suicidio colectivo. Otro trozo de la media verdad es el hecho de que Alfaro se haya empeñado en ser candidato, imponiéndose sobre rostros más jóvenes como los de Antonio Ledezma, Carmelo Lauría, Lewis Pérez. Alfaro se excusa en que ninguno de los dirigentes jóvenes estaba en capacidad de mantener unido al partido. Y su tesis se fundamenta en que unido en torno a él, AD, frente a Chávez y Salas Römer, puede alzarse con un 25% de los votos nacionales que, sumados a la mitad de las gobernaciones, a la mitad de las alcaldías y a un tercio del Parlamento, se arma una fuerza política suficiente para detener el avance de Chávez de arrasarlo todo. Pero al entregar a su candidato, los votos de AD pasaron a engrosar el caudal chavista y con ellos, Chávez tuvo la fuerza suficiente para imponer su modelo. De hecho, en conjunto, Copei y AD, los pilares de sistema, sumaron en diciembre de 1998, poco más del 10% de los votos presidenciales. El gran caudal se los llevó el MVR, de Chávez, y Proyecto Venezuela, de Salas Römer.

Lo que Alfaro tampoco quiso ver a tiempo es el movimiento nervioso del dinero. Antes de que los grandes capitales llenen la alcancía chavista, los productores del campo son los primeros en emocionarse con la nueva candidatura, y serán más tarde, por cierto, las primeras víctimas con las invasiones de tierras, la inseguridad jurídica, el cambio de las reglas de juego, las importaciones de alimentos y el ataque directo a la propiedad privada, por la vía de las expropiaciones, bajo el argumento de estarse combatiendo al latifundio. José Luis Betancourt, Hiram Gaviria, Reinaldo Cervini, Alejandro Riera, Argenis Vivas descollan entre los primeros en recostarse a la candidatura de Chávez. Gaviria alcanzará a ser embajador de Francia, y desde allí vuelve para oponerse al gobierno. Betancourt alcanzará la presidencia del gremio de ganaderos, y en los primeros enfrentamientos, a raíz de las nuevas leyes aprobadas, en acto público de protesta, reniega de la Constitución Bolivariana. Después, el mismo Betancourt va a ser presidente de Fedecámaras y en sus dos años de gestión le resultará imposible recomponer las relaciones con el gobierno y con Chávez, rotas desde el primer paro de 2001, el golpe de 2002, y el paro de 2002-2003. Reinaldo Cervini murió arrepentido de haber apoyado la candidatura de Hugo Chávez. Pero eso no es todo. En esa etapa, dirigentes empresariales encuentran en Chávez un punto de reacomodo. Son los casos de Carlos Sequera Yépez y Francisco

Natera, ambos expresidentes de Fedecámaras. En lo que refiere a Sequera Yépez, se entendía el paso a favor de Chávez, calificado en el medio de oportunista. De hecho, al llegar Chávez al poder, buscó inútilmente refugio para no perder Central El Tocuyo, endeudado con el estatal Banco Industrial de Venezuela. En cambio, resulta toda una sorpresa que Natera pase a convertirse en especie de figura decorativa del gobierno, con el cargo de ministro sin cartera que se le brinda. Porque no hay que olvidarlo: Natera había alcanzado previamente la presidencia de Fedecámaras mediante un pacto secreto entre el presidente Rafael Caldera y el secretario general de AD, Luis Alfaro Uceró. Y de lo más natural Chávez se preguntaría en 1999 ¿por qué dejar Fedecámaras solo al arbitrio de los empresarios? Es así como inclusive llega a contar con candidato propio, el productor porcino Alberto Cudemus, para ocupar la presidencia de la institución. Y es a este Cudemus a quien Pedro Carmona Estanga derrota, paso previo para que en dos años se le vea, a Carmona, autojuramentándose como presidente de facto de Venezuela.

Por aquellas fechas en que muchos iban a ver a Chávez y a entregar el cheque como si compraran un seguro de vida, es que se suman los 1,5 millones de dólares de los grupos BBVA y Santander de España, en franca violación a los estatutos electorales de recibir dineros de empresas no venezolanas. José Vicente Rangel, asesor político de la candidatura, y después canciller, ministro de la Defensa y vicepresidente de la República, tendría una explicación para las corridas del dinero:

—Los empresarios tienen miedo y cuando tienen miedo no saben para dónde van. Hoy (noviembre de 1998) no quieren desafiar el poder chavista. Es que así como para los partidos tradicionales, también subyace una amenaza para el empresariado. Si se aplican algunos aspectos de la política de Chávez puede surgir entonces un nuevo tipo de empresario. Hay empresarios que intuyen eso y por esa razón sienten temor.

Esta declaración que Rangel me dio en exclusiva entonces, puede ser leída hacia atrás y puede ser leída hacia adelante. Arroja suficiente material para la discusión de lo que en realidad terminó ocurriendo. En efecto, el empresariado chavista nació y murió antes de ponerse las botas largas. Al régimen diseñado por Chávez le cuesta, le resulta casi imposible convivir con la propiedad privada. La boliburguesía, nacida bajo el amparo del régimen chavista, fue descabezada y la burguesía tradicional aún echa el resto para ver si en 2012 hay cambio de gobierno y se toma un respiro. Rangel dice en 1998 lo que es evidente: tienen miedo, y cuando hay miedo no saben a dónde ir. La amenaza terminó siendo real y concreta. Hay que observar que el drama de Luis Alfaro Uceró es el drama de un país. 1998 no es más que la expresión final de la guerra sin cuartel que vive Venezuela desde que en 1989 Carlos Andrés Pérez, en su segundo gobierno, abre las compuertas del mercado, las privatizaciones, la competencia bancaria, la inversión extranjera y la descentralización política para la elección de alcaldes y gobernadores. En la administración Pérez, los venezolanos van a conocer el mundo de la Bolsa, el mercado libre de divisas, los take-over, las

opas, los yuppies, las sinergias empresariales, y una explosión nunca vista de prensa independiente, prensa económica, política, de negocios, publicidad, y guías de consumo. Se construyen fortunas en la rueda de la Bolsa. Y hay consumo, y hay lujos, y hay buen y mal vivir. Pero así como esto, también llegaron las pugnas empresariales. Bancos comprando bancos. Empresas comprando empresas. Operaciones hostiles. Mundo de odios. Rivalidades. Pasiones bajas. Grabaciones. Espionaje. Hasta asesinatos y malos, muy malos negocios, carteras malas bajo la alfombra de los bancos, tesorerías deterioradas. En medio de la pugna del dinero, la rivalidad partidista, la autodestrucción de la clase política, la conspiración contra el sistema y contra sí misma del sector más incompetente de la burguesía. Y luego: el atentado máximo contra el sistema, el golpe de Hugo Chávez en febrero de 1992, primero, y el golpe de Hernán Grúber Odremán en noviembre de 1992, segundo. Después y, por último: el juicio a Pérez por haber desviado de la partida secreta un puñado de dólares para ayudar a Violeta Chamorro en su esfuerzo por consolidar la democracia en Nicaragua. Pérez va preso al retén de El Junquito y no hay celda dónde colocarlo. Y uno de los jóvenes, detenido allí por el caso de los carros bomba detonados para mover el mercado de valores, tiene el gesto de cederle su espacio con algunas comodidades, privilegio de quien maneja recursos. Se trata de Alex del Nogal. Y se menciona aquí porque en el tiempo chavista va aparecer como factor que mueve el dinero, intermedia dinero, salta de las páginas de sucesos a las páginas sociales, se ubica al lado del nuevo magnate petrolero, el boliburgués Wilmer Ruperti, se pelea con este, se alía con el alcalde Freddy Bernal, se alía con la violenta Lina Ron, con el alcalde Juan Barreto, con el alcalde José Vicente Rangel Ávalos; y luego desaparece de escena, señalado de tráfico de drogas, regresando así de donde salió: de la crónica roja, policial. El gesto de Del Nogal está recogido en el libro El rostro humano de la política de Héctor Alonso López, quien entonces acompañó a Pérez hasta el recinto: «Presidente, esta celda ahora es suya y para mí es un altísimo honor, a pesar de la terrible circunstancia por la que usted está atravesando».

Aquellas pugnas conducen a divisiones. Las divisiones debilitan el modelo político y económico, con el agravante de que los precios del petróleo se derrumban hasta los siete dólares. Todo eso se mezcla y explota en la crisis bancaria de 1993-1994-1995, catalogada como la más grande del mundo, en proporción al PIB, al tumbar medio sistema financiero, y al costarle al país más de 8000 millones de dólares. La realidad es la que sigue: en 1998, Alfaro mira de soslayo la estampida de financistas de su campaña electoral. Entonces se percata de que su amigo y aliado, José Álvarez Stelling no está, pues había caído el Grupo Consolidado y el banquero ha escapado, escondido en la maleta de un automóvil; que Juan Santaella no está, pues había caído el Grupo Bancor; que Gustavo Gómez López no está, pues había caído el Grupo Latino y Pedro Tinoco ha muerto; que Orlando Castro no está, pues había caído el Grupo Latinoamericana de Seguros y el banquero purga cárcel en

Nueva York; que Giácomo Di Mase no está, pues había caído el Grupo Construcción. Es cierto, queda Víctor Gill Ramírez, queda Arístides Maza Tirado, pero no es suficiente; queda Escotet, queda Ignacio Salvatierra, queda Edgar Dao. Y ellos, como otros, juegan todos los dados. Y Gill Ramírez y Maza Tirado harán lo imposible por desligarse de los adecos aunque le sigan siendo fieles a Alfaro Uceró, pero no al partido. Lewis Pérez, exsecretario general, dirá más tarde que a los pocos meses de la derrota electoral llamó a Víctor Gill Ramírez a su oficina de Interbank, de quien obtuvo la siguiente respuesta: «No me llames más porque me rayas». Con el paso del tiempo, el banquero ganará otros amigos como el ministro chavista, exgolpista, Jesse Chacón, de quien pasó a ser consejero.

El problema no es equivocarse sino lo seguido de las equivocaciones. Y es que entre 1993 y 1995 los hombres de negocios jugaron al suicidio. En la realidad bancaria hay señales objetivas de la crisis, aunque las subjetivas pesan tanto o más. Por ejemplo, Rafael Caldera, antes de llegar al gobierno, ya en 1993 ha enfilado las baterías contra el Grupo Latino, el banco ligado al poder de Carlos Andrés Pérez, Pedro Tinoco, Gustavo Cisneros y Gustavo Gómez López. Caldera revela, en entrevista con el autor de este libro, que la operación contra Gómez López se justificaba por «estar implicado» en la estructura montada por el entonces ministro de la Defensa, contralmirante Radamés Muñoz León, para arrebatarse el triunfo a Andrés Velásquez en caso de que este y no él hubiese salido victorioso en las elecciones de 1993.

—Estoy convencido de eso —me confiesa Caldera en noviembre de 2001. Convencido de que el banquero tuvo metidas las manos en aquella operación.

—Es que hay personas que estando cerca del poder creen que el poder es de ellos —me dice el expresidente.

Cuando los demás banqueros detectan que el poder presidencial va con todo contra el Latino, intentan complacer a Caldera terminando de entregarle la cabeza de Gómez López, sin calcular que si cae el Latino se rompe toda la estructura bancaria.

Es cuatro años después que aparece Chávez alzándose con las encuestas, y algunos de los vencidos creen que es el momento de la revancha. Los vencedores en cambio se ubican en gran medida del lado de Salas Römer. Ambos grupos repiten el error: van divididos a la contienda, abonando el camino de Chávez. Y eso es lo que reclama, en 1998, Luis Alfaro Uceró. Reclama unidad en torno suyo. Y le reclama a los adecos y a los empresarios que disfrutaron las mieles con los adecos, «morir con la botas puestas», no entregarle la bandera a otro candidato, consolidar un polo de poder, para resistir la embestida que se avecina. Alfaro, que viene luchando en las filas adecas desde los años treinta, no se engaña con el personaje Chávez. Más sabe el diablo por viejo que por diablo.

Se puede afirmar que la primera señal de la quiebra de las élites económicas fue no entender el paquete de Pérez. La segunda señal, la pugna y crisis bancaria. La

tercera señal, creer en Caldera como salvador del modelo. La cuarta señal, entregarle más de lo necesario a la campaña de Hugo Chávez, ignorando las características del personaje, aunque claro, aquí también hay que afirmar que buena parte de esa élite quiere un gendarme, añora la mano dura del militar, quiere el orden de los gobiernos militares. ¿Acaso no le pedían a Caldera que siguiera los pasos de Fujimori? La quinta señal, creer que a Chávez se le podía manejar como habían calculado manejar a la ex-Miss Universo, Irene Sáez. ¿Cuál era el punto débil de Chávez? En Carlos Andrés Pérez y Jaime Lusinchi encontraron lo mismo: las amantes, las secretarias, Cecilia Matos y Blanca Ibáñez, respectivamente. Era a ellas a quienes adulaban. Era a ellas a quienes atendían. Era a ellas a quienes regalaban juguetes, pinturas, un apartamento, un viaje. ¡Y ellos las amaban tanto! En 1999, con el poder en la mano, comienza la siguiente etapa de la relación de Chávez con el capital, porque si bien unos tienen miedo, la mayoría del empresariado en cambio apuesta por la estabilidad, la mayoría apuesta por la estabilidad, la mayoría apuesta por las oportunidades, y eso queda demostrado con el número y la cantidad de negocios, fusiones, nuevas inversiones, apuestas a futuro, concretadas en los tres primeros años de administración chavista. Entre 1999 y 2002, las inversiones de los nacionales van sumar 5000 millones de dólares, aproximadamente.

Pero antes hay un episodio casi en paralelo. Reconstruirlo no es sencillo. Vale la pena intentarlo. Porque al salir de la cárcel de Yare, el comandante golpista —flaco, feo, llanero, ordinario, derrotado— le resulta atractivo a unas cuantas damas del añejo Country Club de Caracas. La nostalgia de un gobierno fuerte, de un hombre fuerte, desata en torno a él la erótica del poder, la concupiscencia del poder. Pero todavía él no es una opción de poder. Ocurre, sin embargo lo impensable. En febrero de 1998, una eternidad desde los golpes de Estado de 1992, y tras penar en solitario por los caminos del país, ser señalado de simpatías con la guerrilla colombiana, ser seguido y acosado por jefes militares en guarniciones del interior, organizar reuniones con grupos de la vieja izquierda radical o de militantes descontentos de los partidos del estatus en pueblos y caseríos, de ser una curiosa atracción para los desprevenidos medios locales, de clamar por una y otra ayuda ante su amigo Tobías Carrero, ante Luis Miquilena, ante José Vicente Rangel, ante pequeños y medianos comerciantes, medianos y a veces grandes productores del campo, y con la sola compañía del coronel Luis Alfonso Dávila y un selecto grupo de escoltas, el candidato Chávez desplaza de las preferencias electorales a Irene Sáez. La alcaldesa de Chacao había sido Miss Venezuela y luego Miss Universo. Con una gestión atractiva por la novedad del orden en el tráfico, la limpieza de las calles, la atención directa a niños y ancianos, la seguridad policial, y los adornos navideños en plazas y avenidas, la bella Irene era un producto de pocas ideas aunque de mucha imagen, y lo que comenzó como «un vamos a ver» terminó siendo una candidatura de gran potencial. Irene es la primera gran apuesta del estatus, bajo la seguridad de que la

reina de belleza no cuenta con herramientas —ni partido propio ni formación— para gobernar y, por tanto, manejable desde los centros de decisión tradicionales. Eso era en 1997. Pues en los comienzos de 1998, Chávez pasa a tomar la punta, y los mismos que aflojaban recursos a la candidatura de Irene, se dan cuenta de la trampa en que se han metido. En que los han metido las élites de poder.

Es un panorama incierto, en verdad. Pues en el seno del gobierno de Rafael Caldera no ha cuajado candidatura alguna y Acción Democrática se decanta por Luis Alfaro Ucero, su secretario general. El presidente Caldera se acerca a los 80 años y su anciana humanidad —vaya paradoja— encarna la senectud del régimen que muere en 1998. Para colmo, Alfaro Ucero, pasando los 70, termina de confirmar los signos de ese tiempo, de una época que agoniza, de un modelo en terapia intensiva. Sin embargo, Caldera se ha esforzado por una solución de última hora. Varias personas de su entorno han alentado primero al benjamín, Andrés Caldera, secretario de la Presidencia. Pero qué va. El padre opta por lo seguro, quitándolo del cargo, alejándolo del poder, guardándolo de los sinsabores del político profesional, pues, para desgracia, Andrés anda de boca en boca, amigos y adversarios lo llaman el pimentón, mote que destila el propósito: Andrés está en todos los guisos, en todos los negocios, como el pimentón. En algún momento se toma en serio el consejo del entorno: tú puedes ser el sucesor. ¡Viva la dinastía de los Caldera! De allí nace el programa de entrarle de lleno al 23 de Enero, la emblemática y muy popular parroquia de Caracas. No obstante, nada cuaja. Pasa de ser un ministro muy activo, de imprimirle un dinámico rol de enlace con la comunidad y las élites al despacho, a ser un personaje desconfiado cerrando el círculo en torno al padre presidente. Y mientras el país reclama la proyección de una figura, en cambio se presenta limitado, pequeño, ególatra y egoísta. De hecho, al salir del cargo se pierde en las nubes del olvido. Al anciano presidente le gusta una fórmula electoral que entusiasme la militancia bipartidista, la de AD y Convergencia, el partido de gobierno, y ¿por qué no?, también la de Copei, su antiguo partido. Son meses de cálculo y búsqueda. El estatus intenta salvar la situación. La sapiencia de los años le dice a Caldera que están entrampados. Que el país puede caer en una situación similar a la de Brasil con Collor de Mello o de Ecuador con Abdalá Bucaram. (O como la de Ollanta Humala y Keiko Fujimori en Perú, después). Irene no puede ser presidenta. Es débil. Inexperta. Representa una suma incalculable de riesgos. Caldera tantea a sus dos ministros estrella, Teodoro Petkoff y Luis Raúl Matos Azócar. Caldera entiende además que ninguna decisión debe pasar por alto la opinión de Alfaro Ucero, el mayor apoyo en la estabilidad de su gobierno disperso, frágil, sin recursos petroleros, que ha sufrido una crisis bancaria, hiperinflación, y varias devaluaciones en fila. Es un gobierno inclusive sin planes, tal como lo había declarado el titular del Fondo de Inversiones de Venezuela, ministro y exbanquero, Carlos Bernárdez Lossada. Recalcula Caldera y, de pronto, se saca un as de la manga. Luis Eduardo Martínez, alias el Burro Martínez, gobernador de Monagas, pupilo de Luis Alfaro

Ucero, dirigente de la nueva generación adeca, con gestión aceptable en su entidad, y además, presidente de la Asociación de Gobernadores. Ya Alfaro ha descartado a quien era su mano derecha, Lewis Pérez, sin fuerza ni imagen para aglutinar factores y pueblo a su alrededor. Ya ha descartado a Claudio Fermín, a quien con la mejor imagen de los dirigentes de AD, no se le perdona que luego de llegar segundo, detrás de Caldera en 1993, se haya ido del país, dejando en el limbo buena parte de su capital político y electoral. Claudio terminará por abandonar las filas de AD, y sus propios amigos le criticarán la falta de decisión para enfrentarse a Alfaro Ucero.

Por esos días ocurre la feliz coincidencia del nacimiento de una hija del gobernador Martínez, y este le propone al presidente que sea el padrino. Cómo no, dice Caldera. Pero que el bautizo sea en Maturín. Y el anciano presidente ya está pensando en la fotografía del día siguiente. Una partida de dominó en la que él hace pareja con el gobernador, frente a otra conformada por Alfaro Ucero y el secretario general de Convergencia en Monagas, Pablo Morillo Robles. En papel de espectadores, los banqueros Víctor Gill Ramírez y Arístides Maza Tirado, más los funcionarios de mayor confianza en el Palacio, Fernando Febres, Fernando Egaña y Enrique Alvarado. Fue este el encargado de convocar a los asistentes, incluyendo los banqueros. Alvarado ha contado que los banqueros no esperaron por una segunda llamada, acudiendo a la cita tan pronto como se les llamó. El compromiso es doble: se sienten amigos de Andrés Caldera y el gobierno de Caldera, así como de Luis Alfaro Ucero. De hecho, Gill Ramírez es el mayor financista del caudillo adeco. Después también se sentirán amigos de Chavez, respaldándolo. Hay bautizo, hay partida de dominó y hay foto en la primera página del diario El Nacional. Lo que no hubo fue candidatura de Martínez. A Caldera se lo han advertido: Alfaro Ucero quiere ser el candidato. Y el Presidente no se lo puede creer. Imposible. Cómo puede ser eso. Para salir de dudas, el presidente invita al caudillo adeco a una reunión a La Casona, la residencia presidencial. Nadie conoce los detalles de ese encuentro. Lo que sí se sabe es que Caldera quedó inconforme, y hasta se toma la licencia de un comentario: tenían razón. Alfaro Ucero quiere ser candidato. Así que la apuesta por Luis Eduardo Martínez queda descartada, a menos que... Y otra vez el presidente, convencido del complicado escenario político para los partidos y la democracia de partidos, se empeña en buscarse otra opción que deje sin argumentos al caudillo adeco, tal vez una figura sin militancia partidista para no despertar celos ni suspicacias, y que al mismo tiempo pudiera encarnar la fórmula del gobierno, de un gobierno sin relevo, sin candidatura, y la de los partidos.

Vuelve el mandatario al punto de Luis Raúl Matos Azócar. Pero no: se trata de un exadeco, muy ligado al lusinchismo y a Jaime Luisnchi, el expresidente de imagen tan vapuleada. Tampoco lo van a aceptar. De hecho, los ataques no han cesado contra Matos, convertido en el ministro más poderoso del gobierno. El jefe de la Fracción Parlamentaria adeca, Henry Ramos Allup, ha promovido un voto de censura por la operación de los Bonos Brady. Matos Azócar se salva solo por la

intervención de Alfaro Uceró. Por ello, Caldera sigue recapitulando. Conviene un ministro así, joven, con garra. Qué tiempos aquellos, piensa, del primer gobierno, 1969-1974, cuando él era el joven, dinámico, y se bastaba por sí mismo. Caldera llega a preguntarse: ¿Y Teodoro Petkoff? No une. Le pesa el pasado guerrillero, el pasado socialista, pese a que ha sido el ministro más exitoso de su gabinete. Y... ¿Y? Bingo. Luis Giusti, el presidente de PDVSA. Tiene verbo. Es tecnócrata. Ha salido airoso con la apertura petrolera. Lo aceptan adecos, copeyanos y convergentes. También los socialistas del MAS. Sabe que Giusti se ha salido a veces del carril, declarando aspectos de política económica, generando celos en el gabinete, incomodando a veces a Matos Azócar, ministro de Hacienda. Caldera recuerda. Esa es una bobería. Lo que está en juego es más importante. De modo que no lo piensa más. Y lo que hace es planificar de nuevo el cuadro y la foto. Entonces cae en cuenta de que en los próximos días va de viaje a Alemania. Coge el teléfono y le apunta a Enrique Alvarado que invite a Giusti a la gira, pero que él se vaya por su lado. Que se encuentren en Berlín. No, mejor, en Bonn, cambia más tarde la señal. Y al aterrizar en Fráncfort, pregunta si Giusti ha llegado a Alemania. Y cuando vuelan a Bonn en el avión de la Presidencia de Alemania (el de Caldera es el avión viejo que Chávez bautizará como el camastrón y sin pérdida de tiempo cambiará en el segundo año de mandato) ordena que vuele con ellos. Y en el vuelo es cuando se lo dice. Y Giusti que claro, que será el candidato de los partidos solo que no renunciará a la presidencia de PDVSA. Y Caldera pasa por alto la exigencia —es un detalle que puede desmontar luego— pues lo principal es analizar el segundo paso. Cómo convencer esta vez a Alfaro Uceró.

No pudo. Lo intenta y no puede. Alfaro Uceró luce arropado en un halo providencial. Eso cree. Y eso se entiende en esta confesión a Matos Azócar, mediando 1997:

—Creo que obligatoriamente voy a ser el candidato de AD. Yo no quería ser secretario general, soy secretario general; y no quería ser candidato, con seguridad seré candidato; yo no quería ser presidente, a lo mejor seré presidente.

Caldera con seguridad conoce esta confesión. Y sabiéndolo, también está convencido de que nada contracorriente. Pero no puede entenderlo. Puesto que hay que buscar una fórmula que asegure el triunfo. Si de él dependiera, Alfaro Uceró sería su mejor opción, en tanto que lo blindaría de futuras retaliaciones. Pero no. No son solo él y su gobierno. Es el país. De allí el quebradero de cabeza en que se le ha convertido el dominó electoral. Por ello, más tarde, pasado un año, transcurridos dos años, y todavía antes de salir de manera definitiva de circulación y morir una década después, cada vez que le reclamen su responsabilidad en la llegada de Chávez al poder al haberle concedido el perdón, al sacarlo de la cárcel, él dirá: los partidos cometieron más errores. ¿Y su error? Solo oídos muy exclusivos le escucharon decir cuál era su error. No haber convocado la Asamblea Constituyente. No haber promovido la refundación de la República, el remozamiento de las

instituciones. Y en esas horas del 2000, cuando hablé con él, en que observaba el juego de dominó trancado, piensa en ello, y meditándolo cae siempre en lo mismo: la Constituyente no fue posible porque estaba muy viejo para la tarea y porque a su gobierno le estallaba la crisis financiera que se llevó pulmones, nervios, ganas, ánimos y 8000 millones de dólares. En su libro-testamento político, Los causahabientes de Carabobo a Punto Fijo, Caldera lo recuerda. El proyecto de reforma de la Constitución que presenta comenzando los años noventa quedó engavetado en el Senado. En esa reforma se establecía un carácter «más participativo» del régimen democrático, incorporando, entre otras figuras, la de los referendos que más tarde Chávez suma a la Constituyente, y a la Constitución Bolivariana.

—Lamentablemente —escribe Caldera en el libro— faltó la voluntad política para darle el curso final, que de haberse adoptado habría creado un panorama diferente del que se vivió en 1998.

Panorama que él quiso eludir, sin éxito. Pues valga un dato adicional en el dominó jugado por el anciano presidente. Entre la operación Giusti y la operación Martínez hay un mes de diferencia. O sea, nada. Lo cual indica, como ha observado Enrique Alvarado en reuniones privadas, que Caldera, entre marzo y abril de 1998, juega dos piezas al mismo tiempo. Juega la opción partidista y la opción del independiente, del tecnócrata. Cabe destacar que nunca considera a ninguno de sus exdelfines, Oswaldo Álvarez Paz y Eduardo Fernández, y su oposición a Irene Sáez también está matizada por la ascendencia que sobre ella mantiene su antiguo contendor en Copei, el expresidente Luis Herrera Campins. Resulta, piedra sobre piedra, un juego trancado. Al final ni una opción ni la otra sino todo lo contrario. Gana Chávez. Y se lo lleva todo.

XIII. Vargas Llosa secuestrado en Caracas

Es de Eduardo Liendo el punto de vista de que Vargas Llosa es un gran periodista. Que permanentemente no ejerza de periodista es otra cosa. Aunque para escribir de Nicaragua, hizo de reportero. Para escribir sobre la guerra de Irak, también. Y son incontables las veces que se ha metido en el camión del periodismo para escribir sobre el Perú. Es periodista desde la adolescencia. Zavalita, el reportero, es y no es él. ¿O sí? ¿Y qué es *La tía Julia y el escribidor*? La historia de una pasión: el periodismo. Porque en 1952, antes de cumplir los 16 años, el Vargas Llosa de carne y hueso comienza a trabajar en *La Crónica*, con carnet, «con mi foto y sellos y firmas, donde decía “periodista”», recuerda en *El pez en el agua*. De ahí en adelante, el ejercicio es intenso, en diarios, revistas, en la radio, como jefe de un informativo. Liendo destaca al investigador y al periodista de opinión. Con García Márquez vivió la experiencia de acompañarlo, junto a Simón Alberto Consalvi, en su visita al departamento de Libros Raros y Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Venezuela, cuando investigaba datos para su novela *El general en su laberinto*. En esa ocasión le interesaba la variada iconografía de Simón Bolívar, él quería definir un rostro para su personaje, y recuerdo que después de observar los retratos un rato con detenimiento, comentó: «Parece más verídico el retrato de Jamaica, donde tiene el pelo ensortijado y rasgos mestizos, porque aún no le habían acuñado el perfil de héroe romano». Señala Liendo, ya enjuiciando al escritor que investiga, que «es evidente que el escritor no puede dejarlo todo al capricho de su imaginación y saquea constantemente la realidad que lo nutre, quizás el arte de narrar radica en no hacer completamente obvia esa interrelación».

Pasa Con Vargas Llosa. Reportero en la vida real y en la ficción. En *Conversación en la Catedral*, Zavalita y otros personajes cumplen el rol de reporteros del día a día. El olor a tinta. El papel. El ambiente de la redacción. El cigarro. El alcohol. Las putas. El sueldo miserable. La presión de arriba. Además, en la novela, hay un esbozo sobre el ejercicio de la profesión y la posición de los dueños de los medios ante el poder. Los periódicos que se cuadran con la dictadura. Los medios que rompen el silencio porque se avizora la caída del régimen. El periodismo de cloaca. El sensacionalismo. El amarillismo. «Lo más llamativo, lo que cautiva a la gente... Será porque todos tenemos que morirnos». «La mugre humana elevada a su máxima potencia, un símbolo, un paradigma». Al periodismo «lo odias y, de repente, estás dispuesto a cualquier cosa por conseguir una primicia. A pasarte las noches en vela, a meterte en sitios increíbles. Es un vicio Zavalita». «El periodismo no es una vocación sino una frustración, ya te darás cuenta». En *El pez en el agua*, Vargas Llosa abunda

en ejemplos de la vida real y revela la clave de los personajes que inventa o copia en la ficción. Al fin y al cabo no se aprecian tantas diferencias. Opera en ellos el mismo juego con el poder. La «muerte civil» que decretan algunos medios sobre personajes de la política, la vida social. La adulación o la crítica. Los avisos, el servilismo, el entreguismo al poder de turno, quitarse las caretas a la hora de las definiciones, los mercenarios. Los artífices y puntales de la guerra sucia. Llama poderosamente la atención que entre los que define «escritores resentidos e intrigantes», aparece Raúl Vargas. En efecto, el mismo que en 1967 lo entrevistó a su llegada a Lima.

Opina Liendo que *La fiesta del Chivo* es en esencia un texto político escrito en clave de ficción. Para abordarlo, tuvo que investigar. Las novelas, agrega Liendo, no se las saca Vargas Llosa del sombrero. Por lo general surgen de un proceso de investigación y análisis. Si no va directamente a la realidad, va a la biblioteca. «Es un hombre biblioteca». Ocurre también con los artículos de opinión. Se palpa. Se nota. Previamente hay lecturas. Hay consultas. Hay entrevistas. Una llamada telefónica para confirmar. Un correo electrónico. Porque Vargas Llosa, dice Liendo, encarna al escritor héroe y profeta, de gran autoridad, gran figura, que, al menos en lengua castellana, desaparecerá con él. Pero esto no se alcanza de la noche a la mañana. Se va alcanzando «con autenticidad intelectual. Con disciplina y perseverancia».

—Hay en Vargas Llosa la vida de un hombre público como intelectual, observador y activista en algunos momentos —apunta Liendo.

Es un animal político, escuchaba decir Liendo al parlamentario del Movimiento al Socialismo, MAS, y exdirigente comunista, Juvencio Pulgar. «Uno habla con escritores y son escritores. Cuando se habla con Vargas Llosa, se alterna un interlocutor que es en esencia un político».

El juicio de la opinión pública, el mercado, los lectores y los amigos, coincide con el de Liendo. El público y los críticos lo observan al paso del tiempo y en la medida en que él va desarrollando su obra. El juicio va decantándose, depurándose, cambiando, tal como él mismo cambia en sus propios juicios y opiniones, viaje completo de la izquierda a la derecha. Sin embargo, al margen de la acera en que se ubique, en el crítico permanecen elementos en la apreciación neófita o experta: hombre culto, escritor ordenado, trabajador, sistemático. Versátil conversador, mago del encuentro público y de las cámaras de televisión. En aquella primera entrevista en Caracas, 1967, con Diógenes Santander afirma que «el oficio de escritor exige convicción, dedicación, obstinación y cierta forma de fanatismo».

—Escribo porque no soy feliz —le dice a Ricardo Setti, según cita de Juan Cruz en la fecha de su cumpleaños número 70, abril de 2006, en la revista *El País Semanal*.

—Cuando escribes, de algún modo te impermeabilizas contra la infelicidad —le apunta a Ricardo Setti.

José Miguel Oviedo ya señalaba en 1973, celebrando la aparición de *Pantaleón y las visitadoras*, que «la regularidad con la que Mario Vargas Llosa trabaja, culmina y

publica sus novelas, podría ser calificada de fríamente sistemática, si no fuese, además y sobre todo, profundamente pasional: sencillamente no puede dejar de hacerlo, es un vicio cuyo inveterado ejercicio le ha permitido desarrollar al máximo un natural talento creador».

Y antes, en 1966, en *Los nuestros*, Luis Harss ha escrito que «lo distinguía, además del talento, la dedicación. Era un inspirado que parecía haber nacido bajo una lengua de fuego, con una varilla mágica. Tenía fuerza, fe, y la verdadera furia creadora».

Por su parte, en Caracas, Carlos Díaz Sosa añade, 1967, que «es un escritor de su tiempo que maneja admirablemente la emotividad del público y tiene los bríos necesarios para fijar exactamente su criterio, como lo hizo la noche cuando se le hacía entrega del Premio Rómulo Gallegos. No es necesario estar de acuerdo con su juicio sobre esta o cualquier otra circunstancia, pero será oportuno reconocerle la gallardía como se expresa ante lo que le gusta y no le gusta».

No hay otro Vargas Llosa. Es el mismo en la constancia. Es que en la adolescencia sabe dos cosas: quiere ser escritor y quiere viajar a París. Antes de los dieciocho años conoce el periodismo. Y aprende a opinar. Investiga y trabaja para opinar y novelar. Al reconocerse terco, trabaja más. Cuando se casó con la tía Julia atendía siete trabajos de manera simultánea, desde escribir textos escolares hasta llevar el registro de sepulturas en un cementerio en Lima. Quienes presenciaron su paso por Caracas en 1967, lo recuerdan y ubican tan distinto y formal al lado de Gabo. Basta con consultar la antología de artículos de la época. Entonces ya ha escrito de Camus, Sartre, Víctor Hugo, etc. De modo que la imagen que proyecta en 1967 no puede sorprender. Tampoco lo que viene. Las colas de gente en la Feria del Libro de Madrid esperando por su firma. Se agotan las entradas a los teatros donde se presenta una obra suya o donde él mismo actúa, narra o habla de sus libros. Nadie lo supera en Madrid, Barcelona, Buenos Aires, Bogotá, Lima, Guadalajara y Caracas. Ancianas, jóvenes, mujeres, ejecutivos: todo tipo de público lo busca y le habla. En el *stand* donde firma por lo general aparece un paisano del Perú, o de Caracas, o de Buenos Aires, y él, paciente y discreto, pregunta por el país, se interesa por la realidad latinoamericana, indaga y curiosear, siempre curiosear.

En ocasión de la firma de *Los cuadernos de don Rigoberto* en la Feria de Madrid un lector afanado se le acerca (es la primera ocasión que ve al escritor en persona) y cuando se percata de su acento, pregunta:

—¿Vienes de Venezuela?

—Sí, de Caracas.

—La están pasando mal allí... pobrecitos...

Transcurre el gobierno de Caldera. El país acaba de sufrir las intentonas golpistas de Hugo Chávez en 1992, la crisis financiera de 1994, y más devaluación, más riesgo para la democracia, y agotamiento del modelo político. El escritor pregunta al lector a qué se dedica en Venezuela. «Soy periodista». Entonces, el escritor quiere que el

lector lo espere y le informe sobre lo que está pasando en Venezuela. Ese lector afanado, soy yo.

Desde *Los cuadernos de don Rigoberto* hasta *Travesuras de la niña mala* y *El sueño del celta* resulta más que evidente la evolución del espectáculo. Cómo aumentan las filas de cazadores de autógrafos. Cómo ha pasado a ser el autor más buscado, más perseguido, más esperado. Por su parte, la editorial no escatima invirtiendo en marcalibros, afiches, pendones, papeles de envolver, bolsas para cargar libros, y avisos de periódicos con su rostro, con la tapa de la obra, con una frase suya, con una palabra suya. Allá el rostro de Vargas Llosa en tamaño natural. Allá un CD con su voz. Un cuento para niños. Un libro en conjunto con su hija, fotografías de Morgana. No es la de Vargas Llosa la fama de quince minutos de la que habló Andy Warhol. Aquí hay una mezcla de prestigio, solvencia intelectual y ética, y amor a la literatura, como él mismo lo ha explicado. Y el escritor, ¿qué hace ante estas manifestaciones de amor? Trabajar. No dejarse confundir por el éxito. Aguantar el éxito, como dice Sándor Márai en *Confesiones de un burgués*. Ni siquiera la derrota en la carrera por la presidencia del Perú lo amarga y lo aplasta. Regresó a la literatura sin huellas evidentes. Está claro, y aquí es obligado parafrasear a Márai: que la literatura en Vargas Llosa es más fuerte que la vida. Más fuerte que la bohemia, ante la que otros sucumbieron. El acuña esta frase, se la dice a Nabor Zambrano en 1977, en entrevista para *El Nacional*: «Hay bohemios que quieren ser escritores. La bohemia puede convertirse en el cementerio de los escritores». De allí que prefiera escribir.

—La escritura hace que todo lo demás parezca mediocre —le dice a Juan Cruz en 2006.

Del otro lado está la fama. Ha reconocido Vargas Llosa, una y otra vez, que le viene del Premio Rómulo Gallegos. O mejor dicho, apunta Liendo, «el Premio lo catapulta. Tiene un significado particular en su formación de escritor ya desmarcado de lo telúrico y al margen del provincianismo. El Premio lo saca de la literatura con límites regionales».

¿Y qué es la fama para Mario Vargas Llosa? «Complicaciones», le responde en 1982 al periodista José Pulido en *El Nacional*. Esas complicaciones se traducen en «pérdida de libertad, de privacidad, tienes siempre que tratar de defender tu tiempo». El tiempo, terrible y escaso, y en lo que refiere a él, realmente muy escaso, por la cantidad de proyectos e historias que se le ocurren y que por más que se empeñe, jamás logrará escribir, vaciar en libros. Aconseja cuidarse de la fama. Le dice a Pulido: «Te petrifica a la larga si no luchas y sobre todo si no te convences de que lo importante es no sentirte importante». Cuando vivía en Lima tenía que irse a Europa tras la paz necesaria para escribir. En Lima, de pronto en medio de una película, paraban la proyección y saludaban la presencia de Vargas Llosa. Es que, como señala Luis Harss en *Los nuestros*, «la fama le había llegado rápido pero se la había ganado honradamente, y no la desmerecía. Eso se ha visto ahora en su segunda novela, en la

que sus dones se han multiplicado soberanamente».

Con el Nobel, el anonimato se le acaba inclusive en Nueva York. En el Central Park, donde solía trotar antes de asistir a Princeton a impartir clases, una mujer canadiense —¡una canadiense!— por estos días de la concesión del Nobel lo reconoce, según reseña de *El País* de Madrid. En la ópera lo miran y señalan. En el restaurant se le acercan tras el autógrafo en un papel cualquiera. Este Vargas Llosa del Premio Nobel ya no puede pasar desapercibido. En Princeton, donde impartía un curso de literatura, era la celebridad del momento.

José Pulido lo entrevista en Caracas en 1982 y ya Luis Harss había abordado, en 1967, la fama de Vargas Llosa, pese a que todavía su imagen no era corriente ni habitual en programas de televisión, en documentales, y tampoco existía internet. A José Pulido le apunta que «la televisión convierte a uno en un objeto público, invadido, asediado por cosas diversas, unas importantes y otras tontas pero que me quitan tiempo». ¿Pero cómo negarse al medio? Imposible. De hecho, cada vez que arriba a Caracas, acepta ser entrevistado en radio o televisión. Antes, en el programa *Buenos Días* de sus amigos Carlos Rangel y Sofía Imber, o en *Primer Plano*, programa de alto *rating* conducido por Marcel Granier.

Para Vargas Llosa, la fama conlleva otros elementos, no tan sutiles, más amargos, como la aparición de enemigos.

—Los amigos de repente se vuelven enemigos y no sabes por qué —le responde a José Pulido.

Esto ya lo ha advertido José Donoso en *Historia personal del boom*. «En Perú, donde la estatura literaria de Vargas Llosa también ha echado sombra sobre el resto de los narradores de su país, la ambivalencia, la admiración y el odio han llegado desde el extremo de anunciar durante el transcurso de una película en un cine de Lima que el cine en cuestión tiene el honor de saludar al ilustre escritor Mario Vargas Llosa que se encuentra entre la concurrencia, hasta los ataques políticos y literarios más despiadados».

—Te odian a muerte —agrega Vargas Llosa a Pulido—. El ser figura pública es algo muy mediatizante.

Al comenzar su carrera de éxito dice que escribía para exorcizar sus demonios, y toda la vida ha insistido en que hay que cuidarse. Resistir el éxito es el consejo de Márai. Y de allí que a Moraima Guanipa y a Diana Gómez les haya expresado en *El Universal* que «para un escritor la prioridad es su trabajo... Los premios son algo secundario que no deben preocupar la atención de un escritor. Si el escritor se preocupa demasiado por el premio y empieza a actuar como candidato se puede volver tonto». Lo afirma alguien a quien premios y distinciones no le han faltado, pero quien, a la vez, está seguro de que no son los premios los que hacen al escritor aunque, claro, ganarlos siempre brinda sus satisfacciones. Lo importante es el trabajo, insiste. No basta el genio, dice Márai. El genio no hace al escritor sino el trabajo. Más trabajo y menos bohemia, es la consigna de Vargas Llosa.

En muy raras ocasiones ha visitado Caracas en plan discreto. En una de esas, sin buscarlo y sin desearlo, se arma la bulla. Ocurre en su tercera a visita. La primera como se ha dicho, fue a propósito del Rómulo Gallegos. La segunda, cuatro años después, invitado a Maracaibo a dictar una conferencia. Entonces lo retienen en el aeropuerto de Maiquetía bajo sospecha de subversivo. Aún anda del lado de Fidel Castro y Cuba. El incidente no pasa a mayores, tratándose del Premio Rómulo Gallegos del año anterior y porque se le había cursado una invitación con rango diplomático. Sin embargo —es el 16 de diciembre de 1971—, fue «fastidiado» durante tres horas. Tres largas horas descartando los datos todavía asentados en una ficha, en un libro, en un registro policial que lo agrupa entre personas indeseables en el país.

—Entonces ocurrió algo kafkiano —dice para la ocasión—. No había un solo avión para devolverme al Perú. Entonces optaron por enviarme a Curazao. Y allí tampoco había vuelo para el Perú en los próximos cuatro días. Y fue más tarde que la policía se percató de que en mi pasaporte había una visa de cortesía. Consultaron con Caracas, y ahí se acabó todo.

Inmediatamente, el gobierno de Caldera corrige el entuerto. El ministro del Instituto de Cultura y Bellas Artes, Alfredo Tarre Murzi, lo declara huésped ilustre de Venezuela. Por esa fecha estaba a punto de ser publicado *Gabriel García Márquez: historia de un deicidio*, en conjunto con Monte Ávila Editores, la editorial del Estado venezolano. En Maracaibo, no dejaron de hurgar en el contenido y la estructura del ensayo, el cual termina restándole tiempo a la lectura de las doscientas novelas que compiten para la segunda edición del Premio Rómulo Gallegos del cual es jurado. Esa vez la novela ganadora es *Cien años de soledad*. Vuelve a Caracas en los próximos meses a la entrega del premio. Y más tarde hace un toque técnico con incidente.

La historia es esta. Data de 1972. Arriba al puerto de La Guaira con toda la tropa en un barco que cumplía un *tour* por el Caribe. Álvaro y Gonzalo son unos niños y Morgana aún no había nacido. Patricia luce radiante. A la redacción de *Últimas Noticias* llega el pitazo de que Vargas Llosa se encuentra en el crucero. El director del diario, Nelson Luis Martínez, recurre y pauta al único reportero disponible, Edgar Moreno Uribe, recién llegado de Colombia. Periodista y fotógrafo parten en veloz carrera al encuentro, y es en el sitio donde confirman que en efecto, allí está Vargas Llosa. En el puerto, lo abordan. Este replica, propone:

—Está bien. Yo les concedo una entrevista si me hacen un favor. Me llevan a Caracas. Quiero visitar algunos amigos.

Moreno Uribe y el reportero gráfico no dejan escapar la oportunidad. Vargas Llosa ha llamado a algunos de sus amigos y les dice que dispone de unas horas antes de que el crucero siga su itinerario. Promete llegar y no llega. Por eso es que a los amigos les parece sospechoso que pasen las horas, y el escritor no aparezca en el lugar donde han quedado. Por esa época, la guerrilla recurre al secuestro para

financiarse. Y recién, Vargas Llosa ha roto con Fidel Castro y el régimen cubano. Todo encaja. Lo que ellos desconocen es que Moreno Uribe se lo ha llevado a la redacción de *Últimas Noticias*, en la Torre de la Prensa, frente al Panteón Nacional. Entre el viaje y la entrevista, la conversación con el director y la plana mayor del diario, las fotos de rigor, transcurren horas, y en la medida que el tiempo estira la espera, la inquietud se apodera de los amigos que contactan a Simón Alberto Consalvi, uno de los impulsores del Premio Rómulo Gallegos, el que le había entregado el premio en calidad de presidente del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, Inciba. El gobierno es otro, pero en aquella Venezuela, los políticos no se declaran la guerra ni son enemigos. De modo que Consalvi telefona a un ministro amigo y este a los cuerpos de seguridad. El rumor se esparce. Han secuestrado a Vargas Llosa.

Cuatro décadas más tarde, Edgar Moreno Uribe recuerda ese episodio de esta manera. Lo reseña en su blog *El Espectador Venezolano*:

—Bajar a La Guaira y buscar al escritor peruano Mario Vargas Llosa que estaba en un barco atracado la noche anterior era la perentoria orden que recibimos en una oficina del noveno piso de la Torre de la Prensa. Corrían los años 70 y nosotros trabajábamos en la secretaría de redacción de *Últimas Noticias* y no había otro periodista para ejecutar la orden que a las nueve de la mañana impartía tronante Nelson Luis Martínez, conspicuo intelectual que fungía como secretario general de la Cadena de Publicaciones Capriles y dirigía a ese matutino. Llegar al puerto y encontrar al novelista fue fácil. Lo complejo vino después. Él necesitaba subir a Caracas para un diálogo con unos editores y condicionó sus declaraciones a que lo aventáramos hasta la capital; además lo acompañaban sus hijos, Gonzalo y Álvaro, y su esposa Patricia. Terminamos en la oficina del deslumbrado Martínez —un cálido espacio cubiertos sus paredes y techo con obras de arte regaladas por los artistas— donde los fotografiaron y al día siguiente, en exclusiva, aparecieron en la primera página del matutino caprilero. ¡Los habíamos secuestrado y ni él ni su gente lo sabían, pero la policía los buscaba!

Moreno Uribe no podía imaginar que con los años él mismo se haría autor internacional de teatro a merced de Vargas Llosa.

—Nuestro segundo encuentro con Vargas Llosa se dio por la magia de la internet. Fue en Lima, durante una rueda de prensa para la promoción de su más reciente obra teatral *Al pie del Támesis*, la cual estrenaron en abril de 2008. Él explicó a los reporteros que se había inspirado para abordar tan compleja trama sobre las peripecias de un transexual, gracias una anécdota íntima del escritor cubano Guillermo Cabrera Infante con el poeta transexual venezolano Esdras Parra en Londres. Eso, que para nosotros resultó sensacional, nos obligó a viajar a Lima para ver el espectáculo y después investigar al susodicho personaje criollo que había muerto el 17 de noviembre de 2004 en Caracas. Y de ese túnel de chismes y dolorosas verdades, como lo pudimos leer en su inédito diario, emergió nuestro

primer texto teatral, *Novia en rojo*, estrenado el 11 de septiembre de 2009 en Mar del Plata, Argentina. Posteriormente, ese espectáculo vino a Venezuela y se exhibió en los festivales de Barcelona y Guanare, además se vio en Barinas y Barquisimeto, para después exhibirse en la sala de conciertos de la caraqueña Unearte.

Ya se puede apreciar: hay un antes y después del Premio Rómulo Gallegos en la relación de Vargas Llosa respecto a Venezuela.

—Desde ese momento no pierde de vista al país como referencia —señala Eduardo Liendo—. Nos ha entregado su literatura y sus análisis de la realidad venezolana.

¿Y cuál es el origen? Álvaro Vargas Llosa, el hijo, lo entiende de esta manera:

—Mi papá se formó en un país en dictadura. En ese contexto, Venezuela era el referente opuesto. Desde un Perú en decadencia, Venezuela destacaba con una economía que superaba a la del resto de América Latina. A Venezuela emigraban los peruanos. También está la figura de Rómulo Betancourt, a quien respeta, incluso en la etapa en que mi padre simpatiza con la izquierda. La política exterior principista es un aspecto clave en la propuesta de Betancourt. Luego el Premio Rómulo Gallegos le llega en un momento clave de su carrera. Lo catapulta (usa Álvaro la misma expresión de Liendo). Y a raíz de la candidatura en 1990, muchos de los peruanos exiliados en Venezuela jugaron un rol importante de apoyo.

Revela Álvaro Vargas Llosa que no hay reunión en la que no se salga a flote Venezuela como tema. «Aunque en la última década, más por razones políticas. La verdad es que mi papá reflexiona mucho sobre Venezuela».

SEGUNDA PARTE

La hora de los caudillos

I. La realidad congelada

A mediados de 1998, Hugo Chávez Frías se presenta con un guión aprendido. Ofrece la mano con un apretón fuerte y seguro. Se nota que es calculado. Ve al interlocutor con la mirada sostenida, directa, penetrante. Como buscando la intimidación desde el primer encuentro. O buscando seguridad desde el primer contacto.

Por esa fecha, Alberto Fujimori, «menudo y algo rígido», descripción de Vargas Llosa, está próximo a celebrar una década en el poder, sin imaginar el vendaval que se le avecina. El recuerdo de Vargas Llosa aparece en *El pez en el agua*, pero data de los días previos en que ambos se preparan para abordar la segunda vuelta de la campaña electoral de 1990. Los «ojitos» de Fujimori, escribe Vargas Llosa, lo escrutan, «con incomodidad detrás de sus anteojos». La cita es en la casa de Fujimori. En la mesa hay una botella de whisky y dos vasos. Es un encuentro casi de ficción. Para novelar. Vargas Llosa ahí no intuye nada. ¿Son ya los ojos de un dictador en potencia? Nadie lo sabe. ¿Son los mismos ojos de Trujillo? En *La fiesta del Chivo* —escrita cinco años más tarde—, el escritor y periodista, excandidato presidencial, describe unos ojos que parecen inspirados en aquellos. Una mirada, la de Trujillo, como si «escarbara la conciencia». «Una mirada que nadie podía resistir sin bajar los ojos, intimidado, aniquilado por la fuerza que irradiaban esas pupilas perforantes, que parecía leer los pensamientos más secretos, los deseos y apetitos ocultos, que hacía sentirse desnudas a las gentes». Los ojos de Trujillo son los de un dictador que acumula toda una Era en el poder; «lo más importante que nos pasó en quinientos años... En esos treinta y un años cristalizó todo lo malo que arrastrábamos, desde la conquista». Los de Fujimori son los ojos de alguien del que nadie puede explicar cómo ha llegado al punto de disputarle la presidencia a la figura intelectual de mayor estatura internacional de Perú, y a quien semanas antes creían seguro presidente.

Los ojos de Chávez también son lanzas. El 4-F de 1992, derrotada la conjura que encabeza, se comporta no como un vencido, sino como alguien que ha triunfado e impone condiciones para hablarle al país por televisión. Entonces, lo que dice viaja a la velocidad del rayo mientras sus ojos echan chispas. Así, en 1998 no es el muchacho de las ventas de granjerías y conservas en Sabaneta, su pueblo natal. No el adolescente que arriba con miedo a la ciudad de Barinas a estudiar en el Liceo O'Leary. Tampoco el subteniente que va al consultorio del escritor José León Tapia a pedirle más detalles sobre el bisabuelo antigomecista, guerrillero. Tampoco el teniente coronel del discurso circular, seguro, para anunciarles a sus amigos que el intento de golpe ha fracasado, y que deben rendirse, «por ahora». Tampoco el líder

excarcelado que viste liquilique verde oliva, que pena sin recursos por Caracas, que vive en apartamentos prestados, al que evitan los compañeros de armas activos. Es entonces, nada más y nada menos, que el candidato que puntea en las encuestas.

En verdad, su ascenso no es como el tsunami Fujimori, que en la recta final de la primera vuelta desplaza a los candidatos del Apra y la izquierda y le pisa los talones a Mario Vargas Llosa. Fujimori era un desconocido. Tanto que el comando de campaña del escritor lo registra apenas como la imagen de un «chinito» montado en un tractor. ¿Quién es?, se preguntan. Y a quien Vargas Llosa tiene enfrente es un hombre que «se expresaba sin soltura, con faltas de sintaxis, y la suavidad y el formalismo defensivo del carácter criollo». Es una figura fría, que en la despedida «me estiró la mano, sin reírse», a pesar de una broma previa, dicha en japonés, que Vargas Llosa le ha soltado a bocajarro.

Chávez, popular, dicharachero, se da a conocer con el golpe de 1992 y de la imagen que congelan los venezolanos en sus televisores nace la chavomanía: los niños disfrazados del paracaidista Chávez en los carnavales subsiguientes, la peregrinación de figuras de derecha, izquierda, populistas e independientes, a la cárcel, y el tú Chávez, frase que se acuña en las bases populares y en los programas de humor. Una periodista escribe un libro sobre él y sus compañeros golpistas, con el sugerente título La rebelión de los ángeles. Siempre ha estado en las mediciones y los sondeos. La subida en las encuestas ha sido paulatina aunque, de repente, explosiva. Es el candidato que, como Diablo (a Vargas Llosa también lo comparaban con el Diablo) llega a un primer encuentro con los miembros de la Bolsa de Valores de Caracas, y a las dos horas ha encantado a los asistentes al foro organizado por la junta directiva de la institución. «Aprende rápido», dicen los corredores. «No es tan malo como lo pintaban», señalan otros. «No va a ser tan populista», concluyen los demás. En apenas un par de horas, Chávez ha volteado la imagen que los hombres que intermedian, asesoran y hasta juegan con el capital de otros, tienen de él. «Lo subestimamos», declararían, después, Lewis Pérez, ya con Chávez presidente electo. Y lo han seguido subestimando hasta el fin de los días. En los días del golpe de 1992. En las elecciones. En la toma del poder. En la Constituyente. En abril de 2002. En diciembre de 2002, fecha del paro petrolero y empresarial. En los referendos. En las siguientes elecciones parlamentarias, de gobernadores y presidenciales.

Lo subestimaron y todavía algo peor. Se autoengañaron. El autoengaño de políticos y empresarios. Déjenlo hablar, y cuando habló ya no paró. Una cosa es ser candidato y otra presidente, decían los empresarios: no les ha faltado razón. ¿Con quién va a gobernar? Les preguntó Teodoro Petkoff a los dirigentes del Movimiento al Socialismo cuando votaban para declarar el respaldo del partido al candidato en 1998: Con nosotros, respondieron. Y el MAS fue el primer aliado en ser expulsado del Gobierno. Nos va a necesitar, repetían los banqueros. Y claro, para empapelar a la banca de bonos de la deuda, para aprender cómo se diseñan operaciones financieras, para colocarlos como chivos expiatorios, para ser los blancos preferidos

de ataque. Para ayudar a esconder la plata de algunos de los altos funcionarios enriquecidos con los dineros de la corrupción y las operaciones de deuda. Pasará como todos los presidentes, decían. Será manejable. Es un novato. Y a la vuelta de la esquina ya se ha desprendido de aliados empresariales como Luis Vallenilla, Henry Lord Boulton, Gustavo Cisneros y Tobías Carrero, entre otros. Cisneros, en 2001, hace un gesto más al llevarle Julio Iglesias al presidente chino, Jian Zeming, de visita en Caracas, con quien cantó, en trío con Chávez. Se autoengañaron porque el Chávez candidato no les ha ocultado nada. Carlos Andrés Pérez lo venía advirtiéndolo. Querían matarme. Querían asesinar a mi esposa. Los militares alzados forman parte de una logia. Nadie lo escuchó. Por su parte, Chávez ya ha visitado Cuba. Fidel Castro lo recibe con honores. En el primer discurso que ofrece en La Habana avizora volver en posición de mando o de gobierno. Ese Chávez candidato ya ha sostenido sesiones de grabación con el profesor Agustín Blanco Muñoz, de donde sale el libro Habla el comandante, en cuyas páginas no oculta nada, se desnuda como revolucionario, y apunta hacia dónde se dirige el proyecto que encarna. Buena parte de los periodistas que lo ha conocido y han intimado con en él en 1992, (autoengañados), lo siguen, lo respaldan en los medios, lo entrevistan, le dan cobertura durante la campaña. Después, Chávez también se desprende de ellos, mutados a críticos ante el líder y el programa que tienen al frente.

No le debe nada a nadie. Eso parece decirles desde la toma del poder. Pues asciende y de una vez comienzan los ataques a los medios, a la Iglesia católica, a los empresarios. Algunos curas llevan el diablo en la sotana, afirma. En La fiesta del Chivo se sentencia que «solo cuando los ensotados se asusten dejarán de conspirar». Es Perón quien le advierte a Trujillo, según se lee en la novela: «Cuídese de los curas, Generalísimo. No fue la rosca oligárquica ni los militares quienes me tumbaron; fueron las sotanas. Pacte o acabe con ellas de una vez». Chávez se acerca a las sectas evangélicas. Y el país descubre en el número de militares que le siguen, que integran el nuevo gobierno o que permanecen en la Fuerza Armada, a fanáticos evangélicos quienes han incubado resentimientos contra los católicos y otros credos. Forman grupo aparte. Los llaman los bolievangélicos, síntesis del evangélico bolivariano, con gran poder, consecuentes entre ellos, desde los días que purgaron prisión. La verdad, en el chavismo se revela un mosaico de creencias, desde la santería y Santa Bárbara Changó hasta lo más radical del mito de María Lionza o algo más ligero como Saibaba y el budismo. Cuando los cubanos se incorporen como asesores del régimen, incorporan, también, babalaos de consejeros en la base y en la punta de la pirámide del poder.

A Vargas Llosa le ocurre algo similar en 1990. Los grupos evangélicos respaldan a Fujimori, quien ha llevado candidatos, pastores evangélicos en las listas al Parlamento. Vargas Llosa confronta un problema: es gnóstico. Pero le dicen ateo y de ateo pasa a Diablo. El Diablo en campaña es el título del libro de su hijo Álvaro Vargas Llosa en el que revela los pormenores de aquella experiencia. Para tristeza

del escritor, religión y racismo copan la segunda vuelta, y de su plan de reformas ya ni se habla.

Pese a las sectas que lo rodean, desde el primer día de gobierno, Chávez manipula, en actos públicos, la imagen del crucifijo, visita altares, invoca santos, cita el Eclesiastés, hace promesas y usa la imagen de Cristo, poniéndolo cual el primer revolucionario socialista, compartiendo altar con el Che Guevara, con Fidel Castro, con Mao, con Khadaffi, entre otros. En Perú, el Alan García de los años ochenta, también vestido de morado, participaba en la procesión del Señor de los Milagros. Chávez pinta de bonita, humanista y llena de amor la revolución que lidera y, no obstante, lo que sale por su boca son frases que destilan odio. Habla de Cristo y el perdón de los hermanos, y a los presos políticos —que los hay otra vez— se les violan sus derechos al debido proceso. Una vez sentado en el Palacio de Miraflores decreta la guerra a muerte a los partidos que han gobernado en los últimos cuarenta años. En 2011, a raíz del cáncer que sufre, grupos de evangélicos de varias tendencias organizan en el Palacio de Gobierno jornadas de oración para clamar a Dios por su salud y, allí mismo, para sorpresa de los pastores y demás religiosos — camaradas militares, entre otros— ataca, ataca sin cuartel a la oposición. Y el militar, exgobernador evangélico que lee un manifiesto, autocrítico del proceso —a lo mejor porque cree que la enfermedad es más grave— misteriosamente pasa a penar en la oscuridad.

II. La mañana en que la CIA habló

Chávez gana y debe desmontar la estructura del general Rubén Rojas Pérez, jefe del Ejército, yerno del presidente Caldera. Generales amigos le han dicho con antelación: garanticé los votos que nosotros nos encargamos de lo demás, del reconocimiento del triunfo. Chávez conoce la Fuerza Armada por dentro y está obligado a proceder como otros presidentes lo hicieron con anterioridad: cambiar el Alto Mando. Mover la mata. Rojas Pérez es personaje incómodo. Le gusta la buena vida, acostumbrado a los hilos del poder. Hasta hace poco, 2011, es que Simón Alberto Consalvi ha revelado en el libro *Contra el olvido*, de Ramón Hernández, la ocasión en que en la embajada en Washington un joven coronel le interrumpe, le increpa más bien, y le dice que el embajador, Consalvi, es «representante ilegítimo» del gobierno de Venezuela ya que Carlos Andrés Pérez es un presidente sin «legitimidad alguna». Es 1992. Chávez ha intentado derrocar a Pérez y el expresidente Caldera se ha lucido con un discurso en el Parlamento, legitimando el golpe de Estado. Ese joven oficial es Rojas Pérez, esposo de una de las hijas de Caldera. No es que Rojas Pérez apoyara a los golpistas, pero simpatizaba con las palabras de su suegro. De allí que en 1998, hay expectativas por lo que haga, ya en calidad de jefe del Ejército, en el gobierno que el suegro debía entregar. Ya se ha dicho: la tarde de los comicios, a la dirigencia adeca le corresponde moverse con celeridad para convencer al otro candidato, Henrique Salas Römer, que debe reconocer los resultados y desistir de su posición inicial de esperar el conteo, voto por voto. Desde el comando de campaña de Chávez habían adelantado un trabajo previo para evitarse complicaciones. Los banqueros y los empresarios también conectaban con la dirigencia adeca con el fin de que los anuncios de reconocimiento del triunfo se dieran paso a paso, garantizando la tranquilidad del país. El poder de AD y Copei se desmoronaba, es cierto, pero después de cuarenta años de sistema algún gato encerrado podía saltar. De modo que cuando Luis Alfaro Uceró se siente perdido en sus propias líneas adecas, no tiene más que aceptar la propuesta que llegaba desde el comando de Chávez. No renuncies a la candidatura. Renunciando le resuelves un problema a la dirigencia que te está cortando la cabeza. Si te mantienes en esa posición, al ganar Chávez serás intocable. Alfaro Uceró, como Juan Carlos Escotet, como Gustavo Cisneros, como Víctor Gill, como Arístides Maza Tirado, resumía que Salas Römer podía ser peor que Chávez. Eso explica por qué Alfaro Uceró se mantiene firme y espera que sean ellos, sus hijos, los que maten al padre, al otrora caudillo adeco. A todas estas, Alfaro Uceró no es el único que juega. En realidad, la dirigencia del partido blanco, sintiéndose perdida y llena de culpas por el fracaso, y asumiendo culpas propias y ajenas, prefería

entregarse antes de que la administración chavista iniciara la temida caza de brujas. El secretario de organización, el poderoso Lewis Pérez, ya era amigo de Tobías Carrero, José Vicente Rangel y Luis Miquilena. Pérez enfilaba contra Alfaro Uceró a sabiendas de que solo Chávez era el beneficiado en la operación jaque mate al rey. Lewis Pérez, como otros dirigentes adecos, calculaba que la mitad de los gobernadores, la mitad de las alcaldías y un tercio del parlamento, son suficientes para sostener al partido en la etapa que se avecina. De Carrero, Miquilena y Rangel había obtenido las mismas garantías que Alfaro Uceró: no habrá retaliaciones. De hecho, comenzando el gobierno de Chávez, al director de la Disip, comandante Jesús Urdaneta Hernández, se le ocurre detener al hijo de Lewis Pérez bajo el señalamiento de haber dicho que había que matar a Chávez, y Miquilena, Rangel y Carrero salen en defensa de su amigo, desautorizan a Urdaneta y desde ese momento, Urdaneta, respaldado entre otros por Francisco Arias Cárdenas, se va a convertir en enemigo irreductible de aquel trío del poder. Esa sería la primera herida y la primera purga en las interioridades del chavismo. Miquilena, en su calidad de ministro de Interior, le reclama a Urdaneta haber actuado de manera autónoma, sin autorización de su superior inmediato, o sea, Miquilena. Pactada la entrega del poder, había el compromiso de parte de Chávez de que no habrá violencia en el país, y había el compromiso de parte de Miquilena, Carrero y Rangel, de que no habría caza de brujas contra la dirigencia adeco-copeyana.

Sin embargo, queda el factor militar. El único con capacidad de enredar el escenario es el general Rubén Rojas Pérez, enemigo de Hugo Chávez, aludido por este en previa declaración de que en el Ejército se fabrican liderazgos artificiales, refiriéndose a los ascensos aprobados por su suegro, el presidente. Sobre Rojas Pérez pesaba la matriz de opinión de ser un militar enriquecido bajo el paraguas de la familia presidencial. Lo más seguro es que la estructura de Rojas Pérez comienza a prepararse desde el momento en que Chávez anuncia que quiere la transmisión de mando el mismo día de las elecciones. ¿Y la Constitución?, le dijeron. ¿Y Caldera?, ¿qué va a pasar con él? Hubo que convencerlo de que el poder tiene sus formalismos. Que después se encargara él de cambiar la Constitución e inventara otro mecanismo de transmisión de mando. Ante esta señal, Rojas Pérez se prepara. Se mueven fichas en el Ejército. Porque lo importante es que la realidad no lo coja desprevenido, o en todo caso, contar con alguna carta de negociación. Sin embargo, la sangre no llega al río. Las alertas se desmontan, por lo que hacen los adecos, y porque desde una oficina instalada en el edificio Galerías Bolívar de Sabana Grande, la CIA despacha al mediodía del 6 de diciembre de 1998 el parte confirmatorio del Chávez ganador. La Central maneja la información, la misma de las encuestas a boca de urna que manejan en el Grupo Cisneros, en el Grupo Polar, en la Banca. Más tarde, la CIA reafirma el triunfo y recomienda aceptarlo. Esa noche, previa conversación con Tobías Carrero, Omar Camero, José Vicente Rangel y Luis Miquilena, el presidente electo ofrece al país un discurso conciliador. Entonces, los capitales respiraron tranquilos.

Lo que pasa es que de inmediato Chávez se desborda. Teodoro Petkoff lo ha descrito como la encarnación de Dantón y Robespierre: las dos personalidades en un solo hombre. Es así como asistía en Maracaibo a la Asamblea de Fedecámaras y se entendía con el presidente saliente, Francisco Natera. Este había sido atento con Chávez durante la campaña, en respuesta a las propias atenciones de Chávez hacia Natera. Caso contrario, Salas Römer no atendía a Natera, prefiriendo los lazos empresariales con la Cámara Venezolana Americana, más representativa, según Salas Römer, del gran capital. Luego Chávez nombra a Natera ministro. En Maracaibo, se aprecia, además, la buena disposición del mandatario hacia el nuevo presidente de Fedecámaras, Vicente Brito, con quien logra entenderse a las primeras de cambio. Luego es que viene la confrontación, una vez se desaten las invasiones de tierras y los demás demonios. Sí, el Robespierre ataca a la Corte Suprema de Justicia, reincorpora a la Fuerza Armada a los militares involucrados en las intentonas golpistas de 1992, lanza la Constituyente, defiende la presencia de Norberto Ceresole, su asesor personal, que divide a la dirigencia del gobierno; Chávez descubre sus simpatías hacia la guerrilla colombiana, se acerca más a Cuba y a Fidel Castro, saca los militares a la calle bajo la figura del Plan Bolívar 2000, y da rienda suelta a los Círculos Bolivarianos para que acosen medios de comunicación y ataquen un acto público de Salas Römer en la plaza Bolívar de Caracas. En el contexto de Robespierre, parece más que evidente: Chávez quiere todo el poder. Y en marzo de 1999, es decir, a apenas un mes de la toma de posesión, algunos empresarios ya habían sido «tocados» por militares que proponen el golpe. Sin embargo, los empresarios optan por esperar. Toda aventura comenzando un gobierno está condenada al fracaso, dicen. Chávez goza de su luna de miel. El contacto establecido es para explorar de qué lado se ubica cada personaje. En todo caso, las decisiones del Gobierno y el estilo de Chávez marcan la pauta, aunque por los momentos, es abril de 1999, casi todos los empresarios, casi todos los banqueros afirman haber ayudado a Chávez. Por esos días, un periodista hacía observaciones privadas al discurso de Chávez ante el CNE, y un banquero replica:

—Hay que darle el beneficio de la duda al hombre. Creo que todo lo está haciendo de buena fe.

Termina el banquero con la acotación, y el periodista le recuerda que él siempre había negado estar con Chávez. El banquero esboza una discreta sonrisa, confirmatoria de que es mejor estar cerca y no lejos del presidente, y es mejor recordar qué tipo de ayuda se había aportado a la campaña, porque, por ejemplo, *El Nacional* ya cobraba, pues la esposa de Miguel Henrique Otero, Carmen Ramia, era directora de la OCI, y Alfredo Peña, exdirector de *El Nacional*, ministro de la Secretaría de la Presidencia. Unos piensan en cobrar y otros sencillamente se resignan. No obstante, lo que calculan aquellos no es necesariamente lo que Chávez ya maquina: optar por lo que hizo Bolívar, quien no le dio garantías ni siquiera a los mantuanos que tomaron parte en la guerra de independencia. A decir verdad, a los

empresarios no les importa que Chávez aplaste a AD y Copei, que gane la Constituyente y cambie el sistema. Esos empresarios piensan en un factor: la estabilidad. Lo mismo pensaron con Caldera en 1993, de quien recordaban su histórica frase al llegar, en 1969, a la presidencia por primera vez: en mis manos no se perderá la República. Esos empresarios piensan entonces que Chávez es la estabilidad y que AD y Copei ya no ofrecen garantías de tranquilidad política, social y económica. O se lo dicen o Chávez lo intuye porque más de una vez lo afirma en público: que de no haber llegado a la presidencia, el país estaría ardiendo por los cuatro costados y que se acordaran del Caracazo. E inclusive, hay empresarios que, convencidos de la estabilidad que representa Chávez, apuestan en esos momentos a que el chavismo se alce con el monopolio de la Asamblea Constituyente, a objeto de evitar interferencias en el diseño de la Constitución, en la elaboración del nuevo cuadro institucional, y en la formulación de políticas. No faltan aquellos que intentan armar con los partidos algún tipo de acuerdo para que la oposición alcance representación en la Asamblea Constituyente. Sin embargo, al verlos divididos, más divididos que nunca, voltean la vista y miran otra vez hacia el chavismo, hacia el Polo Patriótico, y hacia allá orientan los recursos, ahora con más razón que en 1998. Se asoman los contados casos de banqueros críticos con AD y Copei que como Edgar Dao —este se había lanzado sin éxito al Congreso en las elecciones de 1993—, proponen soluciones al Gobierno, preocupados por el clima de crispación, azuzado por el discurso presidencial, y frente a eso, argumenta Dao, la gestión gubernamental luce errática, sobre todo en lo económico. Dao expone, julio de 1999, que ya no es constituyente vs. Reactivación, sino constituyente y reactivación y que ya no es macroeconomía vs. microeconomía sino macroeconomía y microeconomía.

—El reto es realizar de manera simultánea los procesos constituyente y de reactivación. Ninguno es postergable —decía el banquero, a la sazón presidente del Banco del Caribe.

Sin embargo, la soberbia es un mal instalado en el Gobierno. Chávez reta a todo el que se le pone enfrente, no parece un presidente sino un guapetón de barrio, el candidato que levantaba y golpeaba el puño en los actos públicos, gesto que estuvo bien en los mítines de la campaña, pero extemporáneo, dado el reto que como mandatario se le encima. Miquilena, contagiado, sube el tono, insulta la sociedad civil, y se muestra muy sensible a las críticas. El coronel Luis Alfonso Dávila, presidente del Congreso, cree que el Parlamento es un cuartel e intenta imponer la Ley Habilitante con este solo argumento: «Es que el presidente así la quiere».

—Es más fácil destruir que crear empleo —dice, por su lado, Dao—. Reactivar requiere formulación de políticas, creación de reglas de juego estables, comunicar para crear expectativas positivas, estimular la acción de los agentes.

Pero el ministro de Cordiplan, el designado jefe de la economía, Jorge Giordani, duerme, parece dormir y su discurso no articula línea en política económica. El tema económico no figura en la prioridad presidencial. Chavez está empeñado en destruir a

AD y Copei, empeñado en borrar el viejo poder. Entonces en Chávez se ha consolidado la idea de que los empresarios son parte del problema, pues han sido partícipes de la conchupancia del poder, del goce del poder, de la corrupción. Llegará el momento, cuando Pedro Carmona Estanga salga electo presidente de Fedecámaras en 2001, en que se atreverá inclusive a decirles a los empresarios que no se metan en política. Entretanto, su objetivo inmediato son los medios. Si ya tiene el poder político en las manos, si ya domina el estamento militar, si está ganando la Constituyente, si va a imponer la Constitución, si va a cambiar al Estado, si los partidos pasan su peor momento, así diga José Vicente Rangel que siempre habrá oportunidad para la recuperación de los partidos, entonces es el momento de enfrentar la «oligarquía de los medios». Los propietarios de periódicos, televisoras y emisoras de radio, temen que después de la disolución del Congreso, los siguientes en el ataque son ellos. Chávez deja de atender a los periodistas. Los ataca. Les dice lacayos de los editores, asalariados de Andrés Mata, de Cisneros, de Granier, de Miguel Henrique Otero, de Nelson Mezerhane, y los reta —siempre retador— a debatir sobre ética. En la calle, los círculos bolivarianos se toman en serio las amenazas presidenciales, y cercan, atacan, evitan el trabajo de los reporteros. Ejercer el periodismo se convertía en un oficio de alto riesgo en el país. Como ser empresario significa estar en la mira, más si el empresario se acerca mucho, si se deja ver. Porque si Chávez una mañana cualquiera abría el periódico y veía publicadas las fotos de su reunión con los banqueros y los empresarios en un hotel de Caracas, el Four Seasons, el Meliá, el Hilton, agarraba tremenda rabieta, y seguro que ese día, convertido en Robespierre, atacaba a los empresarios, y estos, confundidos, recuerdan que el día anterior había sido Danton, prometiéndoles condiciones, reglas de juego, ambiente propicio y garantía para las inversiones, la propiedad privada y el dinero. Por ejemplo, en el coctel de inauguración de las operaciones de Global Crossing, celebrado en junio de 2001, Chávez habla poco, media hora, pero permanece dos horas y media en el evento, dedicándole tiempo a cada empresario, tanto que tarda casi una hora en abandonar el salón. Al final, los empresarios expresan esta impresión sobre el discurso:

—Habló como un estadista.

En verdad, aquella había sido una «noche muy linda» para Chávez, tal como reza el tema musical del Miss Venezuela. El problema serían las fotos del día siguiente, la rabieta de verse rodeado de tanto «cochino» dinero. Por ello, ante el discurso duro de Chávez, muchos empresarios, para continuar con sus planes de inversiones, optan por taparse los oídos y hacer propia aquella máxima del presidente de Brasil, Fernando Henrique Cardoso: no oigas lo que dice Chávez sino lo que hace. Pero es que también hace lo que dice. Y viene actuando en consecuencia con su discurso. En cualquier caso, los empresarios colombianos que visitan el país exclaman: hay que vender, y para vender, hay que taparse los oídos y no escuchar el discurso simpatizante con la guerrilla ni los desplantes e insultos hacia la llamada oligarquía colombiana. Y los

empresarios agremiados en Venamcham, la Cámara Venezolana Americana, cogen línea de los colombianos y apuntan que hay que seguir invirtiendo, hay que seguir creyendo que hay futuro, y toda la discusión política hay que analizarla en su contexto. Y a su paso por Caracas, Pedro Luis Uriarte, el jefe del BBVA, concentra sus declaraciones en hablar de riesgo, de percepción de riesgo país, rematando que el BBVA «es un inversionista permanente en Venezuela». Y el jefe del Grupo Santander en el país, el presidente del Banco de Venezuela, Michel Goguikian, habla de la tarea pendiente del Gobierno para reactivar la economía, pero como creía en las buenas intenciones, el Santander lo demostraba con hechos, comprando el Banco Caracas por 300 millones de dólares. Y los chilenos de CorpBanca compran el Banco del Orinoco. Y ante la actitud de los extranjeros ¿qué dicen los capitalistas venezolanos? El que quiera hacer política de oposición que la haga, sin olvidar que la empresa debe continuar. Hay en estas palabras la resignación clara de que Chávez va a durar, que el proceso sería de largo plazo y que no habría forma de cambiarle ni el estilo ni el verbo, y menos las ideas, sus convicciones.

III. *El guerrillero perdido*

Chávez ha contado que lo justiciero aparece en él cuando descubre que su bisabuelo no es el asesino que sus familiares —en especial su abuela materna— le describieron toda la vida. Al leer el libro de José León Tapia, Maisanta, el último hombre a caballo, la impresión del antepasado asesino queda borrada de sus recuerdos. Tapia recrea allí un personaje de leyenda que entre vagas ideas de libertad, de inclinaciones a la aventura, de culto al valor y a la amistad, enamorado de la guerra propia y de otros, y con un concepto muy suyo de lo que debe ser la justicia y la lealtad, dan forma al clásico guerrillero, enfrentado a la dictadura de Juan Vicente Gómez. En el momento de la lectura, ha explicado, le nace la idea de reivindicar al bisabuelo. Primero, completando la historia escrita por Tapia. De hecho, Chávez sigue la ruta del viejo guerrillero antigomecista. Viaja a Guasdualito, donde Pedro Pérez Delgado, más conocido como Maisanta, libró la última batalla. Chávez indaga en la memoria de los habitantes de más edad. Recurre a los archivos de la nación. Busca mapas. Nuevos testimonios. Cruza la frontera, va a Arauca, Colombia, vestido de militar, armado. Toma fotos. La osadía le sale cara con tres días de arresto. Al guardia que lo custodia le narra su aventura y la empatía es instantánea. Ambos comprenden que son soldados de una misma causa. Y segundo, está convencido de seguir los pasos y el ejemplo del bisabuelo guerrero. Ya no solo en calidad de soldado, sino, ahora, como hombre de poder, posición desde la cual cree posible acabar con las frustraciones de la gente y escuchar «el clamor de un pueblo» e, inclusive, el «gemido de las piedras».

Luego viene esto: en 1974, durante la celebración de los 150 años de la batalla de Ayacucho, el todavía estudiante Chávez y otros nueve cadetes más —entre ellos el fallecido comandante del 4-F, Jesús Ortiz Contreras— conocen a Juan Velasco Alvarado y ven de cerca el proyecto peruano. En ese viaje a Lima también tienen la oportunidad de relacionarse con oficiales panameños militantes del proyecto torrijista. Hasta el día de su detención el 4-F, Chávez conserva, entre los libros de cabecera, uno que le regalaron en aquel viaje a Perú: Revolución nacional peruana. El contacto con el proyecto de Velasco Alvarado, dicho en sus propias palabras, deviene «una revelación». Proyecto que fracasó, apunta, por «falta de claridad estratégica». De ahí en adelante procede el estudio en profundidad de los casos peruano y panameño, experiencias que, opina, se ablandaron hasta en sus propuestas revolucionarias. Chávez le declara a Agustín Blanco Muñoz en Habla el comandante que «si uno se pone a analizar el discurso de Juan Velasco del 68, parecía Fidel Castro, pero ya en los años finales era el reformismo en pasta, como

dicen, hasta en el discurso, y más en los hechos. Una de las conclusiones era esa, la falta de un proyecto popular. Tomamos conciencia de eso».

Si Velasco Alvarado imitaba a Castro, Chávez también hace lo propio. En sus largos discursos. Cuando viste el uniforme militar en un acto presidencial. En la invocación a los próceres de la patria. En las citas de textos marxistas. En el discurso antimperialista. Qué duda cabe. Los médicos cubanos. Los negocios con Cuba. Los convenios. Fidel es el padre. Fidel es la referencia. Cuba es el mar de la felicidad. Cuba y Venezuela, una misma patria. En el libro de Blanco Muñoz está el adelanto que pocos consideraron serio. ¿En un rápido vistazo qué apunta? Que Velasco Alvarado pasó de revolucionario a reformista. De modo que él hará lo contrario. De hecho, ha sido así. Llega al poder cabalgando en una gran alianza reformista y dos años más tarde no esconde la prisa de llevar Venezuela hacia la revolución socialista. Cae en abril de 2002. Regresa al poder. Y no retrocede. Por el contrario, avanza, no sin algunas reculadas estratégicas. Los desaciertos del caso peruano devienen en «toma de conciencia» para no repetir fallas como la «falta de claridad estratégica» y la carencia de «un proyecto popular». Allá los que no quisieron ver. Los que no quisieron escuchar el discurso de campaña. Allá los que ni siquiera intentaron entender la advertencia —medio en serio, medio en broma— de uno de sus mentores electorales y políticos —después clave en el Gobierno y en la administración del poder—: José Vicente Rangel. Este decía: Chávez es un radical. Yo que soy socialista, excandidato de la izquierda, me va a tocar jugar un papel más de derecha para compensar la situación.

De ese tiempo, un año de después de la visita a Lima y a Velasco Alvarado, es la carta de Vargas Llosa al dictador en protesta por el cierre de la revista Caretas. «Mucho me temo que usted no haya advertido el daño que le haya causado a la revolución la intolerancia para con la crítica». Y por esos días cae Velasco Alvarado. Entonces cabe, anillo al dedo, esta reflexión para un Chávez que se comporta de manera similar desde el primer día de mandato. Clama por la crítica y es lo menos que acepta. Lección que no aprende ni siquiera en abril de 2002, cuando Caracas se levanta y marcha para forzar su salida del poder. Retomado el gobierno, se autocritica y en apariencia muestra haber cambiado. Luego retoma el estilo asfixiante, demagógico y de desinformación, palabras que aplica Vargas Llosa a Velasco Alvarado en escrito de julio de 1976, a un año de que el general Francisco Morales Bermúdez haya depuesto a aquel. ¿Qué vio Chávez en el Perú de 1974 que le causó tanto impacto? Lo mismo que ha reproducido la revolución chavista: «El sector estatizado —señala Vargas Llosa en ese mismo texto de 1976—, ahora gigantesco, es largamente deficitario, por la corrupción, incompetencia e inflación burocrática, el sector privado no progresa por la inseguridad en que viven los empresarios desde los tiempos de Velasco y el sector llamado de propiedad social —empresas formadas por trabajadores y financiadas por el Estado— no solo no despega sino que es otro hervidero de burócratas que merma el erario nacional».

Más abajo pregunta y responde: «¿Qué queda de la llamada revolución peruana, de esa democracia social de participación plena que, según la propaganda, nos iba a librar del imperialismo, del subdesarrollo, de la mentira de la “democracia formal” y que iba a instalar un auténtico socialismo libertario? Nada, sino un ruido de sables».

No es casual entonces que el mismo asesor de Velasco Alvarado figure entre los primeros de Chávez: Norberto Ceresole. Un argentino convencido de que el holocausto judío no existió, o al menos no en las dimensiones como la propaganda de la posguerra lo ha hecho creer. Un hombre profundamente antisemita y en contraposición, embajador ad honorem del régimen fundamentalista iraní en el Cono Sur. (¿De allí la alianza de Chávez con el régimen de Irán?) Un hombre que intentó tomar el poder en 1990 formando parte del movimiento de los Carapintadas. (Chávez se acerca también a este movimiento y juega al lado de los movimientos de izquierda argentinos). Un teórico de la necesaria alianza de un proyecto cívico-militar para la toma del poder. (Chávez repite lo de la alianza cívico militar. La realidad dice que es más militar-cívico). Ceresole propone que la alianza sostenga un plan «dotado de un proyecto revolucionario». (Y Chávez no se cansa de hablar de revolución. Repite que construye la sociedad socialista. El socialismo del siglo XXI). Un ideólogo de la concentración del poder en el líder elegido y de la administración de una nueva república en órganos colegiados como la Constituyente. Y Chávez impulsó su Constituyente. Secuestró los poderes. Se ha hecho reelegir. Evolucionó hacia la figura de comandante-presidente. Y cuando el jerarca militar, el dirigente del partido, el militante chavista, el burócrata, el diputado, el gobernador, el alcalde y el ministro se dirigen a él llamándolo comandante-presidente, ¿a qué suena? La respuesta se halla en La fiesta del Chivo: El jefe, el benefactor, el padre de la Patria Nueva, Su Excelencia, el Generalísimo. Ceresole es un asesor que propone que el poder no debe ser fragmentado. Como buen alumno, Chávez acumula el poder para sí, para su gente, para su cuerpo militar, para sus hermanos revolucionarios. Hasta la clase obrera, los trabajadores, el movimiento sindical, los empleados públicos, reducidos a comparsa del poder único. En la campaña de 1990, Vargas Llosa le advertía a la dirigencia de la Central General de Trabajadores del Perú, CGTP, que los «sindicatos eran indispensables en una democracia y que solo en ella funcionaban como auténticos defensores de los obreros, pues en los países totalitarios no eran más que burocracias políticas y correas de transmisión de las consignas del poder». ¿Se parece a lo de Chávez?

IV. El empresario toma la palabra

«Cuídate de los hombres chiquitos, gorditos y calvitos», dijo el periodista norteamericano John Sweeney cuando vio aparecer al empresario cubano-venezolano Orlando Castro, lanzando una Opa en 1990 contra el Banco de Venezuela y con ella, retando el poder de toda la burguesía tradicional caraqueña. Castro se convirtió en el ariete que golpeó las compuertas y por el boquete abierto se colaron los apellidos emergentes, los Escotet, los Juan Domingo Cordero, los David Brillembourg, los Carlos Acosta, los Nogueroles, los Gill, los Moris Beracha.

Pedro Carmona Estanga no es gordito pero sí chiquito, bajito y de hablar suavecito. Para sorpresa, este hombre minúsculo, que parecía no pisar flores, va a convertirse en la única persona en derrotar al Hugo Chávez del poder, e inclusive desalojarlo del poder. Nació en Barquisimeto, capital del estado Lara, en 1941, y su apellido conecta con los Carmona de Carora, el terruño —dicen— más godo, oligarca, del occidente del país. Su abuelo es fundador de *El Impulso*, diario con más de un siglo en circulación. Estudió economía en Caracas y recién graduado pasó a formar parte de la misión venezolana ante la Comunidad Europea, en Bruselas. No era solamente un cargo. Era un mundo. Era conocer Europa. Aprender idiomas, el inglés, el francés. Familiarizarse con las artes de la negociación. Y conocer personalidades. En 1964 Rómulo Betancourt entrega la presidencia y fija residencia en Berna, Suiza, y allí lo conoce el joven Carmona Estanga, allí se percata de la personalidad del fundador de Acción Democrática, el partido que abrió las compuertas a la democracia en Venezuela. Tres años se quedará Carmona Estanga en Europa, pues en 1967 es transferido a la Alalc, después Aladi, en Montevideo. Más diplomacia. Más negociaciones. Y otro mundo que conocer en el sur del continente. Fue tiempo de aprendizaje y, en 1968, cumplidos los 27 años de edad, recién casado y de nuevo en Caracas, es designado jefe del Departamento de Negociaciones de la Cancillería. Es en este despacho donde debe enfrentar el próximo reto de integrar el equipo de negociadores para el ingreso de Venezuela en el Pacto Andino. Como se sabe, en 1969 el Acuerdo de Cartagena fue suscrito por Chile, Colombia, Perú, Bolivia y Ecuador, sin la inclusión de Venezuela, pero eso contribuyó para que el joven Carmona Estanga se luciera como experto en materia de integración, negociaciones y destaque su habilidad en el manejo de los argumentos. En 1972 las conversaciones tomaron el giro formal y en febrero de 1973 Venezuela era miembro del Acuerdo. Ahora bien, ha transcurrido poco menos de una década y Carmona Estanga se ha codeado en Europa con destacados líderes de la democracia: Octavio Lepage, Manuel Rafael Rivero y Rómulo Betancourt, entre otros. Ha conocido en

Montevideo a Braulio Jattar Doti. Ha sido subalterno en Caracas de Héctor Hurtado y Arístides Calvani. Se va a relacionar con Leopoldo Díaz Bruzual, más tarde presidente del Banco Central. Y conoce al empresario Julio Sosa Rodríguez, designado por Rafael Caldera como embajador plenipotenciario para las negociaciones con el Pacto Andino. Sosa Rodríguez venía de ocupar la embajada de Venezuela en Washington y despuntaba como figura del empresariado. Sosa Rodríguez es el fundador de Venoco y del Grupo Orinoco —Banco Orinoco, Seguros Orinoco. Sosa Rodríguez será el ministro de Hacienda de Caldera, en su segundo gobierno y hasta su muerte, en 1999, se le consideró un empresario de jerarquía, de peso, formación y poder. Con todos esos personajes, claves en la constitución del nuevo Estado en los gobiernos de Betancourt, Raúl Leoni, Rafael Caldera, Carlos Andrés Pérez y Luis Herrera Campins, es con quienes Carmona Estanga establece nexos y aprende. Ya se le verá en el Sela. En la administración de Herrera Campins será el embajador ante el Pacto Andino y en Lima verá de cerca el final del gobierno del general Morales Bermúdez, toda la presidencia de Fernando Belaúnde Terry y el inicio de la administración de Alan García, pues en 1985 regresa a Caracas y se incorpora a Venoco.

Este historial comprueba que Carmona Estanga no era un improvisado y al llegar Chávez al poder, ya había sumado, en 1995, la presidencia del Consejo Venezolano de la Industria, Conindustria, el gremio empresarial de mayor peso directo en el país. Comisionado en el segundo gobierno de Pérez para asuntos de integración, y miembro del directorio de Fedecámaras, bajo la presidencia de Francisco Natera, entre 1997 y 1999. Y es en el primer año de Chávez en el poder que opta a la primera vicepresidencia de Fedecámaras mientras Vicente Brito ocupa la presidencia. Ese 1999 no hace más que recordarle sus días en Lima. La dictadura. El regreso a la democracia y la nefasta primera gestión de Alan García. Se conjugan los elementos en aquellos primeros meses de la presidencia chavista. Se pone en marcha ¿una revolución? Se convoca la Constituyente para terminar de desmontar el poder institucional de las cuatro últimas décadas. Y el gobierno de Chávez llega al extremo de colocar sus fichas en la dirección empresarial, pues hartado conocido es que Alberto Cudemus, segundo vicepresidente, operaba como su representante. En 2001, al terminar Brito su período, Cudemus enfrenta a Carmona Estanga y este lo derrota con el 81% de los votos, y desde entonces Cudemus, productor porcino, líder de ese sector empresarial, pasará a formar parte de los empresarios comparsa del régimen de Hugo Chávez.

No va a ser fácil, se decía y repetía Carmona Estanga a quienes lo acompañaban en su cruzada por rescatar el espacio perdido de Fedecámaras. Tiempo atrás, el organismo patronal había contado con figuras de relieve al nivel de la dirigencia política. Es decir, al lado de un Rómulo Betancourt y un Rafael Caldera, había un Eugenio Mendoza, un Diego Cisneros, un Andrés Velutini, un Salvador Salvatierra, un Ángel Cervini. O al lado de un Carlos Andrés Pérez había un Ernesto Vogeler

Rincones, un Pedro Tinoco, un Concepción Quijada, un Enrique Paúl Delfino. Al paso de los años, al tiempo que el liderazgo partidista, la representación empresarial perdía peso, y aparecían los Ciro Áñez Fonseca, los Carlos Sequera Yépez, los Francisco Natera, los Vicente Brito, más fachada que capitanes de empresa, más solución electoral que expresión genuina del capital. Pedro Carmona Estanga estaba condenado a representar más de eso mismo, porque de hecho, su papel es el del gremialista, empleado de Sosa Rodríguez. Sin embargo, los tiempos lo ubican en la encrucijada.

En 2001, luego de dos años de confrontaciones por la aprobación de la nueva Constitución, por el talante autoritario del presidente, por la imposición de leyes, por la intervención estatista que echaba por tierra lo avanzado en materia de descentralización y apertura económica, los empresarios se encuentran en el dilema de tender puentes hacia Miraflores. Vicente Brito, al estilo de los caudillos orientales, había resultado un líder demasiado pugnaz en un momento pugnaz, ante un presidente llanero pugnaz. Ante la realidad de un Estado todopoderoso, Fedecámaras había optado siempre por el diálogo. ¿Por qué no hacerlo ahora? Carmona Estanga aparece como el hombre del y para el diálogo, y ganaría la presidencia bajo el compromiso de recomponer las relaciones con el Ejecutivo. Es febrero de 2001 y este es el clima político para el momento: hay rumores de golpe, gana espacio el discurso de la oposición, el Gobierno cambia ministros pero ha perdido en ofensiva, los medios profundizan en presentar la situación económica y asoman los hechos de corrupción, los ministros de la economía se contradicen, los aliados del presidente comienzan a enfrentarse a él, y hasta el alcalde Alfredo Peña —electo en las filas de Chávez y su primer ministro de la Secretaría de la Presidencia— arremete en críticas. Caracas está tomada por las protestas, se habla de un clima de guerra civil, al Gobierno se le va de las manos el problema de la inseguridad personal, la situación en la frontera es de mayor inestabilidad, recrudece la lucha interna en el MVR, el partido de gobierno, y no arranca la cacareada sobremarcha económica. Al tiempo, en una oficina cercana a plaza Venezuela, dos banqueros, un editor, un industrial, el jefe de una empresa de telecomunicaciones y dos empresarios de radio y televisión, se sientan a discutir la situación del país. Hablan largo. Hablan del discurso presidencial en el marco del aniversario del golpe 4-F de 1992, de los rumores de golpe, el escenario de confrontación y la evolución económica. No hay consenso en las conclusiones del encuentro. Algunos proponen la ruptura total. Otros prefieren el diálogo. Eso sí, todos coinciden en que bajo aquel clima resulta imposible emprender grandes iniciativas. Sin embargo, por esa fecha, los banqueros Escotet y Salvatierra, unen Caja Familia y el Banco Unión e inscriben en la Bolsa el nuevo título: Unibanca, y la Bolsa de Caracas, sube, sube para fortuna de algunos.

¿Y cómo es el ambiente electoral en Fedecámaras? La estrategia de Cudemus está montada en el discurso de connivencia con el gobierno. «Hugo es mi amigo», repite Cudemus. Y en esa frase está el soporte del productor porcino, en la supuesta relación

sostenida con el presidente que abriría las puertas de la administración, acceso que a su vez garantizaría el entendimiento con el resto del gremio. Cudemus no observa nada malo en su pregón, toda vez que la reciente historia demuestra que Francisco Natera ha alcanzado la presidencia empresarial con el respaldo claro del presidente Rafael Caldera y del secretario general de Acción Democrática, Luis Alfaro Ucero — ambos ahora fuera del poder. Cudemus cabalga sobre un apoyo similar, gratitud de Hugo Chávez quien recordaba que Cudemus, más el expresidente Natera y Guillermo Velutini, tesorero de Fedecámaras, habían sido voceros y promotores de la llamada Constituyente Económica, expresión empresarial de la Constituyente impulsada por Hugo Chávez. A Natera, Cudemus y Velutini les había sido confiada la relación con los empresarios para ganar apoyo para la Constituyente que, como se sabe, terminó de abrir las heridas entre Chávez y los capitales, y más cuando estos llamaron a votar No en el referendo por la nueva Constitución. También Natera, Cudemus y Velutini eran activistas de la idea de los parques industriales, lanzada por Chávez, la cual se quedó en idea, porque en más de una década de administración chavista han sido más las empresas que murieron que las que nacieron. Además, Cudemus y Natera pregonan la imparcialidad política de Fedecámaras, lo cual es una insinuación directa a Carmona Estanga, cuyo discurso no esconde reclamos y juicios políticos a las políticas del gobierno y de Hugo Chávez. Cudemus pierde las elecciones. Dos elementos resultan decisivos a la hora de votar por Carmona Estanga: primero, en la presidencia de Brito, Cudemus hacía lo posible por torpedear la gestión del presidente y hasta le molestaba sentarse al lado de Carmona Estanga. Segundo, va a los saraos de Miraflores, pero lo hace más a título personal que en representación del gremio.

—Yo soy amigo de Hugo y me siento en libertad de aceptar una invitación de él —respondía el productor porcino.

En la campaña, Carmona Estanga no deja de ser directo aunque no por eso menos conciliador. Lo respaldan los expresidentes de la institución y los jefes de las mayores empresas del país. En el lanzamiento de su candidatura en el Salón Plaza Real del Hotel Eurobuilding ante más de cien personas que cancelaron un millón de bolívares por el derecho de asistencia a la cena, dice que espera dirigir Fedecámaras para impulsar el diálogo con el Gobierno, para lograr la conciliación interna del gremio empresarial y para apalancar las inversiones privadas motivando el impulso y la participación conjunta con el Gobierno. A la voz suave del negociador no le fallaba la fuerza al momento de expresar:

—El Gobierno no puede estar en la acera de enfrente para atraer inversiones.

Y enseguida enumera los problemas que apremian a los empresarios. Inseguridad nacional. Impunidad en el campo. Urgencia de una ley antisequestro. La Ley de Tierras debe ser producto de un debate y no de decisiones inconsultas. Por otra parte, en lo que pareció una especie de manifiesto, convoca al gremio a superar las adversidades, «desligándose en cuanto sea posible del tutelaje del Estado». No es el momento del repliegue ni de la pasividad, dice. Agrega que «el papel del empresario

sea alentado y no se le trate de colocar en contraposición a los intereses del país y del pueblo. El sector privado no desea dádivas sino reglas de juego, menos conflictividad y manejo prudente de las relaciones internacionales que tanto influyen sobre la confianza y la imagen del país». Hoy como ayer, las expresiones de Carmona siguen vigentes. Aquella noche concluye su discurso llamando a la unidad gremial. Y, ante lo que era habitual, el discurso presidencial del insulto y la descalificación, o el mensaje divisionista o lesivo al empresario, apunta que «antepongo uno de altura, decencia y unidad». Estaba siendo claro y preclaro. El discurso de altura, decente y unitario, convocaría a buena parte de los venezolanos, más allá de las fábricas, los bancos y los comercios. Con ese discurso, Carmona Estanga ganaría las elecciones de Fedecámaras; con ese discurso conquistaría a la clase media, a militantes de partidos, a sindicalistas, llamaría la atención del mundo militar, y derrotaría a Hugo Chávez.

¿Y quién dijo que era fácil? Carlos Sequera Yépez reaparecería en septiembre de 2001 en el primer Consejo Nacional, celebrado con motivo de la toma de posesión de Carmona Estanga. El expresidente del organismo ya no apoyaba ni a Chávez ni a su gobierno y de allí la importancia de las palabras que dirigiría al gremio. No era ni la sombra del empresario que había buscado finanzas para Chávez y lo había acompañado en sus primeros viajes al exterior. Por esa fecha, Sequera Yépez ya fundaba temores por la pérdida del Central El Tocuyo, sin embargo, no era solamente esa pérdida la que lo motiva a mostrarse tan activo contra el mandatario. El reclamo se extiende más allá. El empresario solicita, a gritos, «frenar el modelo económico que nos llevó al abismo y que el gobierno de Chávez ahora quiere reeditar». Se refiere al estatismo, al intervencionismo, a la discrecionalidad, a los controles, al presidencialismo y al centralismo. Exhorta a los empresarios a darle un «parao» a esa situación para evitar la nueva Ley de Tierras, evitar que se liquide el proyecto de seguridad social surgido del consenso tripartito de empresarios, trabajadores y gobierno en los tiempos de Caldera, evitar que se retroceda en materia de apertura petrolera y evitar también el retroceso en el sector eléctrico. Al término de su discurso, el empresario mira a Carmona Estanga, hace una pausa, y dice:

—No quiero estar en su pellejo porque usted es el presidente en el momento más delicado de la historia de Fedecámaras.

Resultarían premonitorias estas palabras. El escenario se caldeaba. El escenario se preparaba para un choque de trenes. Sequera Yépez mira el auditorio que vitorea, aplaude y para cerrar, deja colar la frase, deja colar la expresión que ni él mismo se imaginó iba a pronunciar alguna vez:

—En Miraflores hay un monstruo.

Esa misma tarde hay agasajo en la sede de Fedecámaras en Caracas. Chávez no asiste pese a que ha sido invitado y hasta último momento no da signos de lo contrario. Es más, Casa Militar llega a mobilizarse y por ello se cree que asista. La verdad es que son pocos los que se hacen ilusiones, en virtud de que el presidente ha dejado de atender las invitaciones protocolares del empresariado desde que el gremio

se opusiera a la aprobación de la nueva Constitución. Mas queda la sospecha de si el presidente ha suspendido la visita dado el tono de los discursos de la tarde. No vaya a eso, le habrán dicho a Chávez. Allí lo que hay son oligarcas y enemigos del Gobierno. En todo caso, al evento de toma de posesión concurren la vicepresidenta Adina Bastidas, encargada de la redacción de las polémicas leyes que desatarían a las pocas semanas la furia de los vientos, y el ministro de Cordiplan, Jorge Giordani. Adina Bastidas se encarga de ponerle el punto final a la sospecha de que el Gobierno ya no quiere nada con los empresarios. Al ingresar al recinto, la vicepresidenta le expresa al protocolo, encabezado por Carmona Estanga, que la recibe:

—El presidente les manda saludos. Y yo vine porque me tocó venir.

Lo dice en alta voz. Lo oyeron muchos. ¿Qué quiere decir? ¿Que ha ido obligada? Otro detalle adicional resulta patente. La vicepresidenta y el ministro apenas pasan de la puerta. Después del saludo de rigor, se instalan frente a la puerta, como preparados para un escape de emergencia, y de allí no se movieron. Algunos empresarios se acercan y saludan, aunque la gran mayoría prefiere mirar, comentar y seguir concentrados en su grupo o con su interlocutor. Es el tiempo en que hay una orden tácita de que los ministros no reciban empresarios en sus despachos, y si la orden como tal no existiera, tampoco se cuadran citas para no correr el riesgo de ser regañados por el presidente. Giordani se entretiene, puertas adentro en su despacho, escribiendo a mano en cerros de papeles, y las comisiones de diálogo que ha presidido para allanar vías de entendimiento con los empresarios, todas han fracasado por la lentitud, la falta de interés y la falta de confianza. Después se sabrá qué era lo que escribía Giordani en aquellas soledades del despacho: sus memorias de los años con Chávez. Sus memorias de entrega total, de entrega incondicional, de ceguera o de convicción, si se quiere. Es en aquel evento, con un trago de *whisky* en la mano, que Giordani y Daniel Novegil, presidente del grupo argentino, Techint, brindan por los nuevos tiempos, celebran las buenas relaciones entre el grupo y el gobierno; celebra, el uno, la voluntad del ministro para hacer las cosas, y el otro, la voluntad de la empresa para arriesgar más en el país, sin sospechar que un día aquellos besos, aquellos amores, aquellos sueños, se borrarán de un plumazo cuando Hugo Chávez en 2007 decida estatizar Sidor y decida estatizar Tavsa y Matesi, empresas controladas por Techint.

El entorno es este: los precios del petróleo suben pero la economía está estancada, la inflación disparada y la fuga de divisas alcanza los ocho mil millones de dólares. El presidente tilda de especuladores a los banqueros, amenazándolos con retirarles los fondos públicos. La amenaza profundiza la corrida de divisas. Llama a los empresarios corruptos. Y, de hecho, en el Consejo Empresarial de la tarde, algunas voces han exhortado a Carmona Estanga a que la próxima vez que Chávez hable de empresarios corruptos, debe emplazarlo a que diga nombres, pues los «empresarios lo que hacemos es crear riqueza y no hay país en el mundo que pueda funcionar sin empresarios».

—Respeto mutuo —es la frase más pronunciada esa tarde en la sede de Fedecámaras.

Y esa misma tarde Adina Bastidas piensa en las leyes de la Ley Habilitante, piensa en el atraso de las leyes, y piensa que de todas maneras habría leyes a como diera lugar. Es que ella, Adina Bastidas, lo que menos rezuma es diálogo, delicadeza y tacto. Antes de marcharse suelta esta perla a sus interlocutores:

—Aquí no queda otra. O invierten o invierten.

En su libro *Mi testimonio ante la historia*, Pedro Carmona Estanga da cuenta de los elementos que encrespaban el ambiente. Señala que a raíz de la convocatoria para el referéndum de la nueva Constitución en 1999, «el empresariado se sintió burlado por la precipitación y falta de diálogo, que ha sido la constante en el régimen chavista». Anota los puntos de mayor discrepancia que obligaron al empresariado a oponerse a la aprobación del nuevo texto: la eliminación del carácter no deliberante de la Fuerza Armada; el poder concedido al presidente para decidir sobre los ascensos militares; «la supresión del Congreso bicameral, que debilitó la representación regional del poder Legislativo y el contrapeso de las dos cámaras; el fortalecimiento del presidencialismo y la extensión del período presidencial a seis años con reelección; la pérdida de equilibrio entre los poderes; la inclusión de un capítulo sobre derechos indígenas desproporcionado para un problema inexistente; la reafirmación de una orientación estatista e intervencionista...». Chávez lo ha demostrado en estos trece años de poder. No admite que nadie le lleve la contraria, y por eso no podía aceptar la oposición de Fedecámaras a la Carta Magna. Su reacción en ese instante es desmesurada: romper los contactos institucionales con Fedecámaras. Por ello, cuando Carmona Estanga llega a la presidencia, llama al diálogo, pide diálogo, pide la oportunidad de conversar. En ese entorno, se producen algunas decisiones gubernamentales que parecen allanar la apertura. La ministra de Producción y Comercio, Luisa Romero, anuncia que no habría restricciones para las importaciones. El ministro de Energía, Álvaro Silva Calderón, declara que oíría las opiniones de los empresarios en torno a la nueva ley de Hidrocarburos. Chávez inclusive llega a sentenciar que ya no quiere más pelea con los empresarios. En efecto, el entorno enviaba señales de que las aguas volvían al cauce. Chávez y Carmona Estanga coinciden en el acto aniversario de la Guardia Nacional y allí liman asperezas. El empresario recuerda que Chávez hasta hizo un chiste de la derrota de «su amigo» Cudemus en la Asamblea de Fedecámaras. En ese encuentro se resuelve darle forma al diálogo, el cual comenzaría con una reunión en el Despacho Presidencial el 22 de agosto de 2001. Por Fedecámaras asisten, además de Carmona Estanga, Carlos Fernandes, Albis Muñoz y Gregorio Rojas, vicepresidentes y tesorero. Por el Gobierno, además de Chávez, Adina Bastidas, el secretario privado Diosdado Cabello, Adán Chávez, hermano del presidente, y los ministros de Producción y Comercio, Luisa Romero, Finanzas, Nelson Merentes, y Planificación, Giordani. Chávez y Carmona se sientan uno al lado del otro. Los demás forman un

semicírculo frente a ambos. Carmona habla de la prudencia de un diálogo maduro, de la necesidad de un plan de reactivación económica y de someter a consultas las leyes que serían aprobadas en la Habilitante. Le habla del problema del desempleo que supera el 17% y para atacarlo con eficiencia, propone un plan que lleve la inversión privada hasta un 15 y 20% del PIB en cinco años y de esa manera generar un millón de nuevos empleos para bajar la tasa de desocupación abierta a no más de 10% y la informalidad por debajo del 40%. Chávez responde, según Carmona, que le gustan los retos, no sin dejar de advertir del papel decisivo del Gobierno. Está claro que no desea compartir decisiones ni que los empresarios se erijan más tarde en corresponsables de las soluciones. Chávez piensa en sus propias soluciones: engordar el sector público, nacionalizar, expropiar, crear las llamadas empresas sociales, incrementar las importaciones de alimentos y crear su propio circuito de abastecimiento, disminuir el tamaño y el poder del sector privado y crear empleo chatarra. De hecho, Carmona cuenta una anécdota que refleja su manera de pensar, y lo cual confirma que los gallineros verticales, especie de conuco en los techos de las casas, para enfrentar el problema del abastecimiento del pollo, el trueque y los huertos en la ciudad, son soluciones que solo están en su cabeza. (Es increíble, todavía en 2009, el mandatario no se había despojado de la absurda idea). Relata Carmona Estanga que cuando se habla de la pobreza, «enfaticó que el sector privado debía ocuparse más del tema de la pobreza, planteándome la insólita propuesta de que promoviera la recolección de dinero organizando “tómbolas”, poniendo como ejemplo las dádivas que él a diario concedía a los menesterosos en las puertas de Miraflores o de la Residencia de La Casona. Manifesté a Chávez que ni las limosnas que él concedía, ni lo mucho que hacía el sector privado en apoyo a fundaciones, actividades sociales o programas para los trabajadores representarían más que una gota de agua en el desierto si no se emprendían iniciativas destinadas a atacar el problema de la pobreza en sus raíces, vale decir, a través de la generación de varios millones de empleo productivos sustentables y fortaleciendo la educación para el trabajo». De ese encuentro en Miraflores, surge la decisión de iniciar una mesa de diálogo, y Carmona Estanga y Giordani, los encargados de darle marcha al proceso. Lo que pasa es que con ese estilo «dormilón» de Giordani no había garantías en el diálogo. El mismo Carmona Estanga lo anota en el libro, y esto viene a constituir como otro de los elementos que encrespan el ambiente:

«Decidimos constituir una mesa de diálogo, pero cuando el presidente me comunicó que estaría presidida por el ministro Giordani, no pude evitar que hacia mis adentros pensara que la iniciativa no conduciría a ninguna parte, pues conocía el estilo desconfiado y hermético desde mi participación en 1999 en una Comisión Presidencial para la Reactivación Económica, de la cual formaron parte por el sector privado: Reinaldo Cervini, Francisco Natera, Henry Gómez Alberti, Fouad Sayegh y yo, junto a varios ministros del Gabinete Ejecutivo. Dicha Comisión concluyó en un total fracaso, pues Giordani nunca promovió una interacción sincera con sus

integrantes».

Se monta, entonces, una mesa de diálogo sin diálogo, pues el Gobierno seguiría atacando, Adina Bastidas seguiría redactando las leyes que se aprobarían en la Habilitante, y la etapa de la incertidumbre se prolonga más de lo conveniente, puesto que el Gobierno llevaba un trienio de improvisaciones. Es que el acto de gobernar es seguimiento, y a las políticas públicas les hacía falta eso: seguimiento. Al director de orquesta le ocupaba su gesta heroica. Y no era que lo decía la oposición. Lo afirma, inclusive, el Banco Central. Los pocos planes puestos en marcha se paralizan pues no había ministro que estuviera atento al cumplimiento de la tarea. Los altos funcionarios optan por acompañar a Hugo Chávez en sus actos más políticos que de gobierno. No hay en el Ejecutivo un ministro de Finanzas estilo Héctor Hurtado, quien sin poseer las herramientas modernas de hoy, computadoras portátiles, Palm Pilot, celulares, no olvidaba el detalle de las cifras. Hurtado, ministro en varios gobiernos de Acción Democrática, cargaba en el bolsillo de su saco una libretita con las principales cuentas y obras nacionales. Por donde se moviera, la libreta de de Hurtado iba con él. Era su estilo. Era su forma de hacerle seguimiento a los programas públicos. Era la forma de recordarles a otros ministros o a otros funcionarios de menor jerarquía en qué punto quedaron la última vez que abordaron el tema. De esa manera, Hurtado seguía la pista, olía al país y no solo a la militancia de su partido, ni a los amigos del presidente, ni a los adulantes del Gobierno. En los cocteles, en las inauguraciones —porque Hurtado sí iba a los eventos de los empresarios— el ministro sacaba su libreta y le informaba a empresarios como Eugenio Mendoza, Gustavo Vollmer, Andrés Germán Otero, Concho Quijada, cómo iban las cosas, y les preguntaba a su vez a ellos cómo iban las empresas, y Hurtado anotaba, abultaba su libreta. Pero los ministros y el mismo Chávez ignoran el seguimiento como herramienta. Y antes de los hechos de abril de 2002 y del paro de 2002-2003, prestaban todavía menos atención al seguimiento. También los funcionarios prefieren colocar los recursos en la banca antes que construir una obra, y embolsillarse los intereses, la comisión. No es que los banqueros los conminan a paralizar la obra, es que los funcionarios prefieren la vía expresa del enriquecimiento rápido y fácil, sobre todo porque no hay que rendirle cuentas a un ministro que tampoco las solicita. La falta de seguimiento conduce a la corrupción, y entonces Chávez parecía saberlo, porque en Mérida, en septiembre de 2001, promete, sin saber que Hurtado era el hombre de la libretita, que va a revelar cosas que «he ido registrando en mi libreta». Nunca lo hizo. Ante la corrupción guardaba silencio.

En este contexto hay un hecho cierto: el Gobierno está entrampado. Se enfrenta a los empresarios locales. Intenta conquistar sin éxito a las multinacionales. Extiende por mucho tiempo el conflicto. Y a la vez, necesita con urgencia de empresarios que hablen bien de la economía. No hay grupo, no hay líder empresarial de peso — Cudemus no lo es—, no hay sector que asuma la defensa de los tres años de administración chavista. No hay qué defender. Eso sí, quienes salen al mercado a

comprar bancos y compañías aprovechan la ganga de los precios bajos. Aprovechan el espacio dejado por otros, todavía no ocupado desde la crisis bancaria de 1994. Además, los bancos con liquidez buscan clientes grandes. Comenzando el cuarto trimestre de 2001, el Banco Central y el ministro Giordani venden la idea del crecimiento —se asoma el submarino, decía Giordani— y señalan que el aporte del sector privado en la recuperación es clave. Con todo y esto, carecen de un vocero empresarial aliado que se haga eco de los resultados. En el gremio de la pequeña y mediana industria, Fedeindustria, su presidente, Miguel Pérez Abad, toma distancia de Fedecámaras y reclama apoyo al sector. El Gobierno compra la idea, (compraría la idea, siempre), aunque la ayuda se retrasa o no llega, y las pequeñas y medianas industrias cierran, extendiendo el cementerio industrial del país. El Gobierno es culpable de su propia situación. Llegado el momento de contar con aliados en el sector empresarial, no los tiene. A los que les va bien, no se atreven a hablar por la sencilla razón de que pasan a ser mal vistos en el entorno propio, y también se aseguran la antipatía del Gobierno por estar ganando dinero. Ganar plata y decirlo, significa riesgo. Antes desataba la envidia de la competencia. Ahora desata la envidia y también la ojeriza del poder político y las ganas de la delincuencia, de los secuestradores. Si un empresario se acerca mucho al Gobierno, el mismo Gobierno lo rechaza con la excusa de que este se acerca pensando solo en sus intereses.

Apunta Carmona Estanga que en septiembre de 2001 comienza el diálogo. Se habla hasta el 13 de noviembre cuando queda suspendido por el anuncio de las leyes de la Habilitante. Antes de la ruptura, había habido una reunión más con Chávez, en la que este promete visitar la zona industrial de Valencia, estado Carabobo. No solo no acudió a la cita, sino que hace todo lo contrario de lo propuesto por Carmona Estanga. Este, doliente del Pacto Andino, le propone al presidente fortalecer la CAN, y Chávez rompe con la CAN. Le propone mejorar las relaciones bilaterales con Colombia y las relaciones siguieron siendo pésimas. Le insiste en mejorar las relaciones con Estados Unidos, y durante los años siguientes Chávez lo que hace es arreciar su discurso contra los presidentes Bush, Obama y el imperio de los Estados Unidos. Carmona Estanga revela que en aquella cita Chávez y él rompieron el hielo. Se acercaron más en lo personal. Porque la verdad es que quienes conocen a Hugo Chávez saben que es más fácil en el trato directo que en el trato político e institucional. Danton y Robespierre en escena. En el período de diálogo, queda pauta al menos una reunión por semana. Fedecámaras propone un plan con inversiones en electricidad, construcción, turismo, energía y vivienda. La Cámara de la Construcción diseña un programa para la construcción de doscientas mil viviendas anuales para acabar con el déficit habitacional. Se ha llegado a 2011, y los cortes de electricidad son constantes en distintos puntos de la geografía nacional, con apagones globales cada cierto tiempo. El Gobierno ha fracasado en su política de vivienda, con el pico más alto de cincuenta mil casas construidas en un año. La política turística no ha sido tal a pesar de las ferias internacionales organizadas cada dos años, que han

servido más para llenarles los bolsillos a los ministros de turno y a los contratistas de los eventos. ¿Y PDVSA? Ya se sabe en qué ha quedado la empresa modelo del petroestado venezolano: caja chica del Gobierno, caja negra, compañía para el clientelismo, para la burocracia, para el financiamiento del proselitismo partidista. Hay una conclusión clave en el rechazo de Hugo Chávez a las propuestas de los empresarios: darle pista significaba fortalecerlo, y un sector privado fuerte significa compartir el poder.

Carmona Estanga agrega en su libro que «en una ocasión le expresé al ministro Miquilena que si yo fuera gobierno “compraría” ese programa con los ojos cerrados, pues quien lo ejecutara se atornillaría en el poder. Pero no resultó del interés del Ejecutivo y más bien se cerraron las opciones para el financiamiento habitacional. Nada que diluyera el protagonismo del presidente o diera cabida a esfuerzos compartidos con el sector privado era atractivo. El gobierno prefiere a los inversionistas extranjeros que no opinan y debilita al empresariado nacional».

El líder empresarial no se equivocó. La vía que Chávez había pensado para atornillarse en el poder es esta: acabar con los empresarios tradicionales, cortarles alas a los emergentes, y mantener bajo presión a los que aparecen en su Gobierno. De hecho, en 2009 se da la caída de buena parte de la boliburguesía, los nuevos millonarios y magnates de la Era Chávez. O se van al exilio. O están presos. Y a los que se quedan les carcome el miedo de perder negocios y empresas. Por otro lado, el coqueteo con las multinacionales también dura poco: después vendrían las nacionalizaciones.

Llega octubre de 2001. En el Círculo Militar de Caracas se celebra una exposición de productos cubanos. Allí, en el presidium, se encuentran Chávez y Carmona Estanga. Hay rumores del contenido socializante del paquete de 48 leyes que vienen en la Habilitante. Recuerda Carmona Estanga en su libro que antes de recorrer el recinto, le pide al presidente que lo oiga, «y casi arrinconándolo ante la gravedad de la situación le dije: “Presidente, se avecina una confrontación, un choque de trenes; evite que se aprueben los decretos leyes en la forma como se pretende; no ha habido consultas sobre los proyectos; entre ellos la Ley de Tierras, uno de los más delicados”». Hay que imaginarse a Chávez. El momento. El protocolo. El embajador cubano. Los ministros. Casa Militar. Todo estaba dado, el ambiente, el entorno y el clima para que el presidente respondiera. Carmona Estanga observa en la respuesta una ironía, pero en perspectiva, al paso de los años, suena más a amenaza. Dice él que Chávez le contesta:

—Espero que no asumas la defensa de los intereses de la oligarquía para impedir la aprobación de una ley que permitirá el reparto de tierra a los pobres.

Y agrega que él replica:

—Otra cosa es reforma agraria. Por favor, convoque a una consulta, evite una ruptura que será trágica.

Esa réplica del líder empresarial también suena a reto, y entre reto y amenaza

quedan suspendidos las relaciones y el diálogo. Ya en el Zulia los ganaderos y los empresarios han ido a paro a finales de octubre y Fedenaga, con José Luis Betancourt a la cabeza, había convocado a un paro nacional de productores, ganaderos. Por tanto, la convocatoria a otro —nacional— de 24 horas, es consecuencia natural de lo que se avecina: el 13 de noviembre se aprueban las leyes. Se convoca para el 28 de noviembre a una asamblea extraordinaria de Fedecámaras y de allí surge la fecha del paro, el 10 de diciembre. El Gobierno parecía andar más loco que nunca, pues por un lado aparece el ministro Rangel convocando al diálogo, y por otro lado el mismo Chávez dinamita toda esperanza de encuentro. Otro día presionan por debajo de cuerda y otro convocan a reuniones separadas, intentando dividir al empresariado. Chávez le toma la palabra a Carmona Estanga: quería el choque de trenes.

En *El acertijo de abril*, libro de Sandra La Fuente y Alfredo Meza, se lee que «la propuesta (de paro) fue respaldada por organizaciones afines como Conindustria y Fedenaga. Los empresarios sabían que estaban desempeñando un rol que no les correspondía, pero le aseguraban a la prensa que se habían visto en la necesidad de invadir el espacio que correspondía a los partidos políticos porque el liderazgo de la oposición había quedado tan descabezado como resentido de las elecciones presidenciales de 1998». En ese escenario, apuntan La Fuente y Meza, «Fedecámaras se transformó en la institución mejor valorada por la opinión pública, y Carmona Estanga se convirtió, después del paro del 10 de diciembre, en el líder que buscaba el antichavismo en su lucha contra un gobierno que ya daba muestras de intolerancia».

Ese hombre bajito, calvito y de modales suavécitos, había unido al gremio empresarial y pondría al gobierno contra las cuerdas. Reaparecen los expresidentes de la institución, hasta los más desaparecidos como Emilio Conde Jahn que había dirigido el gremio en los años de la presidencia de Rómulo Betancourt y Raúl Leoni. Conde Jahn, quien estaba en la cárcel a la caída de la dictadura de Pérez Jiménez por haber ayudado a organizar la huelga empresarial, también se aboca a su propia cruzada para sumar respaldos al paro. En paralelo, en Caracas truenan las cacerolas en señal de protesta, y Conde Jahn, octogenario, enfermo de cáncer, cuenta que él también cacerolea.

—Me enseñó mi mujer. Me enseñó a no pegarle con las tapas sino con la cuchara. Así suena mejor.

Carmona Estanga comienza a recorrer el país. Aparece en programas de radio y televisión. Concede entrevistas privadas y públicas, colectivas o individuales. Sostiene encuentros con empresas y federaciones, sectores completos de empresarios, gremios profesionales. Viaja a Maracaibo para convencer a los panaderos de respaldar el paro: los panaderos nunca habían participado en una protesta. Lo mismo hace con las cadenas de supermercados, que en los últimos años habían experimentado una gran expansión, y cuya propiedad está ligada a familias de inmigrantes portugueses y españoles, adictos al trabajo. Las presiones alcanzan a los medios, a la banca, para que en caso de sumarse al paro se atengan a la consecuencia

del retiro de los depósitos oficiales.

Todavía, cuatro días antes del paro convocado por Fedecámaras, Chávez cita a un grupo de empresarios y banqueros a Miraflores, queriendo dinamitar la protesta, conformando una comisión en la que, propone el Presidente, debe participar el cardenal Ignacio Velasco, para convencer a Carmona Estanga de suspender la protesta. No se olvide este punto. Chávez es quien incorpora al Cardenal. Carmona Estanga narra que el 7 de diciembre «recibí una llamada del banquero Nelson Mezerhane para transmitirme el resultado de la reunión de la noche anterior y solicitar mi receptividad, ante el riesgo de ser objeto de represalias oficiales como el retiro de los depósitos o el control de las tasas de interés. Pedí que me remitieran por fax el texto, el cual de un vistazo encontré inaceptable. Inexplicablemente, el proyecto fue también rechazado por Chávez al serle presentado por (el ministro) Miquilena, lo cual molestó al premier, pues se sintió desautorizado, hasta el punto de que a partir de allí no restableció nunca más una buena relación entre ellos». A todas estas, se acercaba la hora del reto. Chávez organiza un encuentro empresarial en el Hotel Meliá Caracas al que asisten figuras de mucho dinero pero de poca representación institucional. Allí estaban Camilo Lamaletto, el banquero Víctor Gill Ramírez, el contratista Umberto Petricca, y Alfredo Cohen, hijo del constructor Salomón Cohen. El más novedoso de todos los respaldos es el de Cohen, aunque ya el padre había declarado que el paro no convenía. De Lamaletto, Gill y Petricca se sabe que juegan a favor del viento. Lo de Gill es cómico, pues esperó el arribo de Chávez, se deja ver en el *lobby*, saluda al presidente y abandona el lugar, sin mezclarse. Su objetivo era que lo vieran, dejarse ver, por si acaso. Aparece también Orlando Castro, que por esos días intenta retornar al mundo de los negocios. Lo de Castro es más resta que suma. Asisten corredores de Bolsa, los que ayudaron a Diosdado Cabello, titular de la Comisión Nacional de Telecomunicaciones, Conatel, en las subastas de las frecuencias de telefonía celular. Los corredores son amigos de Rafael Sarría. Este, operador, propietario de una modesta firma de corretaje, es quien se encarga de garantizar las asistencias y en ese acto asume el riesgo de ser reconocido como una ficha del gobierno, amigo de Chávez y Cabello, el secretario de la Presidencia. De ahí en adelante Sarría no puede quitarse el mote de «testaferro de Diosdado». El empresario Alberto Arapé hace un último esfuerzo para que se concrete el diálogo y en su intervención de aquella tarde en el Meliá intenta comprometer a Chávez.

A una década de aquel primer paro, se puede decir que las grandes figuras del empresariado hicieron lo posible para que las conversaciones tomaran un curso positivo. No es cierto que Fedecámaras quebró el diálogo al anunciar el paro porque el diálogo real no existía. De hecho, eran los empresarios los más insistentes en concertar con el Gobierno y este respondía con insultos personales, presionando e intentado dividir el movimiento empresarial. ¿Cómo iba a reaccionar un Mezerhane después de tantos insultos? ¿O un Gustavo Cisneros? ¿O un Andrés Mata? ¿O un

Miguel Enrique Otero? ¿O un Alberto Federico Ravell? ¿Cómo podían reaccionar los banqueros? Pues apoyando el paro. También estaba el agravante de que por un lado Chávez atacaba y por el otro el ministro Rangel los llamaba para decirles: hagamos borrón y cuenta nueva. Pero aquellas reuniones, instancias de último esfuerzo, quedaban en pura cortesía. El Gobierno, por lo demás, caía en el error de llamar a algunos empresarios, pasando por alto a Fedecámaras. A última hora, inclusive, se planificó una ronda final de contactos. Comenzó con Salomón Cohen, lo cual no era casual, pues se trataba de un empresario con simpatías hacia Chávez. Siguió con Oswaldo Cisneros (amigo de Sarría y Cabello), y de cuya oficina en 1998 llovieron muestras de respaldo hacia el candidato Chávez, pero quien no había ocultado entonces estar decepcionado del curso gubernamental. El caso de Mezerhane es el más interesante, puesto que él y Chávez venían jugando a una relación de amor y odio, de apoyo de parte del banquero y de insultos de parte de Chávez. Pero en esa ronda, convocada por Rangel, estuvo Mezerhane oyendo lo que dijera Rangel, y años después, Rangel se convertiría en su enemigo personal. Después convocaron a Lorenzo Mendoza, el jefe del Grupo Polar, quien había pronunciado un discurso tres meses atrás en Conindustria, apuntando que el empresario debía ser menos político y no desviarse de su plan estratégico, cual es invertir y aprovechar las oportunidades. El siguiente convocado resultó ser Gustavo Cisneros. Volvía a conversar, pese a los insultos que Chávez había proferido sobre él en 1999.

En opinión de Carmona Estanga, el desfile de empresarios por el despacho de Rangel, ministro de la Defensa, en La Carlota no era más que una jugada para dividir a los empresarios. Era todo menos diálogo. El mismo empresario revela en su libro la carta —¿la última?— que se juega el ministro de la Defensa, dispensándole una visita a su casa. «Recibí a Rangel a las puertas de mi edificio y lo primero que me sorprendió fue el número de periodistas presentes, notificados por el Ministerio de la Defensa». Muy usual en el juego del poder. Muy usual en alguien como Rangel, frío, calculador, con una carta que jugar siempre bajo la manga. En el Gobierno y aún después de su salida del Gobierno, en 2007 y 2008, hará las veces del dialogante, del personaje que sostiene puentes con la oposición, que se reúne con los dueños de medios, que habla con los dirigentes partidistas, que tuerce la mano, que dobla el cabo, en clara demostración de juego, decirle a Hugo Chávez lo que aún le queda más allá del gobierno, y decirle a la oposición que pase lo que pase, él siempre será un hombre de diálogo. Sin embargo, el 11 de abril, será el encargado de llamar a los chavistas a defender Miraflores con palos, con piedras, con las armas que tuvieran, y es el mismo Rangel que dirá a Miquilena que siempre estará de su lado, y cuando llega la hora de escoger, decidirá quedarse con Hugo Chávez. Relata Carmona que subieron al apartamento, «y nos instalamos en la terraza, con la montaña como fondo. Rangel saludó a mi esposa y le obsequió una miniatura de la espada de El Libertador». Es la espada el símbolo de la revolución chavista, popular entre sus seguidores. Camina, camina, la espada de Bolívar por América Latina, vocean los

partidarios de Hugo Chávez, y desde que el presidente comenzó con la regaladera de dinero a los gobiernos aliados de la región, la consigna original ha sufrido esta pequeña variación: camina, camina, la chequera de Hugo Chávez por América Latina. Luego del regalo, Carmona Estanga apunta que se inicia «una conversación directa, franca, pues yo estaba al corriente de las manipulaciones para dividir al movimiento empresarial y debilitar la huelga, sin nada a cambio, como no fuesen promesas para ganar tiempo. El visitante inició sus palabras recordando —como aún lo hace— la experiencia chilena de Allende, su conocimiento de la realidad de ese país y las tensiones y radicalismos que allí se generaron». La esposa de Rangel es chilena de nacimiento. Él mismo ha vivido en Chile. Y siempre ha conservado una fotografía tomada en sus tiempos de parlamentario socialista con Salvador Allende. Años atrás se llegó a pensar que Rangel encarnaba el prototipo de Allende. No es casual que entonces en aquella oportunidad recurra a la comparación con Chile y Allende. Es así, agrega Carmona Estanga, que «Rangel manifestó sus temores de que se estirara tanto la cuerda que pudiera reventar, reeditándose la situación que condujo a la dictadura de Pinochet». Para Carmona Estanga, el argumento del ministro no era más que «una táctica de ablandamiento», e «insistía en que Chávez, acorralado, podía ser peligroso y que en consecuencia era necesario deponer las protestas, suspender el paro y que a cambio el gobierno interpondría sus buenos oficios ante la Asamblea Nacional para eventuales ajustes a los Decretos-Leyes». Esa es la promesa de Rangel. Y sin embargo, Carmona Estanga está al tanto de otra versión: «Chávez como otros voceros oficialistas del ala radical ya habían expresado públicamente que ninguna de las leyes sería modificada».

Todavía el miércoles 5 de diciembre en casa de Gustavo Cisneros se celebra una fiesta propicia para el encuentro aunque sin resultado alguno. Es el homenaje a Cisneros por el premio Emmy. Entre los asistentes figuran el ministro Rangel, el cardenal Ignacio Velasco, el empresario Tobías Carrero, el presidente de la CTV, Carlos Ortega, el gobernador de Aragua, Didalco Bolívar, el diputado Carlos Tablante, el presidente de la Asociación Bancaria, Ignacio Salvatierra, el presidente del Consejo Bancario, Edgar Dao, el exministro de Caldera Fernando Egaña, el exministro de Chávez, Carlos Genatios, el alcalde Alfredo Peña, el alcalde de Baruta, Henrique Capriles Radonski, y Oswaldo Cisneros y Ricardo Cisneros, entre otros. Carrero, todavía cercano a Chávez, a Miquilena y a Rangel, comenta bajito:

—Ambos sectores mantienen una posición equivocada.

Oswaldo Cisneros señala en pequeño comité:

—El presidente tiene energía, tiene un discurso social interesante, tiene popularidad, pero lástima, no entiende que en lugar de confrontación lo que hay es que dialogar.

Restan cinco días para el paro. Oswaldo Cisneros aún conserva la esperanza de que Chávez rectifique. Pero no hay manera. Fedecámaras insiste en la derogación de las leyes y el Gobierno en la suspensión del paro. Mientras, en la fiesta de Gustavo,

los que están allí, de uno y otro lado, dialogan. Se entienden. Miden el país, el futuro. Hay un instante en que Rangel, el Cardenal y Cisneros forman un trío interesante de diálogo. ¿Quién iba a pensar que el 11 de abril del año siguiente, en menos de cinco meses, ellos también serían protagonistas? Desde el fondo, observa el jefe sindical Carlos Ortega, otro de los protagonistas de los próximos hechos. Rangel dice:

—Estamos al borde del abismo.

El ya prevé lo que vendría después, y si no lo sabe lo sospecha. Porque durante el paro, Chávez desataría los demonios, encendería el discurso, llamando a los militantes de su partido, el MVR, a pasar a la ofensiva. Los exhorta a apretarles las tuercas a los empresarios, pide revisar los bancos con cuentas del gobierno, solicita que las 48 leyes entren en vigencia de una buena vez, exige a Diosdado Cabello que apure la Ley de Contenido de Radio y Televisión, que después será conocida como Ley Mordaza, y tilda de inmoral a la dirigencia de Fedecámaras.

Según Carmona Estanga, «el paro del 10 de diciembre pasó a la historia como el primer hito de protesta de la sociedad civil». Y también apunta que «a partir de allí Chávez en lugar de asimilar el mensaje como una realidad incontestable, pues era pacífico y pedía cívicamente un cambio, reaccionó en sentido contrario, iniciando una etapa de endurecimiento de posiciones, de radicalización del conflicto con los demás sectores de la sociedad». El borde del abismo, según lo dicho por Rangel. El choque de trenes, según Carmona Estanga. Y es que el 11 de diciembre algo cambia. La balanza del poder se inclinaba a favor del hombre bajito, calvito y de hablar suave. Y todavía falta el 11. El 11 de abril de 2002.

V. Lealtad sobre todas las cosas

El asesor Ceresole recomienda acelerar la pulverización del viejo sistema político venezolano (y Chávez no le ha dado tregua a AD y Copei, a los sindicatos, a Fedecámaras, a los medios de comunicación, a la Iglesia, a los editores. De estos últimos dijo que «vivieron al amparo de lo que aquí pasó durante años, y tienen bastante culpa de lo que aquí pasó por amparar a los bandidos, por defenderlos y convivir con ellos»). En La fiesta del Chivo, el jefe policial de la Era Trujillo coincide: «No dejar levantar la cabeza al enemigo de adentro, aplastársela cada vez que intentara actuar... Porque mientras el enemigo de adentro esté débil y desunido, lo que haga el de afuera no importa». El comandante conoce la máxima de que al enemigo no hay que derrotarlo, hay que destruirlo, porque después de la batalla vienen las negociaciones y lo que pudo ser una victoria total puede cambiar en el marco de los nuevos acuerdos. ¿No dejaron vivo sus enemigos a Carlos Andrés Pérez en 1980? ¿Qué pasó?, regresó triunfante una década después. ¿No perdonó en varias ocasiones Caldera a Luis Herrera Campins? ¿Qué pasó? Ganó la presidencia y retó su autoridad en Copei. ¿No dejaron Eduardo Fernández y Oswaldo Álvarez Paz vivo a Caldera? ¿Qué pasó? Surgió de la reserva política, donde se había refugiado, para ganar en 1993. ¿No perdonó CAP a Ramón Escovar Salom, a quien después apoyó para ocupar el cargo de fiscal general de la república? ¿Qué pasó? Fue quien inició las investigaciones que condujeron a su salida de la presidencia. ¿No dejaron vivo a Chávez? ¿Qué pasó? Aquí está, arrasando, quemando la tierra. Aplaste al enemigo, recomienda Sun-Tzu en el Arte de la guerra. No tenga piedad. Si lo deja vivo, él se levantará, herido, para arremeter con más fuerza. ¿Acaso Dios no ahogó, sin piedad, al ejército del faraón? ¿Acaso no destruyó Sodoma y Gomorra? Es por eso que Chávez habla de no dar tregua y él mismo se pone al frente de su «ejército» para comandar la batalla. No puede correr el riesgo de dejar de pie institución alguna del viejo sistema. No hay político muerto hasta que no esté enterrado, señala la sentencia popular criolla. Uno que Chávez suele citar, Carl von Clausewitz, escribió: «La aniquilación directa de las fuerzas enemigas deberá ser siempre el objetivo predominante. Una vez obtenida una victoria, no se deberá hablar de descanso ni de respiro... sino solo de persecución, siguiendo al enemigo, tomando su capital, atacando sus reservas y todo aquello que pudiese brindar apoyo y comodidad a su país». Chávez ha seguido al pie de la letra este consejo. El guion de Chávez contra empresarios y partidos se repite en la Fuerza Armada, a la cual considera leal no a la Constitución sino al comandante-presidente. En la Era Trujillo, la prueba de lealtad. La entrega total. Trujillo «¿qué les hacía?... para convertir... a todos sus

brazos derechos e izquierdos, en trapos sucios?»). Ningún militar rompe la línea para no exponerse a castigos y sanciones, vigilados como están por asesores cubanos, por el G-2 cubano, por la logia chavista e inclusive, entre ellos mismos, en competencia por los beneficios del poder. A Trujillo no es posible negársele. «El Chivo había quitado a los hombres el atributo sagrado que les concedió Dios: el libre albedrío», se lee en La fiesta del Chivo. Para ejemplo el del general en jefe, exministro de la Defensa, excomandante del Ejército, compadre de Chávez, Raúl Isaías Baduel. Héroe de la revolución mientras le fue leal a Chávez. El día que criticó el curso del proceso, el día que alertó sobre los signos totalitarios y los acuerdos con la guerrilla colombiana, pasó a ser enemigo de la revolución y comenzó a ser investigado. En 2007 pasó a retiro y a la acera de enfrente: criticó las relaciones de Chávez con las FARC, y se convirtió en el garante de la primera derrota que la oposición le propinó a Chávez a propósito del referendo de la reforma constitucional, logrando que al Alto Mando Militar recomendara al presidente aceptar el resultado. Luego aparecieron los expedientes que lo vinculaban a hechos de corrupción y más luego, sentenciado, fue a dar a la cárcel. Baduel al paredón, coreaban militantes vestidos de rojo. Yo me sé la historia de Baduel, decía el número 2 del régimen, Diosdado Cabello. Viéndose en el espejo de Baduel, la oficialidad no contradice al líder, evitando que, en la candela, se les queme el rabo de paja, ya que abundan los ejemplos —los exgobernadores Jesús Aguilarte Gámez, Johnny Yáñez Rangel, Felipe Acosta Carlez, Antonio Rodríguez Sanjuán, Luis Reyes Reyes y antiguos altos funcionarios como el extesorero nacional, Alejandro Andrade, entre otros— señalados de hechos de corrupción, quienes, a lo sumo, fueron separados del cargo y marginados, pero nunca investigados o sancionados. Es más, en defensa del capitán Aguilarte, obligado a dejar la gobernación del estado Apure por incapaz y corrupto, el vicepresidente de la República, Elías Jaua, suelta ante la Asamblea Nacional en pleno, esta perla para la historia: Nosotros no lo vamos a investigar. Y todo porque seguía siéndole leal a Chávez, por formar parte del grupo que Chávez ha llamado mis muchachos. Hay un diálogo, amenaza, alerta, de Trujillo hacia un general que ha caído en desgracia: «—... Se le pasa a retiro con su sueldo completo y sus prerrogativas de general de tres estrellas, para que descanse con la conciencia del deber cumplido. Y goce con sus fincas ganaderas». También en la Era Chávez funciona esta otra cita: «A ti se contentaron con insultarte en El Foro Público —reflexiona Urania en La fiesta del Chivo—, pero no te metieron a la cárcel como a Anselmo Paulino. ¿Es lo que más temías, cierto? Que, un buen día, el Jefe ordenara: ¡Cerebritito a la cárcel! Tuviste suerte, papá». Ante este panorama —para curarse en salud— la oficialidad evita contactos con la oposición. Pasaba también en el Perú. Cuenta Vargas Llosa en El pez en el agua que para reunirse con militares activos había que hacerlo con tantas precauciones que «tenía la sensación de haber pasado a la clandestinidad». Y entonces ocurría en Perú lo que en Venezuela, Chávez y el generalato chavista han impuesto como línea: que los líderes de la oposición no

respetan a la Fuerza Armada, y que ninguno de ellos está preparado para gobernar. O sea, en 2012 se repite lo que en 1990 le pasaba al Vargas Llosa candidato quien confiesa: «Se advertía a los electores que el Ejército no permitiría que “su enemigo” tomara el poder y que si yo ganaba habría un cuartelazo».

—Prefiero que venga el golpe que a cambiar o permitir, por debilidad y chantaje, que este proceso se vaya por un barranco —palabras de Chávez.

Ceresole también recomienda a Chávez usar cada vez más el uniforme militar porque solo un partido cívico-militar puede actuar con eficacia en el contexto revolucionario que vive el país. Así el uso del uniforme se volvió norma. Uniforme de luces. Uniforme verde oliva. Uniforme de tonos. En la administración pública los puestos clave son de militares activos o retirados. En el PSUV, buena parte de los altos cargos, los parlamentarios, provienen del mundo militar. La nueva Constitución, por lo demás, consagra derechos especiales para los militares. Chávez comenzó a estimular las candidaturas regionales —gobernadores— desde el seno de la Fuerza Armada. Al comienzo del proceso fue evidente el uso de los recursos del Plan Bolívar 2000, ejecutado por militares, para hacer proselitismo político. Estimulados por el discurso presidencial, los soldados reparten calcomanías a favor de la causa del presidente. En marzo del 2000, las fracturas en el conjunto militar comienzan a sentirse. Murmullos de descontento en la Fuerza Armada y el Frente Institucional, conformado por altos mandos en retiro, protestaban el abuso de Chávez del símbolo militar. Por lo demás, la reincorporación de los oficiales que participaron en las intentonas golpistas, crea fricciones. De todas maneras, la idea del presidente es muy clara: ante tanta contradicción en el campo de las alianzas partidistas, el partido militar es lo más conveniente. Después vienen los asesores cubanos. Los cambios en la estructura institucional. La creación de la milicia. La propaganda de que la Fuerza Armada es socialista, revolucionaria. Después se acoge el lema de Patria, socialismo o muerte, Venceremos. Es la tesis de Ceresole en desarrollo que obviamente hace que involucre el rol de la Fuerza Armada, al punto de que la oposición reclama de ella imparcialidad tal como lo hacía Vargas Llosa en su momento, según recuerda en El pez en el agua: «Las Fuerzas Armadas iban a tener un rol decisivo en las elecciones, pues, encargadas de garantizar el proceso electoral, de ellas dependería que Alan García se saliera con la suya si intentaba distorsionar el resultado. Asegurar su imparcialidad era imprescindible».

VI. Se quiebra la hegemonía chavista

El único intento de división de Fedecámaras, ocurrido a finales de los años cuarenta del siglo pasado, fue conjurado por su primer presidente, Luis Gonzalo Marturet, con una botella de *whisky* diaria. En las semanas siguientes a la primera convención, Marturet hizo un trabajo de hormiga para convencer a los demás líderes de volver a la unidad. No se levantó de su escritorio ni se despegó de la botella de *whisky*, tampoco se alcoholizó, ni alcoholizó a nadie, pero, eso sí, alcanzó el objetivo de ver unido al gremio. Treinta años después, un expleado de Fedecámaras, Ciro Áñez Fonseca, se lanzó a la presidencia conformando su propia fracción en reto abierto al poder tradicional de los amos del valle de Caracas. Áñez Fonseca ganó en 1979, pero al cirismo lo diluyó el tiempo, las contradicciones y la falta de relevo. Qué ironía, Ciro Áñez Fonseca terminó siendo presidente de Pro-Venezuela, otra institución de intereses encontrados, contrapuestos, a veces, con Fedecámaras.

En 2001 se podía asegurar que si bien no había habido cismas en el organismo cúpula del empresariado, tampoco era menos cierto que la unidad no era un hecho rotundamente consolidado, pese a las apariencias y las conveniencias. La rivalidad del comercio contra la industria ha sido una constante. Y ha habido grupos y figuras empresariales que han desplazado sus choques hacia la actividad gremial interna. Algunos episodios puntuales han logrado el milagro de la unidad, como la huelga de enero de 1958 para echar al dictador Pérez Jiménez, o el frente contra la reforma tributaria en 1966, o el frente para el reconocimiento de la deuda externa privada a dólar oficial en 1990. Pese a estos hitos, los líderes históricos de Fedecámaras apuestan su palabra de que la unidad nunca había sido un hecho latente, vivo, práctico, emocionante, patriótico, y de gran contenido histórico y político, como los días de Pedro Carmona Estanga.

El presidente Hugo Chávez, si se quiere, es quien produce el milagro. Por obra y gracia, Fedecámaras ha retomado su papel de grupo de presión y cuidado si más. ¿Quién podía imaginar que los vapuleados ricos y oligarcas son los que ponen en jaque la estructura de poder de la administración chavista? En esa coyuntura no es la Iglesia, no son los partidos políticos, no los medios de comunicación, tampoco los sindicatos. En verdad, a la hora decisiva todos juntos lo serían, solo que sobresale Fedecámaras porque en ella se conjugan los factores que posibilitan el liderazgo de un movimiento que permea todas las capas de la sociedad venezolana. Carmona Estanga relata que «en los días previos al paro mantuve un alto nivel de exposición pública en los medios. Fue relevante la transmisión de algunas “cuñas” televisivas orientadas a contraponer las actitudes agresivas de Chávez con las del sector privado

y las mías personales. Entre ellas destacaba una en la cual aparecía Chávez en un primer plano proclamando en tono iracundo que su revolución era armada, que tenía tanques, barcos, aviones y cañones y acto seguido aparecía yo en tono sosegado diciendo: “no tenemos tanques, no tenemos aviones, ni barcos, ni cañones; tenemos fábricas, almacenes, puestos de trabajo. Rectifique, presidente, se lo pedimos cívicamente, democráticamente”».

Con ese discurso, con ese tono, con ese contraste, Carmona Estanga gana en liderazgo y credibilidad y Fedecámaras en prestigio, presencia. En realidad era la institución, aparte de la Iglesia, más sana desde el punto de vista organizativo. Bastaba con observar a la Confederación de Trabajadores de Venezuela, CTV, dividida, recién salida de un proceso electoral interno en el que casi todos los factores se hicieron trampas. Bastaba con ver a los partidos. Ni AD se había recuperado. Ni Primero Justicia se había consolidado. Ni siquiera el MVR representaba a todo el universo chavista; y de hecho, después cambia a PSUV. En cambio, Fedecámaras había acudido a unas elecciones limpias de las que surge un liderazgo sin asomo de duda en su legitimidad.

En el juego democrático tradicional, Estado, Gobierno, Fuerza Armada, partidos políticos, Iglesia y empresarios conforman el entramado necesario. Chávez lo había sustituido por Gobierno-Fuerza Armada. Los empresarios intentan recuperar el terreno perdido. De esas mismas elecciones surge el líder Carmona Estanga, quien enfrenta, primero, a un adversario que goza de las simpatías gubernamentales, y segundo, sin resquemores por el apoyo dado a su adversario, va al diálogo con el presidente y lo exhorta en el Palacio de Miraflores a deponer la confrontación y a llamar a la unidad de todos los sectores. El presidente lo escucha sin prestarle atención. El presidente promete diálogo sincero y juega a la muela del diálogo. No puede haber diálogo porque la carta con la que juega Chávez no incluye el diálogo. Es como dice José Antonio Gil Yépez en el libro *El reto de las élites*: «Es obvio que no puede haber acomodación de intereses cuando se parte del principio de que aquel con quien se tiene que negociar no debería existir». No hay duda de que Chávez desea que los empresarios no existan. En su «humilde opinión», como le gusta pregonar, ricos, empresarios, capitalismo y mercado, empresas y ganancias, no pueden coexistir con el pueblo soberano, sufrido y marginado. Como se supone que le dice Carmona Estanga a Rangel en la reunión celebrada en su casa:

—El lobo ya llegó y está representado por la forma arbitraria e institucional como han aprobado instrumentos vitales para el futuro de Venezuela, con una inclinación estatista, intervencionista y centralista que buena parte del país rechaza.

Qué curioso que los primeros en levantarse han sido los ganaderos y los productores del campo, los primeros en brindarle respaldo financiero y moral a Chávez en la campaña de 1998. Más allá de la polémica Ley de Tierras, está el más acá de los secuestros, de la inseguridad en el campo y la frontera y el coqueteo — entonces se creía que era solo coqueteo, simpatía— de Hugo Chávez con la guerrilla

colombiana, precisamente la que secuestra y extorsiona ganaderos venezolanos. De ese mundo de productores habían surgido los primeros espaldarazos a Chávez, y también las primeras decepciones. Es el presidente de la Federación Nacional de Ganaderos, Fedenaga, José Luis Betancourt, quien al término de la marcha de productores en Caracas, levanta la mano del líder de Fedecámaras y le dice:

—¡Vamos al paro!

Y el paro llega el 10 de diciembre de 2001. El paro registra un éxito rotundo. Se para el 90% de la actividad económica privada, pequeña, mediana o grande. Paran las rotativas. Paran los bancos. Paran los panaderos. Ante la victoria, el paro refuerza la unidad de Fedecámaras, unidad que ya es evidente, pues ninguno de los dirigentes o empresarios que se sientan a conversar con el ministro Rangel intentan desautorizar a Carmona Estanga ni romper la línea de protesta. Hasta el grupo Cohen-Sambil termina sumándose al paro. Los intereses sectoriales quedan al margen, más allá de lo que divide al comercio o la industria. Lo que está en juego no es una medida parcial que afecta las importaciones o a las fábricas, sino una razón de principio, de fondo, de estilo de gobierno y de visión del mundo económico, de la composición del Estado, de los actores de la sociedad. Por eso produce vergüenza escuchar a los pocos días al presidente de Fedeindustria, Pérez Abad, en acto de Miraflores, defender la nueva ley para la pequeña y mediana industria, con el argumento de que ahora sí hay mecanismos para el estímulo y el financiamiento del sector. ¿Es lo puntual o los principios? ¿Son los intereses sectoriales o los principios? Además, de nada ha servido la ley porque el gobierno de Chávez ha trazado caminos sin destino. Por ejemplo, primero respalda las cooperativas y después les saca la alfombra pues, afirma, las cooperativas son una expresión más del capitalismo. Coquetea con el capital multinacional, y después termina estatizando multinacionales. Fomenta la Ley para la pequeña y mediana industria pero prefiere empresas dependientes del Estado bajo la denominación de Empresas de Propiedad Social, EPS, contratistas subyugadas al dictamen del Gobierno. Se emociona con la cogestión y después de fracasar en los casos de Venepal y Texfin descarta la idea. Y respecto a Fedeindustria, este gremio todavía sigue esperando respaldo abierto, estímulo y fomento, y no puede haberlo, porque en la cabeza de Chávez circula una duda: ¿Y qué hago con la pequeña y mediana empresa cuando se haga grande? De hecho, en 2011, el Gobierno da inicio a la expropiación de pequeñas y medianas propiedades.

Con la protesta, Fedecámaras se deslustra de la imagen de que los empresarios son enemigos del pueblo. Se quita de encima la marca de que su papel se limita al debate económico. Fedecámaras participa entonces en el debate político y social, mientras el Gobierno queda enjaulado en el manejo de los descalificativos. Primero llama a la institución un club de comerciantes y después una cúpula de capitalistas y oligarcas. El paro constituye un mensaje claro a los distintos sectores, no solo al Gobierno, sino también a la Fuerza Armada. Y es que mientras Carmona Estanga convoca a diálogo y a cumplir la Constitución en cuanto a la discusión y a la

participación en la elaboración de las leyes, el Gobierno se encierra en sí mismo, y ocurre que oficiales de la Fuerza Armada, generales, inclusive, llegan a amenazar a periodistas apuntándoles que «la paciencia militar tiene un límite». Pero todo tiene su contrario. Ya que el éxito de la protesta obliga a reflexionar a otra parte de la Fuerza Armada hasta el punto de que el general Lucas Rincón Romero, jefe del Ejército, se decide a aceptar una vieja invitación a Washington, en señal de que la Fuerza Armada no es enemiga de los Estados Unidos. «Iré cuando sea oportuno, cuando lo crea conveniente», dice en privado Rincón Romero, y el nuevo cuadro político surgido del paro le brinda la oportunidad. El paro se transforma en un mensaje a la calle, convenciendo a la población de que el poder chavista no es monolítico, inquebrantable. Todo lo contrario, pautó una seguidilla de derrotas de las que Hugo Chávez no podrá reponerse hasta el 13 de abril del año siguiente, cuando vuelve, victorioso, «resucitado», al Palacio de Miraflores. El paro confirma que la salida a la época de la incertidumbre es civil, y de hecho, es el sector civil del chavismo el único que dentro del Gobierno sale fortalecido por haber jugado hasta último momento la carta de la concertación. Eso se verá más tarde, el 11 de abril de 2002, cuando Miquilena rompa definitivamente con Chávez y este caiga, fundamentalmente, por presión de la sociedad civil y del pueblo marchando en la calle.

De repente se había quebrado la hegemonía chavista. Desde diciembre de 1998, Chávez cabalgaba de victoria en victoria. Pero el paro del 10-D lo hace caer en otra realidad. Dos días antes de la fecha, la CTV se suma a la protesta y la decisión establece el precedente de una alianza que se sostiene hasta la noche del 11 y la madrugada del 12 de abril, cuando el mismo Carmona Estanga abra y cierre otro episodio de la lucha y el poder, y entonces el líder sindical Carlos Ortega lo abandone, lo deje solo, en su decisión de autojuramentarse como presidente *de facto*. Hay que detener un tanto la rueda en este 2001, dado que es un año en el cual se van acumulando episodios encaminados a echar por tierra la hegemonía roja. Así, contra Chávez, suman el triunfo de Carlos Ortega en el mundo de los trabajadores petroleros; la protesta organizada de los productores del campo contra la Ley de Tierras; la salida del gobierno de Miquilena; el abandono del MAS como aliado partidista, aunque de ese partido se desprende un ala que da origen a Podemos y que sigue apoyando el proceso en el siguiente lustro; y el reencuentro definitivo de varios factores, los empresarios, los partidos, la Iglesia y los dueños de los medios de comunicación, en una gran alianza, cuyo objetivo (nítido) es salir de Hugo Chávez del poder.

Recapitulando, se puede afirmar que el éxito del paro le insufla más aliento a la dirigencia empresarial, sindical y política, sobre todo cuando el mismo día de la protesta, en un acto en el aeropuerto de La Carlota de Caracas, ante el tronido de un Chávez queriendo restarle importancia a la jornada, la gente, los vecinos, bajan de los edificios con cacerolas en mano, acallando las palabras presidenciales. Lo siguiente es que el pueblo se pone en marcha. Las cacerolas retumban en Caracas. Y los

empresarios, apenas transcurridas las fiestas navideñas, vuelven a verse la cara y calibran la situación. Desde Fedecámaras, Carmona Estanga mira cómo Venoco, la empresa que preside, entrega al Banco Mercantil el control de Seguros Orinoco para saldar deudas atrasadas. Otra empresa química, Corimon, se cotiza en Bolsa a un tercio de su valor en libro, y Carlos Gill monta la estrategia de defensa ante una posible Opa. En los días previos al paro, Emilio Botín arriba a Caracas y lanza desde el Teatro Teresa Carreño el portal Universia del Grupo Santander. Sanitas de Venezuela anuncia un plan de inversión de 50 millones de dólares para construir clínicas en Caracas. Y Hugo Hernández Raffali, declarado amigo del presidente Chávez, defensor de la nueva Ley de Hidrocarburos, alerta que las empresas agrupadas en la Cámara Petrolera pueden declararse en mora ante la subida de las tasas de interés que han alcanzado los 50 puntos, dado el nerviosismo, la incertidumbre y la confrontación política de las últimas semanas. En los días que anteceden, y en los días posteriores al paro, lo que puede contarse en un lapso de poco más de una semana, la fuga de divisas habría de calcularse en al menos mil millones de dólares. El nerviosismo seca la liquidez en la banca, y la sequía empuja las tasas de interés hacia arriba, y en ello estriba el nerviosismo de Hugo Hernández Raffali, consentido de Chávez en tantos discursos, en tantos actos. Es que Hernández Raffali había sido otro de los financistas de la campaña de 1998.

A la par, el mundo político se muestra movedizo. Miquilena ya no está en el Gobierno. Y desde su casa, distanciada, mas todavía entre dudas y culpas, le promete a Chávez seguir cooperando. Pero en verdad era un adiós, como dicen Cristina Marcano y Alberto Barrera en el libro *Chávez sin uniforme*. «Para entonces había estado observando, según asegura hoy, una metamorfosis en su pupilo que le disgustaba. La retórica de Chávez, asegura, le molestaba cada vez más. “Ese lenguaje revolucionario mentiroso...”». De todas maneras, ya en enero un informe de Strafor habla de que el exministro y expresidente de la Asamblea Constituyente, está listo también para voltearle el apoyo de la Asamblea Nacional al presidente. (Esto se sabrá en abril, cuando los parlamentarios, chavistas y no chavistas, acuerden una mayoría para legitimar, darle cobertura formal y democrática al nuevo presidente que vaya a sustituir a Chávez. Solo que Carmona Estanga y los militares que rodean a este juegan otra apuesta). El reporte del Citigroup apunta que la pérdida de credibilidad y de apoyo político ha ocasionado una fuga masiva de capitales. La primera semana de febrero de 2002 la bautizaría el boletín confidencial *Descifrado* como la semana más cara del mundo. «Si diciembre y enero le costaron al país salida de capitales por el orden de los 2500 millones de dólares, durante la semana pasada se habrían fugado 1200 millones». En un solo día el BCV tiene que quemar 450 millones de dólares, todo un récord en la historia financiera del país. Otro día la quema alcanzó los 350 millones, y otro, 250 millones. Las reservas venían en caída libre, alcanzando los 10 mil millones de dólares. En medio de la paranoia, la estadounidense Kimberly Clark le dice no a Alejandro Delfino, y de esa manera suspende la compra de la papelera

Manpa, pautada previamente en 300 millones de dólares. La propia Kimberly, viendo el juego tan peligroso en el país, coloca en el congelador sus inversiones en otra papelera de su propiedad, Guaicaipuro. Y como si fuera poco, esa semana cara se corona con la destitución del presidente de PDVSA, general Guaicaipuro Lameda, quien ha criticado algunos aspectos de la Ley de Hidrocarburos. Chávez escoge para sustituir a Lameda, a Gastón Parra Luzardo, economista, profesor especializado en petróleo, un hombre de visión dura, y esa visión dura, militante y sectaria, es el detonante para que Chávez bote a la gerencia de PDVSA con la consecuencia del estallido del conflicto, otro paro, el paro petrolero del 7 de abril de 2002. Por cierto, en esa fecha, se asoma, tan solo como director externo de PDVSA, alguien que dará de que hablar en los próximos años, en calidad de presidente de la empresa y a la vez ministro de petróleo y jefe del PSUV: Rafael Ramírez, el cerebro de la PDVSA roja rojita.

No es sino hasta mediados de febrero que Chávez convoca a los empresarios al Palacio de Miraflores. Han transcurrido tres meses desde la protesta del 10-D, y más de un trimestre de la ruptura de relaciones con Fedecámaras. Vale recalcar que entre 2001 y lo que corre de 2002 se han ido acumulando los ingredientes de la gran olla de presión que estalla el 11 de abril. El dirigente del MAS, Felipe Mujica, ha repetido hasta el cansancio que «nadie puede decir que el 11 de abril estaba montado».

—Fue la consecuencia de una serie de detonantes —ha puntualizado el político.

Es así como las relaciones Ejecutivo-Fedecámaras seguirán rotas en febrero, porque a la cita, Chávez, en su constante de hablar a su modo, invita a quienes cree conveniente, dejando al margen a la representación institucional. Los contactos con Carmona Estanga se limitan, primero, a ser llevados por Rafael Simón Jiménez, primer vicepresidente de la Asamblea Nacional, quien visita la sede empresarial a principios de febrero. Jiménez, amigo de Chávez, paisano de la natal Barinas, pero hombre de ideas moderadas, ahora exmilitante del MAS y aún aliado de Luis Miquilena, lleva el encargo de hacer notar la preocupación del Gobierno por el deterioro de las relaciones institucionales. Jiménez le propone a Carmona Estanga que se reúna con algún alto funcionario del Ejecutivo, si acaso no con Hugo Chávez. El contacto se produce. El protagonista es el capitán Ramón Rodríguez Chacín, sustituto de Miquilena en el Ministerio de Interior y Justicia. Rodríguez Chacín pertenece a la línea dura del chavismo. Era miembro del grupo responsable de la masacre de los campesinos de El Amparo en 1988. Participó en la intentona golpista del 27 de noviembre de 1992. Al llegar Chávez al poder pasó a integrar la línea de mando de la policía del Estado, Disip, y sería el encargado de llevar las relaciones del Gobierno y Chávez con la guerrilla colombiana. La reunión de Rodríguez Chacín y Carmona Estanga se celebra el 17 de marzo en la casa del empresario. Otra vez el mismo sitio en el que meses atrás habló con Rangel, sin acuerdo alguno. Y otra vez es lo mismo. Rodríguez Chacín repite el guion cuyo contenido tiene como propósito lograr la división empresarial, yendo esta vez más lejos: apuntar la responsabilidad de

los empresarios en una conspiración que está en marcha.

La verdad es que antes, en enero, en Macondo, en la casa de Miguel Henrique Otero, propietario de *El Nacional*, se dan cita, bajo la excusa de solidaridad con el periódico que había sido objeto de ataques por grupos de chavistas, los representantes de Fedecámaras, Iglesia, medios, partidos políticos. Como no era común verlos juntos, destaca la presencia amigable de Gustavo Cisneros y Marcel Granier, enfrentados antes, aliados ahora. La conversación en Macondo, intensa, gravitó por la libertad de expresión y por la búsqueda de un plan alternativo de gobernabilidad. Nadie lo dijo. Pero allí se anticipa la salida de Chávez del poder, y en el encuentro de Macondo, se exploraban soluciones para un desenlace. Ya se veía próximo, pero no tan próximo, no en abril, y sin embargo lo real es que Chávez perdía apoyos empresariales, apoyos en el pueblo, apoyos en la Fuerza Armada, apoyos en la Asamblea Nacional, apoyos en su propia gente. La de Macondo era uno de los tantos encuentros. En el ambiente quedaba claro que la iniciativa partía de tres polos clave: la Iglesia y el Cardenal; el Grupo Cisneros y Venevisión; y Alberto Federico Ravell y Globovisión. La seguidilla de hechos de 2001 allanó los puentes de las coincidencias. La actividad, intensa y seguida en Venevisión, con voceros de partidos y empresarios y otras organizaciones, hacía ver la sede del canal de Cisneros como una sede partidista, bajo la conducción del presidente de la época, Víctor Ferrere. Y en la medida en que transcurre el tiempo, las reuniones son más seguidas, no solo en Venevisión, sino en diversos lugares, y no en pocas ocasiones, paralelas y hasta en competencia, unas con otras. Pues de la coincidencia y la discusión de los factores que confluyen, surge el problema: quién puede ser el sustituto de Chávez. Entonces, se suman los enlaces militares, en la figura de Vinicio de Sola. Y a ello es que alude Rodríguez Chacín. No es casual que en el evento, **Voces por la democracia**, organizado por el diario *El Nacional*, el 7 de febrero, hace su aparición el primer militar en desconocer la autoridad de Chávez, su comandante en jefe. Se trata del coronel de la aviación, Pedro Soto.

Forzado por la circunstancias, el presidente intenta moderar la imagen, el lenguaje, intenta recomponer las relaciones. Demasiado tarde. Ya no engaña a los factores de poder. Llega el viernes 15 de febrero. Hugo Chávez hace un esfuerzo de última hora para mostrarse distinto ante los empresarios. Para el encuentro de esa noche en el Palacio de Miraflores invita a Lorenzo Mendoza, Grupo Polar; Michell Goguikian, Grupo Santander/Banco de Venezuela; José Carlos Pla, BBVA/Banco Provincial; Jorge Redmond, Chocolates El Rey; Carlos Gill, Grupo Bancentro-Corimon; Ignacio Salvatierra, presidente de la Asociación Bancaria; Felipe Brillembourg, cañicultor; Cándido Rodríguez, Banco Occidental de Descuento (será después senador del PSOE a las Cortes); Andrés Azpúrua, constructor, dueño de Banpro; Nelson Mezerhane, Banco Federal-Globovisión; Gustavo Marturet, Banco Mercantil; y Eduardo Gómez Sigala, Grupo Corimon y diario *El Informador*. Frente a ellos se sentaron Adina Bastidas, ahora ministra de Producción y Comercio, Jorge

Giordani, ministro de Planificación, Nelson Merentes, ministro de Finanzas, Diosdado Cabello (ahora vicepresidente) y Rafael Vargas, ministro de la Secretaría. La última vez que Chávez había visto un empresario de cerca fue en la juramentación de Adina Bastidas como ministra de Producción en el Teatro de la Ópera de Maracay, donde el discurso de orden estuvo a cargo de Filippo Sindoni, dueño de medios, pastificios y tierras e inmuebles en el estado Aragua. Sindoni sería secuestrado y asesinado cinco años después por mafias de delincuentes. Giordani toma la palabra y como nunca antes, se muestra claro, preciso, con lujo de detalles, en su exposición sobre el rumbo económico. No duda ni siquiera cuando los visitantes le apuntan que el plan se vendría abajo si el recorte fiscal no es en serio. Giordani ofrece respuestas rápidas. Llama al consenso y al diálogo. Lo dice sin autocritica, en una exposición que peca, si se quiere, de triunfalista, como si no abrigara responsabilidad alguna en los errores recientes.

—Era el de un hombre que admitía el borrón y cuenta nueva pero sin admitir culpas —confiesa uno de los asistentes.

En su turno, Merentes admite la posibilidad de que en los fondos de pensiones participe el sector privado. Aquello es música para los banqueros, en particular para los representantes del Santander y el BBVA, preparados, desde hace años, para arrancar con la estructura que han traído de tan lejos. El anuncio de Merentes queda en eso, en un anuncio. Los fondos de pensiones nunca llegan. Los otros ministros informan sobre las nuevas medidas económicas que serían anunciadas en los días siguientes: liberación de encaje y ampliación del mercado de bonos para bajar las tasas. Los banqueros apoyan la decisión, apuntando que el BCV actúa en la dirección correcta, aunque sin ocultar temores ante el rumor constante de la implantación del control de cambios. Giordani es de la opinión de que el tipo de cambio ya está buscando su equilibrio. El ministro Vargas se estrena como coordinador de la reunión. Los presentes coinciden en señalar que actuó de manera ejecutiva, sin pérdida de tiempo. Vargas concede el derecho de palabra a todos. Y las intervenciones se desarrollan de manera fluida. Entonces interviene Lorenzo Mendoza, Grupo Polar. Dice que si bien apoya las medidas, correctas y necesarias, las mismas quedarán sin efecto si el país no se encamina hacia un ambiente de tranquilidad, normalidad y diálogo. Mendoza, el más joven de los presentes, representa a su vez no solo una nueva generación de empresarios sino al grupo industrial de mayor peso en el país.

—Hay que recobrar la institucionalidad —apunta Mendoza, y con ello lo que quiso decir es que Carmona Estanga debía de estar en aquella reunión, representando los intereses de todos los empresarios. En consecuencia, complementa que la confrontación con el gremio debía ser cosa del pasado. Por eso, la próxima convocatoria debe incluir a Carmona Estanga. Y en ese punto recibió el respaldo de los banqueros Goguikian y Gill.

—Hay que recobrar la racionalidad —coinciden.

Las palabras de Mendoza le suenan coherentes a Hugo Chávez. Este había acompañado al empresario a la inauguración de la planta de *snacks* en Santa Cruz de Aragua en junio del año anterior, con una inversión de 50 millones de dólares que sumados a los 400 millones que Polar había pagado por Mavesa demostraban que el grupo no dejaba de invertir en el país. En aquella oportunidad, Chávez, en esa constante de dividir a quienes no están con él, en lugar de limitarse a aplaudir la inversión de Polar, enfiló por donde más le convenía:

—No combato a los verdaderos empresarios, a los emprendedores como los de la Polar, que tienen tradición de trabajo en Venezuela, que les duele el país.

Hasta aquí parecía estar bien, pero después puntualizó: «También hubo degeneración en el sector privado».

La verdad es que a Chávez le caía bien Lorenzo Mendoza. Le cayó bien hasta que lo vio aplaudiendo el 12 de abril la autojuramentación de Carmona Estanga y después formando parte del grupo líder del paro de diciembre de 2002. Le caía tan bien, que inclusive en un discurso en 1999 en el Palacio de Miraflores, llegó a exonerarlo de toda culpa con el pasado:

—Pero usted no, Mendoza, usted es muy joven para que le quepa esa responsabilidad.

En Santa Cruz de Aragua, Mendoza intentaba mostrarle a Chávez que el esfuerzo era compartido:

—Vivimos un momento de grandes retos para Venezuela. El éxito que tengamos dependerá en gran medida de lo que hagamos mediante un esfuerzo nacional conjunto.

Y Chávez, por su parte, se mantenía en sus trece:

—Faltan empresarios serios que planifiquen, que inviertan, que se **unan** al Gobierno para que juntos reconstruyamos esta nación.

Luego de las palabras públicas, hablaron quince minutos en privado, y solo ellos saben qué se dijeron entonces.

Así que solo Chávez está en capacidad de confesar cómo calibraba la ocasión en que otra vez escucha a Mendoza, ahora en Miraflores. No había transcurrido ni un año y es otro el panorama. No había transcurrido un año y se sienten tan lejanos, tan aislados, tan distintos. Sin embargo, al margen de qué pasa por la cabeza del presidente, lo cierto es que no podía dudar de la coherencia de Mendoza, máxime cuando él venía repitiendo, lo había dicho en un acto en Conindustria, que los empresarios no son políticos y que lo primero es el país y la empresa. Por ello todos callan y asienten cuando Mendoza toma la palabra. Al final, Giordani, Merentes y Vargas se comprometen a continuar el diálogo mientras Chávez confirma. Las puertas de los ministerios están abiertas, recalca Merentes. Pero estarán abiertas, nada más.

En la oficina de una multinacional, ellos se dan cita. Dos docenas de hombres y mujeres, empresarios, líderes sindicales y empresariales, un representante de la Iglesia católica, un par de dueños de medios, banqueros, y sobre todo, cabezas

pensantes, cabezas con ideas bien puestas. La idea de los encuentros es analizar el momento del país, la contundencia del paro empresarial, la reacción posible del gobierno y Hugo Chávez, y el desenlace de una crisis que se profundiza. Los documentos de esas jornadas son destruidos para evitar posteriores retaliaciones. Solo se conservan algunas evaluaciones generales. En ese sentido, aquellas figuras coinciden en que al paro puede atribuírsele un 60% de éxito; un 30% de los asistentes asoma que, de cara a la opinión pública, el evento había sido confuso. Ante la victoria, el 40% opina que el presidente puede reaccionar con mayor conflictividad, y sumando otro 30% que considera que la reacción sería más estatismo y «autoritarismo tolerante», se recalca en un escenario claro de confrontación. Eso es lo que ocurre. La reacción de Chávez es en esa dirección. Y la reacción de la gente en la calle también se perfila en la dirección prevista por el grupo: más frecuencia en los disturbios, 47% y tensa calma, 40%. Por otro lado, la percepción en ese momento, enero de 2002, es que Fedecámaras cuenta con un 60% de apoyo decidido de parte de todos los sectores empresariales, más un 34% de apoyo condicionado. En lo que refiere a la posición de la Central de Trabajadores de Venezuela, CTV, se maneja un 77% de conflictividad racional. Y entre coincidencia y convivencia entre CTV y Fedecámaras, las opiniones suman 40% por un lado y 48% por el otro. ¿Se cree en el diálogo en ese momento? El 36% se inclina por la posibilidad de un diálogo serio. En cambio, un 47% observa el desarrollo de protestas organizadas. ¿Con qué poderes contar para buscar salida a la crisis? El grupo, 51%, no se hace muchas ilusiones con el Tribunal Supremo, y apenas un 32% considera que la Asamblea Nacional puede estar proclive a un debate, mientras que el 53% considera que la Asamblea aceptaría una revisión «disfrazada» de las cuestionadas leyes.

Ante ese cuadro de evidente conflicto, el grupo se inclina por la búsqueda de apoyos en la Asamblea Nacional, combinando el *lobby* con presión. Hacia el Tribunal Supremo la decisión es combinar acciones y demandas con presión pública. Hacia la Fuerza Armada se resuelve establecer acercamientos institucionales en función de activar la «motivación institucional». ¿Cómo interpretar esto último? Queda a criterio. Pero en los debates, jamás se habla de golpe de Estado. Tampoco es el escenario para hacerlo. De todas maneras, no es ese el ánimo de los concurrentes, más bien ganados a crear espacios de encuentro con la sociedad organizada y eso sí, «organizar un plan de resistencia», activar la desobediencia civil y apuntalar un plan de concientización y posicionamiento, en el entendido de que el gobierno se va a radicalizar, tal como en efecto ocurrió. En cuanto a Chávez, la estrategia decidida es como en efecto ocurrió: confrontarlo de manera «activa, sin caer en provocaciones».

Mayor contundencia que el encuentro de Chávez y sus ministros con los empresarios en el Palacio de Miraflores tiene, en el impacto posterior, la fiesta de Gustavo Cisneros, en la casa N.º 17 del Country Club, celebrada el martes 26 de febrero. Ya se ha dicho. Venevisión es uno de los polos más activos en la lucha contra Chávez. En esta ocasión, el magnate abre las puertas de su casa para una cita crucial.

El exministro y ex segundo hombre del gobierno, Luis Miquilena, no dice nada en la recepción organizada para despedir a la embajadora de Estados Unidos, Donna Hrinak. Basta que haga acto de presencia, que sonría, que se deje tocar, que se deje filmar y fotografiar, y que hasta un chiste deje colar en alguno de los grupos de ocasión, para que el país capte el mensaje. Sí, Miquilena en casa de Gustavo Cisneros, empresario enemigo de Chávez. Pero, además, toda una sorpresa que Miquilena se apersona en una recepción para homenajear a la embajadora del imperio que presuntamente quiere tumbar al presidente de Venezuela. Por eso, en el caso de Miquilena sobran las palabras. El viernes de la semana anterior los diarios habían publicado esta afirmación de un diputado del chavismo: desde la casa de Miquilena se fragua la conspiración. En casa de Cisneros, a Miquilena le recuerdan la declaración del parlamentario, y Miquilena sobre este punto también suelta una sonrisa. La sonrisa es por lo que él sabe y los demás desconocen. Viejo zorro que lleva la política en la sangre, activo desde la década de los treinta, siempre en la oposición, y que cuando alcanza el poder, lo echan así, como un trapo viejo. Sin embargo, Miquilena no descansa. Tal vez por aquello de que a su edad, había cumplido 82, con poca sangre en las venas, está obligado a dar el máximo, sin cansarse, sin agotarse. El tiempo que lleva fuera del gobierno lo ha dedicado a rescatar antiguas relaciones, como la de Teodoro Petkoff, con quien se había distanciado. Necesita de todas esas relaciones restadas, todavía más desde que José Vicente Rangel, su amigo, su pupilo, lo abandonó, dejándolo solo en la lucha por abrir espacios dentro del chavismo duro. Miquilena no se amilana. Opera de un lado a otro, recomponiendo, recuperando, atando cabos. A su gente le ha dictado la cartilla de la paciencia. Entiende que el presidente es un hombre acorralado pero como aún no se ve entre la espada y la pared no clama por ayuda. Miquilena, se le nota en la sonrisa, sabe que eso ocurrirá de un momento a otro. Es que Miquilena todavía no le ha dicho la última palabra a Chávez. Se la dirá la tarde del 11 de abril desde Venevisión, el canal de Gustavo Cisneros. Miquilena envía mensajes. Miquilena va a fiestas donde antes no se asomaba. Se deja fotografiar en lugares que lucían antes inconvenientes. Se aparece en graduaciones de funcionarios policiales. Se le ve un día con Ignacio Arcaya, otro exministro de Chávez. Otro día con el empresario Tobías Carrero, antiguo aliado de Chávez. Ellos son sus amigos más cercanos. Viaja a otras ciudades del país. Sostiene que sigue siendo el jefe del MVR. Y no deja de apuntar que está dolido. Muy dolido. Sin embargo, el dolor no es amargura, y por eso sonrío allí, en casa de Cisneros. En ese momento no falta quien agregue: si allanan esta casa, cogen junta a toda la contrarrevolución. Hace exactamente un año, un año atrás, que Cisneros había ofrecido un homenaje al recientemente designado cardenal, Ignacio Velasco. La asistencia era entonces tan variada como ahora, solo que en aquella oportunidad la única persona vinculada al gobierno en aparecerse por allí fue Fernando Álvarez Paz, a la sazón presidente del estatal Banco Industrial de Venezuela, quien meses después saldría de la institución con las tablas en la cabeza,

señalado de irregularidades. En esa etapa, los ánimos entre empresarios y Gobierno no habían llegado a punto de ebullición. Por el contrario, todavía Cisneros se tomaba la licencia de invitar a Julio Iglesias a cantar con Chávez y el presidente chino, de visita en el país. Pese a todo, los personajes del Gobierno, ni pensar entonces en Miquilena, se atrevían a pisar la casa número 17 del Caracas Country Club. Al menos no en público. Todo este tiempo de los tres años de administración chavista, más el año, 1998, en que le tocó conquistar el poder a Chávez, han transcurrido en una eterna «reunidera» y en una eterna celebración. Son los mismos actores, pero que con motivos distintos se han encontrado para celebrar, conmemorar o enjuiciar. Diría el cronista Oscar Yanes: así son las cosas. Por ejemplo, allí en casa de Gustavo está ese viernes la notoria humanidad de Jorge Olavarría, por lo cual, es obligado recordarlo en 1998 en la celebración del cumpleaños de Rosinés, la hija menor de Chávez, compartiendo con el matrimonio Chávez-Rodríguez, en el Círculo Militar. Fue la fiesta de Winnie the Pooh, donde Olavarría cargó la bebé, le hizo cosquillas y le pellizcó las mejillas. Eran los tiempos en que Olavarría hablaba del gendarme necesario. Quería ser canciller de Chávez. No lo logró. Y, al menos, antes de morir, reconoció el error, y por ello también dijo: A Chávez tenemos que sacarlo los que lo pusimos en el poder. En casa de Cisneros, Olavarría se echa en una poltrona ubicada en los corredores laterales, muy pensativo, imaginando lo que se avecinaba. Más allá de Olavarría, Miguel Henrique Otero, el anfitrión del encuentro en Macondo. En Macondo, ironía del destino, Otero y Chávez habían soñado, en el pasado, con un mundo mejor, pero juntos, aliados. Alfredo Peña, testigo principal, ahora también se erige en actor principal del antichavismo. A Otero, Chávez no le brinda respiro en el ataque y este se ha decidido por el contraataque. Con seguridad, una pelea con consecuencias. Al margen de que si la langosta y el vino están muy buenos, lo mejor de la cocina en la fiesta son las candidaturas, medio en serio y medio en broma, que ya se cocinan y se sirven en casa de Cisneros. Se pasea muy orondo el sacerdote jesuita Mikel de Viana, ¿candidato yo?, ni de vaina. Pero no deja de derrochar simpatía. El gobernador de Miranda, Enrique Mendoza, más allá, en un toldo para cubrirse del sol, recibe visitas y saludos, en una especie de búnker transitorio. Mendoza no se mueve a ninguna parte. Todos van hacia él. Por su parte, Peña, todavía alcalde mayor, no deja de moverse, buscando espacio, y Claudio Fermín aparece nuevamente con la soltura de todos los días. Eduardo Fernández tiende la mano en cientos de saludos; el general Guaicaipuro Lameda, expresidente de PDVSA, como un nuevo héroe, se da el lujo de ser el más buscado, graba un programa en un cuartico y hasta le confiesa unas cuantas cosas a Miquilena, quien se marcha con Tobías Carrero a almorzar al restaurant *Lasserre*, para variar.

Si algo es concluyente en ese coctel, es la capacidad de convocatoria de Cisneros. Un observador agudo dirá que no hay que hacer mucho esfuerzo para reunir en estos tiempos a un universo tan amplio de entusiastas que hablan solamente de política. Tal vez, pero la mezcla de aquella tarde es representativa. Basta el detalle de un Mikel de

Viana buscando un fotógrafo para dejar constancia de que Carlos Melo es invitado a casa de Cisneros. Melo, antiguo militante de izquierda, exchavista, miembro de brigadas de choque, disfruta la ocurrencia, pero lo que no ve el cura De Viana es la familiaridad con que el banquero Nelson Mezerhane saluda a Melo, ni la cordialidad con que el mismo Melo y el también banquero Juan Carlos Escotet hablan de carreras y maratones. Si Mikel presenciara el gesto, aumentaría su sorpresa, pero el cura está entretenido con un saludo al dirigente de Primero Justicia Julio Borges y otro al editor, Miguel Ángel Capriles López. Otro detalle de la mezcla lo dice la fotografía publicada en *El Universal* al día siguiente. Lameda hablando con Miquilena, y como observador directo, Carlos Ortega, presidente de la CTV. ¿Milagro? Sí, el milagro obrado por un santón llamado Chávez. ¿Quién imaginaba hace pocos días un encuentro entre Ortega, Pedro Carmona Estanga y Miquilena? Pues resulta que es posible. Si se habla de que algo es posible es porque en un tiempo era imposible. Y aquí vale la pena destacar que la unión vino después de la división, que esto último era uno de los objetivos del chavismo. Primero, hacer la diferencia entre empresarios locales e internacionales, y segundo, calificar a algunos locales de revolucionarios y a otros de contrarrevolucionarios. Pues nada, en casa de Cisneros se encuentran locales y extranjeros, y adversarios y competidores locales que hacía mucho tiempo no se veían la cara y mucho menos tenderse la mano. Porque ese es el otro milagro. Si Chávez ha logrado la unidad de los factores políticos, también empuja con sus actos la unidad de los hombres del capital que ponen pausa a sus rencillas de dinero. Por tanto, la de Cisneros no es una reunión de corbatas y perfumes, como decía el columnista de *El Mundo*, Álvaro Agudelo (de quien se afirma es seudónimo de José Vicente Rangel), sino de posiciones, preguntas, respuestas y planes. Planes para el futuro, cuando todo cambie. Es que es imposible evitarlo. Así son las reuniones. Así fueron las reuniones con Chávez y así son las reuniones sin Chávez. En todas se piensa, incluyendo el futuro. Si no que lo diga Henry Lord Boulton, quien abrió su casa de la Lagunita Country Club para algunos encuentros con el entonces candidato, pensando Boulton en sus propios intereses: salvar lo que quedaba del centenario Grupo Boulton, como la línea aérea Avena, o el *holding* HL Boulton y Terminales Maracaibo. (Jugada fallida. El empresario terminó perdiéndolo casi todo). O Manuel Puyana, quien lo invitó a su oficina del Centro Altamira, con Gustavo Vollmer incluido. O Reinaldo Cervini, que no dejó de abrirle espacio social desde su casa del Country y desde su oficina de Campo Alegre. Todos pensaban en un futuro con Chávez. Todos construyeron el cambio con el ahora presidente, y ahora lo construyen sin él. El cambio y el futuro no están en la misma línea. Tal vez en la opuesta. O en otra parte. Y quizá eso lo piensa Víctor Gill Ramírez, presente en la casa de Cisneros, pero presente también en aquella reunión de empresarios con Chávez en el Hotel Gran Meliá Caracas. O lo piensa Tobías Carrero, cuya oficina fue espacio y búnker del comandante que buscaba el poder, y a quien más nunca se le ha visto cercano al presidente, pese a los viejos lazos de amistad que los unieron desde la natal Barinas.

Lo irónico es que en medio de la batalla siempre hay una fiesta, un coctel o una celebración. Por ellas se miden los caminos del poder, por sus ausencias y por sus presencias, por los gestos y las palabras. Miquilena abraza a Gustavo Cisneros en medio del patio bajo un sol inclemente, y Alberto Federico Ravell, director de Globovisión, corre para unirse al grupo, y las cámaras no dejan de grabar la instantánea. No es una foto cualquiera. Allí están los tres factores. O tres de los factores. Es una imagen congelada para la historia, realizada en un escenario de lujo.

VII. *El Dios Sol*

El asesor recomienda al líder encarnar el sentimiento «hispano-criollo». Chávez es casi un Dios para los más necesitados, es la figura paternal, es el salvador de la patria. Somos libres. Antes aquí gobernaba el FMI. Conecta rápido con las masas, como un predicador, un maestro, un orientador. Es quien en medio de una rueda de prensa pide la bendición a su mamá, se persigna y le envía un saludo a su compadre, igual que un coplero en la tarima de las fiestas de un pueblo. El llano. Apure, quién te viera. Cuando yo no sea más presidente me voy a la orilla de un río a descansar. Canta. Recita. Reza. Habla de Cristo revolucionario. Cristo es el primer socialista. Saca el crucifijo. Se burla de un hermano. Pone sobrenombres, apodos. A mi hermano Argenis, Zamurito, lo pongo al frente de la recuperación eléctrica. La cara común lo acerca a lo más popular de la población. No es nada más que extiende la mano a la multitud, también abraza a un niño, pega frente con frente con ojos cerrados de complemento, abraza al hombre que se arrodilla, llama hermanos a los hombres y hermanas a las mujeres, compadre al compañero de armas. Diosdado, allá está el cabezón, tu hijo pequeño. Es quien crea su propio mito, sin reserva alguna, contando cómo arriesgó su vida cuando desde un helicóptero y en medio de la tormenta inspeccionaba la tragedia de Vargas. Recuerda en sus discursos las noches en cuarteles. Alerta sobre los planes de matarlo. Habla del cáncer que padece como si sufriera un resfriado común. Qué es un cáncer para mí. Viviremos y venceremos, sentencia. Recuerda el día que en la frontera, perdido, al mando de un batallón, fue interceptado por un avión, sin saber si era enemigo o amigo. Es el mito Chávez. Nace una estrella. Es la figura heroica. Es Chávez en la franela de un joven. En la estampa de una viejita. En las pinturas de los artistas populares. Es Chávez como Bolívar. El comandante en su laberinto. El jefe que sufre y ama a los suyos, a los pobres, a los desamparados. El nuevo Benemérito, lleno de amor para los suyos y alimentado por el amor de un pueblo, como Juan Vicente Gómez o el dictador Salazar, el de Portugal. La segunda independencia está en marcha, reza la propaganda oficial. Menos mal que llegó la revolución. El país iba al abismo. Lo saquearon. Más nunca volverán a gobernar a Venezuela. Lo juro. Y en ese empeño no cesaré, así se me sequen los huesos. Es Chávez en el cuadro que preside la recepción de La Casona Presidencial. Es la «relación subjetiva que llega a establecerse entre el dictador y su pueblo», para usar palabras de Vargas Llosa. Es Chávez en los textos de estudios, porque a las primeras de cambio el Ministerio de Educación, Cultura y Deportes prácticamente ha establecido un culto a la personalidad, destacando la «gesta» chavista y borrando de un plumazo la historia de los últimos años en

Venezuela. El 4-F partió la historia en dos. De eso no nos arrepentimos. Chávez en afiches gigantes. Chávez a la entrada de todo despacho público. Chávez en la radio, la televisión. Chávez en las palabras de un niño. La imagen de Chávez en la bolsa de comida. Chávez controla la distribución de alimentos para los sectores populares. Chávez entrega una vivienda y todos repiten: esta casa te la dio Chávez. Chávez manipula el miedo. Más que el miedo, «algo más sutil e indefinible que el miedo», se lee en La fiesta del Chivo. «Esa parálisis, el adormecimiento de la voluntad, del raciocinio y del libre albedrío que aquel personaje... ejercía sobre los dominicanos pobres o ricos, cultos e incultos, amigos o enemigos...». Manipula las carencias de los que menos tienen. Las colas de los humillados, señala la diputada María Corina Machado. Filas de gente bajo el sol. Bajo la lluvia. A la vera de un camino. Filas de obreros a la espera de un enganche. Y es Chávez hasta en los sueños. O como Trujillo, «un señor que lleva unos espejuelos oscuros y está en todas partes, incluida su memoria», recuerda Urania en La fiesta del Chivo. Chávez es el jefe. El líder de este proceso. No tenemos complejo en reconocer que nosotros sí tenemos jefe y ese jefe se llama Chávez, señala, adula, desde la tribuna de oradores, el presidente de la Asamblea Nacional, diputado Diosdado Cabello, segundo hombre del régimen. Y todos aplauden. Los diputados aplauden. Ríen sus chistes. Ríen los ministros, y también aplauden. Sonríe José Vicente Rangel. José Vicente es más viejo que Matusalén. Ríen y también lloran. El general Baduel soltó una lágrima en un discurso. Y una lágrima se le escapó al general Acosta Carlez en otro discurso. Ambos ya no están con Chávez. Pero lloraban. Y reían. Y aplaudían. Lo complacían.

VIII. El magnate que tenía el poder

En la casa del Country Club coinciden los principales que se verán la cara la tarde del 11 de abril. Los acontecimientos de los últimos días se han desarrollado demasiado rápido. La marcha del 23 de enero, aniversario de la caída de la dictadura de Pérez Jiménez. La concentración convocada por la CTV frente a la sede sindical. Las manifestaciones de los petroleros frente a la sede de Chuao. El 5 de marzo, la CTV y Fedecámaras, con el respaldo de la Iglesia católica, firman las bases para un acuerdo democrático. El 9 de abril los trabajadores petroleros se declaran en huelga. La CTV y Fedecámaras convocan un nuevo paro para el 9 de abril, y en vista de su éxito es extendido otras 24 horas. O sea, todas las condiciones objetivas estaban allí. Una jornada que se extiende para el 11 de abril, una fecha cualquiera que terminó siendo una fecha excepcional. Pues Chávez terminó de ponerle presión a la olla al botar — conducta de dictador—, durante su programa de TV, uno a uno, a los gerentes de PDVSA, aderezando la decisión con un pito que hacía sonar, chillar, cada vez que mencionaba el nombre del gerente en cuestión. Fulano de tal, ¡pa' fuera! Mengano, ¡despedido!, gritaba Chávez, sonaba el pito, y la corte de adulantes, presente en el set del programa, aplaudía, llegaba al paroxismo cada vez que sonaba la fanfarria estridente del silbato. Aquello no era racional. Era chocante. Tal vez comparada a la escena en que Chaplin, encarnando a Hitler en *El gran dictador*, juega con el globo terráqueo. Entonces, la velocidad de los acontecimientos ya estaba a nivel de vértigo. Y, en consecuencia, para el 11 de abril se llama a concentrarse otra vez. Ante la sorpresa de partidarios y contrarios, se rompen todos los pronósticos. Más de medio millón de personas salen a las calles. Bien temprano, el grueso de manifestantes da indicios de lo que será ese día, inédito en diversos aspectos:

1. Gente dispuesta a cambiar la historia.
2. Marchan al Palacio de Miraflores a todo riesgo.
3. El tamaño de la manifestación deja atónito a Chávez. Sorprende a la dirigencia opositora.
4. Militares leales al presidente, como el comandante del Ejército Efraín Vásquez Velasco, y el jefe del Comando Operacional, general Manuel Antonio Rosendo, reconsideran su posición. Se le voltean a Chávez. Con lo cual el 11 de abril confirma lo excepcional del momento. José Vicente Rangel, ministro de la Defensa, ha confirmado que la tarde del 11 buena parte de los que se voltearon, incluyendo al general Vásquez Velasco, desfilaron por su despacho.
5. Se reprime la marcha. Chávez encadena los medios para dirigirse al país. La cadena tiene la intención de ocultar lo que estaba ocurriendo en la calle. La conducta del presidente termina de convencer a los militares y comienza el principio del fin. Los medios dividen la pantalla. Muestran la arremetida contra los manifestantes.
6. Chávez se

entrega. Y esto también es excepcional. En un cuadro de esa naturaleza, lo usual es la confrontación. O la muerte del presidente. Muerte en acción. Ejemplo, Allende. 7. La detención del presidente es parte de la excepcionalidad. Y más aún que al mandatario lo humillen los militares en Fuerte Tiuna, y luego de humillarlo, en lugar de sacarlo del país, lo dejan confinando en La Orchila, isla remota sí, pero parte del territorio nacional. 8. Los militares toman control de lo que viene a continuación. Y toda influencia de los grupos empresariales y los partidos políticos queda anulada. 9. Se designa presidente a Carmona Estanga. 10. Vienen los decretos, por imposición militar.

Ya se ha dicho, antes del 11 de abril, el presidente despide la gerencia de PDVSA. La forma desata la ira colectiva. Por esos días previos, el vicepresidente, Diosdado Cabello, obedeciendo línea de Chávez, se erige en el artífice de la antipolítica, al cerrar las puertas de todo diálogo, toda negociación. Chávez hace más recurrentes, diarias y a cualquier hora, las transmisiones en cadena de sus vaporosos discursos, de sus esquizofrénicas y febriles peroratas, con paréntesis tan largos como otro discurso, interminables letanías, con despedidas circulares, repetitivas. El 11 de abril, Pedro Carmona Estanga sale muy temprano de su casa. Amanece y las bocas del Metro de Caracas, literalmente, vomitan gente que se dirige a manifestar. Las avenidas, las calles, se convierten en ríos de manifestantes. No son aún las 10 de la mañana, y los cálculos de los organizadores de la manifestación, convocada para concentrarse en Chuao, frente a la sede de PDVSA, quedan totalmente rebasados. Es un mar de gente. Los ríos humanos confluyen. Los factores de poder ya han confluído. Hay tanta gente que la marcha ya no se mueve cuerdas atrás. Toda esa gente ha llegado hasta allí de manera espontánea. Nadie les ha pagado. Nadie les ha transportado. Nadie les ofrece nada, excepto recuperar la democracia. El lema principal es que Chávez abandone el poder. En la tarima, los agitadores se percatan: aquello no tiene precedentes. Entre los oradores de esa mañana, figuran Pedro Carmona Estanga, el líder sindical Carlos Ortega, y líderes políticos, artistas, y la gerencia petrolera victimizada por el verbo lacerante de Chávez. El jefe empresarial cierra el acto pero antes ya la marcha ha tomado camino de Miraflores a la voz de «vamos para Miraflores». Alguien lo dijo. Y la multitud esperaba que alguien lo pidiera. Carmona Estanga apura el paso para alcanzar la punta. No llega. La marea es recibida a disparos en el centro de Caracas. Chávez ordena activar los planes de seguridad. El general Jorge Luis García Carneiro, leal a Chávez, desplaza tanquetas hasta Palacio, desobedeciendo al jefe del Ejército, general Efraín Vásquez Velasco. José Vicente Rangel, el alcalde de Caracas, Freddy Bernal, y el diputado Juan Barreto, se cuentan entre los que llaman al pueblo, a los cerros, a defender el Gobierno, con lo que tengan en las manos. Barreto, William Lara —este, presidente de la Asamblea Nacional— y el ministro de Educación, Aristóbulo Istúriz, entre otros, le hacen compañía al presidente. Los militares no obedecen a Hugo Chávez ni los cerros bajan. Sin embargo, los grupos organizados para la defensa del Palacio ejecutan su trabajo. La emboscada estaba

preparada. Funcionarios militares leales a Chávez forman círculos y en medio de ellos, elementos civiles reciben armas y pasan al ataque. Previamente habían dispuesto de un hospital de campaña en los patios de Palacio. Pese a los esfuerzos, el Gobierno cae. Dirá Chávez que se entregó para evitar que corriera la sangre, pues, ha dicho, las unidades militares todavía le eran leales, versión que no encaja en el cuadro de fuerzas, en el poder de fuerzas que opera desde la tarde del 11, cuadro que, a la entrada de la noche, parece más evidente en los pronunciamientos de los distintos factores, en rechazo al atropello gestado en Miraflores, y con la decisión de los generales Vásquez Velasco y Manuel A. Rosendo de no seguir acompañándolo. Esto sí que fue una sorpresa para el presidente, como para Allende lo fue que Augusto Pinochet, el oficial por quien clamaba para que lo defendiera, era el jefe de la asonada. Y la Guardia Nacional, fundamental para el sostén de Carlos Andrés Pérez el 4-F de 1992, es la misma Guardia Nacional que se le voltea a Chávez. No hay que negarlo. El poder cayó. El poder se derrumbó, y en ello, la gente fue protagonista ese 11 de abril. El editorial del día siguiente de Teodoro Petkoff en *Tal Cual* reza:

«Aquí no hay manera de resolver institucionalmente el cambio político habido. Vicepresidente, presidente de la Asamblea, presidente del Tribunal Supremo no sobreviven al colapso del chavetazo. Ya se verá cómo se resuelve el problemas de las formas, pero la Junta de Gobierno tiene un único y fundamental cometido: conducir al pueblo venezolano a decidir prontamente el gobierno que se quiere dar para restablecer la continuidad democrática asentada en la voluntad popular».

Carmona Estanga y su tren de Fedecámaras; Carlos Ortega, y la dirigencia de la CTV, los gobernadores y alcaldes, los diputados de la oposición, dueños de medios, empresarios, militares retirados y pueblo, mucho pueblo en marcha, lo habían conseguido. Habían solicitado la renuncia de Hugo Chávez. Esa tarde, Venevisión, la televisora de Gustavo Cisneros, vuelve a ser el punto de encuentro de los factores democráticos. Desde Venevisión, Carlos Andrés Pérez defendió la democracia cuando Hugo Chávez intentó tumbar al gobierno el 4-F de 1992. Si en la casa de Cisneros dos meses antes se congregaba todo el antichavismo, esta vez en Venevisión ocurría lo mismo, con esta novedad: se espera el desenlace. El pueblo ya ha hecho su parte. Ha marchado. Se ha manifestado, y el poder tembló. El poder se estremeció. Ahora le toca a los factores de poder administrar lo que se cuenta como una victoria. Aparece Luis Miquilena casi en la noche. Ofrece una rueda de prensa y termina de quitarle el poco respaldo político que le queda al presidente. En ese momento, los jefes militares, desde sus posiciones de mando, se van declarando en rebeldía, en desobediencia o en todo caso, se inhibían de defender al Gobierno. Ni siquiera el general Raúl Baduel —artífice del regreso de Chávez al poder el 13 de abril siguiente— se movería esa noche para defender al presidente. («Baduel arrancó empujado», dirá un lustro después Diosdado Cabello, cuando Baduel se cambie al lado opositor, oponiéndose a la aprobación de la reforma constitucional que Chávez somete a elección en 2007). Aparece monseñor Baltazar Porras, alarmado por las escenas de

violencia. El obispo, por instrucciones del cardenal Ignacio Velasco, se dirige al país llamando a la calma, a la paz. Condena las muertes. Chávez cayó el 11 de abril, y esa es una realidad. El 15 de abril, Petkoff se lo recordará en su editorial:

«Porque también debe saber que en la madrugada de su caída el pueblo chavista no salió a pelear por él».

Chávez renuncia a la Presidencia, y esa es otra realidad, renuncia ante el Alto Mando Militar, y así lo comunica en alocución nacional el general Lucas Rincón Romero. En lo jurídico, el 11 se produce un vacío de poder, según determina más tarde el Tribunal Supremo de Justicia. En lo político, una rebelión civil, con el pueblo en la calle. En el desenlace, un golpe de Estado, secuestrado, en sus decisiones, por la cúpula militar al mando; y un desastre histórico que (esta expresión se le ha escuchado a Felipe Mujica), confirma «la suma de la precariedad» y de la improvisación de la dirigencia. Porque nadie había contado con la excepcionalidad de la fecha. Los acontecimientos sorprendieron a todos por igual, sin que hubiera capacidad ni velocidad de respuesta. El 11 de abril también puso en evidencia esto: en lo político, la confluencia, en su contra, de todas las fuerzas, hace insostenible este y cualquier régimen. Eso pasa con el gobierno de Chávez. En verdad, él se salva de lo peor. Debería estar agradecido de que los mandos militares desobedecieron la orden de activar el Plan Ávila de Seguridad para detener al pueblo en marcha: todavía estuviera contando los muertos.

Pedro Carmona Estanga se encuentra en el centro de los acontecimientos. Primero entre los manifestantes, las bombas lacrimógenas, los disparos, expuesto a los francotiradores, y luego refugiado en el Hotel Coliseo, hasta las 5 p.m. Después se dirige a la urbanización La Floresta donde lo espera la dirigencia de la CTV. Dos horas más tarde aparece en Venevisión. Los que no marchan y siguen por televisión los acontecimientos, pueden observar cuando Chávez vuelve a encadenarse y monopolizar la imagen, para ocultar lo obvio: el trabajo que desde los alrededores del Palacio de Miraflores ejecutan los grupos armados, miembros de los llamados Círculos Bolivarianos, organizados por el alcalde de Caracas, Freddy Bernal, y Diosdado Cabello. No es casual que Bernal es de los que más tarde insiste en solicitarse al presidente que resista y corre la versión, no desmentida, de que hasta lo llama cobarde, y de allí la distancia posterior de Chávez hacia Bernal, Y no es casual que Cabello haya confesado en privado, varias veces, que él se oculta para luego, con Bernal, iniciar una nueva etapa de lucha, la guerra de guerrillas. Aquel discurso de Chávez en cadena, pasadas las 3 p.m., se recordará como la cadena de la muerte. Ha contado Carlos Ortega que fue él quien le pidió a los dueños de los medios que hicieran algo, que no se quedaran de brazos cruzados, que transmitieran los sucesos sangrientos. En las redacciones de los diarios los reporteros usan los celulares para informar. Un reportero gráfico de *Tal Cual* lo usa para salvar su vida porque el aparato que carga en el bolsillo de su camisa encaja la bala que iba directo al corazón. Otros no corren la misma suerte. Lo que tampoco se puede ver en televisión es la

tensión entre los dueños de las televisoras con el poder de Miraflores. En los días previos, Diosdado Cabello ha sido el encargado de ejercer las presiones, amenazando a RCTV, Venevisión, Globovisión y Televen con quitarles las concesiones de transmisión y confiscarles el canal. Su amigo Omar Camero, Televen, en una reacción que sorprende, lanza las llaves a la mesa. «Aquí están las llaves del canal. Te puedes quedar con él». Y eso que Camero es el más sosegado de todos los empresarios de televisión. Patriarca, por edad y experiencia política, entre ellos, es también el más cercano a Rangel, a Cabello y al mismo Chávez. De hecho, uno de los pocos canales al que Chávez todavía atiende es Televen. Cabello dice que sigue siendo amigo de Camero. Y Rangel, después de su salida del Gobierno, mantiene un programa dominical en la parrilla de la televisora, el mismo que conducía cuando Chávez era candidato en 1998. Los detalles de estos encuentros tensos, tortuosos, se comentan en la oficina de Venevisión. Las discusiones con Alberto Federico Ravell, director de Globovisión. Alguien refiere la vez que Chávez, en reunión efectuada en el Palacio de Miraflores, se le encimó a Oswaldo Cisneros, llamándolo conspirador, provocando la intervención, conciliadora, del cardenal Velasco. Carmona Estanga se entera también de los pormenores de la cadena presidencial, y del momento en que las televisoras, unidas en gremio sólido, deciden partir la pantalla: a un lado Chávez hablando; en el otro extremo, el humo, el desconcierto, los disparos, los muertos, los gritos, alaridos, gente en carrera, el pavor, la estampida, la masa en huida; en fin, la tragedia, en el centro de Caracas. Y sabrá además que mientras Chávez hablaba, la alta oficialidad de la Armada, bajo la batuta del vicealmirante Héctor Ramírez Pérez, pone a punto el pronunciamiento, grabado antes de los hechos, se supone, contra el gobierno de Hugo Chávez y su gobierno. ¿Y en qué oficina se graba el mensaje? En la de Reinaldo Cervini, el empresario que tiempo atrás había apoyado a Chávez, y había apoyado al gobierno porque, según él, creía estar apoyando un proceso de cambio democrático en Venezuela. Es que tal como el 23 de enero de 1958, militares y empresarios se ven la cara para sacar a Pérez Jiménez. Militares, políticos, sindicalistas y empresarios, vuelven a confluir el 11 de abril. Y así como cayó la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, cae también Chávez. En el entramado, se activan no solamente aquellos que son líderes como Carmona Estanga, sino también operadores, y esto quedará al desnudo esa misma noche en el Fuerte Tiuna. Entre el hervidero de militares revolviendo la olla del poder, aparecen Isaac Pérez Recao y Eugenio Antonio Mendoza; aquel, sobrino de Juan Pablo Pérez Alfonzo, el padre de la OPEP; el segundo, hijo del más grande emprendedor industrial en la historia del país, Eugenio Mendoza Goiticoa, miembro de la junta de gobierno a la salida de Pérez Jiménez del poder. Tanto Pérez Recao, propietario de centros comerciales, dueño del 4% de las acciones del Grupo Venoco, como Mendoza, una de las figuras que Chávez invita a sus primeros viajes, no pasarán de ser simples elementos de distracción, chivos expiatorios, chivos acusatorios, manos sueltas del dinero, «muchachos» que juegan al poder, e inclusive al Rambo, en el caso de Pérez Recao.

El otro escenario es Venevisión. De hecho, *Newsweek* señala a Cisneros como el jefe de la conspiración. Y la prensa internacional, volcada esos días en Caracas, en juego de morbosidad, prefiere concederle a Cisneros el papel de cabecilla, antes que a otro. Es que el nombre Gustavo Cisneros suena más en Nueva York, Madrid, París, São Paulo, Ciudad de México. Y que la fiesta en su casa de febrero reuniera a toda la oposición contra Chávez, y que toda la oposición recibiera el desenlace de la caída de Chávez en la oficina de Venevisión, se ventilan como presuntas pruebas de quién es el supuesto jefe de la operación. El tal protagonismo conlleva consecuencias. El primer coletazo, la suspensión de la fiesta del matrimonio de su hija. La familia no puede repetir el error, aprovechado al máximo por los enemigos, cuando en 1989, después de los saqueos de Caracas, celebraron a lo grande otro enlace matrimonial. El segundo coletazo, la afirmación de la revista *Newsweek* de que Gustavo Cisneros es el vértice del golpe contra Hugo Chávez. El tercer coletazo, la repercusión del análisis de *Newsweek* en Estados Unidos, España y América Latina, plazas donde Gustavo Cisneros es un reconocido hombre de negocios, amigo de muchos en la cima del poder. El cuarto coletazo, el reacomodo de sus relaciones con Chávez. Visto en perspectiva, de aquel desenlace los líderes empresariales más afectados resultan ser Pedro Carmona Estanga y Gustavo Cisneros. En el caso de Cisneros y su grupo, sin embargo, no significaría estar acorralado. Al menos en lo referente a los negocios, la Organización había tomado la precaución de desplazar la mayor parte de sus operaciones fuera del país. Pero el nuevo escenario sí constituye un punto desfavorable para la imagen del Grupo tanto en Venezuela como a nivel internacional. De hecho, Gustavo, en algo fuera de lo común, se hace entrevistar en Venevisión para ofrecer su versión, al tiempo que el Grupo orquesta una batería de esfuerzos dirigida a reacomodarse y convencer a la opinión pública de la vocación democrática del emporio y el magnate. Se entiende que a los grandes medios internacionales les resulta todo un atractivo periodístico que un magnate de la lista *Forbes* esté involucrado en un fallido golpe de Estado. Qué complejo resulta explicar una renuncia presidencial sin carta de renuncia. Así, con los días, la plana ejecutiva asiste a una reunión con el presidente Chávez para ofrecer explicaciones. Luego visitan a Rangel con el mismo propósito. Cisneros no asiste a la primera cita pero sí a la segunda, la cual se celebra en la casa del Country Club, la de los cocteles con toda la oposición. En Miami, ejecutivos como Steve Bandel, dan la cara a la prensa. En Caracas, el trabajo es de todos. En las oficinas del magnate se escucha hablar de lo grato que han sido los encuentros con Chávez y Rangel. En el Gobierno, funcionarios, ministros, parlamentarios, no paran de apuntar que «mientras más averiguan más encuentras las manos de Cisneros metidas en la conspiración». Ahora es el Gobierno el que lleva la batuta, ahora es Chávez el de la ofensiva. Hay pruebas, dicen en el Gobierno. ¿Qué pruebas?, preguntan en la ODC. Presuntas grabaciones, fotografías, documentos, reuniones, el protagonismo del presidente de Venevisión, Víctor Ferrere, un avión en la isla de La Orchila en la que Chávez estaba recluido y,

además, la reunión de Gustavo con Carmona Estanga en el Palacio de Miraflores. Cisneros niega por distintas vías que haya participado en el diseño de cualquier golpe de Estado. ¿Cuál avión? ¿De quién? ¿Por qué vía transmite CNN la primera reacción de los voceros del Gobierno de que el Presidente no había renunciado? Por DirecTV, empresa de la Organización. ¿Y acaso el Grupo no es accionista en Univisión y Caracol TV de Colombia? Al Palacio de Miraflores se fue a abogar por los derechos humanos, apunta. Gustavo Cisneros declara que no solo allí estaba Venevisión sino los demás medios y que «establecimos con una gran claridad que ese gobierno *de facto* estaba con una pata muy coja porque necesitaba la presencia de la CTV y necesitaba la presencia de un programa social muy amplio y que nosotros no estábamos de acuerdo con gobierno *de facto*, que se tenía que respetar el hilo constitucional, que queríamos saber cuál era el plan con la Asamblea Nacional». En la entrevista que concede, acompañado de quien es presidente del canal, cierra de esta manera:

—Yo creo que Pedro Carmona Estanga es una persona que tenía un programa y unas ideas de las cuales mucho debemos aprovechar para este diálogo. Yo creo que debemos comprender la situación del doctor Carmona Estanga y abogar por su amnistía.

Por cómo se desarrollaron los hechos, se sabrá que en los días de abril hay más improvisación que planificación. Por el aporte de los testigos presentes en la oficina de Venevisión aquella tarde y aquella madrugada del 11 y 12 de abril, se aprecia que nadie está al mando de nada, que la profundidad de los sucesos los ha sorprendido a todos, a Cisneros, a Ortega, a Carmona Estanga. Cisneros solicita información por la radio de su cuerpo de seguridad. Ortega apura el oído para escuchar qué le habían transmitido a Cisneros. ¿Cuál golpe? «Ni en lo más mínimo. De ninguna manera. De ningún tipo», responderá Cisneros a *Reuters*. En los días siguientes al retorno de Chávez al poder, el Gobierno se toma con calma los señalamientos. En público, Chávez aún no va directo contra Cisneros. Como estratega, no le interesa en el corto plazo renovar la confrontación. En ese sentido, abre mesas de diálogo y no acusa de manera directa a nadie; más bien Chávez tiene que soportar una andanada de discursos que lo hacen responsable de la situación, y él mismo, parece, por fin, admitir los errores, las culpas, al punto de pedir perdón, aunque no deja de sostener que los muertos son responsabilidad de los otros, de la Policía Metropolitana, del alcalde Alfredo Peña, Bandera Roja, Acción Democrática. Todo encaja en la estrategia de ganar tiempo porque en privado el comentario de las fuentes del Gobierno es otra: así como Cisneros, todos los demás dueños de medios tienen las manos metidas en la conspiración. Les sale silla eléctrica. Pasado el tiempo, considerándose de nuevo atornillado, Chávez inicia su arremetida y ahí sí, dirá que Cisneros era el jefe del golpe, y Granier, y Ravell eran también cabecillas del golpe. Nunca el Gobierno sacará a relucir pruebas. Sus voceros hablan siempre de lo evidente. De las reuniones públicas, de las reuniones privadas, de la decisión de partir

la pantalla en plena transmisión de una cadena presidencial, que eso es delito. Lo cierto es que tales afirmaciones no prueban nada, pues, hasta el mismo Chávez en un arranque de los suyos, reconoce que había abusado de las cadenas y también del hecho de vestirse de militar. Entonces, de pronto, confiesa que él, deliberadamente, lo había provocado todo, y que gracias a haber descabezado a la gerencia petrolera ahora dispone del control de PDVSA. En fin, reinstalado en el poder, promete rectificaciones, rectifica por unos días, para después volver a ser el mismo Chávez. Petkoff lo apunta muy bien en su editorial del 15 de abril:

«Porque la crisis política está viva y solo un manejo diametralmente opuesto al seguido hasta ahora podrá restablecer las bases de la convivencia civilizada. ¿Entiende esto Chávez? Su discurso de reasunción del mando fue tranquilo y conciliador, pero en la tarde, en Maracay, en el batallón de paracaidistas, ya parecía el Chávez de siempre. Decir que medio millón de caraqueños que marcharon el jueves 11 y que la intervención de la FAN que lo sacó del poder fueron para él tan solo la obra de “cuatro oligarcas” es ya signo de que estaría comenzando a perder contacto con la realidad».

Uno de esos oligarcas, en términos de Chávez, es Cisneros. Contra él venía acumulando todo el odio del mundo, a la espera de un elemento definitivo. En estos años, se ha percibido que los odios de Chávez se han concentrado en las figuras de Carlos Andrés Pérez, Pedro Carmona Estanga, Gustavo Cisneros, Carlos Ortega, Marcel Granier, Nelson Mezerhane, Alberto Federico Ravell, Raúl Baduel, Manuel Rosales y Lorenzo Mendoza, unos más y unos menos. A todos los fue sacando del camino. Queda Mendoza y su Grupo Polar. Con él, la disputa es de principios. Un conglomerado como Polar no puede coexistir con la revolución. O es uno o es otro.

En la primera reunión que sostienen Chávez y Cisneros, el reclamo de aquel es directo por la manera como los dueños de medios lo retaron negándose a transmitir las cadenas presidenciales. Por supuesto que Diosdado Cabello le habría contado a Chávez los pormenores de cómo inclusive no les había importado perder la concesión de la televisora negándose a aceptar lo que consideraban una dictadura mediática de parte del presidente. Diosdado Cabello desarrolla su propio odio por Ravell y Cisneros, a quien define como un obseso por el poder. «El poder por el poder», apunta Cabello de Gustavo Cisneros. Lo de Ravell se convierte en asunto personal. Donde más abunda Chávez en su reclamo es en la tarde del 11 de abril. La tarde en que todos sus opositores, sus enemigos, como a él le gusta llamarlos, aguardan su caída desde la oficina de Cisneros en Venevisión. El magnate ha dicho que aquella reunión era de gente que quería estar informada de lo que estaba pasando, pero que allí no se planificó ninguna conspiración. Más bien lo que reinaba era la improvisación, apuntan testigos. Y un testigo, diputado por ese tiempo, es más contundente:

—Si Gustavo era el jefe, qué decepción. Eso explica por qué se perdió todo. Otro lo vio despistado.

—Por ejemplo, cuando se especulaba que Chávez abandonaba Miraflores rumbo hacia la Disip, primero, y luego hacia Maiquetía, él consideraba ciertas esas versiones transmitidas por la seguridad del canal por los radios portátiles.

Eso no parece lógico en un personaje acostumbrado al manejo del poder y de la información, en aquellas horas en que se le señalaba jefe de la conspiración. Estaba tan desprevenido que incluso ese 11 de abril había invitado, en su casa, a un almuerzo de bienvenida al embajador de Estados Unidos, Charles Shapiro, con menos de un mes en el país. El 20 de marzo había entregado credenciales en el Palacio de Miraflores, en reunión que se extendió por casi dos horas, lo cual indica lo tanto que hablaron el presidente y él. En privado, Shapiro confesaba su primera impresión del mandatario: *charming*. En público, declaraba que seguiría cooperando con la democracia en Venezuela, pero, con «la democracia de verdad», aclaratoria que en un contexto de alta polarización, tensión, y preguerra civil —como señalaban los analistas más apocalípticos— sonaba a reto, a desafío más que a compromiso. Entre los invitados al almuerzo con Shapiro se encuentran Luis Miquilena, el alcalde Metropolitano, Alfredo Peña y monseñor Baltazar Porras, presidente de la Conferencia Episcopal. La aceleración de los hechos los sorprende brindando, comiendo y comentado la situación del país. Saben que la olla de presión está al máximo. No pueden asegurar el desenlace de las próximas horas. Los Estados Unidos han dejado que los hechos corran, en cadena. Es que así como la CIA había recomendado, en 1998, la aceptación del triunfo de Chávez, esta vez no se pronunciaban en contra, dando pie a pensar que están en la jugada. Y Shapiro se reunirá al día siguiente de la caída del gobierno, con Carmona Estanga en el Palacio de Miraflores.

Los acontecimientos de la noche también son desquiciantes. Porque la verdad es que Chávez ni huye por la Disip ni se va por Maiquetía, pues termina entregándose en la madrugada y sale de Miraflores solo para ser conducido a Fuerte Tiuna, donde ya se encuentra Carmona Estanga. Y si en la oficina de Cisneros empresarios y políticos siguen y a la vez se enredan en el desenlace, otro tanto ocurre, no de menor vuelo, en la oficina de Omar Camero, en la presidencia de Televen. Porque del alto gobierno han contactado a Camero para que desde la televisora opere una plataforma de diálogo, en el entendido, para Camero, de que Chávez sigue siendo el presidente. Lo confirma en sus memorias inéditas monseñor Baltazar Porras, llamado por Chávez para que lo asista espiritualmente y a la vez le sirva de garantía personal en aquellas horas de mengua. Porras primero fue contactado por el todavía ministro de Interior, Ramón Rodríguez Chacín, luego habla con Chávez, cuando ambos se mantienen en Miraflores. Dispuesto a dirigirse al Palacio, recibe una llamada del general Néstor González González; este llama en nombre del comandante general del Ejército, Efraín Vásquez Velasco. Le dice que no vaya a Miraflores. Le indica que se traslade «a Televen, donde estaba el comando que negociaba con Miraflores». No es un detalle cualquiera. Según Porras, el comando instalado en Televen estaba conformado

por los generales Néstor González González y Enrique Medina Gómez, agregado militar en Washington, quien arribó ese mismo día a Caracas, y Rommel Fuenmayor, el último edecán de Carlos Andrés Pérez, presidente de Cavim con el gobierno de Chávez, y cuñado del comandante Francisco Arias Cárdenas, todavía enfrentado a Chávez, a quien había calificado de peligroso asesino, pero que esas horas medirá el terreno, calculará, y se inclinará a favor de su amigo y aliado en el golpe del 4-F de 1992. Fuenmayor le confiesa a Porras que estaba jugando, en el Hotel Tamanaco, una partida de tenis cuando «recibió una llamada de la Comandancia» con la instrucción de dirigirse a Televen. En la oficina, relata Porras, se encontraban Omar Camero y el periodista Carlos Croes, vicepresidente del canal. Por lo demás, no estaba fuera de lugar que a Porras se le haya indicado que se desplazara hasta Televen puesto que, según le participó luego Rodríguez Chacín, hacia allá también se iba a dirigir el presidente. Se supone, entonces, que Televen pasaba a ser el lugar donde debía concretarse la renuncia de Chávez. El trío de militares, desde un fax, intercambia texto con los mediadores en Miraflores del presidente, que eran los generales Manuel Antonio Rosendo y Eliécer Hurtado Soucre. El texto que intercambian es la renuncia del presidente, aunque sin firmar.

Ese debe ser el instante, el punto crucial, en que en el Palacio de Miraflores ya se ha desarrollado este otro episodio. En la seguidilla de acontecimientos de ese 11 de abril, José Vicente Rangel había sido de los primeros en llamar al pueblo, a los cerros, a los chavistas, a los Círculos Bolivarianos, a la resistencia. También había sido de los primeros en oler y alertar lo que se venía encima. Ya ha escogido el camino. Se queda con Chávez y abandona a Miquilena, su amigo de años, décadas, luchas, secretos. No le extrañan los pronunciamientos militares en contra del presidente. Rangel ha sido testigo de conspiraciones. Está en la política activa desde los años sesenta. Ha conocido a Jóvito Villalba. Ha conocido a Rómulo Betancourt. Ha conocido a Carlos Andrés Pérez. Ha visto levantamientos militares. Los ha visto fracasar. Los ha visto triunfar. Él mismo alentó uno en contra de Carlos Andrés Pérez en el llamado grupo de los notables. Él simpatizó con Chávez desde los comienzos. Y él sabe cómo se gana cuando se pierde, y viceversa. La noche del 11 reflexiona, analiza, palpa, comprueba que ya todo luce perdido, de lo contrario no se hubiera atrevido a soltar la propuesta cuando Chávez reúne al tren ministerial. Entonces, toma la palabra:

—Ante un escenario como este hay tres opciones. La primera, negociamos. Podemos irnos a Maracay, donde está Baduel. La segunda, nos rendimos. La tercera, resistimos, nos movemos hacia el 23 de Enero. Resistimos y nos inmolamos todos.

Los ministros y Chávez se ven a la cara. Diosdado Cabello, el vicepresidente, no está allí. Se desconocía su paradero. Se escondía. Dirá que lo querían matar. Sus enemigos, en el chavismo, dirán que no, que se escondió por pura cobardía. Y Diosdado que no, que había extremado las precauciones ya que le habían propuesto traicionar a Chávez y como no lo hizo, corría peligro. Se había escondido en la Disip,

en la sede de la policía política. De allí salió con el capitán Manuel Barroso, su asistente en la vicepresidencia, y el empresario Rafael Sarría, rumbo a Vargas, Maiquetía, al Litoral. Advertido de que lo buscaban —su versión es que lo querían matar— se mantenía en movimiento, camuflado, con lentes y gorra. En realidad, al amanecer el 12, era, junto a su aliado Freddy Bernal, uno de los personajes más buscados. Por tanto, extremando la seguridad, se movía por lo cerros y los barrios hasta recalar en una finca del Litoral. De allí que con el tiempo diga —me lo confesó en una entrevista— que se iba al monte, a la guerra de guerrillas, con Bernal. Después, en el desenlace, ya aparecerá y le transmitirá el mando a Chávez, que regresaba. En el bestiario de sus enemigos, figura la especie de que no salió del escondite porque quiso sino porque fue obligado. Desde entonces, buena parte de su actuación ha estado dirigida a demostrar que no es un cobarde y que le era completamente leal a Chávez. El comandante del Ejército, Vásquez Velasco, después confesará que buscó a Diosdado para entregarle la presidencia pero que al no hallarlo, procedió con Carmona Estanga.

Rangel continúa:

—Yo soy partidario de la resistencia, la inmolación.

Otra vez los rostros se encuentran. Lo de Maracay no es posible. No hay forma de superar los obstáculos. ¿Rendirse? Esto suena para algunos. Los mandos están controlados por el enemigo. ¿Resistir desde el 23 de Enero? Por eso será que después esta urbanización, vecina al Palacio, pasó a convertirse en refugio de colectivos alzados en armas sin que el gobierno decida intervenir. ¿Qué tanto esconde el 23 de Enero? ¿La inmolación? Los ojos se clavan en otros ojos. Hay más preguntas que respuestas. Chávez aguarda por la opinión de los demás. En ese momento, Chávez siente que la historia le pasa por un lado, como un suspiro. Se toma unos minutos que parecen siglos: el tiempo relativo en acción. Dice que quiere pensarlo, pero la primera señal es aceptar la inmolación. Se desprende de esta frase.

—Claro, esa será una posición particular de cada quien.

Dice Chávez y Salvador Allende ahora no es un nombre repetido en sus discursos, sino un fantasma que cruza los pasillos del Palacio. Se levanta de su asiento y se dirige al salón contiguo para reflexionar en solitario. Rangel hace lo propio. Pero no necesita pensar. Eso lo ha pensado muchas veces. Lo pensó cuando mataron o se inmoló Allende, y recuerda la foto que siempre lleva consigo, a la oficina de turno, al despacho de turno: él abrazando a Allende, él sonriéndole a Allende. Allende nunca dejará de ser un mártir. La historia lo recordará siempre así. Rangel quiere estar solo para realizar un par de llamadas. Llama a su hijo, llama a su esposa.

—Pepe, cuando comenzó todo este proceso te dije que se corría el riesgo de que te quedaras sin padre. Ha llegado ese momento.

Rangel entonces recuerda a Pepe joven, subalterno, amigo de Chávez en la Academia Militar. Recuerda que Pepe le regala sus libros al joven cadete que después

llegaría a presidente, y el cadete, de vacaciones en Barinas, comenta el privilegio de aquellos volúmenes sobre socialismo, democracia, el papel de los militares, la corrupción, entre otros tópicos, dedicados por Rangel, entonces figura descollante de la izquierda democrática, del socialismo democrático.

Cuelga y llama, esta vez a su esposa.

—Ana, una vez te dije que te podías quedar sin esposo. Ha llegado ese momento.

Mientras Rangel habla, suena el teléfono privado de Chávez. Es Fidel Castro. El líder cubano, atento a los hechos, había entrado en contacto con varias embajadas para que, en caso de ser necesario, recibieran y protegieran a Chávez. El presidente le narra los últimos detalles y le habla de la propuesta de Rangel. Sin dejarlo terminar, Castro le dice que se olvide de la inmolación, que se vaya para Cuba y que ya habrá tiempo de planificar el futuro y retomar el poder en Venezuela. Con ese consejo, Chávez vuelve y les dice a los presentes:

—Entreguemos el Gobierno. Me entrego. Voy a Fuerte Tiuna.

Es ese el momento en que le entrega el arma al ministro general, Eliécer Hurtado Soucre. Y de allí que este aparezca como enlace de los que están reunidos en Televen.

Las preguntas son: ¿si Cisneros era el presunto jefe del golpe, por qué las negociaciones no se seguían desde Venevisión, donde además aguardan Carmona Estanga, Ortega, Miquilena y el gobernador de Miranda, Enrique Mendoza, entre otros? Hay un elemento que termina de echar por tierra la versión de que Gustavo Cisneros era el jefe de un golpe. El fallecido Vinicio de Sola, personaje civil que llevaba los mayores contactos con el espectro de la Fuerza Armada, aseguraba que Cisneros nunca se entrevistó, no mantuvo contactos, ni relaciones directas con los líderes militares. Vinicio de Sola era hermano de Parsifal de Sola, conocido también por sus nexos con elementos de la Fuerza Armada. Parsifal ha revelado haber sido el responsable de contactar al capitán Pedro Soto, el primer uniformado que se pronuncia contra Chávez y su gobierno. Y ha contado que al oficial lo encerraron con llave en una habitación del Hotel Caracas Hilton para que no huyera en caso de que lo asaltara el arrepentimiento. Si los contactos de Cisneros con los militares hubieran sido directos, el pronunciamiento del almirantazgo se hubiera, tal vez, grabado en Venevisión, o al menos asistido por las cámaras de Venevisión, y no en la oficina de Cervini. «Con seguridad hubo puentes», decía Vinicio De Sola, «pero esto es normal en Venezuela». Del aspecto militar, Vinicio sabía de sobra. Él mismo va a sentirse más que incómodo en medio del proceso, dado que, conspirador nato, ¿quién lo duda?, siente que aquello, lo que estaba en marcha, sí era un golpe, era «una vaina» bien extraña, en donde se hablaba de todo, menos de lo crucial, cómo y con quién alcanzar el poder. No le agradaba que a las reuniones asistieran militares sin mando, ni siquiera sin choferes. Además, para Vinicio, lo peor era la anarquía. O como lo dijo un testigo de esas horas: muchas manos, muchas opiniones. Él mismo, Vinicio, admite la ruptura de algunos puentes militares, y en algún momento luce apartado de la operación.

Esa noche, en la oficina de Cisneros, los contactos telefónicos con el general jefe del Ejército, Efraín Vásquez Velasco, los lleva Carlos Ortega y no Cisneros. Tan perdido está Gustavo en esos instantes, que es su hermano, Ricardo, quien de pronto, entrada la noche, propone que hay que comenzar a hablar de los 21 nombres que integrarán el consejo consultivo de la transición. «Eso está listo», apunta Ortega. «Sí, eso está listo», lo secunda Carmona Estanga. Por último, Rafael Poleo, editor de la revista *Z*, en entrevista a *El País* de Madrid, confiesa que es él quien le comunica a Cisneros el paradero de Carmona Estanga, quien se había ausentado de Venevisión sin dar explicaciones. «Está en Fuerte Tiuna formando gobierno con los militares», afirma Poleo. «Ya nos jodió», dice Poleo que respondió Cisneros. En la biografía *Gustavo Cisneros, un empresario global*, Pablo Bachelet narra los hechos, al parecer como se los cuenta el magnate: «Los acontecimientos tomaban un vuelo vertiginoso, complicando la tarea de separar los hechos de los rumores. Gustavo Cisneros estaba en Venevisión, junto a sus colaboradores. El canal, como uno de los principales medios de comunicación del país, era un lugar donde los dirigentes políticos, empresariales, sindicales e intelectuales acudían en tiempo de crisis, como muchos lo habían hecho durante el golpe de Chávez en 1992. Ahí estaba el líder sindical Carlos Ortega, dirigente de larga trayectoria como representante del sector obrero organizado... También estaba el presidente de Fedecámaras, Pedro Carmona, quien se fue del canal poco antes de las dos de la madrugada, avisando que iba a pasar la noche en un hotel, ya que su casa era considerada un lugar poco seguro. Por eso la sorpresa fue mayúscula cuando Carmona apareció en las pantallas de los canales de televisión, nacionales e internacionales, unas tres horas después, asumiendo el poder. El tener a un empresario asumiendo la presidencia en un momento tan complicado ya era una señal peligrosa, pero lo peor estaba por venir». ¿Es posible decir que Cisneros estaba en la jugada contra Chávez? De eso no hay duda. ¿Quería que abandonara el poder? Tampoco hay dudas de eso. Pero de allí a tramar un golpe hay un trecho. Es una versión sin piso, como insistir en la tesis del autogolpe de Chávez, o que los Estados Unidos diseñaron, tejieron, urdieron y ejecutaron el golpe y la prueba de esto serían unos barcos y aviones gringos surcando el mar y el cielo territorial, algo que solo ha existido en el discurso del presidente. De hecho, Luis Miquilena, en declaración del 16 de abril en Televen, apuntará que, para él, antes que el pronunciamiento militar, es más importante la rebelión civil, «la manifestación inmensa» de Caracas, la gran marcha que, según el diputado Julio Borges, había generado el «vacío de poder» que llevó a los hechos posteriores. Para poner más tierra entre ficción y realidad, es que a principios de 2003 Cisneros acude al TSJ y demanda a Chávez por difamación, pues este seguía señalándolo de conspirador y fascista. Meses más tarde, al cabo del paro petrolero, Cisneros se convierte en factor de acusación internacional contra el gobierno de Chávez, recurriendo a la OEA y dejando en claro la arremetida contra los medios venezolanos. Luego, antes del referendo revocatorio de agosto de 2004, Cisneros y Chávez se encuentran por última

vez para sentar bases de «convivencia», con la mediación del expresidente Jimmy Carter. De aquel encuentro emergen múltiples interpretaciones. Los opositores se sienten traicionados por Cisneros y los chavistas tampoco llegan a entender que su líder hubiera llegado a un pacto con el odiado enemigo.

—No hubo pacto de honor ni negociación con Cisneros —aclaró Chávez—. Nos reunimos por varias horas. Considero importante que un venezolano venga a *reconocer* al jefe de Estado... como vino el señor Cisneros a decir que reconoce al presidente de la República... que venga a reconocer la Constitución, que venga a decir que deben ser respetadas las instituciones democráticas... No hay pactos por debajo de la mesa. No está en negociación ni la Constitución ni el proyecto bolivariano.

Chávez niega el pacto y al mismo tiempo deja al descubierto a lo que fue Cisneros: a reconocerlo como jefe de Estado, a reconocer la Constitución, a reconocer las instituciones, a reconocer el proyecto bolivariano. De ahí en adelante, para la oposición Cisneros pasa a ser una especie de vampiro por haberlos vendido a cambio de garantizar la renovación de la señal de Venevisión. De hecho, uno de sus ejecutivos comenta en privado que «lo más importante es que no seamos los primeros en cerrar». El primero fue RCTV, la competencia, y Cisneros apuntará, entonces, que «la posición de un canal de televisión parcializado no ayuda a resolver el conflicto sino más bien a extenderlo». Posteriormente, Venevisión retoma el primer lugar en el *rating* de audiencia. Y opositores y chavistas la consideran la primera ventana de opinión pública.

IX. El mundo al revés

En su testimonio, Carmona Estanga ha insistido en que él no abandona Venevisión en secreto. Estaba allí desde el comienzo de la noche. Los reunidos temen por el allanamiento de la sede del canal, aunque el edificio cuenta con helipuerto en caso de que haya necesidad de evacuar. La verdad es que pasadas las seis de la tarde ya nadie piensa en allanamientos. Se sabe que el gobierno cae y solo se espera por la renuncia de Chávez. Carmona Estanga relata que en la oficina disponían de pantallas gigantes en donde seguían las noticias que luego analizan, comentan. Estando allí es que se transmite el video de los oficiales de la Armada. Consecutivamente, los pronunciamientos de la Guardia Nacional, el del viceministro de Relaciones Interiores y Justicia, general de División Luis Camacho Kairuz. Después, en el salón de abajo, declara Miquilena, condenando al gobierno y a Chávez por haberse manchado las manos con la sangre de los venezolanos. Carmona Estanga ve, observa y comenta con los demás. Con el paso de las horas, más fuerzas, más militares, más jefes de la Fuerza Armada desobedecen al jefe de Estado, y rayando la medianoche, se produce la renuncia del director de la Disip, la policía política, capitán Carlos Aguilera. Señala Carmona Estanga que «a Venevisión siguieron llegando representantes de medios, del sector laboral, político, empresarial, comunicadores y personalidades, incluyendo a hora ya avanzada, la presencia, para mi sorpresa, de los exministros Luis Miquilena e Ignacio Arcaya, ya alejados del oficialismo». A las 10 y 30 baja a otro piso y participa en una entrevista junto al periodista Rafael Poleo. Regresa donde los demás siguen atentos al desarrollo de los acontecimientos. Habla con el primer vicepresidente de Fedecámaras, Carlos Fernandes; se comunica con Hugo Arriojas, presidente de la Federación Nacional de Hoteles, quien le informa de la alternativa de quedarse en el Hotel Four Seasons. Apunta que «transcurrieron horas de incertidumbre hasta que, hacia la media noche, tras la intensa jornada de ese día, decidí dirigirme al Hotel Four Seasons en Altamira donde me había sido previsto alojamiento para pasar la noche y aguardar la evolución de los eventos». Otros hablan de que lo vieron hablar bajito. Meterse en el baño, y desaparecer. En cambio Carmona Estanga apunta que no fue así. Que salió con «la frente en alto de Venevisión». Que no «oculté mi destino», y que al llegar a las 12 y 30 de la madrugada al hotel, recibí la llamada de Fuerte Tiuna. Testigos son Hugo Arriojas y el industrial Juan Francisco Mejías. Testigos también de las dudas de Carmona Estanga de ir o no ir al Fuerte. ¿Es una trampa? ¿Lo quieren detener? Todo eso le pasa por la cabeza, hasta que el mismo Arriojas lo acompaña hasta las instalaciones militares. Allí va a encontrar a los siguientes civiles: Eugenio Antonio Mendoza, a

Orlando Urdaneta, a Isaac Pérez Recao, a José Rafael Revenga, a Robert Carmona Borjas, a Daniel Romero y a Víctor Manuel García. Revenga ha sido directivo de *El Nacional* y de Venevisión. García es periodista, fue dirigente político de URD y maneja una encuestadora. Carmona Borjas y Romero son abogados; Romero será quien el 12 en la tarde lea el decreto de Carmona Estanga. Desde Fuerte Tiuna, Carmona Estanga dice que llama a Ortega, y se supone que como Ortega sigue en Venevisión, ha debido comunicarles a los demás de dónde lo llama Carmona Estanga. Y por eso es que Poleo se lo dice a Cisneros. (Después, al día siguiente, Ortega y Carmona Estanga se encontrarán en el Palacio de Miraflores). Y la versión del propio Ortega es que el empresario le solicita ayuda pero en el líder sindical ya se han confirmado las sospechas. Es Ortega quien desde el exilio abunda en los detalles de la supuesta escapada de Carmona Estanga de Venevisión, en entrevista a Agustín Blanco Muñoz en el libro *Habla el que se fue*:

—Profesor, yo ya le he dicho que el paso de Carmona por Venevisión, su ida al ya célebre baño y aterrizaje en Fuerte Tiuna es el periplo del poder. Yo creo que él pensó que detrás de su persona iría no solo Carlos Ortega, sino otros factores de los que estábamos reunidos en Venevisión.

Carmona Estanga dice que desde que llega a Fuerte Tiuna ya escucha hablar de la renuncia de Chávez. Y es cierto. Desde la medianoche corre el rumor en Caracas. Los grupos de Televen y Miraflores hacen su trabajo. Se habla de la salida del presidente por el aeropuerto de La Carlota. Se habla de su escape hacia Maiquetía. A la 1 y 30 el comandante general del Ejército, Vásquez Velasco, tiene la certeza de la renuncia, y a las tres de la madrugada aparece en pantalla el general Lucas Rincón Romero, señalando que Chávez ha aceptado la renuncia que el Alto Mando le ha solicitado, «la cual aceptó». Entonces comienza a hablarse de la conformación de una junta de gobierno. Algunos diarios han preparado una primera versión de la tapa anunciando los nombres de la junta, entre los que aparecen Pedro Carmona Estanga, Teodoro Petkoff, Guicaipuro Lameda, Francisco Arias Cárdenas, Enrique Tejera París y Alberto Federico Ravell, entre otros.

El cardenal Ignacio Velasco, factor clave en el reacomodo de esas horas, los días previos y los días posteriores al 11 de abril, manejaba tres candidatos: el excanciller Tejera París, el expresidente de Fedecámaras, Adán Celis, y el mismo Pedro Carmona Estanga. En efecto, es el mismo Velasco, a quien Chávez había incorporado a la truncada mesa de diálogo. Sin embargo, a las cinco de la madrugada del 12 de abril, el general Vásquez Velasco anuncia solo el nombre de Pedro Carmona Estanga. Es curioso que entre los tres nombres propuestos por el Cardenal, aparecieran dos líderes empresariales. Adán Celis había ejercido la presidencia de la institución en los tiempos de Jaime Lusinchi, y se le recordaba como un dirigente de posiciones sólidas, gerenciales, ejecutivas, y de mucho tacto político. Celis también hizo gala de unidad gremial y cuando tuvo que enfrentarse al gobierno lo hizo, y cuando tuvo que oponerse a la CTV, también lo hizo. La verdad es que el nombre de Celis surgió de

otro cardenal, retirado de los poderosos cargos que ocupó en el Vaticano, pero activo en su pueblecito natal, Güiripa, ubicado al sur de Caracas, por donde desfilaban empresarios, banqueros, políticos, periodistas, editores. Se trata de Rosalio Castillo. El cardenal Velasco escuchó la propuesta. La guardó y la descartó. ¿La descartó porque era divorciado? O por razones prácticas, parcela de poder, o realidad evidente. En *El acertijo de abril*, La Fuente y Meza apuntan sobre Carmona Estanga que «el favoritismo del empresario respondía a su exposición mediática. Parecía lógico mover la ficha del presidente de Fedecámaras para sacar del juego a los demás peones». Los autores son precisos en recordar que la opción Carmona Estanga sonaba desde mucho antes. Y apuntan que «todos se encantaban cuando lo veían: no era precisamente de esos líderes que impresionaran a la audiencia por su porte, pero compensaba esas deficiencias genéticas con una actitud que fomentaba la cordialidad. Sus relaciones con los partidos políticos, los militares y las organizaciones no gubernamentales eran de las mejores, así que no era extraño contar con su presencia en las numerosas reuniones que se efectuaron para diseñar un proyecto de país que sucediera al chavismo». Y así como un banquero desde la presidencia de un banco posee la visión global de un país, La Fuente y Meza precisan que «nadie como Carmona Estanga para advertir del colapso de Venezuela, porque presentía el fracaso de las conversaciones que Fedecámaras sostenía semanalmente con el gobierno. Y esa fue una de las primeras consideraciones que hacía cada vez que su opinión era requerida en cualquier foro». En efecto, Fedecámaras, a los ojos de la opinión pública y los militares luce unida, mientras que los otros factores, divididos. Por ejemplo, la CTV, enfrentada en los liderazgos de Ortega y su secretario general, Manuel Cova. Por otro lado, es patente la desconfianza de los partidos, de los emergentes y los tradicionales, la desconfianza entre los líderes políticos, representados por los rostros nuevos de un Julio Borges de Primero Justicia, y los viejos de un Rafael Marín, o un Lewis Pérez, de AD, o los rostros ambiguos de un Francisco Arias Cárdenas, o los prepotentes de un Henrique Salas Römer. Ante este cuadro, no había dudas de que la voz suave y firme, a la vez, de Carmona Estanga, sobresalía. Parte de su fortaleza es que en Fedecámaras no discutían su liderazgo mientras en la oposición nada estaba claro. De hecho, ¿dónde está ahora Arias Cárdenas?: acompañando a Chávez. ¿Dónde Salas Römer?, jugando solo en Carabobo. ¿Dónde Rafael Marín y Lewis Pérez?, sin poder dentro de AD. ¿Dónde Julio Borges?, a la cabeza de su partido que también se dividió.

En medio de la división opositora, el nombre de consenso que va imponiéndose es el del empresario. Se impone en los factores empresariales. En los factores políticos. Y en la opinión pública. Luego ¿qué falta a esas horas de prisa, de ajetreo, de emergencia? Cuadrar el poder militar. Hay testigos a quienes no les quedan dudas de que el Cardenal manipuló la situación. A los líderes de los partidos y empresarios les informaba que los militares exigían que fuera Carmona, y a estos les apuntaba que era Carmona la figura escogida por los políticos. En consecuencia, a la hora de las

definiciones, no habría titubeo hacia dónde se inclinaría la balanza. Para esto, por iniciativa propia, el líder empresarial había avanzado algunos palmos. La Fuente y Meza apuntan que su amigo de los tiempos de Lima, Jesús Enrique Briceño García, lo vinculó a los líderes de la Armada, y entre ellos al de mayor consenso, el vicealmirante Héctor Ramírez Pérez, el del pronunciamiento de la tarde del 11 de abril. La jefatura de la Armada, convencida, señalan La Fuente y Meza, de que «si se producía un cambio de gobierno antes de lo previsto por la Constitución», convenció al Ejército. Y convencido el Ejército, la decisión estaba tomada. En la madrugada del 12 de abril, el Ejército y la Armada tienen el poder en sus manos, y no es casual que en Fuerte Tiuna, una vez que se toma la decisión de que el presidente se va a La Orchila y no al exterior, es el vicealmirante Héctor Ramírez Pérez, quien le comunica a Chávez que «la decisión del generalato permanecía inalterable», según el testimonio de monseñor Porras, presente en la sala. Y es un general, apunta Porras, quien propone que «no es hora de oír reflexiones sino de comunicarle a la población la nueva situación del país». Se refiere a la presentación de Carmona Estanga como nuevo presidente. Nombre que para la opinión pública no resultaba ser sorpresa, dado el protagonismo mantenido durante el conflicto. Tampoco para los factores de poder involucrados en el proceso, que ya sabían que era el nombre de consenso. Por ello, cuando Ricardo Cisneros pregunta por los nombres del Consejo Consultivo, deja por fuera la figura presidencial, pues ya debía manejar el nombre del líder de Fedecámaras. Por lo cual debe apuntarse que tampoco podía extrañar que este apareciera en Fuerte Tiuna, el núcleo de decisiones de esa hora, y menos que haya tenido necesidad de mentir para abandonar Venevisión.

A la vista de los años, el asunto luce más claro.

- **Primero**, Carmona Estanga ha unido al gremio empresarial.
- **Segundo**, unido el gremio, Fedecámaras toma posición del liderazgo y, dentro de Fedecámaras, él, de manera indiscutible.
- **Tercero**, Carmona Estanga y Fedecámaras son los artífices del primer golpe político contra Chávez: el paro del 10-D de 2001.
- **Cuarto**, con esa derrota, el poder del chavismo se resquebraja.
- **Quinto**, resquebrajado el poder del chavismo, el pueblo, los partidos, los sindicatos, la sociedad civil en general, toman aliento, se dan ánimo.
- **Sexto**, Carmona Estanga derrota a Chávez a punta de paciencia, argumentos, serenidad, mostrando las armas del trabajo y del esfuerzo, de la empresa y la creación de riqueza.
- **Séptimo**, es así como en diciembre de 2001 se ha convertido, después de Hugo Chávez, en la figura más representativa del país. Es la alternancia.
- **Octavo**, cualquier político que se escogiera como presidente no garantizaba la unidad de la transición. Por lo menos, hasta el 12 en la madrugada; en realidad, era Carmona Estanga quien podía garantizar esa unidad. Para la Asamblea

Nacional, Miquilena manejaba la opción del diputado Alejandro Armas de las filas disidentes del chavismo. Porque sonaba que buena parte de la fracción parlamentaria roja (se habla de 15 diputados) le daba la espalda a Chávez.

- **Noveno**, Carlos Ortega, el líder sindical, no había podido unir ni siquiera a la CTV.
- **Décimo**, la Iglesia no está interesada en nombrar cura presidente.
- **Undécimo**, después de la experiencia de Chávez, lo natural es que resultara inconveniente un militar presidiendo el poder.
- **Duodécimo**, no hay político con suficiente prestigio que una al país. No era Miquilena. No era Petkoff. No era Armas. ¿Qué dirigente de partido?

La Fuente y Meza pintan de este modo el momento crucial del anuncio: «Los ojos se le entrecerraban del cansancio. Poco después de la llegada del presidente Chávez, Carmona Estanga sintió cómo sus manos no respondían a las órdenes del cerebro. Le dijo a uno de sus subalternos que se marcharía a su casa. Los militares, sin embargo, no tardaron más en anunciar su decisión: Carmona Estanga fue nombrado como líder civil de la transición». O lo que es lo mismo, Carmona Estanga había derrotado a Chávez. Es el presidente. Es el nuevo jefe del poder. Es el nuevo líder del país.

En su recordado editorial, *Chao Hugo*, del 12 de abril, Petkoff expresa que «culminaron así tres años francamente desastrosos, durante los cuales un demagogo incompetente, sin visión alguna de país, embaucó a los más pobres y humildes de nuestros compatriotas, jugando con su justificadísima ansia de justicia, manipulándola para construir un poder personal y personalista, barnizado con una retórica balurda supuestamente revolucionaria, que no hizo otra cosa que dividir al país en nombre de la nada». ¿Y qué dice Miquilena el 16 de abril? «Íbamos de una manera definitiva, casi de una forma ciega, por un precipicio sin retorno». Y en ello estriba la clave de su distanciamiento de Chávez.

X. La guerrilla llega a casa

—Hemos quemado las naves.

La verdad es que para quemar las naves, no hacía falta Ceresole. Aquella frase es de Chávez. Por los días en que muere el asesor, en Buenos Aires, 2003. Entonces Chávez ha salido victorioso de otra prueba de fuego: el paro petrolero y empresarial de 2002-2003. Ha resistido. Ha ganado. Luce imbatible. Por tanto, no se oculta en las formas. Ahora es el Chávez que reconoce que en momentos estuvo a la defensiva pero que le ha llegado la etapa de la ofensiva permanente. La revolución llegó para quedarse, apunta. Y jura que gobernará hasta el 2021. Por lo menos. Ha aprendido la lección. No soy el Chávez del 11 de abril. Afina la unidad con el Ejército. Que el poder se sustente en la Fuerza Armada. El PSUV es un trámite. Por ello, aumenta el gasto militar, miles de millones de dólares, para que el imperio no sorprenda a la revolución. Viene la pompa de los desfiles militares. De allí el estribillo: esta es una revolución armada; no nos reten; no nos pongan a prueba. Se impone la naturaleza militar del proceso. El PSUV adquiere estructura y características militares. Impone en la diatriba política el uso corriente del lenguaje militar: batalla electoral, patrulla de militantes, patrulleros, etc. Todo esto aunque, en verdad, la Fuerza Armada es el principal partido. La Fuerza Armada es chavista, grita a pulmón. Aunque le duela a la burguesía, la Fuerza Armada es chavista, reafirma. Soldados chavistas. Soldados para la revolución. Soldados socialistas. Soldados bolivarianos. Más nunca un golpe de Estado, truena Chávez en la tribuna. Más nunca un general de pacotilla entregado a la burguesía y al imperio. Ceresole murió, pero aún retumba: esta es una Fuerza Armada para el pueblo. Estos son soldados de la patria. Que refundan la patria. Por eso la burguesía odia esta Fuerza Armada. No se engañen, soldados. No se engañen, generales. Esa oposición vendepatria, pitianqui, apátrida, los odian, no los quieren. Ellos se disfrazan, lanzan flores, dicen cosas bonitas, pero en el fondo los odian. Por eso atacan a los generales. Por eso la infamia. Por eso la mentira. Que no se equivoquen. Esta Fuerza Armada está unida, fundida, con esta revolución.

En este contexto se enfrenta al gobierno de Álvaro Uribe en Colombia y se asoman los nexos, cada vez más estrechos, con la guerrilla colombiana. La violencia avanza, en el país, como signo de los tiempos. Más inseguridad. Miles de muertos. Narcotráfico. Secuestros, sicariato. Asesinato de policías. Ajuste de cuentas. Los barrios pobres de las ciudades son los más afectados. Caen escoltas de altos funcionarios del gobierno. Flotan en el río Guaire de Caracas. Cada fin de semana la morgue se llena de cadáveres y en lugar de atacar la inseguridad prometen una morgue de mayor capacidad. Aparece el primer capo venezolano de proyección

internacional, con vínculos evidentes con ministros, gobernadores, magistrados del Tribunal Supremo, altos jerarcas militares. A ese capo, el Gobierno le ha entregado contratos de envergadura: Walid Makled. Cae un magistrado del Tribunal Supremo, Eladio Aponte Aponte, que ha tenido conexión con el capo. El juez teme ahora que lo maten en Caracas, huye y se entrega a la DEA. Y habla. Apunta, confirma la penetración del narcotráfico. Que han escondido droga en cuarteles del Ejército. Que ha recibido orden de la más alta jerarquía para limpiar expedientes. Antes, otro magistrado caído en desgracia, Luis Velásquez Alvaray, había alertado de la penetración del Poder Judicial por narcotraficantes. En un restaurant de Maracay matan al exgobernador del estado Apure, capitán Jesús Aguilarte Gámez, uno de los niños mimados de Chávez. ¿Por el botín de la corrupción? ¿Por vínculos con las FARC? ¿Por formar parte de la red de la droga? De pronto, el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos incluye en la lista de sospechosos, terroristas, con vínculos con las FARC, a varios jefes militares y exministros, conspicuas figuras del proceso. El tema de la violencia, como en el Perú de Vargas Llosa con MRTA y Sendero Luminoso, pasa a ser mensaje prioritario en el cotejo electoral de 2010, 2011 y 2012. Aparecen estos avisos oficiales: llame aquí y denuncie el secuestro, no pague a los extorsionadores. A la precandidata opositora María Corina Machado, se le ataca en la urbanización 23 de Enero de Caracas, coto cerrado para grupos violentos, protegidos por el chavismo; para ser candidato a una alcaldía o a un consejo comunal en la frontera, hay que consultarlo con los grupos irregulares. El candidato Leopoldo López visita el Alto Apure, el Táchira, el Zulia, donde se pronuncia en contra de la presencia guerrillera. El candidato Capriles Radonski promete que combatirá la guerrilla y que no negociará con los pranes que controlan las cárceles. Hay también bandas armadas en las universidades, y en algunas de ellas se reclutan jóvenes para integrar grupos irregulares de evidente tendencia chavista. Los nexos con las FARC son más ostensibles a raíz de la muerte, 2008, en la frontera colombo-ecuatoriana del jefe Raúl Reyes. Chávez se lamenta. Es un hombre herido. En el campamento bombardeado se incautan computadores que contienen pistas nuevas, confirmatorias de lo que eran simples sospechas. Antes de ser presidente. ¿Y esto acaso se desconocía? Las simpatías vienen desde los tiempos de juventud. Los orígenes de Hugo Chávez están en los llanos de Barinas y de allí sale a estudiar en la Fuerza Armada. Al cadete Hugo Chávez le asaltan las dudas leyendo la biografía del líder de la Guerra Federal, general Ezequiel Zamora; patrullando la frontera, la de Guasualito, El Amparo, El Nula y Cutufí-San Camilo; recordando con amargura que las tierras de La Marqueseña en Barinas habían sido de su bisabuelo, el guerrillero Pedro Pérez Delgado y ahora están en manos de un Azpúrua (al llegar al gobierno las recuperó para el Estado), apellido oligarca de Caracas. Si el cálculo no falla, esta sucesión de hechos, dudas y reflexiones, ocurre muy cerca de los ochenta, pues Chávez se gradúa en la Academia Militar, juramento y todo, en 1975. Ya en Barinas, en 1976, el Batallón Manuel Cedeño recibe órdenes

de patrullar la frontera, pues circulan noticias de que el ELN hace sus primeras incursiones en territorio venezolano. Ahí va el subteniente Hugo Chávez, oficial de comunicaciones del batallón antiguerrillero. Ahí va el grupo de cazadores en misión soberana de resguardar la frontera. Va tras la pista del ELN que ha atacado y ha dejado un saldo de varios muertos en las entradas de la montaña de San Camilo. El oficial Chávez otra vez duda. Mientras inteligencia del Ejército y los testimonios de los pobladores apuntan hacia el ELN, él se pregunta más bien si aquello no sería un ataque de delincuentes. La duda es por los sentimientos. Por las simpatías. Por las inclinaciones ideológicas. La patrulla recorre el río Sarare. Va de arriba abajo. Y el oficial Chávez pregunta y los pobladores responden, y a él le siguen asaltando las dudas: guerrilla, miseria, desigualdad. Todo lo mete en un mismo paquete, hasta la soberanía, violada por la incursión guerrillera, a la que el oficial no da importancia, ni antes ni después, presidente. Luego viene la época de la lectura. El oficial olvida los manuales antiguerrilleros, sumergiéndose en los libros del Che Guevara y Mao Tse Tung. El oficial va por su camino. Escoge su ruta. Refuerza la contradicción. Y la duda: democracia, hambre, guerrilla, pueblo. Por eso cuando es trasladado al oriente del país, donde todavía operan los últimos reductos de la guerrilla criolla, la contradicción no es tal, sino convicción. Por eso en aquella época, tal vez sea 1977-1978, junto a tres soldados le da nombre a su primer grupo insurreccional dentro de las Fuerzas Armadas: el Ejército de Liberación del Pueblo de Venezuela. El nombre lleva ya la insignia guerrillera. No ha transcurrido un año y junto a los oficiales Jesús Urdaneta Hernández y Jesús Miguel Ortiz, comienza el diseño en serio de una operación interna en la Fuerza Armada. Precisamente, Urdaneta y Ortiz serán dos de los comandantes de la intentona golpista del 4-F. Ortiz muere después en un accidente de tránsito en Francia, y Urdaneta alcanza a ser jefe de inteligencia policial del Estado, Disip, en el primer año del gobierno de Hugo Chávez. Pero Urdaneta rompió con Chávez y al romper reveló estas perlas.

—A esa guerrilla colombiana Chávez le da dinero y la apoya desde muchos puntos de vista, a través inclusive de instituciones venezolanas a las cuales se les ha dado la orden de que le faciliten, por ejemplo, créditos. Le ha permitido a la guerrilla colombiana que se establezca con empresas de aquí, como mampara. Y que él diga que esa guerrilla no es enemiga de Venezuela es muy delicado. Porque los militares saben que esa guerrilla sí es enemiga de Venezuela, porque mata venezolanos, les cobra vacunas, prácticamente administra la justicia en la frontera y además mata tanto a civiles como a militares, ¿cómo es posible que el presidente diga que son amigos? Eso es grave, desde mi punto de vista, porque, como militar y soldado que he estado en una frontera y he visto cómo han matado a mis compañeros, nunca los podré ver como amigos.

En esa declaración a Agustín Blanco Muñoz, en el libro Habla Jesús Urdaneta Hernández, el comandante irreductible, hay más que señales. Coinciden, además, con los últimos descubrimientos en el computador de Raúl Reyes. Urdaneta Hernández

también revela en junio de 2000 que Chávez había solicitado enviarle una ayuda de trescientos mil dólares a las FARC para apoyarlas en el propósito de derrocar a la oligarquía colombiana. Lo afirma quien fue uno de los primeros oficiales amigos de Hugo Chávez y aliado en una misma causa; quien fue comandante de éxito en la intentona golpista del 4-F y quien fue el primer jefe del organismo de inteligencia del nuevo gobierno chavista. Hay que tomar nota de Urdaneta Hernández que habla entonces de trescientos mil dólares, cifra que queda chiquita ante los trescientos millones que aparecen en el computador de Reyes, según es el compromiso de ayuda del gobierno de Chávez para con la guerrilla. Según Urdaneta, tal vez Chávez piense que la guerrilla va a triunfar en Colombia y desea ese triunfo porque, apunta Urdaneta, Chávez detesta a la oligarquía colombiana y desea que la saquen del poder. Chávez opina que la oligarquía colombiana es la peor de toda Suramérica, y esa razón supone que, mientras no caiga el poder en Colombia, la guerrilla será aliada del gobierno de Chávez. El oficial Chávez evoluciona en una sola dirección. De la duda pasó a la contradicción, de la contradicción al estudio, del estudio a la simpatía, de la simpatía al discurso y del discurso al plan estratégico. Y es que al salir de prisión en 1995, en su primer recorrido por el país se dirige a la frontera. Pasa por Guasdalito. Pasa por El Amparo. Pasa por La Victoria. Respalda un paro cívico decretado en Guasdalito en protesta por el abandono al que ha estado sometida la zona. Chávez pasa también por la selva de Ticoporo, en Barinas, a orillas del Sarare, y, qué casualidad, que ese lugar, ese punto geográfico montañoso, sea hoy el núcleo más importante de la FBL, la Fuerza Bolivariana de Liberación, guerrilla venezolana que surge en los comienzos del gobierno, que recibe apoyo logístico de fichas y altos funcionarios y militares del gobierno, y que al menos en tres ocasiones ha hecho caso omiso a la voz del presidente de desmovilizarse y entregar las armas. Luego de ese primer recorrido, aparecen las primeras pistas de su contacto directo con la guerrilla colombiana. Para el exministro de Frontera de gobierno de Caldera, Pompeyo Márquez, no caben dudas de que en esa época Chávez anduvo en reuniones con el ELN y las FARC, como en su gira por América Latina se reunió con los «Carapintada» de Argentina y como, ya desde la Presidencia, le envía una carta de solidaridad a El Chacal, preso en París. En los días posteriores a la visita a la frontera ocurre la masacre de Cararabo cometida por el ELN y lloverán las declaraciones intentando vincular a Chávez con los hechos. Él mismo no se había cuidado de guardar las apariencias. La consecuencia es que bajo el gobierno de Chávez la guerrilla no deja de avanzar, y por más que lo niegue, allí está la marca, como en los días de Ernesto Samper, la presidencia de Colombia no pudo evitar ser vinculada al narcotráfico debido al financiamiento recibido de los carteles por el comando de campaña del candidato. En los siguientes días de la presidencia de Andrés Pastrana, el mundo tuvo la sensación de que la guerrilla acumulaba más poder y era el poder en Colombia. Y, en los días de Álvaro Uribe, su administración se ha visto empañada por las denuncias de haber favorecido a los

paramilitares aunque no deje de reconocérsele su política antiguerrillera. En un escenario complejo las soluciones no son simples, eso es claro. Y lo mismo tocará decir de Hugo Chávez, quien al no deslastrarse de sus simpatías hacia la guerrilla colombiana pasa como su protector oculto o evidente. Para los más informados, Chávez no tiene intención en desmontar lo que montó, porque su plan estratégico es otro. Cómo desmontar a la FBL, si la fallecida Lina Ron, miembro de la alianza política chavista, se autodeclaraba portavoz en Caracas de la FBL. Cómo desmontar los Tupamaros en Caracas, o el Colectivo La Piedrita que ya se atreven a controlar, a fuerza de las armas, la urbanización 23 de Enero. Cómo desmontar las relaciones de factores del PSUV del Táchira con el ELN y las FARC. Samper no pudo deslastrarse del pecado del narcofinanciamiento aunque no haya sido culpable directo. Y Uribe no ha podido desmarcarse del pasado que lo vincula a estimular paramilitares en Antioquia, departamento del cual había sido gobernador antes de alcanzar la Presidencia de Colombia. Así, lo que en Chávez comenzó como duda y se transformó en simpatía y afinidad ideológica pasaba a convertirse en plan estratégico. El discurso de la guerra asimétrica apunta en ese sentido. La guerrilla no podrá ser desmontada en la frontera ni tampoco los grupos armados en Caracas, en tanto signifiquen parte de la fuerza de resistencia en la eventualidad de la llamada guerra asimétrica. En lo estratégico, la guerrilla y Chávez coinciden: son enemigos de la oligarquía colombiana, son enemigos de Estados Unidos y se declaran antiimperialistas y bolivarianos. Si con el presidente Santos ha variado el discurso, ello responde a una razón táctica. La pérdida de poder de combate de las FARC. Pero las FBL siguen intactas en Apure y, por el contrario, en 2011 se registró el primer enfrentamiento con patrullas del Ejército venezolano. Venezuela, que había superado, en los años setenta, los últimos vestigios de la violencia política, se ve nuevamente al frente de este reto, más difícil, si se quiere, que superar el estatismo, el mercantilismo, el centralismo de Estado y poner en marcha la rueda de la economía moderna y de mercado.

En el evento de 1989, antes de meterse de lleno en la candela de la candidatura, Varga Llosa aborda en Caracas el tema de la violencia en Perú, en el apogeo de Sendero Luminoso y el MRTA. Problema que llevaba una década en desarrollo, agravado por el atraso económico y la pobreza.

—Pero no es la pobreza la razón fundamental de la violencia política. La razón fundamental es ideológica.

O sea, el de una minoría que «le ha dado a la violencia toda la mitología que ella tiene y los que han hecho de la violencia esta fuerza destructora».

Palabras con sentido y responsabilidad que cuadran para la actual Venezuela, pues, ya se ha dicho, con la llegada de Chávez al poder, avanza el discurso de confrontación. El discurso oficial llamando a la destrucción, a la demolición del adversario político, colocándolo en el plano de enemigo irreconciliable. Es el discurso con las señales de apoyo a las FARC. Y los lazos con Irán, y los nexos con

grupos violentos de Europa y América. Además, se impone la impunidad hacia grupos irregulares cuyo escenario de operación son zonas urbanas de Caracas. Impunidad y respaldo para que activen grupos violentos que amedrentan periódicos y televisoras, atacan una marcha pacífica de periodistas, toman el Palacio Arzobispal de Caracas, toman la sede de una alcaldía o una gobernación ganada en elecciones por un candidato de la oposición, lanzan bombas lacrimógenas en asamblea de ciudadanos, de profesores, de estudiantes.

Es la violencia desde el Gobierno. Desde el Estado. Estimulada por lo que dice el comandante-presidente.

—En el Perú —escribe Vargas Llosa en *El pez en el agua*— quienes suben al poder suelen ser rencorosos y para tomar sus venganzas cuentan con la larguísima mano de ese Estado —inepto para socorrer a las víctimas de un terremoto pero capaz de enriquecer a los amigos y empobrecer a los adversarios.

En respuesta a la pregunta de uno de los participantes en el foro, Vargas Llosa revela el contenido de la única conversación que sostuvo con el expresidente Rómulo Betancourt.

«Me dijo lo siguiente:

—En los años sesenta, Perú y Venezuela tuvimos al mismo tiempo el problema de la guerrilla, de las guerrillas que Cuba armaba y fomentaba. Belaúnde (Terry) y yo debimos enfrentarnos a este problema. ¿Qué hizo Belaúnde? Belaúnde llamó al ejército y le confió la tarea de derrotar a los guerrilleros. El ejército derrotó a los guerrilleros, pero luego lo derrotó a él, lo sacó del poder y estableció la dictadura militar. En Venezuela yo decidí que yo iba a derrotar a los guerrilleros. No iba a ser el ejército, no iba a ser la policía. Iba a ser yo, el partido de gobierno, el gobierno. Y yo salí a la radio, a la televisión, y fue el gobierno civil el que dio la batalla contra la guerrilla. Bueno, pues esa batalla la ganamos».

La verdad es que Betancourt es una constante. En *La fiesta del Chivo* aparece como la contrafigura del dictador.

De la campaña electoral saca esta lección que apunta en las memorias: «Muchas cosas aprendí en el proceso electoral, y la peor fue descubrir que la crisis peruana no solo debía medirse en empobrecimiento, caída de niveles de vida, agravación de los contrastes, desplome de las instituciones, aumento acelerado de la violencia, sino que todo ello, sumado, había creado unas condiciones en las que el funcionamiento de la democracia resultaba una suerte de parodia, en la que los más cínicos pillos llevaban siempre las de ganar».

XI. ¿Pero qué le ocurrió a ese hombre?

¿Qué pasó? ¿Qué le ocurrió a Carmona Estanga entre la medianoche y las cinco de la mañana? ¿Qué opera en él para aceptar en solitario la conducción civil del nuevo gobierno? ¿Por qué prefiere la autojuramentación? ¿Por qué descarta los canales constitucionales y los acuerdos políticos que garantizaban la estabilidad del gobierno? Ya se ha dicho que es un hombre controlado. Que maneja su estilo y su agenda sin salirse de su ruta y sin que nadie, ni el propio Hugo Chávez, lo saque de sus casillas. El periodista Roberto Giusti recuerda en su libro *Los años duros* que el 10-D —fecha del primer paro empresarial— recorriendo Caracas, observando el éxito de la protesta, constatando que el 90% de los establecimientos permanecen cerrados, «su asistente sintoniza Radio Nacional cuando el presidente se refiere a la “oligarquía inmoral, traidora y cobarde”». ¿Y cómo reacciona? Lo dice Giusti: «Ni un gesto y un solo comentario: “Nunca descenderé al lenguaje agresivo”». Es que mientras Chávez atacaba y dividía, él conciliaba y unía. Y aún, en la interpelación posterior, ante la batería parlamentaria del chavismo en la Asamblea Nacional, ya caído, ya derrotado, ya detenido, escucha en calma, responde en calma, estoico verdadero, siempre controlado. No dice más de lo conveniente. Ni tampoco se expone más de lo necesario. Detenido en su residencia, se le llama y por el hilo del teléfono sigue igual de cordial, atento, controlado. Inclusive su escape y su asilo en la residencia del embajador de Colombia, sorprenden, pero los detalles de cómo toma la decisión, muestran al individuo a quien las emociones no traicionan. El estilo del libro testimonial que escribió más tarde, en el exilio, da cuenta de un hombre reposado, sin rencores; que sea su verdad, esa es otra cosa. En cambio, el libro de la entrevista de Ortega con Blanco Muñoz es un acopio de rencores, venganza y odio acumulado.

¿Sucumbió Carmona Estanga a los caprichos de un joven empresario como Isaac Pérez Recao? Imposible. Si no sucumbe ante un Cisneros, o un Miquilena, de influencia indiscutible en el país, menos ante un treintañero de comportamiento emocional. Es cierto, Pérez Recao suministra dinero, recursos para ayudar a la logística de empresarios, militares, sindicalistas y políticos montados en la coincidencia de echar a Chávez del poder. Organiza encuentros en su casa, a los que asisten Carmona Estanga y Ortega. Y Carmona Estanga, que de tonto no tiene un pelo, observa el propio juego de Pérez Recao, el de ser tomado en cuenta, el de considerarse factor de primer orden. La versión de que el presidente de Fedecámaras responde a las órdenes del joven por su condición de accionista de Venoco, también está lejos de la verdad. Pérez Recao posee el 4% de las acciones, y son otros accionistas los que llevan el día a día de las operaciones del grupo. Todo indica que

las relaciones de Pérez Recao son estrechas con algunos factores militares, al menos con el general del Ejército Enrique Medina Gómez, uno de los que negociaba en Televen; con el general de la Guardia Nacional, Marcos Ferreira, director de la Onidex, y con el vicealmirante Carlos Molina Tamayo, luego designado por Carmona como jefe de la Casa Militar. A Marcos Ferreira, según testimonio de la periodista Lourdes Ubieda, recogido por La Fuente y Meza, Vicente Pérez Recao, hermano de Isaac, curiosamente, diputado suplente de Alejandro Armas, electo en las planchas del chavismo, financista de la campaña de Hugo Chávez en 1998, le confiesa que él está dándole plata a los militares que quieren salir de Chávez. Ortega admite en la entrevista con Blanco Muñoz que sí se reunió con Isaac Pérez Recao en su casa, y da como cierta la versión de Carmona Estanga de que el joven empresario sostiene contactos con los militares. Sin embargo, Ortega lo describe como un «niño rico», «inmaduro», que «con su inmensa fortuna compró a muchísima gente (y de ello no escapó el sector militar)». Ortega insiste en que «era un loco con grandes ansias de poder», y aclara que le advierte que si lo quiere usar para sus planes personales, está equivocado. Ortega admite dos reuniones con Isaac Pérez Recao, tal vez una tercera cita, y en el número de encuentros, concuerdan tanto él como Carmona Estanga.

Las preguntas de rigor son: ¿midió también Carmona Estanga al personaje? ¿Por qué si Ortega se atrevió a ponerle los puntos sobre las íes no hay que pensar que Carmona Estanga hiciera lo mismo? O al menos, sabía con quién trataba y cuáles eran sus intenciones. En ese sentido, Carmona Estanga apunta que veía en Pérez Recao «un joven preocupado, pero de limitada experiencia». Ahora surge una incógnita que no es un detalle cualquiera: a cuenta de qué reunirse no una, sino dos y hasta tres veces con un inexperto, con un muchacho ambicioso e inmaduro. Es raro, ¿no? Por dinero no podía ser, el dinero llegaba por distintas vías y de distintas fuentes. Carmona Estanga dice que al llegar a Fuerte Tiuna en la madrugada encontró allí a Pérez Recao, lo saludó, y que luego se dirigió a otra sala del Fuerte. La presencia de Pérez Recao en el corazón de la crisis se entiende que era por su dinero y por sus nexos militares, pero de allí a que estuviese manejando la situación, hay un precipicio.

Monseñor Porrás ha escrito que las decisiones estaban en manos de los generales y apunta que estos estaban en una sala, y eran los «únicos que tenían acceso a dicho recinto», ilustrando esta observación con el hecho de que «el militar que nos guiaba hasta la oficina del comandante general tenía que abrirse paso, entre tantos que iban y venían. Ambos obispos (se refiere también a monseñor Azuaje) tuvimos que aferrarnos bien el uno al otro, para no separarnos. Un general golpeaba la puerta para que abrieran, gritando que eran los obispos que había solicitado el presidente para su resguardo».

Al empatar esta referencia de hechos con otros como parte de la cadena, se puede afirmar que negarse a activar el Plan Ávila fue una decisión de generales. La solicitud de la renuncia a Hugo Chávez, otra decisión de generales. Las amenazas, los

vejámenes, los insultos contra Chávez, decisión y acción de generales. La negativa de que no se marchara a Cuba y que permaneciera en el país, otra decisión de generales, aunque esto último dividió las opiniones, y al notar las divisiones, Chávez también cambió su decisión original, negándose ahora a renunciar, apostando a que en el curso de las horas, tal como sucedió, cambiarían los vientos. La decisión de designar a Carmona Estanga es otra decisión de generales, aceptada previamente por generales, compartida por el cardenal Velasco, y confirmada por ellos y otros esa noche, a menos que se crea que Pérez Recao también manejaba al jefe de la Iglesia. Sin embargo, hay dos datos que lo colocan no tan alejado de las decisiones. Primero, la tarde de la autojuramentación, cuando el gobernador Enrique Mendoza abandona el Palacio de Miraflores en desacuerdo con el decreto, el fondo y la forma del acto, tropieza con Pérez Recao, a quien le reclama, tajante: «Qué es esto. No se puede proceder así. Hay que pasar todo por la Asamblea Nacional». Y el joven responde: «¿Para caer en manos de Luis Miquilena?». Segundo, hay testigos de que al menos en una ocasión, Pérez Recao mandó a callar a un par de generales, porque le interesaba escuchar la opinión de un dirigente político y diputado.

Ese encuentro de pregunta y respuesta en el Palacio de Miraflores, ofrece una valiosa pista en dos direcciones. Primero, a cuenta de qué, si Pérez Recao era un «loquito», Mendoza le hace el reclamo. Segundo, en la respuesta del joven estaba implícito también el temor de Carmona Estanga quien no dejó nunca de manifestar signos de desconfianza hacia Miquilena, por ser el antiguo mentor de Chávez. De hecho, hay una comisión de diputados que intenta hablar con Carmona en las horas medias del 12 para proponerle que siga el curso institucional, que no se vaya por los decretos, que en la Asamblea Nacional todo está listo, que el pacto con la fracción del chavismo procede, y ¿él que hace? Se niega a recibirla. La versión de Miquilena, en la entrevista del 16 de abril, es que Carmona lo contactó «al final, ya en estado agónico». ¿Qué ocurrió entonces? ¿Fue presa Carmona Estanga de esa desconfianza hacia Luis Miquilena? La desconfianza manifiesta de militares, banqueros y empresarios hacia el hombre que había detentado buena cuota de poder en esos años de chavismo. Desconfianza hacia el entorno de quien hasta hace unas semanas atrás era el segundo hombre del régimen. Desconfianza, inclusive, hacia sus amigos, los empresarios más cercanos a él. Y no debe extrañar que tal desconfianza era también alentada desde el campo militar adverso a Chávez y al chavismo. Casi todos temían por el retorno de Miquilena, a quien achacaban su cuota de responsabilidad del gobierno de Chávez.

Pese a que ha repetido que no aspiraba a más que seguir al frente de Fedecámaras o que no le pasaba por la cabeza ser presidente de la República, ha debido sospechar o imaginar que estaría entre los escogidos de llegar el momento. De hecho, era el escogido. Escribió que «a veces reflexiono que si hubiese conocido 24 horas antes la responsabilidad que asumiría, las cosas habrían ocurrido de una manera diferente. Pero se trataba de acontecimientos que se desarrollaron a una manera de deslave». Es

difícil creerle en este punto al líder que había demostrado ser y debía estar preparado para el momento. Él sabía que era la figura de consenso. Tenía todos los puntos en la opinión pública. Lo que no podía saber —como ninguno tampoco lo sospechó— es que el 11 de abril se iban a precipitar los acontecimientos, y que se iban a dar todos los hechos excepcionales —ya anotados arriba— de esa fecha. Sin embargo, la manera como improvisa la escogencia de los ministros apunta hacia la tesis de que no se había paseado por la conformación de un gobierno, como sí lo había hecho, por ejemplo, Enrique Tejera París. Toda improvisación mata, y cuando le correspondió asumir la gran decisión, por primera vez en muchos días sufrió un raro estremecimiento. Pero tampoco este acto de improvisación admite excusa. Y es que lo que sigue, a la vuelta de los años, ha saltado con mayor nitidez a la luz de los hechos. Carmona se preparaba para el Gobierno. Conocía con anticipación la naturaleza de los decretos que la tarde del 12 de abril leería en el Palacio de Miraflores, en la autojuramentación. La redacción, el esquema, el modelo, habían sido consultados con juristas de talla. Y no solo los conocía, sino que hubo dirigentes políticos —varios, de AD, del MAS, de Copei— que le advirtieron que no escogiera ese camino. Por lo menos una decena de sobres con el decreto fueron remitidos o llevados a algunos domicilios. Entre ellos los de Jorge Olavarría y Henry Ramos Allup, amigos y vecinos al mismo tiempo. La noche en que Olavarría leyó y analizó el documento, un corrientazo le recorrió el espinazo. (Faltaban cuatro días para el 12 de abril). A continuación, alarmado, llamó a Ramos Allup a su casa. El diputado de AD, al atender el teléfono, adivinó de qué se trataba, colgó y se dirigió a casa de Olavarría y allí anticiparon el desastre, luego de descuartizar el contenido del papel. AD no va a apoyar un gobierno bajo esa premisa, le dijo Ramos Allup a Olavarría, y AD mantuvo esa posición. Se supone que Olavarría llamó a Carmona y lo alertó.

De modo que sí, en la confusión de la noche, en Fuerte Tiuna, Carmona Estanga pensó en Carlos Ortega y lo llamó por teléfono. Ortega estaba aún en Venevisión. Quería que el jefe sindical se movilizara hacia Fuerte Tiuna pero este no atendió su llamada. Hasta esa hora nada hacía ver que estaban distanciados. Durante la marcha del 11, Ortega le advirtió del peligro que corría. En la tarde, se encontraron en la casa de La Floresta. Más luego en Venevisión. ¿Por qué Ortega entonces no acudió a su llamado? A Ortega se le nota el rencor en esa respuesta a Blanco Muñoz de que a lo mejor Carmona Estanga «creyó, o estaba convencido o había gente comprometida en salir de Venevisión a Fuerte Tiuna, acudiendo al llamado que él estaba formulando». ¿No es algo parecido lo que afirma Miquilena después? O sea, lo que Ortega quiere dejar claro es que él no iba a correr detrás de Carmona Estanga, ni tampoco Miquilena, a salvar un proyecto agónico, pues ellos eran tan líderes como aquel. O lo que es lo mismo: en ese momento, de creerse la versión de Poleo, de que Gustavo Cisneros al enterarse de que Carmona Estanga está en Fuerte Tiuna y dice, «ya nos jodió», en lugar de activarse la unión, lo que se pone en marcha es la competencia de los grupos, la competencia del liderazgo. Lo más lógico hubiera sido que Ortega

acudiera al llamado y ayudara a que no se torciera lo que se estaba torciendo esa madrugada en Fuerte Tiuna, o ya estaba torcido con los decretos que circularon con anterioridad. Un jefe político con mayor experiencia, un jefe sindical, que había comandado los poderosos sindicatos petroleros, que había derrotado al gobierno de Chávez en el terreno laboral, que era amigo del general Vásquez Velasco, debía, pues, estar allí, en el fuego, en la candela, en la olla en la cual se cocinaba todo a presión. El mismo Miquilena, con mayores contactos militares por su reciente paso por el poder chavista, por manejar una fracción política que hacía vida en las interioridades del chavismo, ha debido también entrar de lleno en las operaciones de esas horas. En todo caso, las llamadas de Carmona Estanga ya expresan desespero. Esto indica que se encuentra sin rumbo, que le falta un operador político de envergadura a su lado, como lo tuvo Carlos Andrés Pérez en las horas inciertas del 4-F cuando se creía que el gobierno estaba tumbado. Y obsérvese que Pérez era Pérez, pues cuando se desempeñaba como ministro de Interior en los años sesenta, atajó, aplacó y combatió conjuras.

—De nada valieron las advertencias para que se abstuviera de incurrir en ese disparate —escribiría diez años después Henry Ramos Allup en *El Nuevo País*—. Carmona realmente creyó que era presidente. Por esa conducta autosuficiente y arrogante, no se permitió la presencia ni de un solo operador político que hubiese hecho las cosas como ordenaba el sentido común. Cuando algunos dirigentes se acercaron a Palacio para informarse directamente del curso de los hechos, fueron atajados por unos militares «triumfantes». «Esta vez los políticos llegaron tarde», les soltó despectivamente.

La pregunta que obliga ese cuadro en apariencia contradictorio, desconcertante, desquiciante, ¿cuál es? ¿Por qué nadie acudió al llamado que él reclamaba? No hay otra interpretación que esta: nadie apoyaba el proyecto de Carmona. O acaso el proyecto de un cogollo militar que ya lo rodeaba. El proyecto concentrado en aquellos decretos conocidos por un reducido grupo de dirigentes, militares y abogados. «El empeño de Carmona es lo que conduce a la derrota del mismo Carmona». De los pocos, tal vez el único, que hizo la advertencia pública, fue Henry Ramos Allup. Habló en el vespertino *El Mundo* de la amenaza de un golpe plutocrático. Ramos Allup aún no era aún secretario general de AD, en 2002 lo era Rafael Marín. Más tarde, en 2011, Ramos Allup confirma que sí, los decretos rodaban y eran conocidos y, en consecuencia, también rodaba la advertencia del error en que se incurriría si se insistía en aplicarlos. La soledad que sufre Carmona Estanga el 12 en la mañana, soledad que se agudiza en la tarde, y el pulseo con los partidos y la CTV para que el gobierno no nazca con las características de la autojuramentación y la disolución de los poderes, tiene su preámbulo en la negativa de los líderes en responder a su llamado, en la noche, a Fuerte Tiuna. Por consiguiente, aquí resurge la duda, y tal vez ni Poleo, ni Cisneros ni Ortega, mientan: ¿Abandonó Venevisión con la excusa de ir a tomar un baño? Luego, en Fuerte Tiuna, al clamar por ayuda: ¿ya lo

embargaba el sentimiento de culpa por los decretos? De ninguna manera, puesto que diez años más tarde insistirá en que los mismos no fueron comprendidos. Así lo señala en artículo publicado en su blog: «La ausencia de un plan previamente estructurado, la incomprensión sobre el Decreto y un alud de acontecimientos no previstos, dificultaron transmitir con claridad al país el propósito de la provisionalidad de llamar a elecciones parlamentarias en 90 días y presidenciales en 180 días, bajo la supervisión de la OEA, invocando la Carta Democrática Interamericana, para que dicho organismo sirviera de garante de la restitución del orden constitucional. No llegó tampoco a conocerse en su totalidad la decisión de conformar un equipo de gobierno integrado por valiosos profesionales independientes, y un Consejo Consultivo de la presidencia, con participación de las principales organizaciones políticas».

En la noche del 11 y en la madrugada del 12, no quedan dudas de que más de dos ojos expertos hubieran captado con mayor acierto los movimientos del liderazgo militar. La falta del operador político resultaba imprescindible para percatarse de la lucha interna. Las rencillas. El desquite de los grupos. «Las emociones del momento», cita del mismo Carmona. El pase de factura entre ellos lo hubiera advertido del riesgo que corría de ponerse a resguardo del generalato. Pero a su lado, siguiéndole el paso, marcándolo, quien estaba era el actor Orlando Urdaneta, pariente de uno de los jefes militares. Contra Carmona Estanga jugaban la confusión y la anarquía (advertida por Vinicio de Sola), que no fue el caso de 1945, 1948 y 1958, conjuras exitosas, con mando visible, concentrado, coherente. Como decía Carlos Andrés Pérez: nadie discutía, en 1958, el liderazgo de Betancourt, Caldera y Villalba. En cambio, allí, faltaba visión estratégica, mientras el remolino de los acontecimientos iba a velocidad de vértigo. Y Carmona ya no podía echar la rueda hacia atrás. Se fue comprometiendo con un grupo de militares que no solo querían a Chávez fuera del poder, sino borrar las instituciones y el chavismo, instituciones que, a decir verdad, el mismo Chávez venía irrespetando; como pisoteaba y mancillaba la Constitución misma. La historia continuada confirmaría que esos militares estaban errados. De hecho, buena parte de ellos son los que luego se declararían en rebelión —bajo el liderazgo del general Enrique Medina Gómez— en la plaza Altamira. Esta última torpeza ocasiona la autopurga de oficiales en la Fuerza Armada. Buscaban purgar al chavismo de la institución, y se purgaron a sí mismos. Un oficial activo señaló para este libro: Medina Gómez era de una radicalidad inútil. Frase que tiene su traducción de manual: el infantilismo, de izquierda o derecha, siempre conduce a la perdición. En medio de ellos se encontró, arrojado, atrapado, Pedro Carmona Estanga, con unos decretos que copian —paradoja de militares— el espíritu de los decretos que el mismo Chávez hubiera adelantado de haber salido airoso el 4-F de 1992. Los extremos se juntan, dice el manual de los partidos comunistas del mundo.

En las interpelaciones posteriores, el general Vásquez Velasco asoma que a la hora de seleccionar la figura presidencial, se pensó, por supuesto, en un civil, «y no

estoy diciendo que tenía que ser Pedro Carmona, porque la pregunta puede ser, ¿por qué no otro?». El general no aguanta la respuesta, el complemento de lo que a estas alturas resulta evidente: «Porque ese era el que estaba ahí». Tan sencillo como eso. Que Vásquez Velasco responda de esa manera, comprueba que él no participaba en las reuniones previas al 11 de abril, y por tanto, no podía estar al tanto de que Carmona era ya el ungido del Cardenal. Pero de no ser el ungido, tampoco ninguno de los otros civiles presentes en Fuerte Tiuna, calzaba para ser el favorecido. No podía ser Daniel Romero. Ni Pérez Recao. Ni Brewer Carías. Ni monseñor Porras. Ni Orlando Urdaneta. No, Carmona Estanga estaba ahí y era quien poseía los kilates para ello. «Yo dije anteriormente —agrega el general Vásquez Velasco—, que ojalá alguien de ustedes (los dirigentes políticos, los diputados) hubiera ido para allá, aunque sea para averiguar qué pasó». Tan sencillo como eso, «si alguien hubiera ido», si alguien se hubiese aparecido, al menos a averiguar lo que ocurría en Fuerte Tiuna. El desorden. La rencilla. La pelea. La disputa entre los mandos militares. El ajuste de cuentas, como si fueran una secta, una banda, una mafia. Tanta disputa que Chávez recupera el aliento y ahí, en ese momento, recupera su olfato, su instinto de supervivencia que le dice, le avisa, le alerta de que lo que está en marcha no se va a sostener. No, pero nadie se apareció, mientras Carmona Estanga comenzaba a entender que no podía solo, no controlaba lo que estaba ocurriendo. Al diputado Ramón José Medina se le ha escuchado decir que los políticos «fuimos culpables de la situación porque dejamos solos a Carmona Estanga, dejamos que él resolviera solo». En la hora de la definición, los jefes de los partidos se convirtieron en simples espectadores. Y les va a pesar, a los dirigentes políticos, la decisión tomada con antelación de entregarle toda la confianza al cardenal Ignacio Velasco para que escogiera el nombre del probable presidente. ¿Qué indica esto? Que los partidos lo habían entregado casi todo. El control estaba en manos del jerarca de la Iglesia, el mismo que al ser designado Cardenal, algunos sacerdotes subestimaron por su falta de carácter, liderazgo y formación. Es que en ese período los partidos no solo estaban divididos sino, además, desde que ganó Chávez habían asumido una táctica de repliegue inexplicable, pese a que el Estado, parte del Parlamento, parte de las gobernaciones y parte de las alcaldías, aún estaban en manos de las organizaciones tradicionales. ¿Culpa por el pasado? ¿Miedo? ¿Pacto? El expresidente Luis Herrera Campins me declaró que no entendía por qué había tanta inhibición. En AD, por ejemplo, la dirigencia histórica abandonaba sus posiciones. En consecuencia, ¿cómo interpretar a Carlos Ortega? La actitud de Ortega es la síntesis de aquel momento. Y va a ser expresión de lo que se sabrá luego: Ortega consideraba que debía ser él y no Carmona Estanga el escogido para la presidencia, y respaldando a Ortega estaba buena parte de ese grupo que se encontraba en Venevisión. Pero ¿podía Ortega unir al país? ¿Podía ser aceptado por los militares un militante de partido, para más señas, de Acción Democrática? ¿Garantizaba su origen popular y liderazgo sindical el proyecto que se pusiera marcha? Ortega y otros irán a repetir que la «derecha» manejó a

Carmona, y lo que de esa declaración brota y rebota es la desconfianza de los grupos entre sí. Figuras recelosas. Empresarios distanciados. La guerra entre la Organización Cisneros y el Grupo 1BC-RCTV es histórica, pero Polar también estaba alejado de Cisneros por la competencia declarada de Regional, la cervecera de Cisneros. Ortega se va a encontrar con Carmona Estanga en la mañana del 12 y esa será la última vez. Ortega insistirá en que la CTV no fue a respaldarlo sino a plantear los términos de la relación del movimiento sindical con el nuevo gobierno, en virtud de que Carmona Estanga se negaba a cambiar el plan de vuelo del naciente gobierno. De hecho, la CTV no firmó el acta del decreto, retirándose del acto de autojuraentación, mejor conocido como Carmonazo y esa misma tarde, los partidos, el MVR, en boca de William Lara —presidente de la Asamblea Nacional—; el sector del MAS ligado al Gobierno, en boca del diputado Rafael Simón Jiménez —vicepresidente de la Asamblea—; y AD, en boca del diputado Pedro Pablo Alcántara, ya hablaban de gobierno *de facto*, haciendo público el rechazo. Esa misma noche, Teodoro Petkoff declara en contra de la naturaleza del Gobierno. Y desde ahí, desde la tarde, desde la noche, todo se le viene abajo al presidente Carmona. Porque es en la tarde y en la noche cuando los partidos, y los especialistas, e inclusive altos funcionarios del gobierno de Chávez, comienzan a hablar de golpe. Horas previas, ni José Vicente Rangel ni el Defensor del Pueblo, Germán Mundaraín, califican los hechos de esta manera. Rangel se excusará, apelando a la semántica. Pero lo cierto —opinión de Ramos Allup— es que «guste o no a la historiografía chavista, el 11 de abril hubo un vacío de poder y fue el 12 cuando se produjo el golpe de Estado».

En todo caso, a esa hora del 12 ya resultaba tarde enderezar lo que se había torcido. Carmona Estanga, ahora sí, estaba cercado por el juego de los militares amigos, aliados, de Isaac Pérez Recao, y de allí la respuesta a Mendoza y la seguridad con la que el joven acusa la desconfianza hacia Miquilena. Y una vez cercado, tuvo que seguir montado en la operación, creyendo, quizá, que la suerte le sería consecuente. Pero montado, ya jamás pudo desmontar el juego, el juego de los otros, y el juego propio. Al final, ya en su casa, le diría a dos amigos suyos: «Eso era lo que había que hacer». Esos amigos todavía piensan que la frase era menos de convencimiento pleno y más para confirmarse de que no había sido un tonto útil. Pero diez años después insiste en que se perdió mucho «tiempo el 12 A para consolidar la unidad de mando en la Fuerza Armada, pues hubo divisiones en el seno del Ejército, hasta que el día 13 en horas de la tarde fue posible conformar un Alto Mando que lo garantizara, y al más antiguo general del Ejército al frente del Ministerio de la Defensa».

Como Ortega optó por irse a su tierra natal, Falcón, en consecuencia el líder sindical quedaba de manera definitiva fuera de los planes, tan excluido que cuando el gobierno de Carmona Estanga empieza a derrumbarse y se intente restablecer el esquema institucional para proceder a designar nuevas autoridades, corregir el decreto, y evitar la vuelta de Chávez —la operación retorno estaba en marcha—, se

pensaba en Teodoro Petkoff como sustituto, como nuevo presidente, y no en Ortega, a pesar de que Gustavo Cisneros hacía un último intento, rogándole que volviera de Falcón, y poniéndole a la orden el avión de su propiedad. «Teníamos dos aviones para Ortega», señala, por su parte, una fuente cercana a Carmona Estanga. Dos aviones para el regreso. Pero no. Esta jugada de Cisneros la confirma la ya citada declaración posterior en su propio canal: la pata coja. Un gobierno con pata coja porque falta la CTV adentro.

¿Qué le ocurrió a Carmona Estanga esa noche? ¿Sucumbió a las golosinas del poder? ¿Demasiada y compleja la tarea? Acaso, como dice Dostoyevski en *El jugador*: todos llevamos por dentro al déspota, y nos aficionamos a ser verdugos. Tal vez lo uno y lo otro estén mezclados. O tal vez no haya nada de eso. Escribió en su libro que hubiese preferido no ser el seleccionado, y admite que «fueron momentos de gran complejidad histórica en los cuales concurrieron muchas opiniones, errores u omisiones, comenzado por la negativa al viaje del presidente a Cuba y siguiendo por fallas militares y debilidades de quienes se rasgaron las vestiduras en la defensa de una legalidad inexistente». El general Vásquez Velasco admite que él le anunció a Carmona Estanga que iba a ser el representante de la sociedad civil en la transición, sin embargo, aclara, «nosotros no le dijimos, haz un decreto y elimina a todo el mundo, porque si ese hubiera sido el caso, mejor me hubiera puesto yo ahí... Lo que pasó después se nos escapó de las manos... Fueron cuestiones que pasaron y que nosotros en ese momento, cuando hicimos este pronunciamiento, no éramos adivinos para saber que todas estas cosas llegarían a pasar en este país». Lo de adivino no se admite como una excusa valedera en tiempos de crisis. Tal vez lo acertado sería decir que al comandante general del Ejército, como a todos, lo rebasaron los acontecimientos, pues monseñor Porras, al verlo en su despacho, lo encuentra paralizado, entre los gritos de quienes le decían que «mandara y tomara las riendas de la situación». En este maremágnum, no se ha explicado suficiente cuánto de sincera defensa institucional había en algunas opiniones, y cuánto más bien mediatizado por el hecho de que muchos líderes, muchos sectores que se consideraban en el derecho de estar no estaban y, por el contrario, temían quedar fuera del juego del poder. Es real que había factores del Ejército que seguían siendo leales a Hugo Chávez; es real que había factores que lo querían fuera, y es real que había factores resentidos, que se sintieron desplazados de los puestos de mando, de los cargos políticos a pesar del rol cumplido en el desplazamiento de Chávez del poder. Para ese juego militar no estaba preparado Carmona Estanga. Su conocimiento no alcanzaba a percibir que la FAN también juega como un partido, el partido político más activo y peligroso en todo régimen en crisis. A las 12 horas de haber sido designado, Carmona Estanga no influía en los jefes que lo habían designado. Allí se congela la imagen de la ruina de las élites por tres décadas. El descontrol se ilustra sobremanera por la situación del general Baduel. Pone en marcha la operación rescate no solo alentado por el chavismo militar y político desplazado del poder sino también por los militares

antichavistas inconformes con la nueva estructura gubernamental. Petkoff, que ya había denunciado el golpe de los decretos, escribió en su editorial del 17 de abril que el «chavismo militar, que no había disparado un tiro en defensa de su jefe (Baduel simplemente se mantuvo a la expectativa), sumó sus fuerzas al sector institucionalista y el presidente, cuya carta de renuncia nunca apareció —esa fue otra formalidad democrática decisiva—, volvió a Miraflores». Por otro lado, los partidos inhibidos terminaban de excluirse del juego y los gobernadores inhibidos perdían espacio. En el juego de la institucionalidad, no se oponían a que Carmona Estanga fuera el presidente, pero siempre bajo el esquema de la Constitución vigente, para que hubiera Parlamento y se designara nuevo vicepresidente, ya que Diosdado Cabello no solo estaba desaparecido, sino que hasta Chávez, en su renuncia, lo había descartado como sustituto, expresando que «él no sirve para eso», y «no sería aceptado por todos», según revela en su escrito Monseñor Porras. Quedará siempre la duda: qué pesó en las decisiones de última hora para allanar el regreso de Chávez al poder: si las ambiciones no cubiertas o las formalidades democráticas. Estas últimas, con seguridad, no hubieran sido determinantes en medio de un escenario de unidad de propósitos.

Para explicar la naturaleza del golpe de estado —Revolución de Octubre— de 1945, el historiador Germán Carrera Damas desarrolló en 2008 la tesis de que «históricamente lo que caracteriza un movimiento no es el acta de nacimiento sino el resultado histórico, y este no se puede apreciar en términos de días, ni siquiera de meses o años». Carrera Damas, más que el origen prefiere enfatizar sobre la evolución de aquel golpe que se dio por la alianza de militares y civiles, y que representó la irrupción de los adecos y Rómulo Betancourt en el poder. Y en lugar de transformarse en una dictadura, llamó a Constituyente, llamó a elecciones y condicionó que ninguno de los miembros de la junta fuera candidato. Allí nació, dice el historiador, la primera democracia liberal venezolana al integrar con plenitud a la sociedad y rescatar la soberanía popular. Eso es cierto, pero también la historia demuestra que 1945 terminó con el golpe contra Rómulo Gallegos en 1948, con lo cual queda demostrada la otra tesis de que al final la ambición de los militares termina imponiéndose, y de que no hay golpe «atípico», pues toda asonada dizque «atípica» termina en un golpe de Estado tradicional manejado y controlado por militares. Si se da por acertada la extraña tesis del «golpe atípico», entonces habrá que aceptar la tesis de Hugo Chávez de que el 4-F lo fue, estando ellos, los comandantes líderes, dispuestos a la conformación de un gobierno cívico militar. Nada más alejado de la realidad: por los decretos que estaban preparados y por lo que la historia ha llevado, por suerte o desgracia, a constatar. Que si Chávez, electo por voto popular, ha terminado militarizando el gobierno y ahogando las libertades, ¿qué no hubiese ocurrido de haber triunfado el golpe de Estado del 4-F de 1992? Por su parte, ¿qué quería Carmona Estanga? El decreto llamaba a elecciones en el máximo de un año y lo inhibía a él de ser candidato. «Un dictador no convoca elecciones

inmediatas», responde Carmona Estanga en la interpelación ante la Asamblea Nacional. «Un dictador no se autoexcluye de toda posibilidad de presentarse como candidato a unos comicios presidenciales, un dictador no asume, como lo he hecho a lo largo de toda una trayectoria, actitudes cívicas, democráticas, de diálogo, de conciliación y apertura».

¿Qué le ocurrió entonces al hombre bajito, calvito, controladito? Empresarios consultados coinciden en apreciar que fue una mezcla de miedo (verse allí, en medio del tsunami militar); incompetencia (no era un líder político, no estaba familiarizado con la cirugía mayor del poder); ambición; (se le advirtió de la torpeza de los decretos y se empeñó en ellos); soledad (muy temprano sufrió lo que es la soledad del poder cuando los otros factores no prestaron atención a su llamado); y desmesura, (terminó convenciénese de que podía, calculó que iba a manejar la situación, creyó que controlaría los grupos militares y sus intereses, creyó que el pequeño grupo manejado por Pérez Recao podía ser suficiente, y se equivocó).

El partido Fuerza Armada Nacional actuó como siempre lo ha hecho: cambiar con los vientos. Estaba con Chávez el día anterior. Al mediodía del 11 de abril desplazaba sus opciones. En la tarde-noche seguía a Vásquez Velasco. En la madrugada del 12 estaba encantado con Carmona Estanga. En la tarde un desplazado Vásquez Velasco se convencía de que debía cambiar otra vez. En la noche, el poder había oscilado hacia Baduel. El sábado, la Fuerza Armada aclamaba a Hugo Chávez. En esta conducta no hay misterios. No hay conjuros. Los militares, apunta un experimentado político que durante años se desempeñó como presidente de la Comisión de Defensa del antiguo Parlamento, siempre están recostados al poder de turno, y huelen los cambios antes que cualquiera.

Y entre aquella noche del 11 y la madrugada del 12 de abril, se van a comportar de acuerdo a la naturaleza del comando en acción. El periodista Roberto Giusti lo resume de esta manera en el libro *Los años duros*: «Fue así como la lucha de intereses, el choque de ambiciones, la falta de claridad y de principios, convirtieron la noche de los generales en un verdadero aquelarre». Este enjambre, este remolino, es la prueba de la improvisación. Las acusaciones mutuas. Los reclamos mutuos. El parto y el reparto. Contra eso no podía Carmona Estanga. Y no pudo que incluso su decreto-gobierno devino expresión de ello: excluyente y sectario, «quedándose sin piso político y apoyo social», señala Giusti.

En los días siguientes al retorno del presidente, en el mundo de la empresa, la política y la Fuerza Armada, se hablaba que de todas maneras los hechos habían herido de muerte al gobierno de Chávez. Se apuntaba que era un gobierno caído, como el de Carlos Andrés Pérez resultaría herido a raíz de las intenciones del 4-F y el 27-N de 1992, que allanaron la vía para su juicio, defenestración y cárcel, seis meses después. Argumentaban, sin resquicios para la duda, que Chávez de ahí en adelante sería un mandatario débil, obligado al pacto, a la negociación y a la entrega para sobrevivir, olvidándose de algo clave en todo el proceso chavista: la fe, la voluntad

del personaje; la voluntad de un grupo de hombres —no los mejores de su promoción militar ni los más encumbrados políticos— poco informados, poco formados, poco estudiados, poco conectados, pero con una voluntad firme para gestar un proyecto. Los más preclaros observadores de ese tiempo, por el contrario, llamaban la atención para mirarse en el espejo del período betancurista de 1959 a 1964. Rómulo Betancourt había sido un «duro de matar». A los jefes políticos de la izquierda, enfrentados al jefe de AD, les gustaba decir: este es un gobiernito que se va a caer. Y el gobiernito duró cincuenta años. Y eso que Betancourt sufrió dos alzamientos militares (hasta 2008 Chávez llevaba dos, también); sufrió el ataque de la guerrilla urbana y rural (Chávez ha vivido períodos con la calle en contra, con la gente marchando por las calles de Caracas); perdió la Cámara de Diputados (Chávez también perdió aliados en la Asamblea y estuvo a punto de perder el control total); sufrió una huelga de transporte y telefónica que paralizó el país (Chávez ha sufrido varios paros generales de un día y una huelga de mes y medio, con paro petrolero, incluido); URD dejó de apoyar al gobierno (el MAS, Miquilena y su grupo, Podemos, PPT, dejaron de apoyar a Chávez); el 19 de noviembre de 1962 hubo una huelga insurreccional con saldo de 32 muertos (el 11 de abril hubo una rebelión civil, muertos y alzamiento militar); cuando Betancourt, el joven diputado José Vicente Rangel aseguraba que no habría elecciones (a Chávez le dijeron que no llegaría a las próximas elecciones, llegó y ganó un referendo revocatorio y las siguientes elecciones nacionales y regionales); la izquierda pasó cinco años diciendo que el de Betancourt era un gobiernito que se caía (la oposición ha pasado buen trecho voceando, se va, se va, se va).



ANEXO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Entrevistas con el autor

«Habla Juan Carlos Zapata»

Por Nelson Rivera

Papel Literario. *El Nacional*, 9 de diciembre de 2012.

—**¿Cuáles podrían ser las fuentes profundas de las conductas autodestructivas del poder venezolano?**

—La cultura del rentismo determina algunos patrones. La acumulación súbita es una aspiración de casi todos, no solo de empresarios, también de políticos, militares, del funcionario, de la gente de a pie, del buhonero. No hay grupos económicos que presenten un historial de un siglo. Los partidos también son de reciente data. Los modelos se relevan en lapsos cortos. ¿Cómo construir? Es más fácil destruir. El rentismo es la mina. Hay que exprimirla porque se agota. Rómulo Betancourt observó el petróleo como un recurso finito, palanca del desarrollo. Cuando Chávez repite que hay petróleo para dos siglos, se afirma el rentismo y sus consecuencias. Como que el producto de la mina ya no es solo el petróleo. También el patrimonio de los actores. Así, el nuevo poder se ha establecido como un depredador social, y ese código ha permeado hacia abajo: se justifica robar, quitarle a los ricos, quedarse con el apartamento del otro, con los impuestos que pagan los otros. El rentismo muta en clientelismo. Y justifica el ventajismo electoral. Es una fórmula del poder. De permanencia en el poder. Octavio Paz lo bautizó hace medio siglo como «el autoritarismo electoral». Es un anacronismo.

—**¿Hay en Venezuela una cultura de lo público que tiende a castigar, a penalizar el éxito de los demás?**

—Hay empresarios que opinan que la fortuna de su colega no proviene del trabajo sino de la relación con el Estado, con el político; ahora con el militar. Como no hay proyecto de país, como no se piensa el país, el plan es destruir al otro para que no acumule lo que cada quien considera propio. El éxito no se premia. La reacción es subestimar el logro del otro: porque robó, porque tuvo suerte, porque es hijo de papá y mamá. Por ello, Eugenio Mendoza es un caso aparte. Y los Mendoza de Polar, una rareza.

—**Su libro, entre otras cosas, es una crónica del deterioro. ¿Cuáles son los ámbitos donde el deterioro es más grave o riesgoso?**

—Estamos en el peor de los mundos. Los controles y la discrecionalidad en el manejo de los recursos públicos han disparado la corrupción. Hay más petrodólares. Más

rentismo. Más activismo con los bonos. Más importaciones. En el Estado se mueven operadores y seudos empresarios. Y con estos, los dirigentes del Gobierno, y hasta dirigentes de la oposición. Nunca como antes, la sociedad de cómplices es un concepto que calza. De modo que el deterioro imbrica a las viejas y nuevas élites. Ya ni siquiera esto es la corrupción clásica: es un saqueo.

—¿Un cierto descaro, una cierta vulgaridad, un cierto exhibicionismo, son inherentes al modo de ejercer el poder en Venezuela?

—El poder es de una sola vía, no se comparte. Construido sobre el discurso. El discurso no puede desaparecer. Para ese poder, discurso e imagen se refuerzan. En esta Era, discurso, imagen, medios y dinero. Si a eso se agregan el mesianismo, el juego de la manipulación, el miedo y el chantaje, entonces no basta con ordenar sino que te vean ejerciendo el poder. El tuyo. Autoritario. Jamás compartido. Insultante. Chocante. Al punto, como dice Martin Amis en *Koba El Terrible*: es un poder que invade los sueños de la gente.

—¿Diría usted que las alianzas por odio a una figura han tenido un peso más determinante en la cultura política venezolana que las alianzas constructivas?

—En el viejo oeste, tres bandidos atacan, disparan, y adentro, los pasajeros y los guardias creen que se trata de un ejército. Tres dirigentes políticos pueden destruir un partido. Una OPA hostil, cargada de revancha y odio, de un banquero contra otro, al sistema financiero. Y una casta de militares cargados de odio y resentimiento imponerle un proyecto a un país, pese a que la mitad diga no. Odio y envidia. El odio es clave a la hora de montar un modelo de tierra arrasada. Sin embargo, hay ejemplos de desprendimiento. Cuando este se da, la sociedad se dinamiza. López Contreras, Medina, Gallegos, Betancourt, Leoni y el primer Caldera, actuaron con grandeza. La no reelección de Betancourt es un acto heroico que aceleró el sentido democrático. ¿Y después? CAP, Caldera, Chávez, se reeligieron. No es casual que el deterioro sea consustancial a estos apetitos del poder.

—¿Hay una tendencia en los líderes políticos venezolanos a victimizarse?

—Siempre se dijo: para ser presidente hay que purgar cárcel. Pero nunca como ahora. Chávez y la enfermedad. Es el recurso más abusivo de manipulación de las masas. ¿Hasta dónde puede llegar un líder? La victimización extrema es una estafa a la sociedad; especialmente a sus seguidores. En las pugnas internas, los sujetos discriminados o perseguidos tenían licencia para exagerar: Henry Ramos Allup víctima de los Celli en Carabobo. Caldera acusando a los delfines y viceversa. Luis Herrera, Pérez, Lusinchi, cada uno en su momento lo hizo. Los que se quejaban de Alfaro. Y Chávez lo sigue haciendo: y le da resultados. No pasa una cadena sin que eche el cuento de cómo en una u otra ocasión se les acosaba en la Fuerza Armada o

fuera de esta. Los políticos quieren construir una épica. Añooro el día en que el presidente sea un hombre reposado, que apenas se sienta, en un marco de respeto de las instituciones, reglas claras para la inversión, un pacto social, y un proyecto de desarrollo nacional.

—¿Podría explicar a los lectores del Papel Literario por qué escogió a Vargas Llosa como la referencia ciudadana, literaria y política para contrastar con los sucesos políticos venezolanos?

—Vargas Llosa es el intelectual de talla internacional más conectado con Venezuela. No hay otro. Ni García Márquez. Lo de Vargas Llosa es una relación de amor y agradecimiento. Con el Premio Rómulo Gallegos no solo se le reconoció como novelista sino que el monto fue el principio de su independencia económica para pensar y escribir en libertad. Da la casualidad que Gabo y Vargas Llosa son dos Premio Nobel de estrecha vinculación con Caracas y Venezuela. A Gabo lo trabajé en un libro en el que me afinqué sobre la anécdota. Con Vargas Llosa no funcionó igual. Son más importantes los códigos de la política y el poder. Lo releí. Y me di cuenta, por ejemplo, de que en *Conversación en la Catedral* está todo lo que él era y lo que iba a ser después. Y esta, que es una obra que mira en lo interno del Perú y la dictadura de Odría, es como si la hubiera escrito para el caso actual de Venezuela. Además, la confrontación Chávez-Vargas Llosa es ya de antología. Los escritos de Vargas Llosa sobre Venezuela se me antojan casi proféticos. Yo tomo el título de un artículo suyo de 1999: *El suicidio de una nación*. En eso andamos.

—*El suicidio del poder* es un libro difícil de clasificar. Está lleno de información, pero también es un texto memorioso y de interpretación política. Además, incluye géneros literarios como el monólogo interior. ¿Es un ensayo? ¿Es un ejercicio de postperiodismo?

—Vuelvo a mi experiencia con Vargas Llosa. Para abordarlo tuve que entrar en él. Y al momento de escribir, ya estaba impregnado de lo que es la experiencia del *boom*, que ahora celebra medio siglo. El resultado ha sido un libro múltiple. Predominan dos voces: la de él, como apoyo en los códigos y la estructura; y la mía, como investigador. Al terminar el libro, me di cuenta de algo que no estaba en mi proyecto original. Finalizas la lectura y la pregunta automática es: ¿esto es ficción o realidad? ¿Esto ocurrió en Venezuela? ¿Todo esto está pasando en este país? Entonces, aplicas el axioma: la realidad supera la ficción. ¿O acaso es pura distorsión de la realidad? Digamos como Josep María Castellet, pero en vez de la España franquista, la Venezuela de estos últimos años: «A la decadencia española de siglos se añadían cerca de cuarenta años de mediocridad, corrupción, censura, poder militar, violencia política, estupidez de la Iglesia, todas las imposiciones subculturales de los pretendidos intelectuales del régimen».

«Se siguen suicidando. Les sigue faltando la visión de país. La grandeza»

Por Milagros Socorro

Revista *Climax*. Abril 2013

El escritor y periodista apureño se ha colado en el grupo de los principales escritores de Venezuela. En su más reciente libro, El suicidio del poder, donde coinciden la ficción y el gran reportaje, hace un minucioso memorial de los hitos de la degradación institución del país y nos recuerda, tal como dice en esta entrevista que «A ciertos sectores del poder el gendarme les resuelve el problema de repensar el país, de involucrarse».

Juan Carlos Zapata (Guasualito, 1960) ha escrito un gran libro. O tres. Una parte es un gran reportaje acerca de la relación de Mario Vargas Llosa con Venezuela; la segunda es una novela con referencia en lo real, armada con monólogos imaginarios de figuras políticas locales; y la tercera es un gran reportaje acerca de períodos de la historia reciente del país. Se trata, también, de un intenso trabajo de investigación, así como de una conquista de escritura.

El título, *El suicidio del poder* (Editorial El Parricida, Caracas, 2012) ya nos augura el inventario de dislates que vamos a recorrer. Solo que no son solamente de las élites poderosas, sino de todo un país que se descarrió de la senda institucional para abrigar quimeras autodestructivas. Es, en suma, la obra de un periodista extraordinario y de un narrador de garra y honda vocación.

—¿Cómo se gestó la idea de escribir la historia reciente de Venezuela con Vargas Llosa como referencia?

—Intentaba escribir sobre Vargas Llosa tal como lo hice con Gabo, partiendo de la anécdota vinculada a Caracas y sus amigos. Pero no funcionaba. Entonces lo releí casi todo, y me percaté de que su visión del poder tiene una correspondencia con el caso venezolano. Más interesante si se toma en cuenta que fue el primer premio de novela Rómulo Gallegos; que por esa fecha, 1967, Vargas Llosa comenzaba a revisar lo que era y lo que había sido desde el punto de vista político; y un aspecto que pesa: estableció con Venezuela una relación de agradecimiento, sincera, por el significado del premio, por el dinero asignado y por el sentido democrático del reconocimiento. Desde entonces, se ha mezclado con este país. Ha tomado partido. Ha arriesgado. Ha debatido. Es una referencia, y no solo literaria. Esa, su visión del poder, me dio la

voz, el hilo, el tono del libro. Me brindó, además, la siguiente paradoja: una vez releído el libro me di cuenta de que ya no sabía si era realidad o ficción. Me pregunté: ¿esto ocurrió en Venezuela?

—Usted hace un ejercicio de ficción, que consiste en meterse en la mente de Carlos Andrés Pérez y adivinar sus pensamientos. El resultado es un flujo de conciencia que mueve al lector a simpatizar con Pérez y experimentar cierto desprecio por sus enemigos. ¿Esto es lo que usted siente por la figura de Pérez?

—Lamento que se interprete así. Hay críticas sobre Pérez. El mismo Vargas Llosa, al principio del libro, advierte sobre las medidas que se van a tomar en febrero de 1989. Advierte sobre el riesgo de la democracia. Hay críticas a la corrupción en los dos gobiernos de CAP. También advierto sobre el impacto de la reelección. Sin embargo, debo ser sincero y confesar que sí, al releer el libro, noté que hizo falta más contundencia sobre el Pérez mesiánico, sobre el desprecio de Pérez hacia su partido, hacia la dirigencia de su partido, y la entrega de Pérez a los tecnócratas obsesionados más por demostrar una tesis económica, una visión económica. Sin embargo, todo ello está dicho o sugerido. Inclusive la oferta engañosa de 1988, de que con Pérez volvía la Gran Venezuela. Pérez, Caldera, Chávez, son figuras obsesionadas consigo mismas, por el lugar que les corresponde en la historia, y nosotros estamos pagando los platos rotos. Con CAP se tiende a ser más sutil por su esfuerzo de cambio.

—Hay también un monólogo que usted atribuye a Rafael Caldera. Más corto, menos intenso que el de Carlos Andrés Pérez. No muy generoso que digamos. ¿Cuál es su evaluación de Caldera?

—A mí me terminó de decepcionar Caldera cuando lo entrevisté y le pregunté sobre Pedro Tinoco, Carlos Andrés Pérez, Luis Herrera y los empresarios. La respuesta no era la de un estadista, sino de un dirigente de partido corroído por la envidia y el rencor. Mezclemos a Caldera con Pérez. ¿Qué obtenemos? Eso está en el libro. Es un delta de historias, de datos, de situaciones, que explican la Venezuela actual. Era el libro que yo, en lo particular, necesitaba escribir para hacer la conexión entre la IV y la V República. El odio no comenzó con Chávez. ¿Sabes cuántos banqueros perseguidos por Caldera murieron de cáncer o les sobrevino el cáncer? Y no hemos revisado aún por qué Ramón J. Velásquez se prestó al juego de Caldera contra el Banco Latino. Sin embargo, hay páginas que abordan los esfuerzos de Caldera por darle una salida a la crisis de 1998. Ya era demasiado tarde. Ni él tenía las fuerzas para ello, y el sistema estaba montado en otra ola.

—En la página 131, usted escribe: «... el comandante les salió respondón. Se equivocaron. Se suicidaron». ¿Podría ser más explícito? ¿Es esta la clave de su libro?

—Pues, sí. De esto hay más que testimonios. Los empresarios que quieren el cheque en blanco de vuelta. En apariencia, doy las opciones a escoger: se equivocaron o se suicidaron. Porque lo de Chávez no era secreto. Se sabía quién era, cómo pensaba y con quién andaba. Por eso, el título va más por el suicidio. Se siguen suicidando. Algunos operando desde las parcelas de dinero, abultando las cuentas en dólares, haciéndole el juego al gobierno. Otros, conformándose con la parcelita de una alcaldía, una gobernación, un partido que ni cascarón ya es. Les sigue faltando la visión de país. La grandeza.

—**Usted dice en su libro: «... lo que ha ocurrido con el Grupo de Empresas Polar, solo la protesta de los trabajadores y el sentimiento del país por un grupo, por una marca, por muchos productos, por la propiedad privada, por la libre empresa, la creación de riqueza, el aporte social, ha trastocado la ofensiva del gobierno de Chávez, cual es crear el clima para aplicar la medida de expropiación del conglomerado». ¿Podría comentar esta afirmación? ¿Usted aseguraría que la medida de expropiación ha estado siempre en el escritorio de Chávez?**

—Los trabajadores y la opinión pública han sido los mayores defensores del Grupo Polar. Como objetivo específico, Polar entra en la mira desde el 2002. Anoto una reunión habida en el 2000 entre Chávez y Lorenzo Mendoza, de la que solo ellos conocen el contenido y los resultados. Chávez se llevaba bien con Mendoza. Lo sacaba del grupo de empresarios que se habían beneficiado del poder. Después eso cambió: los primeros que plantearon ir contra Polar fueron Maduro, Cilia Flores, García Carneiro, Ramón Martínez. Chávez se fue por la vía de estimular a Fernández Barrueco para hacerle contrapeso a Polar. El esquema no funcionó. Fernández Barrueco se montó en su propia agenda y fue defenestrado por los intereses cubanos y Chávez. Luego vinieron los ataques directos. El cerco con las importaciones, los controles de precios, con la expropiación de Agroisleña, con la presión contra los productores, proveedores de Polar. Nada de eso funcionó. Optaron por el ataque directo, metiéndose en los galpones, entorpeciendo la distribución de cerveza, revisando impuestos. Se agitó la opinión pública, se agitaron los trabajadores, y esto enardeció a Chávez, que no podía creer que hubiera obreros defendiendo a sus patronos. También hay que destacar la actitud de la familia Mendoza. Dispuesta a todo. A morir con la botas puestas. Con un mensaje a flor de boca: este es nuestro país y de aquí no nos saca nadie. Luego vino Pudreal, que hizo aterrizar a Chávez y al gobierno sobre un tema tan sensible como es la distribución de alimentos, el fuerte de Polar. Y luego, la enfermedad se convirtió en la prioridad.

—**En el capítulo titulado «El dinero en campaña», usted hace una lista de «las señales de la quiebra de las élites económicas»: 1) no entender el paquete de Pérez; 2) la pugna y crisis bancaria; 3) creer en Caldera; y 4) «entregarle más de**

lo necesario a la campaña de Chávez, ignorando las características del personaje, aunque claro, buena parte de esa élite quiere un gendarme, añora la mano dura del militar...». ¿Podría extenderse en el cuarto punto?

—No es nuevo para las élites ni tampoco para buena parte de la clase media, la búsqueda de un vengador. No olvidemos cómo se aplaudió el 4-F. No olvidemos cómo, ni siquiera factores políticos y económicos que sabían del golpe alertaron de ello, sin hablar de los que se involucraron. Antes, 1989, en medio del Caracazo, hubo políticos y empresarios que sugirieron a los jefes militares quedarse con el poder para recomponer el país. Caldera fue elegido en 1993 porque prometía venganza. Más tarde, le pedían que siguiera el ejemplo de Fujimori. ¿Qué decían de Chávez factores del poder? Es un militar. Pondrá orden. Y se sabe, en estos casos, lo que significa orden. Por último, pese a admitir que se equivocaron con Chávez, no han dejado de buscar que la solución provenga de un sector de la Fuerza Armada. Les resulta fácil y conveniente a ciertos sectores del poder: el gendarme les resuelve el problema de repensar el país, de involucrarse. No abundan los empresarios que creen de manera sincera en la democracia como modelo. Y otros consideran que la acumulación primitiva de capital es la constancia definitiva de la riqueza, y no la educación de calidad, las industrias a todo pulmón, el sosiego de las calles, la paz de las noches y las libertades.

—Se tiene la impresión de que *El suicidio del poder* es dos libros. Uno es el de la crónica venezolana de Vargas Llosa y otro, el de la peripecia reciente de Venezuela. En muchos puntos, estos dos relatos ni siquiera se tocan y, definitivamente, el inventario venezolano tiene un tono distinto, mucho más dramático, ¿por qué decidió trenzarlos en un único volumen?

—Yo creo que hay correspondencia. Inclusive en las historias colaterales que le ofrecen una suerte de pausa al lector: Gallegos, Carlos Rangel, la cita en La Orchila, Torrijos, etc. Regreso a esa impresión terrible que tuve yo mismo: qué es ficción y qué es realidad. Pues, todo lo es. Una y otra cosa, y lo contrario. Y mira que allí no abordamos el tema de la enfermedad. El cáncer de Chávez y ese mundo fantástico que solo tiene parangón en *Evita* de Tomás Eloy Martínez, en *El otoño del patriarca* de Gabo y *Oficio de difuntos* de Uslar Pietri.

—¿Qué percepción cree usted que tienen mutuamente Vargas Llosa y Chávez? ¿Se respetan?

—Ambos han dicho lo que piensa uno del otro: «el caudillo militar y el intelectual analfabeta». Se repelen. Son polos opuestos.

—Y usted, ¿los respeta?

—Una de mis primeras lecturas fue *La casa verde*. Desde allí, me enganché con

Vargas Llosa; su obra periodística, los artículos, no envejecen, como ensayista es de primera. Lo admiro y lo respeto. En cuanto a Chávez, ¿puedo admirar al caudillo que representa? No. ¿Puedo respetar el coctel ideológico que encarna? Tampoco. El Chávez que se salva es el de la Constituyente. Ni siquiera el Chávez de la dádiva, aunque el asistencialismo sea una oferta política que algunos acepten como válida, pese a que no sea sostenible. Es que Chávez es peor que eso. Su modelo no es tanto que haya profundizado el rentismo —siniestra enfermedad—, ni que haya rescatado el populismo —que aparece y desaparece como fórmula en América Latina, inclusive en Europa—, sino algo aún más grave: ha propiciado el saqueo de Venezuela. Se hizo el loco ante el saqueo de los cubanos. Propició el saqueo por parte de la boliburguesía, los bolifuncionarios, los bolioperadores. Chávez usó el *lobby* del dinero cuando le convino. *Lobby* nacional y *lobby* internacional. Él comenzó con los millarditos del FIEM, y por ahí se colaron los demás. La gran corrupción de los bonos de la deuda pública, de los contratos de obras, de las compras militares, de las importaciones de alimentos. Y la otra corrupción, la del hombre común, la de los tarjeteros con los cupos de Cadivi y los cupos de los bonos, la de los buhoneros que especulan con la comida, la de los que trafican con las remesas familiares. El ministro Giordani reconoció que solo el año pasado la sobrefacturación pasó de 10 000 millones de dólares. Maduro acaba de admitir que fallaron en la entrega de divisas. Aquí hay nuevos magnates en fortunas. Numerosos ricos de cientos de millones de dólares. Acumulación sobre la base del saqueo. Funcionarios militares y civiles que esperan que todo cambie, sean perdonados, y escalar a la categoría de figuras de bien, del dinero y el capital bien habido. Si yo lo sé, el Estado también lo sabe. Chávez es el único presidente que de manera insólita reconoció que en su gobierno se fugaron 200 mil millones de dólares a pesar del control de cambio. Todo esto no es que ocurrió en sus narices, es que él lo propició. Todas las veces que se ha descabezado a alguien y se le acusa de hechos de corrupción no es por la corrupción, sino por el juego del poder. Hace una década prometió una policía anticorrupción. Hace una década prometió adecentar el Poder Judicial. Los factores del poder, nuevos o viejos, conocen los detalles del saqueo. Ellos mismos se entremezclan. Dinero y política. ¿Y qué hacen? Da grima responder. La verdad es que el libro ha debido llamarse *El suicidio de una nación*, pero ya Vargas Llosa había usado este título. No se lo podía plagiar.



Índice Onomástico

Abreu, José Antonio, *1 mención*
Abrizo, Manuel, *1 mención*
Acedo Mendoza (Grupo), *1 mención*
Acosta, Carlos, *1 mención*
Acosta Carlez, Felipe, *2 menciones*
Adrián, Tamara, *1 mención*
Aguiar, Asdrúbal, *2 menciones*
Aguilar, Pedro Pablo, *1 mención*
Aguilarte Gámez, Jesús, *2 menciones*
Aguilera, Carlos, *1 mención*
Alcántara, Pedro Pablo, *1 mención*
Alegría, Fernando, *1 mención*
Alfaro Uceró, Luis, *38 menciones*
Alfonzo Hernández, Rafael, *1 mención*
Allende, Salvador, *8 menciones*
Alvarado, Enrique, *3 menciones*
Alvarado, Velasco, *12 menciones*
Álvarez, Federico, *3 menciones*
Álvarez Paz, Fernando, *1 mención*
Álvarez Paz, Oswaldo, *8 menciones*
Álvarez Stelling, José, *1 mención*
Andara Clavier, Manuel, *2 menciones*
Anderson, Danilo, *1 mención*
Andrade, Alejandro, *2 menciones*
Anzola, Hernán, *2 menciones*
Áñez Fonseca, Ciro, *2 menciones*
Aponte Aponte, Eladio, *1 mención*
Arapé, Alberto, *1 mención*
Arcaya, Ignacio, *2 menciones*
Arciniegas, Germán, *1 mención*
Arias Cárdenas, Francisco, *10 menciones*
Arismendi, Juan Bautista, *1 mención*
Armas, Alejandro, *2 menciones*
Armas, Celestino, *1 mención*
Arria, Diego, *3 menciones*
Arriojas, Hugo, *1 mención*

Asís Espejo, Edgar, *1 mención*
Aznar, José María, *1 mención*
Azpúrua, Andrés, *1 mención*
Azpúrua, Manuel, *3 menciones*
Azuaje, José Luis, *1 mención*
Bachelet, Pablo, *1 mención*
Baduel, Raúl Isaías, *7 menciones*
Bancor (Grupo), *1 mención*
Barrera, Alberto, *1 mención*
Barreto, Juan, *2 menciones*
Barrios, Gonzalo, *9 menciones*
Bastidas, Adina, *6 menciones*
Beaujon, Arístides, *1 mención*
Belaúnde Terry, Fernando, *2 menciones*
Bell (Grupo), *1 mención*
Bello, Miguel, *1 mención*
Belloso (Grupo), *1 mención*
Benacerraff (Grupo), *1 mención*
Benítez, Pedro, *2 menciones*
Beracha, Moris, *1 mención*
Bernal, Freddy, *4 menciones*
Bernárdez Lossada, Carlos, *1 mención*
Betancourt, José Luis, *3 menciones*
Betancourt, Rómulo, *38 menciones*
Betancur, Belisario, *1 mención*
Blanco Muñoz, Agustín, *8 menciones*
Blohm (Grupo), *1 mención*
Bogiovanni, Gerardo, *1 mención*
Bolaño, Roberto, *1 mención*
Bolívar, Didalco, *2 menciones*
Bolívar, Simón, *84, 87, 106*
Borges (Hermanos), *2 menciones*
Borges, Jorge Luis, *3 menciones*
Borges, Julio, *3 menciones*
Botero, Fernando, *1 mención*
Botín, Emilio, *1 mención*
Boulton (Grupo), *1 mención*
Boulton, Henry Lord, *5 menciones*
Brandt, Willy, *2 menciones*
Brewer Carías, Allan, *1 mención*
Briceño García, Jesús Enrique, *1 mención*

Brillembourg, David, *1 mención*
Brillembourg, Felipe, *1 mención*
Brito, Vicente, *5 menciones*
Brizuela, Luis Eduardo, *1 mención*
Bucaram, Abdalá, *1 mención*
Buen Abad, Fernando, *1 mención*
Bush, George W., *4 menciones*
Bush, George, *1 mención*
Cabello, Diosdado, *16 menciones*
Cabré, Manuel, *1 mención*
Cabrera Infante, Guillermo, *3 menciones*
Caldera, Andrés, *2 menciones*
Caldera, Rafael, *64 menciones*
Call, Guillermo, *2 menciones*
Calvani, Arístides, *1 mención*
Camacho Kairuz, Luis, *1 mención*
Camero, Martín, *1 mención*
Camero, Omar, *10 menciones*
Camus, Albert, *2 menciones*
Canache Mata, Carlos, *5 menciones*
CAP, véase *Pérez, Carlos Andrés*
Capriles Ayala, Miguel Ángel, *4 menciones*
Capriles López, Miguel Ángel, *1 mención*
Capriles Radonski, Henrique, *2 menciones*
Capriles, Axel, *1 mención*
Cárdenas, Rodolfo José, *1 mención*
Cardoso, Fernando Henrique, *1 mención*
Carmona, Isabel, *1 mención*
Carmona, Jesús Ramón, *3 menciones*
Carmona Borjas, Robert, *2 menciones*
Carmona Estanga, Pedro, *77 menciones*
Carmona Vásquez, Ramón, *1 mención*
Carpentier, Alejo, *2 menciones*
Carrera, Vinicio, *1 mención*
Carrera Damas, Germán, *1 mención*
Carrero, Tobías, *12 menciones*
Carter, Jimmy, *6 menciones*
Casal, José Ignacio, *3 menciones*
Castañeda, Jorge, *6 menciones*
Castellet, José María, *1 mención*
Castillo, Leopoldo, *1 mención*

Castillo, Rosalio, *1 mención*
Castro, Cipriano, *2 menciones*
Castro, Fidel, *29 menciones*
Castro, Orlando, *4 menciones*
Celis, Adán, *1 mención*
Celli (Grupo), *1 mención*
Celli, Humberto, *5 menciones*
Ceresole, Norberto, *8 menciones*
Cervini, Ángel, *1 mención*
Cervini, Reinaldo, *6 menciones*
Chacón, Jesse, *1 mención*
Chamorro, Pedro Joaquín, *1 mención*
Chamorro, Violeta, *4 menciones*
Chávez, Adán, *1 mención*
Chávez, Hugo Rafael, *217 menciones*
Chávez, Marisabel de, *1 mención*
Chiappe, Doménico, *1 mención*
Chumaceiro (Grupo), *1 mención*
Ciliberto, José Ángel, *1 mención*
Cisneros (Grupo), *8 menciones*
Cisneros, Diego, *3 menciones*
Cisneros, Gustavo, *55 menciones*
Cisneros, Ricardo, *3 menciones*
Clausewitz, Carl von, *1 mención*
Clinton, Bill, *1 mención*
Cohen, Alfredo, *1 mención*
Cohen, Freddy, *1 mención*
Cohen, Salomón, *4 menciones*
Coles, Jonathan, *1 mención*
Colimodio (Grupo), *1 mención*
Collor de Mello, Fernando, *1 mención*
Colmenares, Hugo, *1 mención*
Comandante Cero, *1 mención*
Concho Quijada, *véase Quijada, Concepción*
Conde Jahn, Emilio, *2 menciones*
Consalvi, Simón Alberto, *8 menciones*
Consolidado (Grupo), *1 mención*
Construcción (Grupo), *1 mención*
Cordero, Juan Domingo, *1 mención*
Correa, Rafael, *1 mención*
Cortázar, Julio, *1 mención*

Cova, Manuel, *2 menciones*
Croes, Carlos, *2 menciones*
Cruz, Juan, *109, 227*
Cudemus, Alberto, *7 menciones*
Curiel, José, *1 mención*
D'Agostino, Franco, *3 menciones*
Da Silva, Lula, *1 mención*
Dáger, Douglas, *1 mención*
Daniel, Yull, *1 mención*
Dao, Edgar, *4 menciones*
Darío, Rubén, *1 mención*
Dávila, Luis Alfonso, *2 menciones*
De Armas (Grupo), *1 mención*
De Gaulle, Charles, *1 mención*
De la Rosa (Grupo), *1 mención*
De Sola, Parsifal, *2 menciones*
De Sola, Vinicio, *3 menciones*
De Viana, Mikel, *2 menciones*
Del Nogal, Alex, *2 menciones*
Delfino, Alejandro, *1 mención*
Delfino, Enrique Paúl, *2 menciones*
Delgado Chapellín, Carlos, *2 menciones*
Delpino, Juan José, *1 mención*
Di Mase (Grupo), *2 menciones*
Di Mase, Giácomo, *1 mención*
Díaz, Héctor, *1 mención*
Díaz Bruzual, Leopoldo, *3 menciones*
Díaz Granados, Danilo, *1 mención*
Díaz Quiñones, Arcadio, *1 mención*
Díaz Sosa, Carlos, *2 menciones*
Domínguez (Grupo), *1 mención*
Donoso, José, *3 menciones*
Dostoyevski, Fiodor, *1 mención*
Duarte, Napoleón, *1 mención*
Durán, Armando, *2 menciones*
Egaña, Fernando, *2 menciones*
Ernst Contreras, Ricardo, *1 mención*
Escotet, Juan Carlos, *7 menciones*
Escovar Salom, Ramón, *3 menciones*
Febres, Fernando, *1 mención*
Febres Cordero, Siro, *1 mención*

Félix, María, *1 mención*
Fermín, Claudio, *10 menciones*
Fernandes, Carlos, *2 menciones*
Fernández, Eduardo, *9 menciones*
Fernández, Lorenzo, *3 menciones*
Fernández, Orlando, *2 menciones*
Fernández Barrueco, Ricardo, *1 mención*
Ferreira, Marcos, *1 mención*
Ferrer, Leonardo, *1 mención*
Ferrere, Víctor, *2 menciones*
Finol, Beto, *5 menciones*
Fonseca Amador, Carlos, *1 mención*
Fraga, Manuel, *1 mención*
Franceschi (Grupo), *1 mención*
Fuenmayor, Herminio, *1 mención*
Fuenmayor, Rommel, *3 menciones*
Fuentes, Carlos, *5 menciones*
Fujimori, Alberto, *20 menciones*
Fujimori, Keiko, *1 mención*
Gabaldón Domínguez, Armando, *1 mención*
Gabo, véase García Márquez, Gabriel
Gallegos, Rómulo, *17 menciones*
Gamus, Paulina, 123, 125, 141, 144, 155, *3 menciones*
García, Alan, *16 menciones*
García, Orlando, *1 mención*
García, Víctor Manuel, *2 menciones*
García Araujo, Mauricio, *1 mención*
García Márquez, Gabriel, *15 menciones*
García Mendoza, Oscar, *2 menciones*
Garmendia, Salvador, *2 menciones*
Gaviria, Hiram, *2 menciones*
Genatios, Carlos, *1 mención*
Gil, César, 158, 160, 161
Gil Yépez, José Antonio, *1 mención*
Gill, Carlos, *2 menciones*
Gill Ramírez, Víctor, *10 menciones*
Giordani, Jorge, *10 menciones*
Giusti, Luis, *4 menciones*
Giusti, Roberto, *2 menciones*
Goguikian, Michel, *2 menciones*
Gómez, Diana, *2 menciones*

Gómez, Juan Vicente, *7 menciones*
Gómez Alberti, Henry, *1 mención*
Gómez Álvarez, Felipe, *1 mención*
Gómez López, Gustavo, *2 menciones*
Gómez Sigala, Eduardo, *1 mención*
González, Felipe, *5 menciones*
González González, Néstor, *1 mención*
González León, Adriano, *2 menciones*
Granier (Grupo), *1 mención*
Granier, Marcel, *8 menciones*
Grúber Odremán, Hernán, *1 mención*
Guanipa, Moraima, *2 menciones*
Guevara (Che), *5 menciones*
Guijarro, Rocío, *1 mención*
Guzmán Blanco, Antonio, *1 mención*
Harss, Luis, *3 menciones*
Hernández, Carlos Raúl, *1 mención*
Hernández, Liliana, *1 mención*
Hernández, Ramón, *1 mención*
Hernández Quijada, Cruz, *1 mención*
Hernández Raffali, Hugo, *1 mención*
Herrera, Carolina, *1 mención*
Herrera, Earle, *1 mención*
Herrera Campins, *35 menciones*
Heydra, Pastor, *2 menciones*
Hitler, Adolfo, *2 menciones*
Hospedales, Arístides, *1 mención*
Hrinak, Donna, *1 mención*
Hugo, Víctor, *2 menciones*
Humala, Ollanta, *4 menciones*
Hung, Rafael, *1 mención*
Hurtado, Héctor, *7 menciones*
Hurtado Soucre, Eliécer, *2 menciones*
Ibáñez, Blanca, *15 menciones*
Iglesias, Julio, *2 menciones*
Imber, Sofía, *5 menciones*
Insulza, José Miguel, *1 mención*
Istúriz, Aristóbulo, *3 menciones*
Izaguirre, Alejandro, *2 menciones*
Jattar Doti, Braulio, *1 mención*
Jaua, Elías, *2 menciones*

Jiménez, Iván Darío, *1 mención*
Jiménez, Rafael Simón, *2 menciones*
Jugo Amador, Luis, *1 mención*
Kaufman, Carlos, *1 mención*
Khadaffi, Muammar al, *1 mención*
Kodama, María, *1 mención*
Krauze, Enrique, *8 menciones*
La Fuente, Sandra, *6 menciones*
Lamaletto, Camilo, *1 mención*
Lameda, Guaicaipuro, *2 menciones*
Landau, George, *1 mención*
Lara, Juan Felipe, *1 mención*
Lara, William, *2 menciones*
Latino (Grupo), *2 menciones*
Latinoamericana de Seguros (Grupo), *1 mención*
Lauría, Carmelo, *20 menciones*
Laya, Alfredo, *1 mención*
Leandro Mora, Reinaldo, *1 mención*
Ledezma, Antonio, *5 menciones*
Lemoine, Enriqueta, *3 menciones*
Leoni, Raúl, *6 menciones*
Lepage, Octavio, *4 menciones*
Liendo, Eduardo, *8 menciones*
Liscano, Juan, *5 menciones*
Llosa, Patricia, *3 menciones*
Londoño, Juan Luis, *2 menciones*
López, Héctor Alonso, *3 menciones*
Lossada Rondón, Jesús, *4 menciones*
Lozada Soucre, Luis, *1 mención*
Lusinchi, Gladys de, *3 menciones*
Lusinchi, Jaime, *38 menciones*
Macarén, Luis, *1 mención*
Machado, Gustavo, *2 menciones*
Machado, María Corina, *3 menciones*
Machado Zuloaga (Grupo), *1 mención*
Makled, Walid, *1 mención*
Malraux, André, *2 menciones*
Manrique, Héctor, *3 menciones*
Manzo González, José, *1 mención*
Márai, Sándor, *226, 229*
Marcano, Cristina, *1 mención*

Marcel, Gabriel, *1 mención*
Marín, Rafael, *6 menciones*
Márquez, Pompeyo, *1 mención*
Martínez, Ana,, *1 mención*
Martínez, Leopoldo, *1 mención*
Martínez, Luis Eduardo, *3 menciones*
Martínez, Nelson Luis, *2 menciones*
Martínez, Tomás Eloy, *4 menciones*
Marturet, Gustavo, *1 mención*
Marturet, Luis Gonzalo, *1 mención*
Marulanda, Manuel, *1 mención*
Mata, Andrés, *3 menciones*
Mata, Carlos, *1 mención*
Matheus Linares, Jesús, *1 mención*
Matos Azócar, Luis Raúl, *8 menciones*
Matos, Cecilia, *10 menciones*
Maza Tirado, Arístides, *6 menciones*
Medina, José Ramón, *1 mención*
Medina, Pablo, *2 menciones*
Medina, Ramón José, *2 menciones*
Medina Angarita, Isaías, *1 mención*
Medina Gómez, Enrique, *3 menciones*
Mejía, Hipólito, *1 mención*
Mejías, Juan Francisco, *1 mención*
Melo, Carlos, *1 mención*
Mendoza (Eugenio y Eduardo), *1 mención*
Mendoza (Grupo), *5 menciones*
Mendoza, Enrique, *4 menciones*
Mendoza, Eugenio (Don), *4 menciones*
Mendoza, Eugenio Antonio, *5 menciones*
Mendoza, Lorenzo, *6 menciones*
Mendoza, Plinio Apuleyo, *4 menciones*
Mendoza Fleury (Grupo), *1 mención*
Mendoza Ibarra, Ramón, *1 mención*
Mercantil (Grupo), *1 mención*
Merentes, Nelson, *2 menciones*
Merleau-Ponty, Maurice, *1 mención*
Messori, César, *1 mención*
Meza, Alfredo, *6 menciones*
Mezerhane (Grupo), *1 mención*
Mezerhane, Nelson, *11 menciones*

Mijares, Augusto, *1 mención*
Millán, Jorge, *3 menciones*
Miquilena, Luis, *35 menciones*
Montes de Oca, Pepi, *2 menciones*
Montesinos, Vladimiro, *4 menciones*
Montilla, Carmen, *1 mención*
Montilla, Felipe, *2 menciones*
Montilla, José Gregorio, *1 mención*
Mora, Rosa, *1 mención*
Morales, Evo, *1 mención*
Morales Bello, David, *4 menciones*
Morales Bermúdez, Francisco, *2 menciones*
Moreno Uribe, Edgar, *4 menciones*
Morillo Robles, Pablo, *1 mención*
Morón, Guillermo, *1 mención*
Muci Abraham, José, *1 mención*
Mujica, Felipe, *2 menciones*
Mundaraín, Germán, *1 mención*
Muñoz León, Radamés, *2 menciones*
Muñoz, Albis, *1 mención*
Mussolini, Benito, *1 mención*
Narváez, Rafael, *1 mención*
Natera, Francisco, *9 menciones*
Navarro, Carlos, *1 mención*
Neruda, Pablo, *1 mención*
Nogueroles, José María, *4 menciones*
Novegil, Daniel, *1 mención*
Ochoa, Fabio, *1 mención*
Ochoa Antich, Fernando, *1 mención*
Odría, Manuel, *9 menciones*
Olavarría, Jorge, *6 menciones*
Onetti, Juan Carlos, *3 menciones*
Ordóñez, Rosana, *1 mención*
Orinoco (Grupo), *2 menciones*
Ortega, Carlos, *14 menciones*
Ortega, Daniel, *3 menciones*
Ortega Díaz, Luisa, *1 mención*
Ortiz Contreras, Jesús, *1 mención*
Ospina, William, *1 mención*
Otero, Andrés Germán, *1 mención*
Otero, Miguel Henrique, *5 menciones*

Otero Silva, Miguel, *4 menciones*
Ottolina, Renny, *1 mención*
Oviedo, José Miguel, *3 menciones*
Padilla, Heberto (Caso), *1 mención*
Padrón, Paciano, *1 mención*
Palenzona (Familia), *1 mención*
Pantin, Blanca Elena, *1 mención*
Paredes Bello, Fernando, *1 mención*
Parra, Esdras, *1 mención*
Parra Luzardo, Gastón, *1 mención*
Pastrana, Andrés, *1 mención*
Paz Galarraga, *1 mención*
Peña, Alfredo, *8 menciones*
Peñalver, Manuel, *4 menciones*
Pérez, Carlos Andrés, *67 menciones*
Pérez, Lewis, *20 menciones*
Pérez Abad, Miguel, *2 menciones*
Pérez Alfonso, Juan Pablo, *3 menciones*
Pérez Briceño, Arturo, *1 mención*
Pérez Delgado, Pedro, *2 menciones*
Pérez Jiménez, Marcos, *12 menciones*
Pérez Recao, Isaac, *9 menciones*
Pérez Recao, Vicente, *1 mención*
Perón, Juan Domingo, *5 menciones*
Petkoff, Teodoro, *15 menciones*
Petricca, Umberto, *5 menciones*
Pinchevsky, Israel, *2 menciones*
Pinochet, Augusto, *3 menciones*
Piñerúa, Luis, *11 menciones*
Pla, José Carlos, *1 mención*
Polar (Grupo), *8 menciones*
Poleo, Rafael, *2 menciones*
Politkovskaya, Anna, *1 mención*
Porrás, Baltazar, *7 menciones*
Prieto Figueroa, Luis Beltrán, *2 menciones*
Pulgar, Juvencio, *1 mención*
Pulido, José, *2 menciones*
Putin, Vladimir, *2 menciones*
Puyana, Manuel, *1 mención*
Quijada, Concepción, *3 menciones*
Quiroga, Jorge, *2 menciones*

Quirós Corradi, Alberto, *1 mención*
Rama, Ángel, *1 mención*
Ramia, Carmen, *1 mención*
Ramírez, Donald, *1 mención*
Ramírez, Rafael, *1 mención*
Ramírez, Sergio, *3 menciones*
Ramírez León, Federico, *1 mención*
Ramírez Pérez, Héctor, *2 menciones*
Ramos Allup, Henry, *17 menciones*
Rangel, Carlos, *5 menciones*
Rangel, José Vicente, *29 menciones*
Rangel Ávalos, José Vicente, *1 mención*
Rangel Silva, Henry, *1 mención*
Ravell, Alberto Federico, *8 menciones*
Reagan, Ronald, *1 mención*
Redmond, Jorge, *1 mención*
Revenga, José Rafael, *3 menciones*
Reverón, Armando, *1 mención*
Reyes, Raúl, *3 menciones*
Reyes Reyes, Luis, *1 mención*
Rice, Condolezza, *1 mención*
Riera, Alejandro, *3 menciones*
Rincón Romero, Lucas, *3 menciones*
Rivero, Manuel Rafael, *1 mención*
Robles, Laura, *1 mención*
Roche (Grupo), *1 mención*
Rockefeller (Grupo), *1 mención*
Rockefeller, David, *1 mención*
Rodolfo Rojas, *1 mención*
Rodríguez Chacín, Ramón, *4 menciones*
Rodríguez, Cándido, *1 mención*
Rodríguez, Gumersindo, *1 mención*
Rodríguez, Jeannette, *1 mención*
Rodríguez, Miguel, *1 mención*
Rodríguez, Walter, *1 mención*
Rodríguez Monegal, Emir, *1 mención*
Rodríguez Orijuela, Rafael, *2 menciones*
Rodríguez Sanjuán, Antonio, *1 mención*
Rodríguez Zapatero, José Luis, *1 mención*
Rodríguez Corro, Gonzalo, *2 menciones*
Rojas, Gregorio, *1 mención*

Rojas, Ixora, *2 menciones*
Rojas Jiménez, Andrés, *2 menciones*
Rojas Parra, Freddy, *1 mención*
Rojas Pérez, Rubén, *4 menciones*
Romero, Aníbal, *3 menciones*
Romero, Daniel, *3 menciones*
Romero, Denzil, *1 mención*
Romero, Luisa, *1 mención*
Romero, Rafael, *2 menciones*
Ron, Lina, 181, 211, 357
Rondón de Sansó, Hildegard, *1 mención*
Roosen, Gustavo, *2 menciones*
Roraima (Grupo), *2 menciones*
Rosales Peña, Rafael, *1 mención*
Rosendo, Manuel Antonio, *1 mención*
Ruperti, Wilmer, *2 menciones*
Sáez, Irene, *10 menciones*
Salas Römer, Henrique, *3 menciones*
Salvatierra, Ignacio, *19 menciones*
Salvatierra, Salvador, *1 mención*
Sambrano Urdaneta, Oscar, *1 mención*
Samper, Ernesto, *1 mención*
Sánchez, Carlos José, *1 mención*
Sánchez, Luis Alberto, *1 mención*
Sánchez Bueno, Armando, *1 mención*
Sanín (Alfredo Tarre Murzi), *2 menciones*
Sanoja Hernández, Jesús, *1 mención*
Santamaría, Haydée, *4 menciones*
Santander, Diógenes, *3 menciones*
Santodomingo, Roger, *1 mención*
Santos, Juan Manuel, *1 mención*
Sarría, Rafael, *2 menciones*
Sartre, Jean Paul, *3 menciones*
Sayegh, Fouad, *1 mención*
Scaletta, Genaro, *1 mención*
Seijas, Félix, *1 mención*
Sequera Yépez, Carlos, *5 menciones*
Serpa Arcas, Héctor, *1 mención*
Serra Carmona, Luis Carlos, *1 mención*
Setti, Ricardo, *2 menciones*
Shapiro, Charles, *2 menciones*

Silva Calderón, Álvaro, *1 mención*
Sindoni, Filippo, *2 menciones*
Siniviaski, Andrei, *1 mención*
Soros, George, *1 mención*
Sosa, Arturo, *2 menciones*
Sosa, Carlota, *3 menciones*
Sosa Rodríguez, Julio, *3 menciones*
Soto, Héctor, *1 mención*
Soto, Pedro, *2 menciones*
Sucre Figarella, Leopoldo, *1 mención*
Sun-Tzu, *1 mención*
Sweeney, John, *1 mención*
Tablante, Carlos, *1 mención*
Tamayo (Grupo), *1 mención*
Tamayo, Armando, *1 mención*
Tamayo, Iván, *1 mención*
Tapia, José León, *2 menciones*
Tejera París, Enrique, *2 menciones*
Thatcher, Margaret, *1 mención*
Tinoco (Escritorio), *1 mención*
Tinoco (Grupo), *1 mención*
Tinoco, Pedro, *14 menciones*
Toledo, Alejandro, *1 mención*
Torrijos, Omar, *6 menciones*
Touraine, Alain, *1 mención*
Travieso (Grupo), *1 mención*
Troconis, Lalo, *2 menciones*
Trujillo, Rafael Leónidas, *15 menciones*
Tse Tung, Mao, *3 menciones*
Ubieta, Lourdes, *1 mención*
Ugueto, Luis, *2 menciones*
Urbina, Domingo, *1 mención*
Urdaneta, Orlando, *3 menciones*
Urdaneta Hernández, Jesús, *3 menciones*
Uriarte, Pedro Luis, *1 mención*
Uribe, Álvaro, *3 menciones*
Uslar Pietri, Arturo, *6 menciones*
Valdez, Carmen Teresa, *1 mención*
Vallenilla, Luis, *2 menciones*
Vargas, Rafael, *3 menciones*
Vargas, Raúl, *4 menciones*

Vargas Llosa (Familia), 2 menciones
Vargas Llosa, Álvaro, 3 menciones
Vargas Llosa, Gonzalo, 1 mención
Vargas Llosa, Mario, 107 menciones
Vargas Llosa, Morgana, 2 menciones
Vásquez Velasco, Efraín, 11 menciones
Velasco, Ignacio, 7 menciones
Velásquez Alvaray, Luis, 1 mención
Velásquez, Andrés, 1 mención
Velásquez, Gustavo, 1 mención
Velásquez, Ramón J., 3 menciones
Velutini, Andrés, 1 mención
Velutini, Guillermo, 1 mención
Velutini, Luis Emilio, 1 mención
Vestrini, Miyó, 1 mención
Villalba, Jóvito, 5 menciones
Villarreal, Nidia, 1 mención
Vivas, Argenis, 1 mención
Vogeler Rincones, Carlos, 1 mención
Vogeler Rincones, Ernesto, 1 mención
Vollmer (Grupo), 2 menciones
Vollmer, Gustavo, 3 menciones
Warhol, Andy, 1 mención
Yamani (Jeque), 1 mención
Yanes, Oscar, 157, 1 mención
Yáñez Rangel, Johnny, 1 mención
Zambrano, Nabor, 2 menciones
Zambrano, Timoteo, 1 mención
Zapata, Juan Carlos, 2 menciones
Zapata, Pedro León, 1 mención
Zarikian, Esteban, 2 menciones
Zeming, Jian, 1 mención
Zuloaga (Grupo), 1 mención
Zuloaga, Guillermo, 1 mención
Zuloaga, Ricardo, 1 mención



JUAN CARLOS ZAPATA (Guasualito, Venezuela, 1960) es periodista y escritor. Ha sido empresario-editor de medios impresos y digitales. Fundador de Descifrado.com. Exjefe de Redacción del diario *El Mundo* de Caracas, fundador del diario *Tal Cual*, Caracas, y exjefe de contenido del portal Patagon.com, Caracas. Ha escrito varios libros, clásicos ya en Venezuela, sobre el poder y el dinero: *Los ricos bobos*, *Los midas del valle*, *Las intrigas del poder*, *Dr. Tinoco. Vida y muerte del poder en Venezuela* y *Doña Bárbara con Kalashnikov*, entre otros. También es autor del libro *Gabo nació en Caracas, no en Aracataca*. Juan Carlos Zapata es el autor de dos términos que en estos tiempos del chavismo definen la relación dinero-poder: *boliburguesía* y *bolichicos*. Es autor de los siguientes libros, en los que mezcla el reportaje y la ficción: *El palacio del llano cumple cien años* y *Café Italia, ambiente familiar*. Es editor de KonZapata.com.